UNAI
GOIKOETXEA
SOLSTICIO
DE
INVIERNO

Solsticio de invierno

UNAI GOIKOETXEA

Copyright © 2022 Unai Goikoetxea
E-mail: unaigoiko74@gmail.com
Todos los derechos reservados.
ISBN: 979-8430869106

Para Sonia, la luz que alumbra mi camino.

AGRADECIMIENTOS

El proceso de escritura de un libro es un camino largo y difícil en el que el escritor se encuentra, generalmente, solo frente a una pantalla u hoja en blanco; sin embargo, no es menos cierto que esa senda sin retorno se hace mucho más sencilla cuando tienes a tu lado gente que se preocupa por ti.

Quiero agradecer a mi familia por haberme apoyado en todo momento durante los largos meses de escritura. Agradecimiento especial para Didac Masip, que ha realizado una labor de lector beta fantástica y cuyos consejos me han resultado valiosísimos.

Agradecimiento especial también a Montse Martín de Lector Cero, que ha hecho posible —gracias a su infatigable corrección—, que esta segunda edición muestre un acabado final del que sentirse orgulloso.

No me puedo olvidar, en esta sección de agradecimientos, de mi ama, Karmele, quien inculcó en mí el amor por la lectura y también por la Historia. Eskerrik asko, ama.

Por último, quiero agradecer a todos esos autores que me han inspirado, cuyos libros y escritos han sido para mí auténticos seminarios. Por citar algunos, Edgar Allan Poe, Léo Malet, Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Benjamin Black y Philip Kerr. Gracias, maestros.

Capítulo 1

Si las gaviotas tuvieran consciencia, sabrían que el odio es como un río kárstico que fluye inadvertido y emerge con fuerza en el momento menos esperado.

Pero esa gaviota lo ignoraba. Bastante tenía con mantener su penoso aleteo entre las frías corrientes atmosféricas de noviembre. El ave sobrevolaba el estuario de la ría de Bilbao. A un lado de las oscuras aguas se extendía la margen izquierda de la ría, que conservaba aún en su piel los vestigios de una industrialización salvaje. Comenzó a descender. Su destino favorito se aproximaba. Intensificó la fuerza del aleteo al sentir que las primeras gotas de la inminente tormenta mojaban su plumaje. Extendió las alas al máximo y, con un balanceo controlado, planeó sobre el muelle Alfonso Churruca. Finalizó el descenso con suavidad y elegancia; había recorrido ese último kilómetro sin mayor esfuerzo. Su botín la esperaba.

La gaviota hurgó con fuerza en la orilla embarrada junto a uno de los antiguos amarraderos del muelle de Olabeaga. Tan concentrada estaba que no se percató de las luces parpadeantes ni de la actividad que se desencadenaba sobre su cabeza.

Miren Zarandona se afanaba en colocar la cinta de precinto roja y blanca de la policía municipal de Bilbao de la mejor manera posible, ciñéndose a las pautas que recordaba del manual. Apretaba los dientes con firmeza para que su compañero no viese cómo le castañeaban. «Vamos, Miren, un primer círculo alrededor del cadáver y el segundo, mucho más amplio, como cordón de seguridad», se repetía mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. «Evitad que los curiosos tengan una visual clara de la escena del crimen». Recordaba la frase de su instructor en el cursillo de formación de Arkaute como si de un mantra se tratara. El abecé del establecimiento de un perímetro de seguridad.

Al finalizar la tarea, regresó al coche patrulla. Alzó la vista y divisó los amenazantes nubarrones negros que ya empapaban la ciudad. Pronto se pondría muy feo.

—¿Estás bien? —preguntó Claudio señalando con un cabeceo el lugar en el que se encontraba el cadáver.

El veterano policía le había sido asignado como compañero desde que se incorporó al cuerpo. Dotado de un carácter pausado y tranquilo, Claudio servía de contrapunto perfecto a la visceralidad e

impaciencia que tan a menudo dominaban a la joven agente.

—Sí. —Intentaba ocultar todo atisbo de debilidad ante él; sin embargo, por dentro estaba rota. La visión del cadáver apoyado contra la farola del embarcadero la perseguía.

—No pasa nada si lloras, ¿sabes? —Claudio posó la mano en el hombro de su compañera—. Tampoco si gritas o vomitas. Esas reacciones son las normales, incluso para un veterano como yo. Más aún a la vista de esa carnicería.

El agente dirigió su mirada hacia el viejo embarcadero y Miren percibió el temblor en el labio inferior de Claudio al finalizar la frase. La luz de la farola dotaba a la escena de un halo de irrealidad, como si el tiempo se hubiera detenido engullido por la niebla matutina. Miren se percató entonces de la presencia de la gaviota, que hundía su largo pico naranja en el cieno que la bajamar sacaba a la superficie. Sin pensárselo dos veces, cogió un guijarro del suelo y ahuyentó al ave de una pedrada.

A lo lejos, varios coches patrulla bajaban la cuesta desde la plaza del Sagrado Corazón, llenando de luz y sonido el amanecer invernal del barrio bilbaíno. En breve, la escena del crimen se llenaría de uniformados.

La Ertzaintza irrumpiría de la misma manera que el Séptimo de Caballería del general Custer en las películas de vaqueros de los años sesenta. Asumiría toda la investigación y relegaría a la policía local a un mero rol de comparsa. Eso sacaba de sus casillas a Miren. Ella había preparado las oposiciones a ambos cuerpos de seguridad, el autonómico y el municipal, pero no superó el último examen en la de la Ertzaintza, la prueba psicotécnica. «Pero ¿qué personalidad buscan? —se preguntaba continuamente—. ¿Acaso quieren que todos seamos Robocop?».

Al final tuvo que conformarse con la plaza de policía municipal en el Ayuntamiento de Bilbao. No podía quejarse, claro está, y se guardaba de hacerlo delante de su familia o de sus amigos, muchos de los cuales engrosaban las listas del paro. Pero ella, después de todo, era criminóloga. Aspiraba a mucho más que a poner multas o a regular el tráfico. Quería ser parte activa en las investigaciones policiales. En el fondo de su corazón sentía que su deber era detener a los asesinos, a los criminales, a los monstruos que, noche tras noche, la habían atormentado en sus pesadillas infantiles.

—¿Dónde está el vecino? —preguntó Miren sin apartar la mirada de la comitiva que se aproximaba.

—Eso no es asunto nuestro, compañera —contestó Claudio incómodo—. Recuerda nuestras funciones.

Al ver el ceño fruncido y la mirada determinada de Miren, el veterano agente resopló y avanzó hacia la carretera que pronto estaría

atestada de coches patrulla.

—Como quieras. Está sentado en esas escaleras de enfrente. —Indicó el lugar con la cabeza mientras se plantaba en medio de la calzada con ambos brazos alzados para que sus colegas lo viesen—. Ya me encargo yo de ellos. Tienes dos minutos.

Miren cruzó rápido la carretera. Aquel hombre —sentado en unas sucias escalinatas, abrazado a su perro, con la mirada fija en el suelo y balbuceando palabras ininteligibles— era el vecino que había dado el aviso de la aparición de un cadáver junto a la ría.

Miren se colocó de cuclillas frente a él, en parte para establecer contacto visual, en parte para aprovechar la cobertura que le ofrecía el murete que flanqueaba las escaleras. El hombre alzó la cabeza. Las lágrimas habían marcado en su rostro dos grandes surcos. Estaba muy pálido y aturdido.

—¿Fumas? —le preguntó Miren extendiéndole un paquete de Winston.

—Gracias. —Se limitó a decir el hombre, tirando del cigarrillo que sobresalía y esperando a que Miren se lo encendiera.

Tras un par de caladas, miró a su alrededor como si se acabara de caer de un guindo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Miren.

—Manolo… Manolo Álvarez.

—Está bien, Manolo, yo soy la agente Zarandona. ¿Me puedes explicar qué es lo que has visto?

—Pues eso es lo que he visto, agente. —Señaló hacia el embarcadero—. ¡Esa barbaridad! —dijo conteniendo un sollozo.

Miren trató de calmarlo dándole unas palmadas en el hombro.

—Está bien, tranquilo. ¿A qué hora has encontrado el cadáver?

—Yo salgo todos los días a las seis y media de la mañana con Kaiku. —Se sorbió las lágrimas y acarició a su perro—. Vivo aquí arriba, ¿sabe?, junto a la estación de Renfe, y siempre hacemos el mismo recorrido: bajamos hasta el edificio Soñar, paseamos por el muelle de las Sirgueras hasta que termina la carretera, y vuelta.

—Durante el paseo, ¿has visto algo sospechoso? —preguntó Miren —. Aparte del cadáver, por supuesto.

—No, nada.

—¿Te has cruzado con alguna persona o con algún vehículo? Trata de recordar, Manolo, cualquier detalle, por insignificante que te parezca, podría resultar de vital importancia para la investigación.

—No, agente, lo siento. En ese momento solo estábamos Kaiku y yo en la calle —dijo con gesto de abatimiento.

—Está bien, muchas gracias por haber dado el aviso. Quédate aquí, en breve pasarán a hacerte más preguntas otros compañeros. —Miren se alzó y encaminó sus pasos hacia el grupo de policías congregado

junto al muelle.

En medio de todos ellos, Claudio escuchaba las indicaciones que le daba un oficial de la policía municipal. A pesar de lo conmocionada que estaba, Miren no pudo contener una media sonrisa cínica al comprobar que cada una de las frases pronunciadas por su superior iban acompañadas de vehementes gestos de asentimiento del resto de los policías allí presentes. Había comenzado el reparto del pastel. La reunión se disolvió. Cada miembro del grupo se dirigió a cumplir las tareas encomendadas.

En la calle, los vecinos empezaban a asomarse. Algunos se situaron tras la cinta policial, estirando el cuello todo lo posible para tener una imagen nítida de lo que se cocía en el muelle.

Claudio tomó a Miren del codo y la condujo hacia el coche.

—¿Quién era ese? —preguntó ella.

—Hugo Otamendi. Probablemente no lo hayas visto nunca, porque el muy cabrón se reserva para este tipo de casos: los mediáticos. Es una hiedra administrativa —Claudio abrió el maletero—, de esas que pasan desapercibidas hasta que encuentran una superficie propicia para trepar. Pero cuando la encuentran, y doy fe de que siempre lo hacen, trepan sin parar, sin molestarse en contemplar si en su ascenso han sepultado a alguien.

Miren observó detenidamente a su compañero. Estaba muy enfadado. No era habitual verlo así de encendido. Muchas veces se había preguntado por qué un policía veterano y competente como Claudio no había ascendido de la categoría de agente primero. El comentario que había hecho sobre Otamendi despejaba toda duda. No quería sumergirse en las aguas turbias de la promoción.

—Este asesinato tan salvaje representa una superficie muy propicia para sus ambiciones —dijo Claudio y le pasó a su compañera uno de los dos bastones luminosos de tráfico que había cogido del maletero—. Sube al coche. Nuestro querido suboficial nos ha asignado la tarea de regular el acceso al muelle de Olabeaga.

Recorrieron el corto camino inmersos en un profundo silencio. Pasaron junto a la terraza de El Cargadero de Bilbao, situada sobre la ría, un elegante punto de encuentro estival donde la gente de la villa acudía a tomar uno de sus muchos cócteles y combinados, y que contaba con la particularidad de tener un pequeño embarcadero propio por si alguien llegaba en lancha. En un promontorio situado frente a este lugar de moda, se erguía el orgulloso estadio de San Mamés.

Aunque ese día de noviembre, ningún espectáculo que contemplaran los agentes podría exorcizar el horror de la imagen que habían presenciado en el embarcadero de Olabeaga.

Bajaron del coche y comenzaron a controlar el acceso al barrio.

Aún no había abrazado el primer sueño cuando el teléfono sonó. Hizo un movimiento brusco para alcanzarlo y casi le costó darse de bruces contra el suelo. Diez minutos después, Ander Crespo recordaba la conversación telefónica mientras conducía con suavidad su Audi A3 por la carretera que serpenteaba por la ladera del monte Cobetas en dirección a Basurto:

—¿Diga? —contestó Ander con un carraspeo. Un fuerte dolor de garganta se le había asentado desde hacía dos días y no había manera de quitárselo de encima.

Alguien tosió en el otro extremo de la línea.

—Crespo, ¿eres tú? —Incluso en el abotargamiento mental en el que lo había sumido el ligero duermevela, la voz del subcomisario Torres le resultó inconfundible. Su tono guardaba tal equilibrio entre desdén y autoridad que lo convertían en algo único. Era un hombre serio de la cabeza a los pies.

—Sí, señor. Estaba echando una cabezada después de la guardia de veinticuatro horas. —Ander recuperó la compostura.

—Deja la cabezada para otro momento —lo cortó Torres secamente —. Necesito que acudas de inmediato al muelle de Olabeaga. Tienes un caso nuevo. Un homicidio.

—Pero ¿no están Olano y Jiménez de guardia, señor? —preguntó molesto al entender que eran sus compañeros los que estaban de turno.

—Sé que vienes de una semana de guardias y que tu grupo lleva un par de investigaciones, pero este caso tiene prioridad absoluta. —Hizo una pausa y, tras emitir un prolongado suspiro, continuó—: ¿Entiendes? Olano y Jiménez no sabrían ni por dónde empezar con este asunto, así que transferidles vuestros casos y poneos manos a la obra con este.

Su tono no dejaba resquicio alguno a la duda.

—De acuerdo, jefe, llegaré en veinte minutos.

—Que sean diez —dijo Torres antes de colgar.

Un coro de bocinas lo devolvió a la realidad. El semáforo se había puesto en verde, pero al conductor que tenía detrás el segundo de retraso se le hizo demasiado largo. Ander metió primera y continuó bajando por la carretera de Castrejana mientras observaba a través del retrovisor la cara constreñida del impaciente conductor. A su izquierda ya asomaban, entre las copas de los árboles, los tejados del Hospital de Basurto.

Un asesinato salvaje. Así lo había calificado Torres. Una media sonrisa de cansancio se dibujó en el rostro de Ander. Desde luego, no era el caso estándar para Olano o Jiménez, más acostumbrados a tareas administrativas, a asuntos rutinarios. Ambos inspectores habían ascendido por inercia y, por qué no decirlo, utilizando sus influencias

entre los altos mandos del cuerpo. La investigación de un robo con violencia y de una desaparición les resultaría mucho más asumible que el tener que iniciar un expediente de homicidio, con todas sus aristas y variantes, por no hablar del ingente número de horas de dedicación que solían requerir este tipo de casos. Tiempo que, en muchas ocasiones, no reportaba ningún resultado. Generalmente terminaban en un callejón sin salida y con el expediente archivado en una caja con la etiqueta de «caso no resuelto».

Ander centró su atención en la calzada. La lluvia había mojado ya el asfalto y provocaba que el nerviosismo de los conductores mañaneros avanzara al siguiente nivel. Algunos de ellos apenas habían tenido tiempo de tragarse el café recalentado o engullir de camino un par de tostadas, por lo que, al verse de pronto inmersos en un océano de luces, asfalto y neumáticos, la tensión se les disparaba peligrosamente.

Sobre ese océano policromo sobresalía la estatua de bronce de Jesucristo que daba nombre a la plaza del Sagrado Corazón. La escultura, que miraba hacia la Gran Vía de Don Diego López de Haro, había sido erigida sobre una base de cuarenta metros de piedra de sillería. A su espalda se erguía un insulso edificio de oficinas de ocho plantas conocido comúnmente entre los bilbaínos como el edificio de Tráfico, ya que en él se encontraban ubicadas las dependencias de la Dirección General de Tráfico provinciales. La masa de coches fue avanzando a borbotones, a golpe de bocinazos. Finalmente, Ander entró en la amplia rotonda que circunvalaba el edificio y se dirigió hacia el acceso al barrio de Olabeaga.

Al llegar al desvío, una agente de la policía municipal le hizo señas con su bastón lumínico para que detuviera el coche.

—Lo siento, señor, pero va a tener que dar la vuelta. La carretera está cortada —le dijo la agente.

Ander se la quedó mirando. Era una joven muy atractiva, de alrededor de un metro sesenta y coleta de pelo moreno que asomaba por la parte trasera de su gorra reglamentaria. Sus ojos, de un vívido color pardo, sostuvieron con resolución la mirada condescendiente de Ander. «Novatos», pensó con desdén mientras echaba mano al bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros. Se disponía a mostrarle la placa cuando intervino el compañero de la agente.

—Tranquila, Miren. Déjalo pasar, es el inspector Crespo, de la Ertzaintza.

Las mejillas de la joven agente se encendieron.

—Lo siento, inspector. No lo había reconocido —se disculpó.

—No pasa nada, agente. Gracias, Claudio. —Ander saludó con la cabeza al veterano policía, con el que había coincidido en muchas ocasiones. Este asintió y dio dos palmadas sobre el capó para que continuara su camino.

Aparcó el coche a cincuenta metros del cordón policial. Los curiosos se agolpaban por docenas tras el perímetro de seguridad. Algunos grababan con el móvil pensando que nadie los veía. Ander los miraba con desprecio porque sabía que no tardarían ni un instante en subir las imágenes a cualquiera de sus redes sociales, ansiosos por lograr un me gusta o cualquier otro tipo de reconocimiento mediático. Se subió el cuello del abrigo para combatir el frío que le había entrado de repente y se encaminó hacia el embarcadero.

Erguido entre dos lonas altas fijadas a ambos costados del embarcadero, el agente encargado de llevar la hoja de registro de entradas y salidas de la escena del crimen anotó los datos de Ander. El viento sacudía las telas blancas y proyectaba por doquier las gotas de la lluvia de noviembre.

Traspasó el umbral plastificado y se encontró con los miembros de la policía científica y del equipo forense, que se afanaban en procesar la escena del crimen. El lugar era un embarcadero. Uno de esos que antaño servían para transportar a los bilbaínos de una orilla a la otra de la ría o a otras localidades de ambas márgenes. Para llegar al emplazamiento del cadáver, primero había que atravesar una pequeña estructura de hormigón techada, consistente en un murete blanco y un par de columnas esbeltas, cuadradas y rectas, sobre las que se apoyaba, a modo de marquesina, una cubierta de bordes carmesí.

Un agente de la policía científica, enfundado en un buzo blanco, fotografiaba desde distintos ángulos una inscripción en la pared.

—«94/732» —dijo Ander en voz baja.

El agente se volvió, cámara en mano, y lo saludó con la cabeza.

—Sí, inspector. Aún se puede oler el aerosol. El grafiti es reciente.

Ander se percató de que algunos de los chorretones que habían alcanzado el suelo aún estaban húmedos.

—¡Crespo! —A los pies de la escalinata que conducía a la ría, a escasos cinco metros, el forense Javier Gamboa lo conminaba con la mano para que se acercara. Estaba examinando el cadáver.

Ander quedó impactado ante la escena con la que se encontró al atravesar la pasarela y bajar el par de escalones. Apoyado contra la base de una farola verde en desuso, reposaba el cuerpo horriblemente mutilado de una mujer, desnuda de cintura para arriba. El cuerpo, que miraba hacia Zorroza, estaba totalmente ensangrentado.

—Esto ha sido una auténtica animalada —dijo Gamboa al tiempo que manipulaba la sonda para obtener la temperatura del hígado de la víctima.

—Sin duda. —Ander se acuclilló a los pies del cadáver. Sacó una linterna de bolsillo y alumbró las laceraciones de la víctima. La sangre estaba seca y ennegrecida—. Alguno se ha ensañado a conciencia. ¿Tenemos hora de la muerte?

—Así, a bote pronto, me atrevería a decir que la víctima falleció hace unas veinticuatro horas. —El forense se rascó la barbilla con un nudillo enguantado—. El algor mortis confirma esa hipótesis y, fíjate aquí —inclinó ligeramente el cuerpo para mostrar su espalda—, lividez fija. Esta mujer pasó tumbada bocarriba las primeras horas después de su muerte. Falleció entre las cuatro y las seis de la mañana de ayer.

—¿Alguna idea de cómo murió? —Ander se reincorporó y garabateó en una libreta la información que le proporcionaba el forense.

Gamboa se encogió de hombros.

—Tendrás que esperar a que realice la autopsia para confirmarlo. Mira aquí. —Tocó con la mano la garganta de la víctima—. Hay signos de estrangulamiento. Sin embargo, no puedo determinar que esa fuese la causa de la muerte. Al menos no hasta que le haya hecho la autopsia completa.

En un crimen como ese, Ander agradeció que fuera Javier Gamboa la persona asignada a la investigación forense. El Instituto Vasco de Medicina Legal vizcaíno contaba con tres forenses de guardia. Sin embargo, sabía que no había sido el azar, sino una decisión meditada de sus superiores la que había propiciado su designación. Javier era el médico forense estrella del instituto, un hombre de dilatada experiencia en casos de homicidio. Exactamente por la misma razón por la que Torres le había pasado a él la responsabilidad de dirigir la investigación criminal saltándose al resto de los inspectores.

—La sangre de la víctima está coagulada. No hay ni rastro de salpicaduras alrededor. —Ander señaló el suelo de hormigón del embarcadero.

La chaqueta, que cada vez estaba más empapada por la incesante lluvia, se le pegaba ya al cuerpo. Pero él apenas lo notaba. Sus ojos verdes fijos en la matanza, la respiración entrecortada por la tensión. Tenía que procesar todos los detalles posibles antes de que llegara el juez. Los detalles, por nimios que fueran, podían resolver los casos.

—Parece que el cadáver ha sido transportado y abandonado aquí por algún motivo —dijo Ander.

El forense se quitó las gafas y se las secó con una pequeña bayeta que sacó de uno de los bolsillos del buzo. Al poco de limpiarlas, ya las volvía a tener empañadas.

—Coincido con esa hipótesis. Recuerda lo que te he comentado sobre la lividez fija. Esta mujer no murió en Olabeaga. —Gamboa miró a Ander a través de sus lentes nubladas.

—Por lo menos no en este embarcadero —asintió Ander.

El cielo encapotado de Bilbao presentaba pequeños claros ocasionales que, con la llegada del alba, se habían convertido en oasis azulados a punto de ser engullidos por la negrura del firmamento. El

viento del norte soplaba con mayor fuerza, encogiendo de frío a todos los presentes en el muelle.

—¿Cuándo crees que tendrás el informe preliminar de la autopsia?

—Mañana o pasado —contestó Gamboa pensativo.

A pesar de su gran corpulencia —medía un metro noventa, casi diez centímetros más que Ander—, el forense era una persona delicada en sus movimientos y modales. Nada torpe. Se pasó la mano por la barba bien recortada que lucía para quitarle el sobrante de agua.

—Aunque tendrás que esperar hasta el sábado para tener el informe definitivo. Hasta entonces no tendré los resultados de los estudios toxicológicos de los fluidos y de los tejidos corporales. Pásate entonces por mi despacho.

Gamboa se inclinó sobre el cadáver y hurgó dentro de la boca de la víctima. La ausencia de nariz y labios confería al conjunto del rostro una expresión grotesca, macabra, de cráneo desnudo, deshumanizado.

—Aquí hay algo. —Separó ambas mandíbulas con sumo cuidado y extrajo con las pinzas lo que parecía, a simple vista, un papel doblado. Lo apartó y continuó examinando la cavidad bucal—. ¡Dios mío! —Se giró hacia el inspector espantado—. También le han cortado la lengua.

Ander frunció el ceño mientras anotaba la nueva información. Tomó el papel que le extendía el forense, lo desdobló y lo introdujo en una bolsa de plástico para pruebas.

—«Tan parca y miserablemente nos tratamos. H9».

Ander giró la bolsa para examinar de cerca la nota.

—El papel no tiene manchas de sangre. Fue introducido post mortem. Es una nota escrita a máquina en lo que parece ser un fragmento de folio. —Introdujo la bolsa en un bolsillo de su chaqueta —. Haré que la analicen.

—De acuerdo —dijo el forense incorporándose—. Yo ya he terminado aquí. En cuanto llegue el juez de guardia y autorice el levantamiento del cadáver, lo embolso y me lo llevo al depósito.

Ander asintió. El procedimiento siempre era el mismo. Había sido testigo demasiadas veces de ese baile macabro y, sin embargo, no dejaba de producirle una fuerte desazón, una rabia contenida. Los asesinos cercenaban vidas, pero ellos continuaban con la suya como si nada hubiera sucedido. Se convertían en verdugos implacables que actuaban como dioses, decidiendo quién vivía y quién no.

Alguien tenía que devolverles la dignidad a las víctimas, hallar la verdad e impartir justicia en honor a todas esas vidas segadas. Ander se apoyó junto a la farola y observó el otro lado de la ría. Más allá de la isla de Zorrozaurre, en el barrio de Ibarrekolanda, se encontraba su comisaría.

La lluvia y el viento arreciaron. Varios agentes se apresuraron a colocar un pequeño toldo sobre el cadáver. Ander se apartó y

acompañó a Gamboa hacia el abrigo que brindaba la techumbre del embarcadero. La policía científica trabajaba en el muro tratando de descubrir alguna huella y tomando muestras del aerosol. Su trabajo era meticuloso, avanzaban palmo a palmo en su búsqueda de rastros. No había un centímetro de la escena del crimen que escapara al escrutinio de sus ojos expertos.

—Será difícil encontrar algo concluyente en esta pared —intervino Gamboa adivinando las reflexiones de Ander.

—Probablemente. —Ander suspiró.

En ese preciso instante, dos personas traspasaron el cordón policial. Ander reconoció al más alto de los dos; se trataba del juez Serrano, magistrado del Juzgado de Instrucción número dos de Bilbao. El que sostenía el paraguas debía de ser su secretario.

Al cabo de un cuarto de hora, el juez ya había realizado las diligencias pertinentes y ordenó el levantamiento del cadáver de la mujer sin rostro y sin nombre.

La escena del crimen se vació paulatinamente. Desapareció el cuerpo, desapareció el equipo forense, la policía, incluso los curiosos desaparecieron, arrastrados por la corriente del hábito, de la cotidianidad. La ciudad marcaba el pulso de sus habitantes, convirtiendo hechos como la aparición de una mujer asesinada en incidentes que suspenden temporalmente el rumbo de la rutina diaria, pero no la alteran.

Salvo para Ander Crespo, quien, desde el interior de su automóvil, observaba fijamente la farola del embarcadero intentando recrear en su mente los hechos a partir de la única evidencia de la que disponían: la escena del crimen.

Unos minutos después, Ander giró la llave del coche, encendió el motor y se incorporó a la calzada.

—Si algo sabemos a ciencia cierta es que nos enfrentamos a un sujeto cruel y despiadado, a un auténtico monstruo.

Ander colocó sobre la mesa de la sala de reuniones las impresiones de todas las fotos enviadas por la policía científica. A la reunión, además de Ander, asistía todo su equipo, el famoso Grupo 4 de Homicidios de la Ertzaintza. El grupo estaba formado por el veterano inspector Pedro Gardeazabal y los agentes Mikel Alday e Iban Arregui. También estaba presente en la reunión el subcomisario Miguel Torres, jefe de todos ellos. La amplia ventana de la sala daba al parque de Bidarte, en cuyo extremo se situaba el coqueto chalé del siglo XIX que le daba nombre.

—¡Pobre mujer! —dijo Arregui mientras cogía una instantánea frontal en la que se veían las mutilaciones sufridas por la víctima con total nitidez.

—¿Conocemos su identidad? —preguntó Torres, cuya pequeña figura aparecía recortada contra la ventana.

Desde que habían dispuesto todas las pruebas sobre la mesa, el subcomisario se había limitado a lanzar alguna mirada fugaz. El resto de su atención parecía estar concentrada en algún punto lejano que Ander no alcanzaba a ver desde su asiento. Reconocía perfectamente esa pose en su jefe. Significaba que estaba en estado de alerta.

Ander negó con la cabeza.

—No hemos encontrado ninguna pertenencia de la víctima y, como podéis observar —señaló la fotografía que sostenía Arregui—, solo vestía unos pantalones. Registramos los bolsillos, pero no hallamos nada; ni llaves, ni cartera… nada.

Torres ojeó todas las fotografías. Los músculos de la mandíbula se tensaban a medida que las pasaba. El subcomisario era bajo, pero su tamaño engañaba, ya que también era fuerte, robusto. Sus anchos hombros y brazos musculados ayudaban a transmitir esa imagen. Llevaba la cabeza bien rasurada, con lo que pretendía disimular una calvicie incipiente que avanzaba desde la coronilla a modo de tonsura. A sus cincuenta y tres años, era un hombre que se había curtido en la calle y que había logrado ascender en el escalafón del cuerpo policial debido a sus propios méritos. Sin duda, Torres era un hombre de acción; severo, pero justo. Ander le tenía un gran respeto.

El subcomisario dejó la última fotografía sobre la mesa y volvió a dirigirse hacia el ventanal. Durante unos segundos, parecía como si su atención se centrara exclusivamente en el denso tráfico que colapsaba la avenida de Enekuri y en las negras nubes que, impulsadas por el frío viento del norte, avanzaban con rapidez por el firmamento bilbaíno.

—Entonces, ¿qué es lo que sabemos? —preguntó girándose hacia Ander y clavándole sus inquisitivos ojos marrones.

—Sabemos que la víctima es una mujer blanca de entre cuarenta y cincuenta años, y que murió hace más de veinticuatro horas —contestó Crespo señalando una de las fotos—. La ausencia de sangre en la escena del crimen también nos indica que no la mataron en ese lugar. El embarcadero es, por lo tanto, el escenario que el asesino consideró adecuado para llevar a cabo su puesta en escena. Esto nos lleva a suponer que estamos ante un sujeto organizado, que controla los tiempos.

—¿Qué hay de este grafiti? —preguntó Alday señalando otra fotografía—. ¿Es obra del asesino?

Alday era el miembro más nuevo del Grupo 4. En un principio Ander había considerado que con Gardeazabal y Arregui sería suficiente para hacer frente a los casos que les asignaran. Sin embargo, la realidad lo puso en su sitio rápidamente, ya que ninguno de los tres

eran especialistas en delitos económicos o informáticos y cada vez eran más los casos que implicaban conocimientos en esas áreas. Por ello, dos años atrás había solicitado la incorporación de un agente con perfil informático. Le asignaron a un muchacho de veinticuatro años, de mirada un tanto esquiva, pero con una dedicación absoluta a la tarea. Siempre aparecía en la oficina con su media melena castaña despeinada, pero el uniforme perfectamente planchado; sin una sola arruga. «Cómo se nota que vives con tu madre», solía vacilarle Gardeazabal. Los informes de Alday eran precisos y nunca se demoraban. Pronto se convirtió en insustituible a los ojos de Ander.

—Todo apunta a su autoría —dijo Ander—. Lo cual nos lleva a un nuevo escenario. Parece que el asesino quiere entablar una conversación con nosotros a través de sus mensajes. Eso es lo que más me inquieta de todo, porque esta necesidad de abrir una línea directa de comunicación con la policía puede significar que nos enfrentamos a un asesino en serie. Con lo cual, este no sería más que el primer crimen de muchos.

Hizo una pausa. Sus compañeros lo observaban atentamente, conocedores de que Ander era uno de los inspectores con mayor experiencia en criminología de la Ertzaintza.

—De todos modos —se dirigió a Alday—, quiero que investigues a qué puede referirse esa numeración. Habla con nuestra Oficina Central de Investigación si te encuentras en un punto muerto. Para los casos en los que hace falta un poco de magia con los datos, yo suelo llamar a los chicos de la UOT.

La UOT —la Unidad de Soporte Operativo y Técnico de la policía autónoma— era una de las cinco unidades en las que se dividía la Oficina Central de Inteligencia, también conocida como la OCI. Ander había acudido a ellos en los últimos años cuando necesitaba realizar análisis cruzados que afectaban a grandes bases de datos.

—Otra prueba a tener en consideración es esta. —Ander mostró la bolsa de pruebas que llevaba en el bolsillo—. El asesino dejó esta nota dentro de la boca de la víctima.

Se la pasó a sus compañeros para que pudieran observarla detenidamente.

—¿A qué se referirá este mensaje? ¿Qué significa eso de «H9»? —preguntó Gardeazabal sujetando en alto la bolsa de pruebas.

Pedro Gardeazabal era un veterano de los años de plomo, los años en los que la lucha antiterrorista era la prioridad absoluta para la policía autónoma vasca. En esos duros años, Gardeazabal se había caracterizado por ser un policía áspero, de la vieja escuela, con demasiada propensión al uso de la violencia. En el año 2000 empezó a trabajar como compañero de Ander y, desde entonces, siempre habían trabajado juntos. Era un policía alto y fibroso que, con su sola

presencia, imponía.

—Eso es lo que tenemos que descubrir —dijo Ander recuperando la bolsa—. Nos tenemos que poner en marcha, chicos. Como dice el subcomisario, este asunto tiene prioridad absoluta. Pasadles a Olano y a Jiménez los expedientes de nuestros dos casos actuales.

Los agentes asintieron.

—Alday, tú investiga el grafiti. Arregui, haz un listado de las denuncias por desaparición que se hayan tramitado en Bizkaia en los últimos tres meses; buscamos una mujer de mediana edad. Garde, tú pásate por Olabeaga y vuelve a peinar toda la zona, quizá se nos pasase algo por alto. Pregunta a los vecinos, a ver si recuerdan algún detalle más. —Ander entrelazó sus manos y miró a Torres—. Por ahora esto es todo lo que tenemos, jefe, hay mucho trabajo que hacer.

—De acuerdo, señores. —Torres aferró el respaldo de su silla con ambas manos—. Nos encontramos ante un crimen atípico y sé que alguno de los presentes aún no ha intervenido en ninguna investigación de homicidio —posó la mirada en los agentes Alday y Arregui—, pero no desfallezcáis. Sed fuertes y no os rindáis jamás. La cabeza siempre alta.

Hizo una pausa para que calara su mensaje y se dirigió a Ander.

—Crespo, este caso requiere tu mejor versión. Es hora de aparcar los asuntos personales y centrarse en la investigación con todos los sentidos. Confío en ti —dijo sin apartar la mirada del inspector—. Salid ahí fuera y encontrad las pruebas que nos permitan resolverlo lo antes posible.

—Sí, señor —contestó Ander.

—Por cierto, agentes. —Torres detuvo a los asistentes cuando ya se disponían a abandonar la sala de reuniones—. Sin filtraciones. Este asunto es absolutamente confidencial. No quiero a la prensa sobrevolándonos como buitres —concluyó y se giró de nuevo hacia la ventana, con la mirada perdida en el horizonte.

Capítulo 2

—Perdone, señora, ¿vio usted algo de lo ocurrido ayer en el muelle?

Las precipitaciones continuaban sin dar tregua. Por fortuna, Iskander siempre llevaba un gran paraguas negro en el maletero. Mientras interrogaba a la mujer, se pegó un poco más a ella para protegerla de la lluvia.

—No, cariño —respondió ella y volcó el contenido del balde sobre el bordillo de la acera con sumo cuidado para que el agua sucia llegase hasta la alcantarilla más próxima—. Cuando llegué, ya no quedaba nadie, tan solo esa cinta de allí. —Señaló el precinto que impedía el acceso al embarcadero—. Pero los vecinos de este bloque me han contado que fue algo horrible. —Se santiguó.

—Es cierto, fue un crimen atroz —afirmó el periodista.

Iskander recordó la impresión experimentada al recibir el wasap de su redactor jefe. La imagen adjunta no era nítida, se veía muy borrosa; había sido capturada por un teléfono móvil desde una posición muy lejana. Sin embargo, el horror se intuía. Él sabía muy bien que no hacía falta ver el mal para percibirlo.

La fotografía mostraba a la víctima apoyada contra la farola del embarcadero. De cintura para arriba no parecía más que una masa informe de tonos rojizos. Visto desde esa distancia, a Iskander le recordó uno de esos muñecos que los niños pierden en la calle y que el rigor climatológico y la exposición al medio ambiente acaban por transformar y erosionar.

—¿Sabe de alguien que pudiera haber visto algo, por poco que fuera? —Iskander se arrebujaba en su gabardina marrón, que era muy efectiva contra la lluvia, pero inútil contra el frío viento septentrional.

—Bueno, aquí vive poca gente —dijo la mujer. Se apretó la testimonial coleta que sujetaba cuatro mechones ralos—. Cuando los vecinos quisieron darse cuenta del revuelo que se había montado aquí abajo, la policía ya tenía la zona acordonada. No pudieron ver gran cosa.

—Pero alguien tuvo que verlo. No olvidemos que la policía acudió aquí alertada por la llamada de un vecino —insistió Iskander, que comenzaba a marearse con los efluvios a lejía que emanaban de los guantes de la mujer—. Supongo que una persona como usted, que viene a trabajar tan temprano y que cuenta con tan buenas relaciones entre la gente del vecindario, ya se habrá enterado de la identidad del

denunciante, ¿no es así?

La mujer se encogió de hombros y negó con la cabeza, pero uno de los movimientos se quedó a medio camino. Iskander percibió que un atisbo de idea, reflejada en un ligero brillo en sus ojos, atravesaba la mente de la mujer.

—Espera un momento, muchacho. —Se acercó a los llamadores del portero automático del portal que limpiaba—. Quizás no sea nada, pero merece la pena probarlo, ¿verdad? —Le guiñó un ojo a Iskander.

Resuelta, pulsó el botón correspondiente al tercero derecha. Tras unos segundos eternos de espera, una voz quebrada respondió desde el otro extremo.

—¿Quién es?

—Hola, María Isabel, soy Ernestina, cariño —dijo elevando muchísimo el tono de su voz.

—¡Ah! Ernestina, maja, ¿qué pasa?

—Nada, que estoy aquí abajo con un chico muy agradable, que viene del periódico El Correo para preguntar por el lío que se montó ayer en el muelle.

—Me encanta El Correo —dijo la señora a través del telefonillo—, nunca dejo de ver las esquelas, ya sabes, por si conozco a alguno de los muertos. Casi todos son de mi quinta. —Soltó una risita traviesa—. Sube, muchacho, mejor hablamos aquí, que hoy hace mucho frío en la calle.

La vivienda de María Isabel estaba decorada con un gusto que debió de ser lo más allá por los años sesenta. El suelo de madera estaba cubierto por una moqueta verde aceituna, que mostraba manchones aquí y allá, y que clareaba por las zonas de paso. Sin embargo, los muebles de nogal del recibidor y del salón eran de muy buena calidad. Iskander pensó que serían de madera maciza. Por desgracia, la acción de la incansable carcoma se mostraba inclemente en algunas partes, confiriéndole a la estancia —y al conjunto de la vivienda en general— un aire decadente.

Entraron al salón. El sofá estaba situado frente a un mueble que ocupaba toda la pared y que exponía, en sus ajadas vitrinas, una amalgama abigarrada de piezas de cristal de diversas formas y tamaños. Encastrada en ese altar del coleccionismo, una televisión plana de última generación llenaba de contenido las horas muertas de la mujer.

Las paredes estaban repletas de marcos con retratos de personas sonrientes. El acabado de las fotografías evidenciaba que muchos años separaban unas de las otras. Algunas eran en blanco y negro, otras de color sepia —lo que les daba un toque aún más añejo que las de blanco y negro— y, por último, también había unas pocas instantáneas en color. Iskander se detuvo a contemplar una de las

primeras fotografías, en la que una cuadrilla de toreros entraba, orgullosa, en el coso de la plaza de toros de Vista Alegre.

En ese preciso momento, María Isabel apareció con una bandeja de aluminio que portaba un juego completo de café de porcelana. Acompañaba a ese servicio una preciosa cajita de hojalata repleta de galletas de mantequilla danesas.

—¿Verdad que mi padre era guapo? —dijo refiriéndose a la fotografía que observaba Iskander.

El periodista se giró sorprendido.

—¿Su padre era torero? —preguntó—. ¿Cuál de ellos es?

—Este de aquí. —Señaló al más alto del grupo tras posar la bandeja sobre la mesa—. Francisco Ruiz. Era novillero, nunca llegó a torear toros de lidia. Esta fotografía fue tomada el 3 de septiembre de 1944, en una corrida de jóvenes novilleros que se celebró en Vista Alegre. Ha llovido mucho desde entonces.

—Por supuesto que sí, casi un siglo, María Isabel. —Iskander tomó asiento en el sofá y posó su cuaderno de notas sobre una esquina de la mesa—. Supongo que se sentiría muy orgullosa de su padre.

—Desde luego que sí, muchacho. —Una pequeña lágrima asomó por el rabillo del ojo—. Pero ¿sabes de qué me he sentido siempre más orgullosa de él? —Iskander negó con la cabeza—. Que a pesar de tener que salir de casa todos los días a las cinco de la mañana y no volver hasta las nueve de la noche para que ni a mí ni a mis hermanos nos faltara jamás un plato de comida sobre la mesa, nunca dejaba de sonreír. El recuerdo de esa maravillosa sonrisa me acompañará hasta la tumba.

María Isabel se secó la lágrima que recorría su mejilla y, tomando la coqueta cafetera, vertió en la taza de Iskander un poco de su contenido.

Tres horas más tarde, Iskander montaba en metro en la estación de San Mamés. Tenía material más que suficiente para escribir un buen reportaje. Al final, la tertulia con María Isabel había resultado mucho más fructífera de lo que hubiera imaginado. Tras escuchar con paciencia el repaso que la amable mujer le había hecho de su extensa familia, Iskander tuvo la oportunidad de preguntarle si conocía la identidad del vecino que había avisado a la policía municipal. Para su sorpresa, resultó que la anciana sí la sabía.

Se trataba de un hombre que vivía junto a la estación del tren y que era conocido en el barrio como Manu el Rubio, no por el color del pelo, sino que por su afición a fumar ese tipo de tabaco.

Pasó la siguiente hora buscándolo por el barrio, hasta que dio con él y con su perro cerca de la escena del crimen. El Rubio vestía una chamarra de North Face negra sobre un chándal azul marino que

parecía ser de un par de tallas más grande que la que le correspondía. Bajo el paraguas, observaba a su perro olisqueando cada neumático de los coches aparcados junto a la ría. Más tarde le explicaría a Iskander con todo detalle aquello que había visto la mañana anterior.

El Rubio le contó que había prestado declaración ante varios agentes de la policía. «Tío, algunos me trataban como si lo hubiera hecho yo. Por un momento pensé que acabaría en el calabozo», le había dicho.

También le repitió la misma historia que les había contado a los agentes: que cuando pasó por primera vez por el embarcadero no vio nada más que el grafiti —ahora borrado— y que pensó que sería obra de algunos granujillas, chavales que se aburrían y a los que, para matar el tiempo, les daba por pintar en las paredes.

No fue hasta regresar del paseo con el perro, casi tres cuartos de hora más tarde, cuando vio a la mujer. Al acercarse y comprobar la horrible mutilación, echó todo el desayuno por la barandilla. Hablando de lo sucedido con Iskander en un tono tan distendido, el hombre recordó algo que había pasado por alto, algo a lo que no había dado mayor importancia.

Algo que la policía ignoraba.

Al bajar al muelle había visto una furgoneta blanca aparcada frente al embarcadero. Ese detalle no le pareció relevante cuando declaró ante la policía; sin embargo, al hablar con el periodista, el Rubio cayó en la cuenta de que, al regresar y descubrir el cadáver, la furgoneta ya no estaba allí; que tan solo quedaba un hueco libre donde antes había estado estacionada. Por desgracia, no pudo darle más detalles de la furgoneta ni tampoco si dentro había alguien o no. Pero esa información resultaba muy valiosa para Iskander.

«Próxima estación, Basarrate». El aviso sonó a través de la megafonía del suburbano sacando a Iskander de su ensimismamiento. Se apeó en esa estación. Salió a la superficie. A esas horas, los trenes venían cargados de estudiantes y trabajadores que volvían a sus hogares. Una vez en el exterior, Iskander bajó por la avenida pintor Losada y dejó atrás la campa de Basarrate. Cerca del final de la avenida se encontraba la redacción de El Correo.

A pesar de su juventud —veintinueve años recién cumplidos—, Iskander ya despuntaba entre los redactores del prestigioso rotativo vasco. Tal vez el secreto residía en que era un hombre que rehuía las zonas de confort, siempre empujaba hasta el límite en su obsesión por lograr una buena noticia y, en general, en todas sus investigaciones.

Su padre, marinero de profesión, había fallecido en un naufragio cuando una galerna sorprendió a la flotilla en la que regresaba al refugio del puerto de Ondarroa. Iskander tenía quince años entonces.

La pérdida de su padre sacudió su adolescencia con la misma virulencia con la que las olas de la tormenta destrozaron los cascos de los buques pesqueros. Todo cambió a partir de entonces. Su relación con los amigos, las discusiones con su madre; todo adquirió un nuevo enfoque. La vida le había mostrado el dolor más hondo.

Dejó a un lado sus antiguas quejas pueriles y trabajó en todo lo que le iba saliendo: repartidor de pizzas, camarero, ayudante de panadería, traductor. El salario íntegro que ganaba se lo entregaba a su madre para que pudiera llegar a fin de mes.

Al terminar el bachillerato, Iskander se matriculó en la facultad de Periodismo de la Universidad del País Vasco, donde fue el número uno de la promoción. Así fue como la constancia y la determinación de un chaval que se negó a hundirse en el pozo le permitieron entrar en El Correo, primero como becario y, después, como redactor.

Iskander atravesó las puertas acristaladas que daban acceso al edificio en el que estaban las oficinas del periódico. Tomó el ascensor y pulsó el número de la última planta, en la que se encontraba el despacho de José Luis Arteta, su redactor jefe.

El punto de inflexión en la carrera de Iskander había sucedido el año anterior. Las autoridades municipales habían detectado un fuerte aumento de la actividad delictiva relacionada con el narcotráfico en Bilbao. Grandes alijos de heroína, cocaína y otros opiáceos afloraban en múltiples redadas llevadas a cabo por los diversos cuerpos policiales implicados en las investigaciones. La violencia de pequeña intensidad y el hurto proliferaban; los rostros irreconocibles, consumidos por la acción de la heroína, volvían a verse por las aceras de la villa, igual que sucediera en los duros años ochenta. La heroína había vuelto para quedarse y la cocaína cobraba fuerza. Euskadi se estaba convirtiendo, silenciosamente, en una de las principales puertas de entrada de la droga en Europa.

Iskander sintió la necesidad de ponerse en marcha e investigar sobre el terreno lo que estaba ocurriendo. Tenía que tomarle el pulso a la calle. No se lo pensó dos veces. Alquiló un apartamento en el barrio de San Francisco y empezó a deambular por los espacios en los que sabía que se menudeaba con droga.

Durante tres meses fue penetrando, poco a poco, en la tela de araña del narcotráfico. Logró infiltrarse en la 3-7, una de las organizaciones más activas. En la misma proporción que se intensificaba el riesgo, aumentaba su prestigio dentro del periódico. Varios de sus reportajes habían sido publicados en portada y tuvieron una gran repercusión mediática.

Desgraciadamente, todo terminó el día que el Argelino, uno de los miembros de más alto rango de la 3-7, descubrió que Iskander era el periodista infiltrado que había dirigido el foco mediático hacia ellos.

Recibió tres navajazos y fue un milagro que no muriera desangrado. Por fortuna, la ambulancia llegó a tiempo de salvarle la vida. Tardó cuatro meses en recuperarse de esas heridas, pero, al salir del hospital, su estatus en la redacción había cambiado: ahora era uno de los grandes, un reportero estrella.

Golpeó tímidamente con los nudillos en la puerta del despacho de Arteta y, tras dos segundos de espera, la abrió de par en par.

—Buenas tardes, ¿se puede? —preguntó Iskander jovial y sonriente a su redactor jefe.

José Luis Arteta lo miró por encima de sus gafas de pasta marrón oscuro sin dejar de teclear a ritmo frenético en su ordenador.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —dijo abandonando momentáneamente la escritura y reclinándose en su cómoda silla de cuero—. Ni más ni menos que a nuestro reportero estrella, al hombre del día. El hombre que confunde el móvil de empresa con los grilletes de un carcelero, y que al olvido y a la indiferencia los llama libertad.

Cogió el teléfono móvil que reposaba junto al teclado, lo alzó sobre su cabeza y lo sacudió con vehemencia.

—¡Quince llamadas te he hecho hoy! ¡Quince! —dijo—. ¿Sabes a cuántas has contestado? —Dibujó un rosco en el aire con el índice de la mano que tenía libre—. ¡A ninguna!

Lanzó las gafas sobre el escritorio y contempló fijamente a Iskander mientras se hundía en el sillón.

—¡Y todavía el muy cabrón sonríe! —Expulsó sonoramente aire por la nariz.

—¡Vamos, jefe! Sabes que no me gusta trabajar bajo presión. Hay que darle tiempo al tiempo. Las noticias hay que cocinarlas bien, no vaya a ser que luego se nos indigesten. Recuerda si no lo que le sucedió a Fernández Puertas con la noticia de la estafa de la clínica dental de Abando. La publicamos en portada y luego resultó ser falsa. ¿Y por qué? Por no contrastar las fuentes —se justificó tratando de calmar a su jefe. Fue hacia el perchero y dejó allí su gabardina. Luego se sentó en la silla que había frente a Arrieta—. Además, ya sabes que cuando estoy en una entrevista siempre apago el móvil.

—Mira, Iskander, a mí me parece genial eso de que cada reportero tenga su librillo, su forma de trabajar. Todo eso está muy bien. Pero ¿sabes lo que es esto? —Señaló la amplia estancia con ambas manos —. Nosotros no hacemos enciclopedias, amigo. Nosotros hacemos diarios que, como su propio nombre indica, tienen que salir a la calle todos los días: hoy, mañana, pasado mañana y así hasta que el mundo deje de girar o hasta que la humanidad se extinga, lo que quiera que llegue primero.

—Está bien, mensaje recibido —dijo Iskander—. Entiendo tu postura, sin embargo, creo que tu espera a merecido la pena.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó el rostro del joven reportero.

—¡Gorritxo! ¡Ekarri![1]

Ander observaba cómo su setter irlandés buscaba la pelota que le había lanzado a más de cien metros de distancia.

—¡Buen chico! —felicitó al perro en cuanto se la devolvió acariciándole la nuca y las orejas.

La extensa campa del monte Cobetas estaba desierta a esa hora del mediodía. Noviembre estaba siendo muy lluvioso en Bilbao. Como consecuencia, los paseantes no subían hasta el monte Cobetas y habían optado por otras rutas menos expuestas a los rigores meteorológicos. Sin embargo, para Ander, esas eran las condiciones idóneas para realizar el paseo del mediodía con Gorritxo.

Hacía cuatro años que se había mudado allí, a una casita de dos plantas cercana a las escaleras de hormigón que bajaban hasta la carretera de Castrejana. Cuando la compró, la casa estaba muy deteriorada. Los últimos meses había estado ocupada y los okupas la habían destrozado por completo. Ese desastre no disuadió a Ander, que la adquirió de todos modos y la reformó íntegramente. El resultado final era un espectacular dúplex de dos habitaciones con unas vistas privilegiadas a Bilbao y a la ría.

El día en el que Ander estrenó su nuevo hogar, Carmelo, su padre, apareció con Gorritxo. «Alguien tendrá que dulcificar tu carácter ahora que vas a vivir solo», le dijo pasándole la correa. Desde entonces, el perro se había convertido en algo más que en una obligación de tres paseos diarios. Era su compañero más fiel. Por eso, siempre que el trabajo se lo permitía, Ander volvía a casa cada mediodía para comer algo rápido y pasar un buen rato paseando a su perro. Se había convertido en un hábito terapéutico, una válvula de escape que siempre lograba aliviarle de la presión del trabajo y, sobre todo, de sus demonios internos, que aparecían en cualquier momento y ante cualquier circunstancia desencadenante. En esas ocasiones en las que el mundo parecía tornarse un lugar lúgubre y amenazante, a Ander le bastaba con acariciar el pelaje de Gorritxo o besarle el hocico para ahuyentar los malos espíritus.

Había dedicado toda la mañana a redactar los informes de traspaso de los expedientes que su grupo tenía abiertos cuando apareció el cadáver en Olabeaga. Antes de marchar a casa acordó reunirse con el resto del grupo a media tarde para poner en común la información de la que disponían.

Miró el reloj, ya eran las tres y media; hora de devolver a Gorritxo a casa. El camino estaba embarrado, la gravilla, la tierra y la hierba salvaje se entremezclaban en un amasijo húmedo y resbaladizo. La niebla matutina se había disipado y la extensión de la explanada se

mostraba en todo su esplendor. Una campa lo bastante grande como para que cientos de bilbaínos pudiesen disfrutar de ella sin necesidad de molestarse los unos a los otros o para que se pudiera celebrar en ella, una vez al año, un macrofestival con capacidad para cuarenta mil asistentes.

Ander reclamó la presencia del perro con dos fuertes silbidos y emprendieron el camino de vuelta a casa. Cuando enfilaban su calle se cruzaron con Hermenegildo, un vecino octogenario con una salud de acero. El hombre salía todos los días a caminar veinte kilómetros.

—¡Aúpa, Ander! —lo saludó pasando a buen ritmo a su lado—. Bonito día para ir a por caracoles, ¿verdad?

—Herme, yo creo que hoy no se animan a salir ni los caracoles —respondió Ander riendo.

—¡Qué poca fe! —dijo Hermenegildo divertido—. Verás cómo hoy te encuentras, colgando de la jamba de tu puerta, una red a rebosar de ellos. A mi cuenta, ¡agur!

Ander lo observó mientras lo dejaba atrás a buen ritmo, balanceando hipnóticamente, con sus pasos cortos pero constantes, el palo de acebo que utilizaba a modo de apoyo. Vestía los mismos pantalones vaqueros cortos que llevaba tanto los días más tórridos de verano como las más frías jornadas invernales. Admiraba el tesón y la fortaleza de ese hombre. En secreto, deseaba que le pudiese contagiar un poco de esa vitalidad. En más de una ocasión se había preguntado cómo estaría él a esa edad y siempre llegaba a la misma conclusión. Él no vería los ochenta años.

La sala de investigaciones del Grupo 4 era un lujo que le habían concedido a Ander como líder del grupo puntero de la División de Investigación Criminal. Se acondicionó un pequeño almacén para albergar a la unidad al completo. No se reparó en gastos para equiparla con los mejores equipos informáticos del momento.

Ander entró en la sala cabizbajo, pensativo, con la imagen de la víctima aún presente en su memoria. Encaminó sus pasos hacia la mesa de reuniones que ocupaba la mitad de la sala. Una gran pizarra magnética blanca llenaba por completo la pared más próxima a la mesa. En ella ya aguardaban, sentados, los restantes miembros del grupo.

Ander dejó caer con estrépito la carpeta del expediente del caso sobre la mesa y tomó asiento.

—¿Qué tal se os ha dado la mañana? —dijo retrepándose en la silla —. Porque yo la he consumido redactando informes. Muy bien —miró fijamente a sus compañeros mientras elevaba ambas cejas a modo exhortativo—, ¿quién empieza?

Gardeazabal se aclaró la garganta y empujó hacia el centro de la

mesa una bolsa de pruebas, que contenía una elegante cartera azul de cuero repujado de buena factura.

—Antes me he pasado por Noruega —nombre con el que era popularmente conocido el barrio de Olabeaga, reminiscencia de los tiempos en los que los marineros de ese país arribaban con sus productos a los bulliciosos muelles bilbaínos— y he vuelto a preguntar a la gente de la calle por si recordaba algún detalle nuevo.

»Mientras charlaba con una vecina, me he fijado que un hombre pasaba junto a mí volando sobre una bicicleta oxidada, invadiendo la parte contraria de la calzada. Me he subido al coche rápido y, pisando a fondo, le he dado alcance al final de la carretera, en el muelle Sirgueras, justo antes de que entrara en el bidegorri[2].

»El muy gañán se ha asustado al ver que el coche se le echaba encima. Ha debido pensar que iba a atropellarlo, porque ha virado el manillar con tanta fuerza que ha perdido el control de la bicicleta. Por fortuna, ha chocado contra una farola, y esta y las barandillas del paseo lo han salvado de un chapuzón seguro en la ría.

Gardeazabal hizo una pausa y sacudió la cabeza mientras sonreía. Estaba claro que el chute de adrenalina que le había proporcionado la persecución le había alegrado la mañana. Después, alargó el brazo y tomó la cartera con una de sus manazas, con las que podría reventar una bola de billar.

—Llevaba esto en su chamarra. Una cartera de cuero azul. Como era de suponer, dentro no había nada de valor, pero sí que conservaba el carné de identidad. —Sacó la cartera de la bolsa y extrajo un DNI del interior—. Gloria Redondo, cuarenta y cinco años, vecina de Amorebieta.

Ander se levantó y cogió el documento de identidad. El rostro serio y adusto de una mujer de mediana edad miraba frontalmente al objetivo con los ojos fruncidos de una miope. Un escalofrío lo recorrió al percatarse de que esa cara definida que tenía entre sus manos pudiera corresponder al cadáver desfigurado que el día anterior reposaba contra una farola del embarcadero de Olabeaga.

—¿Crees que es ella? —preguntó Ander.

—¿Francamente? Sí —dijo Gardeazabal categórico.

—Quién sabe, el ratero se la pudo haber robado a cualquiera que pasara por la calle. ¿Qué te hace pensar que Gloria es nuestra víctima? —dijo Ander.

—El detenido asegura que se la encontró tirada en un solar cercano a la carretera usado como escombrera. Entre hierbas altas, a la sombra de un edificio moderno de la calle Duque. Puede que el asesino se deshiciera de ella en ese lugar. Sin embargo, el dato más relevante es que Gloria Redondo está en la lista de personas desaparecidas que ha confeccionado Arregui —dijo Gardeazabal, y le pasó el testigo al

agente.

—Efectivamente, jefe —confirmó Arregui—. El marido de Gloria Redondo denunció la desaparición de su esposa hace tres días. Se la vio por última vez el día dieciocho, a las ocho de la tarde, saliendo de su centro de trabajo en Orduña —dijo rascándose la cabeza.

Iban Arregui era un policía atípico. Sociólogo de formación, una vez que tuvo el título bajo el brazo trató de labrarse una carrera profesional en ese campo. Incluso llegó a abrir un gabinete sociológico junto a tres compañeros de carrera. Lamentablemente, la cruda ley del mercado les dio un baño de realidad que les hizo poner los pies en el suelo. La sociología no llenaría sus neveras. Una vez asumida la situación, Arregui decidió opositar a la Ertzaintza. Sacó la plaza en la primera convocatoria a la que se presentó.

Ander observó pensativo la foto del DNI. Luego su mirada pasó a la pared de cuyo extremo colgaba la foto del cadáver tomada en la escena del crimen.

—Es imposible hacer un reconocimiento facial de la víctima —dijo —. Aunque fuera ella, no la reconocería ni su propia madre. Arregui, pásate por el domicilio de Gloria y habla con el marido. Dile la verdad. Comunícale que su mujer ha podido ser asesinada y que necesitamos una muestra de ADN para hacer un análisis comparativo. Ya sabes, cepillo de dientes, peine, cualquiera de ellos nos valdría.

Arregui se retorció nervioso en la silla y asintió. Cercano a los cuarenta, el agente era un hombre curtido tras varios años asignado a Seguridad Ciudadana. Sin embargo, notificar el posible fallecimiento de un familiar era harina de otro costal. Representaba uno de los tragos más amargos al que un policía tenía que enfrentarse.

—En cuanto al detenido —Ander se dirigió a Gardeazabal en esta ocasión—, ¿qué sabemos de él? ¿Tiene antecedentes?

—Sí, un par de arrestos por posesión de heroína.

—¿Qué te dice tu instinto? —preguntó Ander—. ¿Crees que puede ser nuestro hombre?

Gardeazabal encogió los hombros y negó con la cabeza. Estrechó los ojos, lo que resaltó aún más sus pobladas cejas negras, y resopló hondo.

—Francamente, no lo creo. Él asegura que se ha encontrado la cartera esta misma mañana, cuando buscaba chatarra entre la maleza.

—Qué oportuno, ¿no? —dijo Ander.

—Sí, yo también pensé lo mismo, que me la estaba intentando colar; sin embargo, creo que su coartada es sólida. Asegura que la noche del crimen la pasó en el albergue municipal de Elejabarri. Luego me acercaré por allí para comprobar los registros —dijo Gardeazabal.

—Está bien, hazlo. De todos modos, no te des demasiada prisa; quiero que el detenido… ¿cómo se llamaba? —preguntó Ander.

—Gorka Blanco —dijo Gardeazabal.

—Quiero que el señor Blanco pase la noche en el calabozo de la comisaría. —Ander golpeó repetidamente la encimera de la mesa con el dedo índice—. Mañana, si su coartada se confirma, iré a interrogarlo antes de dejarlo marchar. Quizás la noche en blanco le sirva para recordar algún detalle más acerca de la cartera.

Gardeazabal tomó notas en su pequeño cuaderno de espiral del que nunca se separaba. Algunos compañeros de la comisaría le tomaban el pelo por esa costumbre suya. A sus espaldas se referían a él como el Estudiante. Obviamente, ninguno era tan ingenuo como para decírselo a la cara, de lo contrario, corrían el riesgo de terminar sin alguna pieza dental. Su cuaderno le servía de faro, hacía las veces de agenda y de diario. Cada noche, antes de acostarse, se había impuesto la rutina de revisarlo para asegurarse de que no hubiera descuidado ninguna tarea y también para planificar los quehaceres pendientes. Así era Pedro Gardeazabal, una auténtica caja de sorpresas.

—El siguiente asunto es el del grafiti: los números 94/732 —dijo Ander—. ¿Qué sabemos de ellos, Alday?

—En un principio trabajé con la hipótesis de que se trataba de un número de teléfono fijo de nuestra provincia. El 94 correspondería a Bizkaia y el resto serían parte de los siete números restantes. —Alday se apartó un mechón que le cruzaba la frente. Sacó un listado de varios folios llenos de números de teléfono y lo situó en medio de la mesa—.

»En este listado están todos los números de teléfonos fijos de Bizkaia que contienen, en algún punto, la serie numérica 732. —Pasó con el pulgar todos los folios para dejar constancia de la cantidad de contactos que aparecían—. Son cientos, literalmente. Los he llamado a todos. Como era de esperar, muchos no han contestado. En el listado he marcado únicamente aquellas llamadas que han tenido respuesta.

Gardeazabal le dio una palmadita en la espalda a Alday.

—Bien hecho, chico, te has convertido oficialmente en el nuevo picapedrero de la comisaría —le dijo tras emitir un agudo y prolongado silbido.

—A todos les he preguntado si algún miembro de su familia había desaparecido —continuó Alday, que hizo caso omiso a Gardeazabal—. Todas las respuestas han sido negativas.

—Y luego llamaste a la UOT —dijo Ander.

—Sí, jefe, después me puse en contacto con los chicos de la UOT. Ellos me iluminaron. Estábamos de acuerdo en el hecho de que el número 732 tenía que ser el final de una serie, que no podía estar encastrado en un número más largo porque, de lo contrario, las opciones se multiplicarían exponencialmente. Lo cual no sería coherente si la pretensión del asesino es, precisamente, establecer una

comunicación con nosotros.

Ander se levantó y se sirvió un café solo de la cafetera americana que tenían sobre un anaquel cercano.

—Los asesinos en serie suelen dejar una firma —dijo cuando regresó a la mesa con una taza humeante—. Torres piensa que aún es pronto para aventurarnos con la hipótesis de un asesino en serie. Como buen purista, y siguiendo la ortodoxia de la teoría criminalista, no está dispuesto a colgarle esa etiqueta hasta que acumulemos tres cadáveres.

»Soy consciente de ello; sin embargo, todas las evidencias nos indican que el asesino volverá a actuar pronto. —Sopló dentro de la taza y el vapor del café se propulsó hacia el resto del equipo—. Continúa, Alday.

—Como iba diciendo, jefe, partiendo de la hipótesis de que 732 era el final del número y que el 94 también debería de aparecer junto en algún punto de la serie, los chicos de la UOT realizaron una búsqueda cruzada con su inmensa base de datos.

Sus compañeros lo observaban en silencio mientras él cogía una carpeta beis que tenía a su lado y sacaba de su interior un par de folios mecanografiados. En la era digital, en la que todos los informes se imprimían, resultaba anacrónico encontrarse con documentos redactados con una máquina de escribir.

—El resultado es este. Un expediente de 1994. Concretamente, el expediente 1994000732.

Ander tomó los folios y los ojeó.

—Es un expediente nuestro —dijo mientras continuaba leyendo—. Un caso sin resolver. El expediente de una desaparición —concluyó a media voz.

Una sombra de honda tristeza se dibujó en su rostro. Examinó la foto de la víctima de Olabeaga mientras aferraba la taza de café entre las palmas. Le gustaba sentir su calor intenso; le traía recuerdos de la infancia, de una taza de leche recién calentada a la lumbre, de la sensación de seguridad que ese calor le infundía y de la gente con la que compartía esos sentimientos en la cocina del caserío. Sus compañeros callaron, conscientes de las atribulaciones del inspector.

En 1999, Enara, la hermana de Ander, había desaparecido sin dejar rastro. En aquel entonces, él era un joven policía que, tras varios años en el cuerpo, había logrado un traslado a la División de Investigación Criminal. Un año después, desaparecería Enara. Ander rogó a su superior que le permitiese formar parte de la investigación, pero este se negó en rotundo al entender que estaba demasiado implicado emocionalmente y que sería más una carga que una ayuda en el caso.

A pesar de todos los recursos utilizados en la búsqueda, Enara no apareció. El caso se cerró. No importaban los años transcurridos. Los

rescoldos de la honda amargura que le supuso ser apartado del caso aún perduraban.

—Celia Gómez, dieciocho años, natural de Portugalete —leyó Ander —. Desapareció una noche mientras regresaba a casa de clase de inglés. La desaparición fue denunciada ante la policía municipal de Portugalete por sus padres la misma noche en la que ocurrió.

»El agente de guardia, identificado como AB395, les indicó que tenían que esperar veinticuatro horas desde la desaparición para tramitar la denuncia. —Hizo una pausa—. Lástima, se perdieron veinticuatro horas preciosas. Vitales —dijo con la mirada perdida en algún punto irrelevante de la mesa.

—Nada más se supo de ella. Ninguna pista, ninguna nota, ningún rastro que seguir. Nada. Fue como si la tierra se la hubiera tragado —dijo Alday—. No puedo ni imaginar el calvario por el que habrá pasado su familia durante todos estos años —dijo mirando con empatía a su jefe.

Ander cogió el DNI de Gloria y lo sostuvo junto al expediente de Celia.

—Si el grafiti se refiere a este expediente, entonces tenemos que investigar la posible conexión entre ambas mujeres. Busquemos cadenas de causalidad —dijo Ander—. En 1994, Gloria tendría prácticamente la misma edad que Celia, quizás se conocieran. Preguntaremos a los padres de Celia, a ver hasta dónde nos lleva esta pista.

Gardeazabal carraspeó en su asiento.

—Es como lanzar una bengala en la oscuridad, Ander —dijo—. Si no ilumina bien el camino, puede hacernos perder mucho tiempo y recursos en una búsqueda que, perfectamente, podría no ser más que una cortina de humo, una trampa dispuesta por el propio asesino para hacernos dar vueltas sin rumbo. Quizás su único objetivo, después de todo, sea reírse de la policía.

—¿Y en qué consiste la investigación criminal más que en navegar por un mar de hipótesis y posibilidades? —cuestionó Ander—. Nuestra labor es convertir la incertidumbre en certidumbre, la duda en certeza, pero para ello nos tenemos que mover.

»Debemos multiplicar nuestros esfuerzos. El reloj de arena continúa vertiendo su contenido; cada grano pesa. Por lo tanto, a partir de mañana Alday se quedará en la comisaría coordinando comunicaciones, peticiones de informes, órdenes judiciales, en definitiva, todo el ámbito administrativo. Gardeazabal, Arregui y tú iréis juntos. Yo me moveré solo, ¿de acuerdo?

Todos asintieron.

—En lo que a mí respecta, no tengo mucho que aportar aún. La nota que el asesino dejó en la boca de la víctima no nos dice gran cosa. A

primera vista parece una justificación que el asesino entiende suficiente para cometer el crimen. Como si el hecho de que la víctima lo hubiera tratado "parca y miserablemente" en algún momento de su vida fuese un argumento suficiente para masacrarla de esa manera —continuó Ander apretando los puños—.

»En cuanto a la firma de H9, parece que es el modo como se quiere dar a conocer al mundo, por lo que, a partir de ahora, nos referiremos a él con ese sobrenombre. Al menos hasta que lo atrapemos y desvelemos quién se oculta tras esa firma. Movámonos, compañeros.

Ander cogió un clasificador nuevo y comenzó a montar la carpeta del nuevo caso. Se desplazó hasta su mesa, una amplia encimera de madera de haya repleta de informes y material de oficina. Rebuscó entre este y sacó un rotulador indeleble de punta gruesa. Giró el archivador y escribió un H9 mayúsculo en su lomo.

Ander estacionó el coche en su plaza en el aparcamiento municipal situado bajo la plaza de La Casilla. Tras finalizar el turno se había pasado por el gimnasio de la comisaría a descargar la rabia contenida. Al cabo de una hora de ejercicio intenso, estaba rendido. Se duchó y se quedó sentado, junto a la taquilla, hasta que el último de sus compañeros hubo abandonado el vestuario. Fantasmas del pasado reaparecían en su vida.

Estaba viviendo un déjà vu. La desaparición de Celia Gómez se había producido del mismo modo que la de su hermana. La única diferencia residía en que, en el caso de Enara, él no había esperado a que pasaran veinticuatro horas para iniciar la investigación. Echó mano de todos los recursos a su alcance para tratar de rastrear los últimos movimientos de Enara. Habló con todas sus amigas; con su novio; con el gimnasio donde hacía aerobic —lugar donde se la vio por última vez—, y con los propietarios de los comercios que se encontraban en la ruta que ella realizaba habitualmente de regreso a casa. No hubo piedra que Ander no removiese. Pero todo fue en vano. Sus esfuerzos no obtuvieron ningún resultado; solo una reprimenda de sus superiores por haber puesto en marcha todo el dispositivo y haber dispuesto de recursos materiales y humanos de la policía autónoma sin su autorización.

Los tres años siguientes a la desaparición fueron sus años más oscuros. «Los años del pozo», los llamaba. Comenzó a beber más de la cuenta y su conducta se radicalizó. Le abrieron dos expedientes por uso excesivo de la fuerza. El tercero le habría supuesto la expulsión. Recordando esos momentos con la perspectiva que le brindaba el paso del tiempo y la madurez adquirida, Ander entendía que sus jefes se habían portado muy bien con él. A pesar de discrepar con ellos por el hecho de que lo apartaran de la investigación, al final fueron lo

bastante empáticos como para entender su reacción.

Salió a la superficie por las escaleras que daban a la entrada principal del pabellón de La Casilla, antigua sede del equipo de baloncesto de la ciudad. Ander aún recordaba los vibrantes momentos de baloncesto compartidos con su padre en los partidos del gran Caja Bilbao de Kopicki y compañía. En momentos tan duros como aquel, esos recuerdos archivados en algún compartimento amable de su cerebro le producían una agradable sensación de felicidad. La emoción de volver a casa, donde quien te quiere te espera con los brazos abiertos.

Carmelo Crespo, el padre de Ander, vivía junto al pabellón, en la calle Zugastinobia. Una calle de extensión mínima, de apenas cien metros de longitud, pero que representaba un oasis para una de las figuras más auténticas del Bilbao del siglo XX: el chiquitero. Los chiquiteros eran bebedores sociales que, por lo general en cuadrilla, solían recorrer, cual devotos en procesión, los bares y tabernas que engalanaban las calles más castizas de Bilbao. Solían beber el chiquito, un vaso de cristal chato apenas llenado con dos o tres dedos de vino cosechero. Los chiquiteros eran todo un icono en Bilbao. No fue por azar que Carmelo comprara su vivienda en ese lugar.

Ander hizo un barrido por los bares en busca de su padre. En medio de la ruta habitual se encontró con Txus Landabaso, uno de sus compañeros de cuadrilla. Txus le comentó que esa tarde su padre no había bajado. Ander aún conservaba un juego de las llaves de casa, así que subió directamente sin tocar el timbre. Subió de dos en dos las escaleras de madera de la casa centenaria hasta alcanzar el cuarto piso. Tocó el timbre, sin respuesta. Ahora sí que empezaba a preocuparse. Entró en la vivienda. Las luces de la entrada y del salón permanecían apagadas; sin embargo, un tenue haz de luz se vislumbraba a la vuelta de la esquina del largo corredor en forma de L.

—¡Aita, soy yo! —dijo Ander—. ¿Estás bien?

Ander se precipitó por el largo pasillo que conectaba el recibidor con la cocina. El resto de las estancias de la vivienda se abrían a ambos flancos, al estilo de las viviendas antiguas, con dos estancias orientadas al exterior y el resto a patios interiores. El pulso de Ander se aceleró al ver que la luz procedía de la habitación de su padre.

—¡Estoy aquí, hijo! —respondió Carmelo desde su habitación con la voz quebrada.

Ander se encontró a su padre a medio vestir, mirándolo con expresión de perplejidad. Tenía puesta una camisa blanca con rayas verdes y unos calzoncillos grises.

—¿Qué haces, aita? Acabo de estar con Txus. Me ha dicho que hoy no has bajado a tomar unos potes. ¿Estás bien? —Ander lo sujetó de

los hombros y lo miró con preocupación.

—No sé, hijo —dijo Carmelo irritado—. He venido aquí y no consigo recordar a qué.

Ander miró a su alrededor. Ambas puertas del armario estaban abiertas, así como todos los cajones interiores. El caos que mostraban esos cajones evidenciaba que la búsqueda de su padre no había obtenido fruto alguno.

—Habrás venido a vestirte, aita. Todos los días quedas a las siete con Txus y el resto de la cuadrilla que no padece cirrosis para tomar unos tragos por el barrio.

—Ah, claro. ¡Es verdad! —Carmelo se frotó la frente con las yemas de los dedos—. ¡He venido a vestirme! —Se observó en el espejo, que ocupaba toda una puerta del armario de su dormitorio—. Mira qué pintas llevo. No tengo ni los pantalones puestos. ¡Qué vergüenza! —Se apresuró a enfundarse un par de pantalones.

—Oye, aita, a ti esto no es la primera vez que te pasa, ¿verdad? —preguntó Ander con el ceño fruncido.

Carmelo se lo quedó mirando con los ojos acuosos muy abiertos. Su mirada ausente, tratando de recordar.

—A veces se me olvidan las cosas, es verdad. Últimamente me ha sucedido más de una vez. Me pasa que no encuentro el azúcar, la sal, las llaves. Pero al final siempre acababan apareciendo. Yo lo achaco a la edad, ya no soy un chaval, Ander —dijo con una sonrisa afectada. No le gustaba ver a su hijo preocupado. Hacerlo feliz se había convertido en su gran obsesión en la vida.

—Esas son señales, aita; no hay que tomárselas a broma. Mañana mismo vamos a ver a tu médico de cabecera —dijo Ander tajante.

—¿A ese galeno loco? Pero si lo único que sabe hacer es recetar ibuprofeno o paracetamol aleatoriamente, sin despegar el culo de su silla —dijo Carmelo.

—No es una opción, vas a ir y punto. Ahora mismo voy a cogerte cita previa por internet. —Ander agarró el móvil.

—De acuerdo —respondió Carmelo resignado.

Se dirigió hacia el armario, se puso el pijama y dejó cada prenda de calle en su respectiva percha.

Ander, que observaba con atención los movimientos de su padre en busca de algún tipo de vacilación, respiró más tranquilo al comprobar que toda la secuencia había sido ejecutada con normalidad.

Carmelo se acercó a su hijo y le pasó el brazo por el hombro.

—Entonces, ¿a qué se debe tu visita?

—A nada en especial, aita, ¿acaso no soy bienvenido? —Ander prefirió ocultarle sus desasosiegos por la herida de Enara, que había vuelto a supurarle.

—¡Por supuesto que sí! —contestó Carmelo feliz—. Prepararé tu

cena favorita, tortilla de patatas con pimientos verdes.

—Genial —dijo Ander tratando de dejar a un lado sus inquietudes durante un par de horas.

Capítulo 3

«Egun on[3], buenos días a todos los que nos están escuchando en este arranque de viernes, 22 de noviembre de 2019. A todos los que, como nosotros, le ponemos buena cara al mal tiempo y esperamos que hoy sea el mejor día de nuestras vidas. María, vamos con los titulares de la jornada...».

Miren apagó la radio y quitó el contacto del coche. Llevaba dos días obsesionada con el asesinato de Olabeaga. No lograba quitarse de la cabeza esa imagen del cadáver apoyado contra la farola en un entorno de quietud y de realidad suspendida. El graznido de las gaviotas, el impacto de la lluvia contra el agua y su respiración agitada habían sido los únicos sonidos que rompieron el hechizo entonces. Después de ese día, Miren trató de informarse sobre los avances en la investigación, pero en su comisaría nadie sabía nada. Los periódicos se habían hecho eco de la noticia con más sensacionalismo que información contrastada.

El bramido de un claxon la sacó de su ensimismamiento; había entrado en la calzada sin percatarse de la presencia del automóvil. Tras una ventanilla nublada por el vaho, el conductor se desgañitaba perdido en una serie de aspavientos coléricos. Miren se limitó a levantar la mano en señal de disculpa y cruzó la calle.

La nueva comisaría Central de Bilbao estaba situada cerca del amplio bulevar de Jardines de Gernika, en el barrio de Miribilla. Era un edificio de fachada polimórfica, asimétrica, que se elevaba cuatro alturas. Incluso entre la niebla matinal resaltaban su diseño innovador y la piel de la fachada construida con finas capas de aluminio, que a Miren siempre le recordaban a los táperes cubiertos con papel albal de su nevera. Había sido inaugurada en marzo de 2012, tomando el relevo a la antigua de Garellano. Más de ochocientos agentes de la policía municipal fueron desplazados a esta nueva ubicación, junto con el cuerpo de bomberos y el servicio de ambulancias de Bilbao. Fue todo un acontecimiento.

La sala de agentes estaba caldeada. El ir y venir constante de policías y ciudadanos, unido a la elevada temperatura de la calefacción central, golpeaban al recién llegado con la misma fuerza que el mejor gancho de Kerman Lejarraga. Hacía falta tomar aire para aclimatarse al cambio. En esas estaba Miren cuando se percató de que Gorka Elizegi alzaba el cuello desde un escritorio cercano y le hacía

indicaciones para que se acercara.

—Tienes visita en la sala de espera. —Señaló hacia el pasillo—. Creo que es la mujer de siempre.

—Me lo imaginaba, viene todos los viernes. La cuestión es que ella ya sabe que el tema está en manos de la Ertzaintza, que excede a nuestras competencias. Sospecho que estas visitas se han convertido más en un acto terapéutico que otra cosa —dijo Miren observando el pasillo—.

»Sabe que yo la escucho y, después de la charla, vuelve a casa con la sensación de que está haciendo algo por encontrar a su marido. Gracias, Gorka. —Le dio una palmada en el hombro y se dirigió hacia la sala de espera a encontrarse con Teresa Garrido.

La mujer se había presentado por primera vez en la comisaría de Miribilla a finales de julio. Ese día coincidió que Miren estaba destinada a Atención Ciudadana para cubrir la ausencia de otro compañero, por lo que fue ella la que tramitó la denuncia por desaparición del marido de Teresa. Carlos Bonaparte era profesor de la Escuela de Ingenieros de Bilbao y el día de su desaparición había acudido con normalidad a su trabajo. Era su último día antes de coger las vacaciones de verano. A las tres y media abandonó su despacho y se despidió de sus colegas hasta septiembre. No se volvió a saber nada más de él.

Miren tramitó la denuncia y esta pasó a manos de la Ertzaintza. Pero transcurrido un mes, Teresa volvió a la comisaría de Miribilla a hablar con ella. Siempre le decía que era la única persona que la escuchaba, que había acudido a la policía autónoma cada día a preguntar por su marido y que al final, a la vista de la falta de empatía que percibía en los inspectores asignados al caso, decidió dejar de hacerlo. En esa nebulosa de angustia y ansiedad en la que se había convertido su vida, sentirse escuchada significaba muchísimo para ella.

Conocedora de la rutina de Teresa, Miren contactaba cada jueves con Desapariciones de la Ertzaintza para preguntar si había habido algún avance o novedad en la investigación. La respuesta siempre era la misma. Ningún avance. Por eso Miren todos los viernes, con su actitud más comprensiva y conciliadora, le confirmaba a la pobre mujer que no había ninguna novedad con respecto a la desaparición de su marido.

Cuando la vio entrar en la sala, Teresa se levantó como un resorte de su asiento y se le acercó con la mano extendida. A través de su abrigo de lana abierto, Miren pudo ver que Teresa vestía un vestido de algodón azul claro con estampados de motivos florales y calzaba unas llamativas katiuskas de marca. La asimetría de su peinado mostraba que Teresa había tratado de recomponer con la mano el caos que el

viento matutino de Bilbao había creado en su larga cabellera morena. Miren observó que las ojeras azuladas iban profundizando sus surcos bajo los delicados ojos marrones de la mujer. Estaba muy pálida y cada vez le sobresalían más notoriamente los pómulos. Era una mujer hermosa con el sufrimiento cincelado en el rostro.

Se dieron la mano e, instintivamente, Teresa estrechó a Miren en un emotivo abrazo.

—¿Hay alguna novedad, Miren? —preguntó Teresa tras deshacer el abrazo—. ¿Sabéis qué le ha pasado a mi marido?

—Teresa, me temo que seguimos igual que hace una semana —contestó Miren pausadamente. Temía que el dique de contención emocional de la mujer se quebrase antes de lo habitual.

—Dime la verdad. Ya lo han dado por perdido, ¿verdad? —La mujer se dejó caer, abatida, sobre la silla más cercana—. Hace semanas que no lo buscan, ¿no es cierto?

Un nudo opresivo se formó en la garganta de Miren. Evidentemente, la búsqueda de su marido había pasado a un segundo plano para la policía autónoma. Ella tenía razón. Se había convertido en una orden de búsqueda interpolicial más. Otro rostro en un tablón digital bajo un rótulo de «se busca». Ambas lo sabían. Pero, en ocasiones, la verdad no genera más que caos y ruina.

—¡No, para nada, mujer! No pierdas la esperanza —contestó Miren —. Ya sé que es fácil decirlo porque a mí no me afecta directamente, pero la policía lo sigue buscando. Su foto está en el listado de personas desaparecidas de larga duración en la página web de la Ertzaintza y todo el resto de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado también están sobre aviso.

Teresa emitió un chasquido de desagrado con la lengua y negó con la cabeza.

—A la Ertzaintza lo único que le interesaba saber en su momento era si Carlos se medicaba, si nuestra relación era estable, si había habido episodios de violencia doméstica —dijo con cara de desagrado —. Parecía que yo fuese la culpable de la desaparición de mi marido. Me conozco ese discurso a la perfección: que si en Euskadi se denuncian diecinueve desapariciones a diario; que si la gran mayoría se resuelven; que si, en ocasiones, las personas quieren desaparecer.

Miren no replicó porque, en el fondo, sabía que Teresa tenía razón. Al final, pasados unos días sin noticias del desaparecido, la investigación llegaba a un punto muerto, se enfriaba. En la mayoría de las ocasiones, el caso moría.

—Pero explícame una cosa —dijo Teresa. Se había levantado y, acercándose a un palmo de la cara de la policía, golpeaba repetidamente su palma izquierda con el dedo índice derecho—. ¿A dónde pudo ir sin ropa ni dinero?

Miren la agarró con amabilidad por los hombros. Ese era el momento en el que Teresa se derrumbaba, en el que abría las esclusas de sus emociones. La mujer comenzó a llorar desconsolada fundida en otro largo abrazo con Miren.

Al cabo de cinco minutos, la agente volvía a su escritorio. Junto a su silla, erguido como si fuera el jinete de una estatua ecuestre, se alzaba el suboficial Otamendi.

—Agente Zarandona —dijo con fingida amabilidad—, hoy a las doce hay una reunión en el Centro de Coordinación Policial Conjunta. Quiero que acudas. Sé puntual.

—Sí, señor —dijo Miren atónita, mientras veía cómo Otamendi se marchaba sin esperar su respuesta.

El día estaba cumpliendo con creces las expectativas: la que prometía ser una mañana agitada, se había convertido, en la práctica, en una mañana frenética. Después de cenar en casa de su padre, Ander regresó pronto a la suya para organizar las tareas del día siguiente. No consiguió conciliar un sueño profundo. El incidente en casa de su padre y el asesinato de H9 no se lo permitieron.

Por eso, tras pasarse horas dando vueltas sin encontrar la postura ni la calma necesaria, optó por levantarse. La luna, que aparecía y desaparecía detrás de cúmulos de nubes bajas que transitaban a gran velocidad, vigilaba, menguada, el sueño de la urbe bilbaína.

Ander bajó a la cocina y sacó a Gorritxo a la calle. La niebla aún no se había disipado del monte Cobetas. El frío era intenso. En las inmediaciones no se oía nada más que el ladrido ocasional del perro de algún vecino y el reclamo del búho o cualquier otra ave nocturna. «Mejor así», pensó Ander, que agradecía el efecto del ambiente invernal para refrescar sus ideas cuando estas no llegaban con claridad.

Después se fue a la comisaría de Deusto.

La noche anterior había recibido una llamada de Gardeazabal. El inspector había acudido al albergue de Elejabarri para comprobar el libro de registro. Retrocedió hasta la noche del 19 y, efectivamente, allí estaba apuntado el nombre de Gorka Blanco. Gardeazabal le preguntó al conserje del albergue municipal sobre la posibilidad de que un usuario que estuviera registrado en la lista pudiese escabullirse y pasar la noche fuera. La negativa del hombre fue tajante. Se hacía recuento en todas las plantas, habitación por habitación. Después se cerraban las puertas hasta la mañana siguiente. De no haberse encontrado Gorka en su habitación aquella noche, se habría hecho constar la incidencia en el registro. Su coartada, por lo tanto, quedaba confirmada.

Ander desayunó en un bar de camino hacia la comisaría. Un café

con leche con un par de tostadas bien impregnadas en mantequilla y mermelada de melocotón. Liberaría a Gorka, pero antes, le haría un par de preguntas.

—Tus pertenencias. —Ander le lanzó una bolsita sobre el catre de la celda—. Y un café para que espabiles. No te quejes, que no es de máquina; este es de cafetera.

El detenido se levantó como un cohete. No había oído abrirse la puerta de la celda. Se lo veía asustado, bizqueaba y miraba a Ander con expresión de desconfianza. Al final la necesidad venció al recelo. Agarró el vaso de café con ambas manos, le quitó la tapa y olió su aroma con parsimonia. Tenía el rostro magullado y un vendaje inmovilizaba su muñeca izquierda.

—¿Puedo marcharme? —preguntó nervioso, una vez le hubo dado un buen sorbo al café aún humeante.

Ander se puso en cuclillas frente al detenido. Saltaba a la vista que la vida no había sido muy amable con él. No, señor. Tenía el rostro lleno de marcas, vestigios de cortes y golpes. La erosión producida por el consumo excesivo de la heroína era muy evidente. Su cuerpo, enjuto, hacía que Ander pensara en él como en una ramita que estuviera a punto de quebrar; sin embargo, tras años de analizar el crimen y a sus actores, el inspector había aprendido a no descartar a nadie por su apariencia física. El mal anidaba en recipientes diversos.

—Lo harás en cuanto me repitas la historia de cómo te encontraste la cartera —contestó Ander.

—¡Vamos, pero si ya se lo conté al otro inspector! —dijo Gorka con expresión de cansancio.

—Exactamente. Se lo dijiste al otro inspector. Pero no a mí. Empieza, que no tengo todo el día.

Gorka entornó sus ojos legañosos durante un instante. Luego habló.

—Los días que siento que me levanto con buena suerte, suelo ir a echar una ojeada por los muelles de Olabeaga. Ya sabe, inspector, por allí pasa mucha gente. Siempre cabe la posibilidad de que a alguno de ellos se le haya caído un fajo de billetes, ¿no? —Le guiñó un ojo a Ander.

Este continuó impertérrito.

—En conclusión, estabas con mono y decidiste combatirlo pasándote por Olabeaga a la caza de algún infeliz que te subvencionase un pico —dijo Ander.

—No, no, no, agente, yo ya lo he dejado —dijo nervioso. Se remangó ambos brazos y mostró unos antebrazos baqueteados—. Hace más de dos años que no pruebo nada duro; tan solo algún porrito de vez en cuando. Ya sabe, no todo va a ser sufrimiento en este valle de lágrimas —dijo y enseñó dos hileras discontinuas de dientes

mugrientos.

Ander asintió sin relajar su expresión severa.

—Continúa —dijo.

—Ese día llovía tanto que hasta Noé habría subcontratado carpinteros para acabar el arca. —Gorka se rio de su propio chiste—. Hice un buen barrido tanto por el paseo como por los alrededores, sobre todo por la zona de rastrojos donde, en ocasiones, algunos lanzan sus escombros cuando nadie los ve. Fue allí donde encontré la cartera.

—¿A qué altura?

—Frente al edificio Soñar. —Gorka se refería al edificio de Olabeaga, cercano a las vías de Renfe, en cuyo lateral habían pintado esa palabra en un tamaño colosal.

—Aparte de la cartera, ¿viste algo que te llamara la atención? —preguntó Ander.

—No, nada. Todo estaba lleno de porquería: latas, bolsas, pedazos de cerámica, algún hierro oxidado, lo de siempre. Pero nada de valor, eso se lo puedo asegurar, inspector.

—Muy bien, Gorka. Ahora pasamos a la pregunta clave. Si la aciertas te llevas el bote del programa —dijo Ander—. ¿Qué contenía la cartera? Piénsatelo dos veces antes de contestar, porque como intentes engañarme como a mi compañero, te juro que te hago pasar otros dos días aquí.

—¡No puede hacer eso! —se quejó Gorka.

—Está todo en tus manos. —Ander ladeó la cabeza con la expresión del juez que está a punto de dictar sentencia.

El detenido hundió la cabeza entre sus manos. Durante un instante no dijo nada. Se limitó a masajearse las sienes con los pulgares. Estaba calibrando sus opciones. Finalmente, alzó el rostro mirando directamente a Ander a través de unos ojos vidriosos.

—Está bien, inspector. Había dinero, mucho dinero —dijo relamiéndose—. Nunca había visto tanto junto.

—¿Cuánto? —preguntó Ander entrecerrando los ojos de un modo que le confería un aire ladino.

El detenido se inclinó hacia su lado izquierdo e introdujo su mano por la entrepierna. Ander presenció, sorprendido, cómo aquel hombre sacaba un sobre marrón de sus calzoncillos y lo lanzaba al suelo.

—No lo he contado —dijo Gorka contrariado—. Hágalo usted mismo.

Ander abrió el sobre y enarcó las cejas. Dentro había un fajo de no menos de cincuenta billetes de cien euros. Junto al dinero había una nota.

—«El resto a las nueve en el aparcamiento del Salto del Nervión» —leyó.

Ander no pasó por alto que, tanto la hoja como la tipografía, parecían coincidir con la nota hallada en la boca de la víctima de H9. De ser realmente coincidentes, valdría para confirmar la identidad de la víctima: Gloria Redondo. Parecía que el primer enigma planteado por el asesino llegaba a su resolución.

—Pero ¿en qué estaría pensando esa chica para ir con tanto dinero encima? —preguntó Gorka.

Ander se puso en pie e introdujo el sobre en el bolsillo de su chaleco.

—Gorka Blanco, puedes marcharte. Eres libre —dijo y señaló la puerta de la celda.

—¿Y el dinero? —preguntó el hombre con la boca abierta.

—Este sobre pasa a ser una prueba en una investigación de homicidio. De todos modos, nunca te ha pertenecido —respondió Ander indiferente, mientras salía del calabozo.

Ander abandonó la comisaría y pasó a recoger a su padre para acompañarlo a la consulta del médico. Mientras esperaba a que la enfermera les hiciera pasar, tocó distraídamente el sobre que aún llevaba encima. ¿Por qué tendría Gloria Redondo ese sobre? ¿Estaría chantajeando a alguien? ¿A quién? ¿Quizás a su asesino? Demasiadas preguntas sin responder. Aunque al menos tenían un hilo del que tirar. Debían poner el foco en Gloria y diseccionar sus últimas horas de vida.

Miró a su alrededor. Su padre mantenía la vista al frente, nervioso, aunque ocultándole sus sentimientos a su hijo. No conseguía desembarazarse de esa maldita sobreprotección. A su alrededor, el ambiente era el clásico que se podía esperar en ese tipo de salas. Miradas esquivas, silencio contenido, nerviosismo. Ander odiaba las salas de espera en general, y las de los ambulatorios en particular. Algunas de esas sillas las ocupaban personas cuya única obsesión parecía ser conocer la hora a la que habían citado a cada nuevo paciente que entraba en la sala. Ander sospechaba que esa gente tan proclive a la interpelación tenía la cita mucho más tarde, pero que aprovechaba la antesala de la consulta como un acto social más, como una oportunidad para narrar todas sus dolencias crónicas y las operaciones padecidas en las últimas décadas. Para cortar de raíz esa posibilidad, Ander decidió llevar puesto el chaleco de la Ertzaintza. Pasaron a la consulta sin que ninguno de los presentes cruzara una palabra con ellos.

Aunque el médico no les dijera nada concluyente, Ander salió muy preocupado de la consulta. Sin embargo, Carmelo mantenía una actitud jovial, relajada. Probablemente pretendía quitarle hierro al asunto para evitar que su hijo se preocupara por él. Cómo no. A pesar

de todo, su ancha frente atezada aparecía atravesada por tres grandes arrugas. Carmelo era un hombre alto, más aún que Ander, y gozaba de una constitución muy robusta producto, en gran medida, de los años dedicados a la huerta. Sus brazos y manos eran fibrosos y fuertes, y él presumía de esa salud.

—¿Ves, hijo? Tampoco ha sido para tanto. Unas pequeñas ausencias debidas al cansancio —dijo Carmelo.

—Eso no es lo que ha dicho el médico, aita —contestó Ander con el ceño fruncido—. Te ha dado cita para el neurólogo. Él será el que nos explique lo que te pasa con más precisión. Por ahora, ya has oído a tu médico, nada de alcohol.

Carmelo hizo un gesto de contrariedad, miró a los ojos a su hijo con expresión suplicante y le pasó el brazo por el hombro.

—A lo que yo hago no se le puede llamar beber. Apenas son dos vasos al día.

—Aita, escúchame, te lo digo en serio, como me entere de que has bebido, y ten por seguro que me voy a enterar, te esposo a la pata de la cama. —Ander apuntó con su dedo índice a la cabeza de su padre.

—Pero ¿a quién he criado yo, a Harry el Sucio? —dijo Carmelo—. Tan solo te ha faltado decirme eso de «alégrame el día».

Ander negó con la cabeza sin reprimir una media sonrisa. Se apresuró a dejar a su padre cerca de casa. Tenía que acudir a una reunión importante en la comisaría de Miribilla.

El subcomisario Torres había programado una reunión con la policía municipal en el centro de Coordinación Policial Conjunta, conocido como CMC. Uno de esos guateques que tanto les gustaba montar a los peces gordos y que, generalmente, no suponían más que una pérdida de tiempo para todos los agentes implicados. Aunque Ander admitió que, en esta ocasión, quizás no fuese así. El caso requería movilizar a todos los efectivos posibles y la Ertzaintza no podría cubrir, por sí misma, todas las tareas de vigilancia y de garantía de seguridad ciudadana que conllevaba.

La investigación avanzaba. Una vez conocida la posible identidad de la víctima, solo había que corroborarla con el cotejo de las muestras de ADN que lograría Gardeazabal. El informe forense y el de la policía científica quizás aportasen algún otro dato relevante, como huellas o, quizás, restos de ADN distintos a los de la víctima. Ander cruzaba los dedos para que así fuera. Pero si había un asunto que le preocupaba en las últimas horas, ese era el de la noticia publicada en El Correo.

Bajo el titular «Crimen sangriento junto a la ría» —acompañado de abundante información gráfica de la escena del crimen—, el redactor pasaba a detallar lo que varias fuentes anónimas de la investigación le habían descrito como un asesinato despiadado. El cuerpo del texto no

daba ningún dato concreto acerca de la investigación; sin embargo, hubo un detalle que sorprendió a Ander lo suficiente como para exigirle al periodista una aclaración. Este hablaba de una furgoneta blanca como posible vehículo utilizado por H9 para desplazarse al muelle de Olabeaga. El redactor de nuevo recurría a la etérea figura de la fuente anónima para justificar su afirmación.

Una furgoneta. Blanca. Encajaba, claro que encajaba. La clásica furgoneta que no llamaba la atención porque había cientos de ellas circulando por las calles todo el tiempo, incluso a primera hora de la mañana: repartidores de prensa, panaderos, albañiles que acuden a la obra... La cotidianeidad convertía el vehículo en invisible.

Lo que Ander no lograba entender y le enfurecía enormemente era que se les hubiera escapado ese testimonio. ¿Quién le había dado ese detalle al redactor? Aún faltaban diez minutos para la reunión. Ander estacionó el coche en la calle Jardines de Gernika y llamó al periódico.

—El Correo, buenos días —contestó una mujer desde la centralita.

—Buenos días, soy el inspector Crespo, de la Ertzaintza. Quisiera hablar con uno de sus redactores, Iskander Alonso.

—Por supuesto. No se retire, por favor.

El hilo musical inundó el auricular del móvil y obligó a Ander a apartarlo de su oído un instante.

—¿Inspector Crespo? Soy Iskander Alonso —dijo al cabo de unos segundos el redactor, interrumpiendo una versión acústica de Great balls on fire—, ¿en qué puedo ayudarlo?

—En tu artículo de hoy mencionas una furgoneta blanca —dijo Ander sin más preámbulos.

—Así es —contestó Iskander con cautela.

—¿Cómo has logrado esa información? —preguntó Ander.

—Nunca revelo mis fuentes, inspector. Digamos que prefiere mantenerse en un discreto anonimato. —Iskander remarcó cada una de sus afirmaciones. Ander se percató de que el reportero se sentía cómodo en ese tipo de situaciones—. Por cierto, ¿es usted el agente al mando de la investigación? ¿Podría responderme a unas preguntas? —Intentó tomar el control de la conversación.

El silencio reinó durante varios segundos, en los que únicamente se escuchó el repiquetear de las gotas de lluvia contra el parabrisas.

—Caminas por terrenos pantanosos, Iskander. Estás interfiriendo en una investigación de homicidio. ¿Crees que, de ser cierta la información, el asesino volverá a utilizar la furgoneta? Quizás ahora se deshaga de ella y perdamos pruebas que lo relacionarían con el asesinato. Necesitamos hablar con el testigo.

—Inspector, el testigo recuerda haber visto una furgoneta blanca aparcada frente al embarcadero cuando salió a pasear a su perro. Furgoneta que no estaba cuando regresó del paseo. El dato puede ser

relevante o no, pero lo que no entiendo es cómo esa información puede interferir en su investigación. Yo no soy más que un notario de la actualidad e interpreto los sucesos basándome, fundamentalmente, en la información obtenida. Siempre soy veraz en los artículos que publico.

—¿Eso lo has improvisado o lo llevas apuntado en tu tarjeta de visita? —dijo Ander enfadado. Tomó aire profundamente un par de veces antes de continuar. El cinismo del periodista lo sacaba de quicio —. Olvídalo. ¿Algún detalle más de la furgoneta? ¿Marca, matrícula, distintivos, pegatinas? Cualquier cosa.

—Nada, de verdad, inspector, el testigo no recordaba nada más aparte del color.

—Está bien, pero la próxima vez contrasta la información con la policía antes de aventurar hipótesis alarmistas.

—Si usted me proporcionase una declaración sobre el estado de la investigación, me ayudaría mucho a la hora de no aventurar hipótesis —dijo Iskander.

—No haré ningún comentario. Adiós. —Ander colgó el teléfono. Giró el contacto del coche y se reincorporó al tráfico.

La sala del CMC estaba al completo. Una atmósfera de expectación sobrevolaba la estancia; tan solo quedaba por ocupar la silla reservada a Ander. La puerta se abrió, el inspector entró con energía y saludó a los presentes. Tomó asiento.

—Suboficial Otamendi, agentes. —Ander inclinó levemente la cabeza ante los miembros de la policía local—. Disculpen el retraso, el tráfico en Bilbao es un asco. Quizás habría que regularlo algo mejor —dijo sin perder la sonrisa.

Otamendi se revolvió en su asiento. Era como una esfinge viviente, de porte altivo y ademanes aristocráticos muy acordes con un rostro alargado, unos pómulos marcados y un mentón saliente que esculpían en él un rictus de adusta autoridad. El pelo castaño y abundante lo llevaba peinado con raya a la derecha y el uniforme lucía impoluto.

Junto al suboficial se sentaban los agentes Miren Zarandona y Claudio Biurrun. A Claudio lo conocía de muchos años de colaboración policial; era un agente dedicado e íntegro, alguien que te puede cubrir las espaldas en un momento dado. Sin embargo, de Miren no sabía nada, era una novata, aunque le había gustado su actitud en el control de Olabeaga. Atisbó en ella una fuerte personalidad que, en los tiempos que corrían, era un bien escaso.

—Inspector Crespo, buenos días. El inspector Gardeazabal y el agente Arregui nos han puesto en antecedentes —dijo Otamendi con el tono melifluo de un encantador de serpientes—. El motivo de esta reunión es establecer las bases de coordinación necesarias entre los

dos cuerpos de seguridad en lo referente al asesinato de Olabeaga, ¿no es así?

—Así es, suboficial. La investigación sigue abierta. No entraremos aquí en detalles, porque cuanta menos gente los conozca, mejor —dijo Ander—. Como bien ha dicho Otamendi, la razón por la que hemos programado esta reunión es hacer efectivo el principio de coordinación entre nuestros cuerpos policiales —continuó dirigiéndose al resto de los presentes, principalmente a Miren y a Carmelo—. Manejamos la hipótesis de que el asesino puede volver a actuar en breve en Bilbao. Para tratar de evitarlo, vuestra colaboración será imprescindible.

—Como siempre, inspector —dijo Otamendi entrecerrando los ojos mientras sujetaba el bolígrafo entre ambas manos—. ¿A qué nos enfrentamos? ¿Qué es lo que buscamos?

—Probablemente nos enfrentamos al peor asesino que haya conocido nuestra ciudad. —Ander se retrepó en la silla—. Para lograr atraparlo necesitamos, principalmente, dos cosas. La primera de ellas, un visionado de las imágenes captadas por todas vuestras cámaras en un radio de un kilómetro desde la escena del crimen, desde la medianoche anterior a la aparición del cadáver hasta el momento en el que los agentes aquí presentes llegaron al muelle de Olabeaga.

»Lo segundo, que realicéis controles de tráfico a furgonetas blancas sin distintivo: pedid papeles, inspeccionad el interior en busca de restos de sangre... Nosotros, por nuestra parte, llevaremos a cabo esos mismos controles fuera de la ciudad.

—Sin problema. Del visionado se ocuparán los agentes Biurrun y Zarandona. —Otamendi señaló a los aludidos—. En cuanto a los controles, tendré que solicitar el visto bueno de mi comisario. Como comprenderá, inspector, yo aquí no soy más que una pequeña pieza en un engranaje enorme —dijo con falsa modestia.

—Entonces, de acuerdo. —Ander estrechó la mano a los tres municipales—. Nos mantendremos en contacto.

Se levantó y abandonó la reunión, seguido de Gardeazabal y Arregui.

Capítulo 4

Ander aparcaba el coche junto a la estación de cercanías de Renfe de Peñota en el mismo momento en el que los convoyes que iban en ambas direcciones confluían y continuaban su marcha como lo harían un par de largas carpas que se rozan en las aguas turbias de un pequeño estanque. Eran las once y media de la mañana. Grupos de padres e hijos se dirigían al cercano polideportivo de Santurtzi para ocupar y matar, de algún modo, las largas horas matutinas de los fines de semana otoñales. Ander vio a los chavales correr, precediendo a sus padres, anticipando las horas de diversión que les brindaría la piscina. Sintió una punzada de envidia por esos progenitores que compartían tiempo de calidad con sus hijos.

El viento marino soplaba con fuerza, transportando un olor inconfundible a salitre y una humedad que penetraba hasta el tuétano. El inspector se subió la cremallera de su anorak y se caló la capucha. Él le había dedicado tantas horas a su trabajo que se había percatado demasiado tarde de que su hija ya no era aquella niña a la que llevaba de la mano al parque de Doña Casilda a echarles pedazos de pan a los patos.

Se sacudió esa imagen de la cabeza. Bastante revuelto estaba ya con el recuerdo de la desaparición de Enara como para mezclarlo también con el fiasco que fueron sus primeros años de paternidad.

Centró su atención en el caso de H9. Ander era consciente de que la hipótesis de Alday sobre los números del muro del embarcadero de Olabeaga podía no ser más que pura casualidad o una coincidencia numérica. También sabía a ciencia cierta que visitar veinticinco años después de la desaparición de su hija a una familia que ya habría rehecho su vida era una canallada. Luego matizó mentalmente: nadie rehace su vida después la pérdida de una hija o de un hijo. Es, simplemente, imposible. Sin embargo, como inspector encargado del caso, tenía la obligación de explorar la posible relación entre Gloria Redondo y Celia Gómez. Ander había decidido acudir en persona a entrevistar a la familia de Celia porque conocía de primera mano lo que habían sufrido cuando desapareció su hija y, también, cómo podrían sentirse ahora.

La familia Gómez vivía en un bloque de apartamentos de ladrillo ocre de seis alturas, cuya fachada estaba embellecida por amplios balcones corridos que transmitían una sensación caótica al alternarse

algunos abiertos con otros que los dueños habían decidido cerrar. El interior del portal, sin embargo, era otra cosa, un catálogo de austeridad neoclásica lleno de luz y sosiego.

—Adelante, inspector —lo invitó a entrar José Gómez, padre de Celia—. Pasemos al salón. Mi mujer, Rosa, nos acompañará en breve.

José era un hombre alto, muy delgado y de apariencia frágil. Parecía un tronco de bambú combado por el fuerte viento. Sus ojos se escondían tras grandes ojeras, sedimentadas tras años de honda tristeza, desesperanza y rabia. Lo guio por el pasillo de la vivienda hasta una amplia sala cuyo centro lo ocupaba un conjunto de espléndidos sofás de cuero negro dispuestos en forma de herradura. José se desplazaba con lentitud, inclinando levemente la espalda hacia delante. Rondaría los sesenta años, aunque aparentaba unos ochenta.

Ambos se sentaron, uno frente al otro. José lo observaba expectante.

—Ayer los llamó mi compañero, el agente Alday, para concertar la cita y creo que les expuso brevemente el motivo de la visita, ¿verdad?

José asentía en el preciso momento en el que apareció su mujer por la puerta de la sala. Rosa compartía la misma mirada vacía de su marido; aunque, en su caso, no se le apreciaba un deterioro físico tan evidente. Pero Ander sabía que las heridas más terribles eran aquellas que no afloraban; aquellas que permanecían ocultas en el corazón.

—Sí, yo hablé con él. —Rosa tomó asiento junto a su marido—. La verdad es que no sabemos qué pensar. Doy por hecho que no han encontrado a mi hija, de lo contrario nos lo habrían comunicado ¿verdad, inspector? —preguntó con un ligero temblor de barbilla.

—Por supuesto que lo habríamos hecho, Rosa —dijo Ander—. Lo cierto es que no puedo concretar muchos detalles sobre el asunto que me trae aquí al ser parte de una investigación en curso. Lo que os puedo confirmar es que, desgraciadamente, vuestra hija no ha aparecido.

Rosa se reclinó sobre el respaldo del sofá mirando a la lámpara que pendía sobre sus cabezas. José, por su parte, continuó en la misma posición que había adoptado desde que se sentara en el sofá, con los antebrazos apoyados sobre las piernas y mirando hacia el frente con los ojos llenos de lágrimas. Ander vio que un par de ellas rebosaban y se precipitaban sobre la alfombra.

—Nos lo imaginábamos —dijo José y se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Hace tiempo que perdimos toda esperanza de recibir noticias de Celia. La verdad es que casi preferimos que sea así. —Tomó la mano de su esposa—. Elegimos vivir en una ilusión, en un engaño, ¿sabe? Nos hemos fabricado una realidad de cartón piedra, según la cual nuestra hija se marchó de casa aquel día de diciembre con la idea de desaparecer de nuestras vidas para siempre, con la intención de formar su propia familia lejos de aquí.

»Una realidad en la que nuestra hija tiene hoy cuarenta y tres años y vive feliz, dondequiera que esté. Esa idea es la que permite que nos levantemos cada mañana. Quizás usted no lo entienda, pero es nuestra medicina, y la necesitamos como agua de mayo.

Ander asintió. Comprendía a la perfección la necesidad que esa pareja tenía de conservar mecanismos de defensa como aquel. Sin cadáver que velar, ni ningún indicio sobre lo que le había ocurrido a Celia, el duelo era mucho más cruel. La aparición del cuerpo cercena la esperanza en aquellos que se aferran a ella, pero, por otra parte, permite llorar por fin a quienes hace tiempo que la daban por perdida.

—Jamás juzgaré las acciones de quienes, como ustedes, han sufrido la pérdida o desaparición de una hija —dijo Ander entrelazando sus manos—. Entiéndanme, no quiero molestarlos más de lo necesario. Solo necesito que miren esta fotografía y me digan si la mujer que aparece en ella puede ser alguna de las amigas de Celia. Tengan en cuenta que la fotografía es actual.

Ander les pasó una imagen ampliada del carné de Gloria Redondo. José la cogió primero y, tras observarla con atención, negó con la cabeza y se la pasó a su mujer. Ella la examinó durante más tiempo, pero con el mismo resultado.

—La verdad es que no me suena de nada, inspector. Lo siento. —Rosa le devolvió la fotografía a Ander—. ¿Quién es?

—Gloria Redondo —dijo Ander contemplando la reacción de la pareja—. ¿Su nombre tampoco les dice nada?

Ambos volvieron a negar con la cabeza.

—Lo siento, no la conocemos —dijo José.

—Está bien. José, Rosa, han sido muy amables recibiéndome tan temprano. —Ander se incorporó y estrechó la mano de ambos.

La pareja lo acompañó hasta la entrada. Ander aprovechó el momento de la despedida para darles una de sus tarjetas, que tenía su número privado apuntado a mano en el dorso.

—Aquí tienen mi tarjeta —dijo Ander—. No duden en ponerse en contacto conmigo para cualquier cosa que quieran comentarme.

—Gracias, inspector —Rosa la cogió y la posó sobre el mueble del recibidor—, es usted muy amable.

Se despidieron y a Ander lo embargó la misma sensación de vacío y silencio que lo acompañaba cuando abandonaba el depósito de cadáveres. Un escalofrío le recorrió la espalda y la pena atenazó su corazón.

—¿En serio te lees esos libros, sociólogo? —preguntó Gardeazabal desplazando con suavidad las manos sobre el volante. Los dos ertzainas avanzaban por la autopista A8 hacia el domicilio de Gloria Redondo.

—¿Qué tienen de malo mis libros? —contestó el agente sorprendido ante el giro en la conversación. Iban hablando de fútbol. Concretamente discutían sobre quién les parecía mejor jugador, Cristiano Ronaldo o Messi.

—¿Que qué tienen de malo? Todas las palabras que juntan, eso tienen de malo —contestó Gardeazabal convencido.

—¡Venga, hombre! Tú deberías leer más. Seguro que te enriquecería. Por lo menos te permitiría hablar de algo más que de fútbol en tu próxima cita a ciegas.

—Me ofendes. Soy un hombre con mucha labia —dijo Gardeazabal con una media sonrisa—. Ninguna de las chicas se ha quejado jamás de mi conversación.

—¿Y cuántas han repetido cita, casanova? —preguntó Arregui revisándose el uniforme. Se acercaban a Amorebieta y quería asegurarse de que todo estuviera en su sitio.

Gardeazabal emitió un gruñido, frunció el ceño y centró toda su atención en la calzada.

—¿Ves? Lo que yo te decía, las aburres —dijo Arregui riéndose para tratar de sacudirse el sentimiento de nerviosismo que lo invadía desde que Ander les había asignado la visita al domicilio de Gloria—. Deberías de aprenderte un par de teorías para mantener tu mente un poco ocupada y evitar así que tus ojos se vayan automáticamente a sus tetas.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué teorías me recomiendas?

—Podrías empezar por la teoría nudge, también conocida como la teoría del empujoncito —dijo Arregui con cara de concentrado.

—Pero si esa la conozco muy bien. Yo no hago otra cosa con mis citas que usar el empujoncito, sobre todo en los sitios estrechos. —La risa socarrona de Gardeazabal inundó el habitáculo del coche.

—Tenía que habérmelo imaginado, la culpa es mía. —Arregui se golpeó la frente y desvió la vista hacia la carretera.

—Es que me la has dejado botando, compañero. —A Gardeazabal se le saltaban las lágrimas de la risa—. ¿A que se te han quitado los nervios?

Salieron de la autopista.

Aparcaron junto a un imponente chalé en el barrio Larrea de Amorebieta. Bajaron del coche patrulla y se encaminaron hacia una vivienda individual de dos alturas con un bonito tejado rojo que caía a dos aguas. La parte inferior de la fachada estaba embellecida con piedra, el resto había sido pintada de blanco. Una gran terraza dominaba desde la primera planta. La casa estaba circundada por una cerca de metro y medio de altura coronada por una alambrada, a través de la cual poco se podía ver debido al seto vivo que habían hecho crecer pegado a esta.

—¡Menudo casoplón! —dijo Gardeazabal admirando el chalé de Gloria Redondo.

Arregui asintió mientras se atusaba la camisa y calaba bien su visera. Al llegar a la verja de entrada, escucharon los ladridos de un perro al otro lado de la cerca. Gardeazabal pulsó el timbre. Al cabo de unos segundos, un chasquido indicó la apertura de la puerta. Los ertzainas entraron en el jardín y siguieron el camino de piedras lisas que conducía hasta la entrada de la casa. Recorrieron el sendero sin perder de vista al perro obstinado, cuyos ladridos no hacían más que aumentar en volumen e intensidad. Afortunadamente, estaba atado. Gardeazabal observó que Arregui llevaba la mano derecha apoyada en la empuñadura de su pistola.

—Así me gusta, sociólogo —susurró Gardeazabal—, cúbreme las espaldas ante cualquier contingencia. Nunca se sabe de dónde puede venir el peligro.

El agente soltó la empuñadura y se sonrojó hasta las orejas. En ese momento, la puerta de la vivienda se abrió de par en par.

—Buenos días, agentes —dijo Eugenio Larrazabal estrechándoles la mano—. ¿Han encontrado a mi mujer?

La ansiedad producida por la espera prolongada había marcado unas arrugas profundas en el rostro pequeño y enjuto de Eugenio. Una barba descuidada de tres días y el fuerte olor a tabaco que desprendía su ropa no hacían sino agudizar esa sensación de abandono y agonía tan característico del que desespera ante la espera. Sin embargo, lo que más llamó la atención de Gardeazabal fue la manera en la que Eugenio se apoyó en el marco de la puerta, bloqueándoles la entrada y evidenciando que no tenía la menor intención de permitirles acceder al interior de la casa.

—Eso es lo que queremos aclarar, señor Larrazabal —dijo Gardeazabal ante la expectación del hombre—. Hemos encontrado la cartera de su mujer junto a un cadáver. Por desgracia, el estado de la víctima hace imposible su identificación —concluyó y esperó a que Eugenio digiriese esas últimas palabras.

El rostro del hombre mudó a un blanco espectral. La barbilla le temblaba y un quejido inaudible le nació de lo más profundo de su garganta.

—Necesitamos una muestra del ADN de Gloria para confirmar si estamos ante la misma persona —dijo Gardeazabal, sin intención de ser respetuoso. El hombre le caía mal, aunque no sabría decir exactamente por qué—. El peine o el cepillo de dientes de su mujer nos valdrían.

—Sí, claro. Esperen un momento —dijo Eugenio con un hilo de voz. Cerró la puerta y los dejó esperando fuera.

—Todo un caballero —dijo Gardeazabal.

—Tú tampoco has tenido mucho tacto, ¿no te parece? ¿Acaso te has dejado la empatía en casa? —preguntó Arregui.

Gardeazabal se giró y miró a su compañero a los ojos. El olor a césped recién cortado suavizó su ira. Le encantaba ese aroma. Lo cierto era que, tras muchos años en el cuerpo, había desarrollado un instinto muy agudizado, que se activaba cuando se encontraba próximo a algún delincuente. Y ese instinto se había disparado al ver a Eugenio Larrazabal.

—Cuando alguien me entra mal por el ojo, recibe el tratamiento Gardeazabal —le contestó con gesto serio.

Momentos después, reapareció Eugenio con una bolsa que extendió a Arregui.

—El cepillo de pelo de Gloria. En cuanto terminen de procesarlo, devuélvanmelo; es su favorito y no me perdonaría que se lo perdiera.

—Por supuesto, en cuanto terminemos, se lo devolveremos —dijo Arregui.

—Señor Larrazabal, ¿su mujer tiene algún enemigo o ha recibido amenazas últimamente? —Gardeazabal sacó su cuaderno.

—¿Gloria? —contestó sorprendido el hombre—. No, todo el mundo la adora. Es voluntaria de Cáritas y, siempre que su trabajo se lo permite, está a pie de calle, ayudando a aquellos más necesitados.

—¿Dónde trabaja Gloria? —preguntó Gardeazabal sin dejar de hacer anotaciones.

—En Orduña, en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario Andra Mari —dijo Larrazabal.

Gardeazabal arqueó las cejas, cerró el cuaderno y lo devolvió al bolsillo.

—¿Un hospital psiquiátrico penitenciario? —preguntó—. No sabía que existiera ninguno en Orduña.

—Bueno, en realidad dejó de tener carácter de penitenciaría hace varios años. Aunque creo que Gloria me ha comentado alguna vez que aún mantienen unos pocos presos cumpliendo condena —dijo Larrazabal—.

»Gloria es la directora del centro desde hace más de quince años. —Le dirigió a Gardeazabal una mirada desafiante—. Y no, jamás ha tenido el más mínimo problema con ninguno de sus pacientes, por si se le pasa la idea por la cabeza, inspector. Ahora, si me permiten, tengo mucho trabajo que hacer. Al igual que ustedes.

Se despidió y les dio, de nuevo, con la puerta en las narices.

Gardeazabal y Arregui cruzaron miradas mientras regresaban al coche en silencio. El marido ocultaba algo.

Ander insistió con el timbre por cuarta vez, sin resultado. Temía que Javier Gamboa se hubiera quedado atrapado en una de sus cámaras

frigoríficas. Era mediodía y la calle Barroeta Aldamar, en donde se encontraba el acceso trasero al Palacio de Justicia, estaba inusualmente desierta. Nada que ver con el flujo incesante de personas que, a lo largo de la semana, entraban y salían del juzgado o del registro civil de realizar los trámites que los habían llevado hasta allí. Sin embargo, el sábado en el edificio no quedaban más que los forenses de guardia, recluidos en el primer sótano.

Se disponía a pulsar de nuevo el timbre, cuando escuchó una voz proveniente del aparato.

—¡Ander, entra! —la voz de Javier Gamboa sonaba distorsionada a través del receptor del portero automático.

Empujó la puerta y esta cedió. Bajó las escaleras y accedió al primer sótano del edificio. Gamboa aguardaba en medio del pasillo empujando una ancha camilla de acero, que se deslizaba con suavidad sobre la pulida superficie del suelo.

—Perdona, no pensaba que llegarías tan pronto. Estaba en la cámara ordenando la clientela. —Indicó con la cabeza la larga bolsa blanca, herméticamente cerrada, que yacía sobre la camilla.

Ander supuso que dentro estaba el cadáver hallado en Olabeaga.

—¿Es ella? —preguntó.

—Así es. —Javier empujó la camilla por el ancho pasillo, en dirección a la sala de autopsias.

Había una especie de liturgia en la labor de los forenses que a Ander le causaba auténtica admiración. El olor a desinfectante flotando en el ambiente y la luz proporcionada por el gran número de luminarias que abarrotaban los falsos techos del instituto imbuía al lugar de un aura de nave catedralicia. Era impresionante cómo a pesar de lidiar con cadáveres y manipular continuamente material orgánico —sangre, vísceras, huesos y demás—, la estancia nunca perdía su pulcritud. El blanco y el gris monopolizaban el cromatismo del instituto: suelos, paredes y techos blancos; utensilios y mobiliario de un acero pálido.

Gamboa aproximó la camilla a una de las mesas de autopsia y la dejó allí. Después, se acercó a un aparador y se quedó un momento inmóvil mirando una bolsita apoyada sobre la encimera. La alzó, le dio la vuelta y, tras negar con la cabeza y mascullar algo ininteligible, la volvió a depositar en el mismo lugar. Finalmente, el forense se agachó y abrió el último cajón, del que sacó unos folios grapados que le pasó a Ander.

—Aquí tienes una copia del informe definitivo —dijo Gamboa apretando las gafas con el dedo índice contra el puente de la nariz.

Ander fue directo a las conclusiones.

—«Constricción del cuello producida por la mano» —leyó Ander.

—Sí, fue estrangulada. —Gamboa se acercó a la mesa de autopsias —. Esa es la causa de la muerte. —Abrió la cremallera lo suficiente

para mostrar el torso del cadáver—. El asesino apretó con fuerza sobre el hioides, cerrándole el paso del aire. Fíjate en las huellas de los dedos a ambos lados del cuello.

Ander se acercó tapándose ligeramente la nariz con la mano. Las abrasiones en el cuello eran muy evidentes. Gamboa ojeó su informe y señaló una de las fotos en color.

—Mira, esta foto la saqué aplicándole la luz de Wood —dijo.

La luz de Wood era una técnica utilizada principalmente en dermatología, consistente en la aplicación de radiaciones ultravioleta filtradas emitidas en la oscuridad para mostrar marcas que, de otro modo, escaparían al examen ocular ordinario. En la foto que le había pasado el forense, los dedos del asesino resaltaban sobre la oscuridad en la que estaba sumido el cuello de la víctima.

—El intervalo de la muerte es el que te referí en Olabeaga: la mañana del día anterior, aproximadamente entre las siete y las diez. Por otro lado, el examen toxicológico de los fluidos y de los tejidos no nos ha proporcionado ningún dato relevante —continuó Gamboa—. Queda totalmente descartada la presencia de cualquier tipo de droga o veneno en el organismo de la víctima.

Ander volvió a quedarse impresionado ante la visión del rostro mutilado y vacío de expresión de la víctima de H9. Después de varios días, y tras haber limpiado la sangre coagulada, las heridas parecían mucho más atroces y las incisiones más burdas o poco precisas de lo que le habían parecido en la escena del crimen.

—Entonces, ¿el asesino la estranguló y luego realizó todas las amputaciones? —preguntó Ander.

Gamboa asintió.

—Sí, pero fue muy impreciso en los cortes. Fíjate cómo el trazo del corte en los senos cambia en varios puntos, como si vacilase —Gamboa se detuvo— o se hubiera arrepentido. El caso es que son cortes sucios, de carnicero aficionado.

Ander empezaba a sentirse mal. Le faltaba el aire dentro de esa sala. Se apresuró a cerrar la cremallera; sentía que estaba vulnerando la dignidad de la víctima.

—Puede ser que el asesino sea novato en estas lides. Un criminal en estadio temprano. Pero también puede ser que la rabia, el arrepentimiento o la pérdida de control impidiesen la realización de unos cortes más certeros. En ese caso, estaríamos más ante un tipo de crimen pasional que ante un asesino en serie.

—¿Tenéis alguna idea de la identidad de la víctima? —preguntó Gamboa.

—Tenemos una pista muy sólida —contestó Ander pensando en Gloria Redondo—. Se trata de una mujer desaparecida hace unos días. El análisis comparado del ADN de la víctima y el de esta mujer

confirmará o refutará nuestra hipótesis. —Ander le estrechó la mano —. Muchas gracias por todo. Disfruta del resto de la guardia. —Le guiñó un ojo y se dirigió hacia las escaleras con el informe bajo el brazo.

La persistente lluvia seguía acosando a la capital vizcaína, como si no tuviese otro lugar mejor en el que caer. Ander se convirtió en testigo privilegiado del aguacero al abrigo de su terraza. Sentado en su sillón favorito, con un café recién hecho y el informe de Gamboa sobre la mesa, disfrutaba del momento. Igual que lo hacía Gorritxo, que apoyaba la cabeza en el suelo con un ronroneo placentero. La panorámica de Bilbao era inmejorable. La ciudad se extendía a lo largo y ancho del alcance de la vista. En días de precipitaciones intensas como ese, en los que los sonidos hipnóticos de la lluvia y del viento dominaban el ambiente, Ander entraba en lo que él denominaba «la zona»: un estado de concentración total en el que todos sus sentidos exprimían sus capacidades al máximo, comenzando a vislumbrar formas, realidades, en un cuadro que hasta entonces no era más que trazos de pintura inconexos.

Mientras acariciaba la cabeza de su perro, releyó el informe definitivo de la autopsia, que confirmaba lo avanzado por Gamboa en el Instituto Vasco de Medicina Legal. La víctima había sido estrangulada por H9. Luego había sido mutilada post mortem, para lo que se habían utilizado dos armas diferentes: un cuchillo de grandes dimensiones para los pechos, las orejas y la nariz; y otro más pequeño para los labios y la lengua. No se habían hallado evidencias de agresión sexual.

Por otra parte, se confirmaban los dos extremos adelantados por el forense en la escena del crimen: que la víctima había muerto veinticuatro horas antes de su hallazgo y que había sido trasladada hasta allí desde el lugar en el que se cometió el asesinato. La puesta en escena implicó colocarla en una posición distinta a la de su muerte. Gamboa probaba, mediante las fotos realizadas a las livideces de la espalda de la víctima, que se habían producido estando ella tumbada bocarriba. Por último, el forense no había hallado ni heridas defensivas ni tampoco muestras de ADN de otra persona en el cuerpo de la víctima ni bajo sus uñas.

Continuó ojeando el informe, pasando por las mediciones y los pesajes, las pruebas de rayos X y las fotografías, hasta llegar al estudio toxicológico de fluidos corporales y tejidos. Resultado: negativo.

Ander sorbió lo que le quedaba de café en la taza. Estaba frío y demasiado fuerte, como a él le gustaba. Estaba convencido de que la víctima era Gloria Redondo. La nota encontrada en su cartera la emplazaba a una cita en el aparcamiento del Nacimiento del Nervión,

en Orduña. ¿Con H9? Ander pensaba que sí.

Hacía un rato había hablado con Gardeazabal y este le había relatado su visita al domicilio de Gloria. Aparte de subrayarle su desconfianza hacia el marido, Gardeazabal le había contado que Gloria era la directora de un hospital psiquiátrico penitenciario en Orduña. El orden cronológico parecía claro: Gloria había salido de trabajar a las ocho de la tarde del día dieciocho y acudió a su cita con H9; doce horas después sería estrangulada hasta la muerte. Posteriormente, H9 se tomó su tiempo para mutilarla y la molestia de preparar la escena del crimen en Olabeaga la madrugada del día veinte.

Sin embargo, existían muchas preguntas sin contestar, demasiadas dudas. ¿Por qué llevaba todo ese dinero encima? ¿Quién se lo había entregado prometiéndole más? ¿Por qué motivo no avisó ni a su marido ni a la policía ante el chantaje? Ander cerró el informe. Su mirada siguió la ruta de los grupos de nubes negras que avanzaban por el crepuscular firmamento como buitres henchidos de ira dispuestos a descargar sus entrañas sobre la ciudad.

¿Qué ocultaba Gloria Redondo? La única forma que se le ocurría para averiguarlo era ir a Orduña y tratar de resolver la incógnita en la que se había convertido esa mujer.

Gorritxo dio un respingo y se puso en pie con las orejas tiesas. Comenzó a ladrar y asumió una pose de perro guardián que Ander sabía que no iba con su carácter, mucho más dócil y juguetón. Sonrió y le acarició cariñosamente el hocico.

—Tranquilo, Gorritxo —Ander se incorporó y entró en la vivienda —, es un amigo.

Bajaron las escaleras hasta el recibidor. Ander se enfundó un grueso anorak, cogió la cartuchera con el arma reglamentaria y salió a la calle. Dejó a Gorritxo encerrado en casa. Junto a la vivienda lo esperaba Gardeazabal dentro de un Seat León de la Ertzaintza, con las luces dadas y el limpiaparabrisas funcionando a máxima intensidad. Incluso con las ventanillas cerradas se podía percibir la música del inspector a todo volumen. Ander atravesó corriendo la persiana de agua y saltó al asiento de copiloto.

—¡Qué día más bonito hemos elegido para ir de excursión! —dijo sarcástico Gardeazabal y puso el coche en marcha.

Ander se arrepentía de haberle pedido a su compañero que lo acompañase. No porque Gardeazabal no fuese un buen policía —era de los mejores—, sino porque cuando conducía se creía un piloto de Fórmula Uno.

—Garde, solo quiero recordarte que muertos no podremos resolver el caso. —Ander se abrochó el cinturón y miró fijamente a la carretera. Temía que, en cualquier momento, se cruzara algún pobre

infeliz y que su compañero lo convirtiera en parte del asfalto.

—Por favor, la duda ofende —dijo Gardeazabal, y dejó de mirar a la calzada durante un segundo eterno para hacerle un guiño a su compañero—. Soy el conductor más seguro del mundo.

—Sí, claro, y yo soy santa Teresa de Calcuta. —Ander sudaba al pensar en cómo iban a subir las muchas curvas de herradura del puerto de Orduña—. Deja de decir tonterías y mantente atento a la carretera si no quieres que conduzca yo.

Durante el trayecto intercambiaron impresiones sobre la figura de Eugenio Larrazabal. Según Gardeazabal, el marido de Gloria tenía todas las trazas de ser «el sospechoso principal».

—Tiene la C de culpable tatuada en la frente. Seguro que tuvo una discusión con su mujer, el tema se le fue de las manos y luego montó todo este espectáculo para volvernos locos y que perdamos el tiempo investigando líneas muertas.

—No te dejes llevar por los prejuicios —dijo Ander—. Eres mucho mejor policía cuando dejas todas esas chorradas de las filias y las fobias a un lado. Bastante complicada es la investigación criminal como para que la convirtamos en una discusión de patio de colegio. Lo que dices no tiene ningún sentido.

»Detrás de este asesinato no se esconde un crimen pasional. Rezuma control por los cuatro costados. Tenemos que seguir avanzando en nuestra investigación con la mente abierta. No la cierres tan solo porque alguien te haya caído mal —sentenció ante la expresión de queja contenida de su compañero.

Al cabo de media hora, las señales de tráfico indicaban la proximidad de Orduña. Gardeazabal soltó la mano derecha del volante y activó el navegador de su teléfono móvil.

—El hospital debe de estar perdido en el monte —dijo recuperando el control del volante—. No hay indicaciones en la carretera, así que dejemos que el navegador nos guíe.

Un kilómetro después, tomaron un camino, oculto entre un grupo de árboles, que transcurría a través de una pista de tierra y hierba que se perdía en el interior de un frondoso bosquecillo de hayas y robles. Sortearon varias piedras, socavones y charcos hasta que, finalmente, salieron a un amplio claro situado en lo más alto de una colina. En el centro del claro se alzaba, imponente, el Hospital Psiquiátrico Penitenciario Andra Mari.

El edificio era una casa torre rehabilitada, rodeada al completo por una verja metálica de dos metros de altura, con barras terminadas en punta de lanza. Aparcaron el coche junto al portón de entrada.

—¿Quiénes son ustedes? —respondió una voz templada y amable desde el otro lado del videoportero.

—Somos el inspector Crespo y el inspector Gardeazabal, de la

Ertzaintza —contestó Ander—. Venimos a hablar con la dirección del centro.

Durante unos segundos no escucharon más que el ulular del viento y el quejido de las ramas de los árboles al ser sacudidas por este. Finalmente, hubo respuesta.

—Pasen, inspectores. —Sonó un fuerte pitido y las dos hojas de hierro negro del portón se movieron lentamente hasta quedar abiertas de par en par, como las fauces del lobo en el cuento de Caperucita. Ander lanzó una mirada furtiva hacia la negrura del bosque; temía ver un par de ojos iridiscentes acechando.

Tras sacudirse esos terrores infantiles de la cabeza, accedió junto a Gardeazabal a un amplio jardín. En uno de sus extremos sobresalía un surtidor elevado del que manaba agua a borbotones y que desembocaba, a través de una cascada artificial, en un bello estanque lleno de hojarasca. Por lo demás, el césped y los setos estaban perfectamente cuidados, y dotaban de una mayor calidez a la sobria pero bella construcción que rodeaban.

La casa era un conjunto compuesto por una torre central y dos edificios simétricos adosados a cada costado de la torre principal. Los edificios anexos alcanzaban dos alturas, rematadas por un parapeto. La torre, por su parte, se alzaba cuatro plantas; las tres primeras adornadas con ventanas de arco apuntado, protegidas por una pequeña celosía de hierro de forjado negro que llegaba hasta media altura; la última planta, por su parte, la ocupaba una gran cornisa, sobre la que se sustentaba un generoso tejado saliente. Ander admiró los gruesos muros de sillería, perfectamente rematados, que conferían al conjunto una sensación de solidez absoluta.

La puerta de acceso al edificio se abrió de golpe y un hombre menudo y calvo —que vestía una bata blanca a juego con su brillante sonrisa— se les acercó efusivamente.

—Bienvenidos, inspectores. Soy Jaime Eskurza —dijo y les estrechó la mano. Sus ojillos vivarachos los observaban desde detrás de un par de gafas sin montura—, director en funciones del Hospital Psiquiátrico Andra Mari. ¿En qué puedo ayudarlos?

El hombrecillo los miraba con ojos inteligentes. Su sonrisa falsa, a la que no acompañaban las arrugas en la comisura de los ojos, denotaba cierto nerviosismo.

—Venimos a preguntar por Gloria Redondo —dijo Ander, al que no le pasó inadvertida la expresión de incertidumbre que, durante un instante, alteró la sonrisa de Eskurza—. Trabaja aquí, ¿verdad?

—Por supuesto, inspector. Gloria es la directora del hospital —dijo Eskurza—. Ha desaparecido. —De repente se dio con la palma de la mano en la frente—. ¡Ah, claro! Ustedes han venido a investigar la desaparición.

—Así es —dijo Ander—. Queremos conocer al detalle el trabajo de Gloria, ver su oficina, preguntar al personal… lo habitual en estos casos, señor Eskurza.

—Por supuesto. Pasen, les enseñaré el hospital —dijo Eskurza, y acompañó a Ander y a Gardeazabal al interior.

Por dentro, el edificio era sorprendentemente amplio. La planta baja albergaba una modesta recepción, una gran sala de estar —donde los pacientes realizaban las actividades lúdicas— y un amplio comedor, detrás del cual, según Ander intuyó, se encontraría la cocina del establecimiento. A mano izquierda, unas anchas escaleras de mármol, adornadas con una elegante barandilla de madera de cerezo satinada, conducían a la segunda planta. Toda la estancia irradiaba paz gracias al predominio del color blanco: muebles, paredes y uniformes del personal sanitario, todo de un blanco riguroso.

—Esta es la planta de ocio y recreo —apuntó Jaime con su voz musical—. Nuestros pacientes más autónomos suelen pasar aquí las tardes, ellos solos o junto a nuestro personal sanitario, entretenidos con los juegos de mesa, libros, revistas, televisión, etcétera, que tienen a su disposición.

Ander confirmó la afirmación de Eskurza. Observó que en varias mesas, pacientes y personal sanitario charlaban animadamente; asimismo, también pudo ver personas aisladas que pasaban el tiempo mirando hacia la nada, sumidos en sus pensamientos. Decidió que sería buena idea hablar con algunos de ellos.

—Gardeazabal, ¿por qué no te quedas aquí mientras el señor Eskurza me acompaña hasta el despacho de Gloria?

—Sí, claro, jefe. Así estiro un poco las piernas —dijo tensándolas y fingiendo que las desentumecía.

—El despacho de Gloria está en la última planta, inspector. Subiremos en ascensor. —Eskurza le indicó el camino.

Ander no se había percatado de que, al lado de las escaleras, encastrado entre un par de vigas gruesas, había un ascensor. Entraron ambos y Eskurza introdujo un llavín en la ranura correspondiente a la tercera planta.

—Este ascensor es de uso exclusivo del personal. Los pacientes tienen que utilizar las escaleras, salvo fuerza mayor o en los casos de movilidad reducida, lógicamente —dijo Eskurza.

—Me ha llamado la atención el gran número de celadores con los que cuentan —dijo Ander recordando a la media docena de hombres musculosos que había visto en la primera planta—. ¿Suelen tener problemas para contener a los pacientes?

—Inspector Crespo, como usted bien sabrá, la violencia es una característica inherente al ser humano. Una gran proporción de nuestros pacientes residen aquí de forma voluntaria por diversos

motivos, aunque todos ellos tienen un denominador común: la búsqueda del aislamiento social. Esta sociedad no está hecha para ellos o, por lo menos, ellos así lo perciben o así lo viven. Estos pacientes no representan ningún riesgo.

»Sin embargo, hay otros que han venido al hospital contra su voluntad, también por motivos y con etiologías diferentes, que requieren de una vigilancia estrecha para que su conducta no suponga un peligro para el resto de los habitantes del centro.

—¿Se refiere a los presos? —preguntó Ander.

—¿Los presos, dice? No, desde hace un año ya no tenemos ningún preso en el hospital —respondió Eskurza dirigiendo la mirada al suelo.

La puerta del ascensor se abrió y salieron al lúgubre vestíbulo del ático abuhardillado. Eskurza caminó con paso decidido hacia el fondo del pasillo.

—El convenio con el Estado concluyó y no se renovó. Únicamente custodiábamos a dos presos cuyas condenas se cumplían el año pasado. Desgraciadamente, hubo un terrible incendio que afectó al ala izquierda, que es la que teníamos acondicionada como penitenciaría. Uno de los presos murió calcinado junto a dos de nuestros sanitarios. ¡Fue horrible! —se lamentó Jaime.

Con una llave que sacó de un gran manojo colgado de su cinturón, abrió una puerta de cerezo rojizo en la que había una placa dorada que rezaba «dirección».

—¿Un incendio? —preguntó Ander siguiendo a su anfitrión—. No me ha parecido ver ningún indicio en las fachadas de los edificios.

—Por supuesto que no. Realizamos las obras de reparación inmediatamente después del siniestro. Para que se haga una idea, el incidente tuvo lugar en noviembre de 2018 y para enero de 2019 ya estaba todo rehabilitado. Nuestros pacientes son lo primero. Esta es la política de nuestro centro. No queremos que tengan ninguna distracción que les haga perder todos los beneficios obtenidos mediante nuestras terapias.

—¿Y qué fue del otro preso? —dijo Ander.

—¿Perdone?

—Usted ha dicho que había dos presos. Uno murió calcinado, ¿qué le sucedió al otro?

Jaime Eskurza encendió la luz del despacho y se acercó a la mesa. Tamborileó nervioso la encimera y, tras tragar saliva, miró a través de uno de los altos tragaluces que daban al exterior.

—El otro preso huyó. No sabemos cómo lo hizo. Probablemente aprovechó la confusión del incendio, la ida y venida constante de dotaciones de bomberos, para escabullirse en uno de esos camiones.

—¿Puedo ver el expediente de ese hombre? —preguntó Ander.

—Inspector, como usted bien sabrá, el expediente médico de

cualquier paciente está sujeto al secreto profesional. No podría mostrárselo sin una orden judicial —dijo Eskurza cruzando los brazos —. Me temo que he de mostrarme tajante en este asunto.

—Está bien, es justo. —Ander cogió su teléfono móvil y marcó el número de teléfono de su casa.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Eskurza nervioso.

—Llamar a la redacción de El Correo. Tengo un amigo periodista al que esta noticia le hará salivar. ¿Un incendio con tres fallecidos y la fuga de un presidiario con problemas mentales? Menudo pelotazo de noticia. Seguro que se convertirá en portada.

—Espere, espere, inspector —le rogó Eskurza, juntando las manos en forma de plegaria—. No vamos a ser más papistas que el papa, ¿verdad? —continuó mientras abría con llave uno de los archivos y sacaba un expediente de dentro—. A fin de cuentas, la prioridad en estos momentos es encontrar a Gloria, ¿no es así?

Abrió el expediente sobre la mesa y lo giró para que Ander pudiera examinarlo.

—Héctor Velásquez. Ciudadano mejicano que residía en Cicero, Cantabria. Asesinó a su mujer y a sus tres hijas —dijo Eskurza—. Actor de profesión, fue condenado a la pena máxima. La jueza consideró que Héctor estaba enajenado mentalmente en el momento de cometer los asesinatos y se decidió que se cumpliera en un centro psiquiátrico penitenciario. El nuestro.

—¿Qué le hizo pensar a la jueza que Héctor estaba enajenado?

—El informe pericial de tres psiquiatras independientes. Todos ellos concluyeron que Héctor tenía personalidad múltiple. Él insistía en que una voz interior lo empujó a asesinar a su familia contra su voluntad. Entre lágrimas solicitaba ayuda al no poder oponerse a los designios de esa voz. —Eskurza se masajeó las sienes. Saltaba a la vista que atravesaba un momento de mucha tensión.

—¿Puedo llevarme una copia del expediente completo? —preguntó Ander.

—Por supuesto, ahora mismo lo fotocopio —contestó Eskurza.

—Muchas gracias, pero antes me gustaría hacerle otra pregunta. ¿Sabe si Gloria tenía enemigos?

—No que yo sepa —dijo Eskurza tras meditarlo un instante—. Gloria era una mujer querida y respetada por todos. Siempre tenía una palabra amable para cada paciente. Los conocía a todos por su nombre de pila y ellos la adoraban. Aunque le parezca difícil de creer, somos una gran familia.

—No me cabe la menor duda, pero bien sabrá que toda familia oculta secretos. —Ander le dirigió al director una media sonrisa—. ¿Se ocupaba ella de su correspondencia personalmente?

—Sí, por supuesto —contestó Eskurza—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Sabe si en alguna ocasión Gloria recibió sobres con dinero?

—¡No, por Dios! —exclamó Eskurza indignado—. Nosotros somos una institución decente, inspector. No tenemos tejemanejes que ocultar. Todo el flujo de dinero se realiza a través de los cauces ordinarios y de un modo absolutamente legal. Sin trampa ni cartón.

—De acuerdo. Entiéndalo, señor Eskurza, investigamos todas las opciones posibles para intentar descubrir el paradero de Gloria. Como usted bien ha dicho antes, encontrarla es nuestra prioridad absoluta en estos momentos —dijo Ander mientras recordaba el cadáver de Olabeaga.

El rostro de Jaime Eskurza recuperó su compostura inicial.

—Por supuesto, inspector. Todos queremos que Gloria aparezca cuanto antes.

Pedro Gardeazabal había entrevistado ya a media docena de sanitarios, cuando un hombre de porte elegante, ataviado con una larga bata blanca perfectamente planchada, se le acercó.

—Doctor Rojo, para servirle —dijo el hombre y realizó una genuflexión excesiva para todos los estándares protocolarios.

—Inspector Gardeazabal —le devolvió la genuflexión, aunque moderando la inclinación por miedo a caer de bruces al suelo.

—¿Conoce a mis pacientes? —preguntó el doctor extendiendo su brazo a lo ancho de la nutrida sala.

—No he tenido el placer aún.

—¿En serio? ¡Qué falta de respeto tan imperdonable! —dijo visiblemente indignado—. Permítame que le presente a alguno de ellos.

—Por supuesto. —Gardeazabal acompañó al doctor.

Se acercaron a una mesa en la que un hombre de unos cuarenta años se afanaba en quitar, con un pequeño destornillador, todas las piezas de un transmisor de mano.

—Aquí tenemos a Serafín. —El doctor apoyó la mano en el hombro del manitas—. Es un auténtico fenómeno de la electrónica. No hay aparato que se le resista. Que la radio no suena, Serafín la arregla; que la televisión no funciona, Serafín la arregla; que la cafetera no filtra bien el café, Serafín la arregla. Serafín lo arregla todo, ¿verdad que sí, amigo?

—Por supuesto… doctor —contestó Serafín mirándolo encorvado por encima de sus gruesas gafas de cerca—. Por cierto, señor, ¿quiere que le revise el teléfono móvil? En ocasiones emiten demasiadas ondas electromagnéticas y requieren de una polarización de la placa base para ajustarlas —dijo dirigiéndose a Gardeazabal.

—No, muchas gracias, Serafín. Me arriesgaré —contestó Gardeazabal—. Pero igual sí que me podrías ayudar con otro tema.

¿Qué tal es la directora?

—¿Gloria? Es un encanto de mujer —contestó Serafín.

—Así es, inspector, Gloria es muy buena con todos nos… los pacientes —dijo Rojo.

—¿Nunca ha tenido ningún problema con algún paciente o trabajador? —preguntó Gardeazabal.

—No, jamás. Se rumoreaba que tuvo alguna dificultad con uno de los presos, pero no sabría decirle nada más, porque los presos nunca se juntaban con el resto de los pacientes. Ellos pasaban casi todo el tiempo encerrados en su ala. Salvo una vez al año, que nos hacían una representación teatral. Solo sé que eran dos: el sudamericano y el muchacho, pero no sabemos mucho más acerca de ellos.

—¿Ni siquiera los médicos podían tener contacto con ellos? —preguntó Gardeazabal con una leve sonrisa.

El doctor se disponía a continuar con la visita guiada —sin haberse percatado de las segundas intenciones en la pregunta de Gardeazabal— cuando las puertas del ascensor se abrieron. Ander y Eskurza salieron de su interior. Gardeazabal vio que Ander le señalaba la puerta con un gesto de la cabeza.

—Ha sido todo un placer, doctor. Espero volver a verlo si vengo en alguna otra ocasión —dijo Gardeazabal estrechándole la mano.

—Pues yo espero que no sea así —dijo Rojo con desprecio—. ¡Este lugar está lleno de locos!

—Jamás había oído hablar de este psiquiátrico —dijo Ander ya en el coche—, olía a clandestinidad. Recuérdame que le pida a Alday que investigue los datos relativos a su patronato, administración o gerencia. Quiero saber quién se encuentra sentado en lo más alto de la pirámide.

—De acuerdo, jefe. —Gardeazabal tomó nota.

Ander decidió hacerse con el control del volante en el viaje de vuelta. No confiaba en que su corazón pudiese soportar tanto sobresalto consecutivo. Como era de esperar, a Gardeazabal no le hizo ninguna gracia, aunque la tuvo que acatar. La jerarquía era la jerarquía.

—Es evidente que ahora conocemos mejor a Gloria de lo que la conocíamos antes. Una mujer descrita por todos como modélica, ejemplar. Sin embargo, hay una serie de flecos sueltos que me chirrían —dijo Ander—. Antes de regresar a Bilbao quiero visitar otro lugar.

—¿Qué lugar? —preguntó Gardeazabal sorprendido.

—Ahora lo verás —contestó Ander.

—Cómo no, señor misterio. —Gardeazabal se arrebujó en la chamarra.

Un cuarto de hora más tarde, estacionaban el coche patrulla en el

aparcamiento principal del Nacimiento del Nervión, el lugar en el que había sido citada Gloria la tarde en la que desapareció. Ander sacó una bolsita con la nota hallada junto al dinero en el sobre que tenía Gloria metido en su cartera. Se la pasó a Gardeazabal, quien la examinó y después miró con extrañeza a su compañero.

—¿De dónde ha salido esto?

—¿Recuerdas que ayer por la mañana tuve una conversación con Gorka Blanco antes de soltarlo? —preguntó Ander.

—Sí, su coartada se sostenía. Estaba limpio.

—Parece probado que no tuvo nada que ver con el asesinato; sin embargo, nos mintió en lo referente a la cartera —dijo Ander—. En su calzoncillo tenía guardado un sobre con cinco mil euros; también esta nota, que había sacado de la cartera de Gloria.

—¡Me cagüen la puta! —Gardeazabal golpeó con fuerza el salpicadero—. La próxima vez que lo vea se va a enterar.

—No, déjalo. Bastante lo marcaste el otro día al embestirlo —dijo Ander—. Sabes que no apruebo esos métodos en mi equipo, ¿verdad?

—Lo sé, Ander —dijo bajando la vista—; ya hemos hablado sobre ese tema. Es algo que estoy trabajando con la psicóloga.

—Eso espero. El razonamiento y la percepción superan con creces los resultados obtenidos a través de la intimidación y de la violencia. Ese estilo de la vieja escuela, de los años de plomo, no va conmigo y lo sabes.

—Entendido, jefe —dijo Gardeazabal.

Ander optó por cambiar de tema. Una vez aclarado ese punto con su compañero, le reveló el contenido de la nota.

—Pienso que fue H9 quien se citó aquí con Gloria. —Ander señaló al amplio aparcamiento que, en aquel momento, solo albergaba otros cinco coches.

La tarde avanzaba y la luz solar abandonaba el horizonte. Los inspectores cogieron sus linternas y se acercaron a los vehículos estacionados.

Un par de ellos estaban ocupados por parejitas que habían acudido a decirse todo aquello que no se podían decir delante de sus padres. Otros dos coches tenían varias sillitas de bebé ancladas en los asientos. «Serán de excursionistas», pensó Ander, y los descartó al instante porque Gloria no tenía hijos. Únicamente les quedaba un automóvil por inspeccionar. Precisamente, el que se encontraba en la esquina más alejada de donde habían aparcado ellos.

—¿Qué coche conducía Gloria? —preguntó Ander.

—Creo que Alday comentó algo de un Opel, aunque no recuerdo el modelo exacto.

Se acercaron al vehículo. Era un Opel Astra color azul metálico. Alumbraron el interior del asiento del conductor.

—Las llaves están en el contacto —dijo Ander—. No toques nada sin guantes.

Ambos sacaron un juego de guantes de vinilo y probaron a abrir las puertas delanteras. Estaban desbloqueadas, por lo que accedieron a la vez al coche.

—Mira el volante —dijo Ander iluminando la parte superior, donde podían apreciarse con claridad restos de sangre y pelo—. Llama a la policía científica. Quiero que procesen el coche aquí mismo y que una grúa lo traslade después hasta nuestro garaje de Deusto.

—¿Estás seguro? Estamos fuera de nuestro ámbito de actuación. Quizás deberíamos consultarlo antes con Torres —dijo Gardeazabal.

—Este es nuestro caso. El ámbito de actuación lo determinarán las pruebas. Allá donde nos lleve una prueba, ese será nuestro ámbito de actuación —zanjó Ander—. Ahora realiza esas llamadas bajo mi responsabilidad. Yo esperaré junto al coche.

Tres horas más tarde, tomaban la nacional dirección a Bilbao. La policía científica había procesado el vehículo y habían recogido todas las huellas, restos de fibra y pelo que encontraron. Cuando llegó la grúa, todos emprendieron el camino de vuelta.

Capítulo 5

El padre Nicolás inició su habitual y lento ascenso de los siete peldaños de la escalinata que conducía al pórtico principal de la iglesia de San Antón. Días húmedos como aquel convertían su artrosis crónica en un auténtico suplicio, en el que cada paso suponía un sacrificio, un viacrucis personal. Pero él no podía fallarles a sus feligreses. Los últimos treinta y cinco años había ocupado el puesto de vicario titular de la parroquia y su vínculo con los fieles que domingo a domingo acudían a misa a escuchar la palabra de Dios era inquebrantable.

Se alzó la sotana y se acercó a la enorme verja de forja negra que guardaba la entrada al templo. Se apoyó en el pasamanos metálico de la barandilla que facilitaba el ascenso a los que, como a Nicolás, la edad comenzaba a pasarles factura. «Señor, dame fuerzas», murmuraba a cada paso con un hálito helado suspendido en el aire sobre cada peldaño.

Unas manchas rojas llamaron su atención. Se agachó ligeramente para observarlas mejor. Había dos goterones de sangre en el último peldaño. Al verlos, Nicolás frunció sus gruesos labios en señal de desaprobación. «Otra vez los drogadictos pinchándose en la escalera», pensó. Se hizo un apunte mental para hablar con el obispo de Bilbao sobre la necesidad de aumentar la vigilancia en los templos de culto de la ciudad. «Hoy se drogan junto a la iglesia, mañana rompen una de las tallas y al día siguiente le prenden fuego a todo», masculló. Sobresaltado ante la posibilidad de que este último pensamiento se convirtiese en realidad, se persignó con un rápido movimiento. Una vez en paz con Dios, el cura sacó el juego de llaves de la iglesia de un bolsillo interior.

Apoyó la mano sobre una de las barras de la verja. Para su sorpresa, esta cedió. Giró sobre sus talones e hizo un rápido barrido visual de las inmediaciones de la iglesia. Todo estaba en calma. No podía ser de otra manera, eran las seis de la mañana del domingo. A esas horas no se veía ni un alma. El padre Nicolás empujó con más firmeza la verja hasta abrirla de par en par. Escrutó el portal principal en busca de algún desperfecto. «Malditos vándalos —pensó—. ¿Qué habéis hecho?». El atrio abovedado de la entrada parecía incólume. Nicolás alzó la vista, agradecido, e hizo sendas reverencias a las figuras protectoras de san Pedro y san Pablo que flanqueaban la entrada. Sin

embargo, en el suelo descubrió otras tres gotas de sangre que apuntaban hacia la entrada de la iglesia.

Por un instante sopesó la idea de llamar a la policía, pero la desechó casi al momento: no iba a permitir que nadie lo amedrentara. Tenía a Dios de su lado. A Él y a su querido san Antonio, patrón de la iglesia.

Nicolás alcanzó finalmente la puerta de entrada. Como suponía, esta también estaba abierta. La empujó con suavidad y, conteniendo la respiración a causa del miedo, entró en la oscuridad del templo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz firme.

No obtuvo más respuesta que el eco de su propia voz proyectándose a través de las bóvedas de crucería que cubrían las naves de la parroquia bilbaína. El cura sintió el retumbar del latido de su corazón en sus sienes. El presbiterio estaba iluminado. Alguien reposaba apoyado contra el mármol del altar mayor.

—¡La policía está de camino! ¡No hagas ninguna tontería, hijo! —advirtió el cura a voz en grito.

A la vista de que el hombre no contestaba, Nicolás se acercó lentamente hacia el altar, sorteando con cautela los bancos de la nave central. De vez en cuando echaba una mirada furtiva a las capillas de las naves laterales por si alguien estuviera acechando entre las sombras. Al alcanzar el altar mayor, Nicolás hincó la rodilla derecha en el suelo y se santiguó ante el Cristo que dominaba el retablo mayor, un precioso conjunto compuesto por varios elementos —pinturas, motivos escultóricos y relieves— que Nicolás había adorado desde el mismo día en que pisó aquel santo lugar.

El rastro de las gotas de sangre terminaba a los pies del altar, donde estaba sentado el hombre. Al acercarse a él, Nicolás pudo ver que tenía los pantalones completamente ensangrentados. Sus manos ahuecadas parecían ocultar algo en el pequeño espacio creado entre ambas. Nicolás subió con cautela los cuatro escalones que conducían al altar.

Un grito de puro terror del cura rasgó el silencio sagrado del templo.

El hombre estaba muerto.

—Está bien, ¡que nadie ajeno a mi equipo, a la policía científica o al equipo forense entre en la iglesia! —dijo Ander desde el portal principal—. No quiero a ningún curioso a menos de cinco metros de la verja, ¿entendido?

Los agentes asintieron y se apresuraron a ejecutar las instrucciones antes de que los primeros fisgones aparecieran por los alrededores de la iglesia. La niebla trepaba por la orilla de la ría en esa fría mañana dominical, penetrando en las bocacalles que conducían hacia el casco histórico de la villa. «No se asesina los domingos», protestó

Gardeazabal con un gruñido cuando Ander lo informó del crimen de San Antón.

Antes de entrar en la iglesia, Ander vio cómo los primeros curiosos se asomaban a las ventanas. El espectáculo había comenzado. Se ajustó la visera y avanzó resuelto a través de la nave principal. A su derecha, en una de las bancadas de culto, Gardeazabal interrogaba al padre Nicolás, cuyo rostro aún no se había liberado de la expresión de pánico. Ander continuó avanzando hacia el presbiterio. Los flashes de las cámaras fotográficas lanzaban sus fogonazos sobre el altar principal y el muro próximo al retablo mayor. En él se podía leer la siguiente numeración: «95/219».

El inspector se situó junto a los miembros de la policía científica, quienes, embutidos en sus monos blancos, peinaban el altar y sus alrededores en busca de cualquier indicio. Siguiendo un patrón lineal, habían ido avanzando, centímetro a centímetro, desde las escaleras de acceso al portal principal hasta el altar mayor.

Ander había acudido casi a la par que el primer equipo que respondió a la llamada de auxilio realizada por Nicolás al teléfono de emergencias. Llevaba despierto varias horas repasando el expediente del asesinato de Gloria Redondo cuando había recibido el aviso de la central. Una vez en la escena del crimen, Ander realizó una inspección ocular preliminar del cadáver. H9 había vuelto a mostrar en este nuevo crimen un sadismo que ya se había convertido en su seña distintiva. La inspección continuó por las inmediaciones de la iglesia. Ander trataba de deducir el modo en el que el asesino había accedido al templo y cómo pudo haber transportado el cuerpo hasta el altar.

Las marcas en las cerraduras probaban que habían sido forzadas. Los escalones no posibilitaban la utilización de un carro o cualquier otro medio de transporte auxiliar. H9 había tenido que acarrear el cadáver sobre sus hombros durante todo el tramo que transcurría desde el lugar en el que había aparcado la furgoneta hasta el altar mayor. A lo largo de ese itinerario, las gotas de sangre del cadáver habían dejado su particular rastro escarlata.

Javier Gamboa llevaba diez minutos arrodillado junto al altar inspeccionando el cadáver. Observaba las heridas, movía ligeramente el cuerpo hacia un lado o hacia el otro, tratando de devolverlo después a su postura original; buscaba entre los bolsillos de la víctima, introducía objetos en bolsas de prueba; asentía, negaba, suspiraba hondamente.

Ander prefirió quedarse en un segundo plano en esa ocasión, admirando el oficio del forense.

—Ander, acércate, por favor —dijo Gamboa.

El inspector se acuclilló junto al costado izquierdo del cadáver. El forense limpió con una esquina de la bata el sudor que empañaba sus

gafas.

—Ten. —Le pasó a Ander una cartera negra—. Parece que, en esta ocasión, el asesino tiene a bien proporcionarnos la identidad de la víctima.

Ander la abrió y extrajo un DNI. Pequeños movimientos como aquel proyectaban un sonido amplificado que se expandía por las amplias naves hasta rebotar contra los techos abovedados, y convertían el espacio sacro en una gran caja de resonancia en la que, incluso el ruido más nimio, adquiría una relevancia trascendente.

—Víctor Hermoso, cincuenta y seis años, residente en Bilbao —dijo Ander—. También hay un carné de socio de la Sociedad Bilbaína —dijo hurgando en los tarjeteros.

—Murió hace unas seis u ocho horas, a las doce de la noche. Parece que también fue estrangulado, al igual que la primera víctima. Aunque, en esta ocasión, el estrangulamiento se ha realizado con algún tipo de ligadura, tal vez con una soga —dijo Gamboa.

Ander se fijó en la línea morada que circundaba el cuello de la víctima por encima de la nuez.

—¿Qué es lo que guarda entre sus manos? —Ander las señaló.

Las manos ensangrentadas descansaban sobre el regazo de Víctor una sobre la otra, y sujetaban algo entre ellas. Gamboa las separó ligeramente y llamó a uno de los fotógrafos para que tomara unas instantáneas.

—Pene y testículos. El lote completo —dijo Gamboa—. Víctor fue castrado, probablemente post mortem. Al menos, eso espero.

—La mutilación de las víctimas se está convirtiendo en una de las firmas de H9 —dijo Ander mientras observaba el sangriento trofeo.

—Sí, pero después de haberlos asesinado —dijo Gamboa—. No sé si eso tendrá alguna relevancia, pero es un hecho. Son mutilaciones post mortem. Por cierto, también nos ha dejado un mensaje dentro de la boca de Víctor. —Cogió una bolsita que tenía junto a su maletín y desdobló un trozo de papel que le pasó a Ander.

—«A mí los hombres se me vuelven mujeres, y las mujeres hoy se me hacen hombres. H9».

Ander y Gamboa se miraron asombrados.

—Otra frase enigmática—dijo Ander.

—También repite el grafiti con los números. —Gamboa señaló el muro junto al retablo mayor—. Esperemos que, si la ciencia no nos ayuda, al menos Jesucristo lo haga. —Dirigió la mirada a la imagen del Cristo crucificado que dominaba el retablo.

Ander negó con la cabeza.

—Hace tiempo que no creo en Él.

Gamboa sonrió y se quitó los guantes.

—Te entiendo. Pero piensa que la gente cree en lo que cree, porque

necesita hacerlo. Tenemos que ser respetuosos con todas las creencias que sirvan para aligerar el enorme peso impuesto por la levedad del ser —dijo Gamboa.

—Claro, el problema viene cuando no pensar como ellos puede causarte la muerte —dijo Ander guardando la nota—. Javier, ¿has terminado?

—Aquí, sí —contestó mientras introducía, ceremonialmente, todo su instrumental en el maletín.

—Entonces, invítame a un pitillo fuera, mientras esperamos a que llegue el juez de guardia.

—Pensaba que habías dejado de fumar —dijo Gamboa extrañado.

—Échale la culpa a H9. Ese cabrón va a hacer que mis pulmones se vuelvan a alquitranar. —Y se dirigió, junto a Gamboa, hacia la luz grisácea que se filtraba por el vano del portal principal de la iglesia de San Antón.

Capítulo 6

Ander ojeó su reloj de pulsera. Las siete de la mañana. Había salido a correr con Gorritxo durante una hora por los alrededores del monte Cobetas. A sus cuarenta y ocho años, ya no conservaba la velocidad ni el fondo de su juventud. Pero seguía estando lo bastante en forma como para seguir durante una hora a su nervioso perro a través de los caminos de tierra. Sacudió bien las zapatillas en el felpudo y se las quitó antes de posar los pies dentro del hogar. Dejó a Gorritxo bien provisto de víveres y subió a la habitación a darse una ducha reconfortante.

Encendió el equipo de música y reprodujo el CD que estaba puesto: The river de Bruce Springsteen. Tiró en el cesto de ropa sucia los dos kilos de prendas empapadas de las que se había desprendido e introdujo el pie en el plato de la ducha en el instante en que Clarence Clemons hacía vibrar su saxofón y llevaba la fiesta a la ciudad en los primeros acordes de Cherry darling. El agua de la ducha abrasaba su piel, pero Ander decidió ponerla aún más caliente. Adoraba esa sensación paralizante del calor extremo. Cualquier ligero movimiento le recordaría al cerebro el intenso calor al que estaba siendo sometido su cuerpo. La inacción se convertía en la acción más conveniente.

Cerró los ojos y su mente voló. Hacia otro país. Otro lugar, otro mundo, otra vida. Lo transportó a un ryokan de Kioto, donde su exmujer, Amelia, y él disfrutaban de esa misma sensación abrasiva, ese delirio térmico. Juntos. Sumergidos en el onsen privado de su habitación. Ander sacudió la cabeza instintivamente, tratando de ahuyentar esos pensamientos. «Esos tiempos se fueron para siempre, Ander —pensó—, y la culpa la tuviste tú, campeón».

Salió del baño y se vistió una camisa azul marino que le había regalado su hija Amaia en el último Día del Padre. La combinó, lo mejor que pudo, con unos pantalones vaqueros claros. Sumido en la melancolía, ese lugar que le resultaba tan familiar, seleccionó la pista Drive all night mientras se terminaba de vestir, observando a través de la ventana la ciudad que se desperezaba lentamente. Envió al Boss a dormir, terminó de asearse y se puso en marcha.

La sala de investigaciones del Grupo 4 hervía de actividad. El flequillo de Alday ondeaba al son de cada timbrazo del teléfono. Los ciudadanos de Bilbao estaban nerviosos. La aparición de dos cuerpos

salvajemente mutilados no era un hecho habitual en la tranquila urbe vizcaína. En muchas ocasiones, el agente dejaba de apuntar en la libreta para, recostado en la silla, hacer de improvisado psicólogo de algún anciano inquieto o de alguna adolescente aterrada ante la perspectiva de salir a la oscuridad de la noche con el asesino aún suelto. Arregui y Gardeazabal le echaban una mano, cuando no estaban en la calle investigando, remangándose y atendiendo ellos mismos las saturadas líneas.

Por lo demás, el mural del caso iba poblándose con más fotos y datos diversos relativos a las dos víctimas de H9: Gloria Redondo y Víctor Hermoso.

—Egun on, chicos —dijo Ander mientras entraba en la sala con una bandeja con cuatro cafés bien calientes.

—¡Café del bueno, señores! —exclamó Gardeazabal—. ¿No será del Euskarri? —Se refería a la cafetería de Deusto en donde solía desayunar habitualmente el equipo.

—¿De dónde si no, Garde? —Les pasó los cafés a sus compañeros.

Ander se sentó sobre el extremo de la encimera. La taza de café caliente templaba sus manos mientras sus ojos vagaban por la información desplegada en el mural. En el extremo izquierdo estaba dispuesta, en forma de árbol, la relativa al asesinato de Gloria Redondo. Cada rama estaba compuesta por notas extraídas de los informes o de las entrevistas y por fotografías del escenario del crimen o de la víctima. A la derecha, Arregui comenzaba a formar otra columna pegando bajo la foto serena y regia de Víctor Hermoso, otra más grotesca del cadáver. La postura reclinada de la cabeza les ahorraba experimentar la expresión de horror que reflejaban los ojos de Víctor.

Ander recordaba esa mirada perdida y desencajada que buscaba entender por qué le estaba sucediendo eso a él; por qué estaba siendo asesinado. La mirada de un hombre que empezaba a ser consciente de que el fin estaba cerca y de que toda esperanza lo había abandonado.

Arregui continuó completando la composición. Sus ojos marrones fijos en el recuadro en el que había escrito los datos de la segunda víctima de H9.

Psiquiatra. Una profesión que le conectaba con la primera víctima.

—Tenemos a Gloria Redondo, directora de un hospital psiquiátrico, y a Víctor Hermoso, psiquiatra de profesión —dijo Ander ordenando sus ideas sobre la marcha—. ¿Sabemos si Víctor trabajaba o trabajó alguna vez en el psiquiátrico de Orduña?

—Por los datos de los que disponemos, parece que no existe ningún nexo entre ambos, más allá de la evidente coincidencia profesional —dijo Gardeazabal mientras mordisqueaba el palito que había utilizado para remover el azúcar del fondo de su taza de café—. Víctor

trabajaba en Osakidetza, en el Hospital de Basurto concretamente. Vivía en la plaza de Euskadi, en el edificio Artklass.

—¿Se le ha comunicado la muerte a la viuda? —preguntó Ander.

—Sí —dijo Alday—. Ayer por la tarde fueron Olano y Jiménez a notificárselo.

—Muy bien. De todos modos, entre hoy y mañana me pasaré por allí para hablar con ella —dijo Ander y apuntó la dirección de Víctor en una hoja suelta—. Arregui, ¿el número que pintaron junto al retablo corresponde a otro expediente?

—Así es, jefe. El expediente 1995000219, relativo a la desaparición de Janire Artola, de diecisiete años. Al igual que en el caso de Celia Gómez, Janire desapareció en Gernika sin dejar rastro —dijo Arregui y fijó en el mural la información de la adolescente.

—Otro expediente de una chica desaparecida, ¿por qué? —se preguntó Ander—. ¿Qué quiere decirnos con esto?

La pregunta quedó en el aire. Ander cogió el expediente de Janire y lo examinó detenidamente. Era casi idéntico al de Celia Gómez. La chica había desaparecido un viernes de madrugada cuando regresaba a casa tras celebrar junto a sus amigas el final de los exámenes de diciembre. Tampoco hubo testigos. Al cabo de unos meses, y ante la falta de progresos en el caso, este fue archivado.

—Gardeazabal y Arregui, pasaos luego por la casa de los padres de Janire —dijo Ander—. No les deis falsas esperanzas ni tampoco los asustéis. Id con la verdad por delante. El expediente de la desaparición de su hija se ha relacionado con un caso de homicidio y tenemos que hacerles unas pocas preguntas, ¿de acuerdo? —se dirigió a Gardeazabal con expresión de advertencia.

—Por supuesto —dijo el inspector bajando la mirada y emitiendo un leve gruñido.

Ander se sentó a la mesa de reuniones y el resto del equipo hizo lo propio. Apuraron los cafés intentando que la cafeína activara en sus cerebros algún resorte que les mostrara la solución al embrollo que el asesino había creado. Necesitaban un hilo sólido del que tirar para comenzar el desenredo.

—Ayer H9 asumió muchos riesgos. ¿Forzar la entrada de un edificio público llevando un cadáver al hombro? Eso solo se le ocurriría a un insensato o a alguien frío como un témpano de hielo. ¿Cuál de las dos opciones pensáis que lo define mejor? —preguntó Ander.

—Yo creo que la frialdad —dijo Gardeazabal—. Es un hijo de puta frío y controlador al que le gusta mutilar a sus víctimas.

—Jefe —interrumpió Alday—, hay algo que quiero que veas. —Tomó una tablet de su escritorio y la posó sobre la mesa de reuniones.

Ander se inclinó para poder leer bien. La pantalla mostraba un texto extenso en el que aparecía un fragmento resaltado en amarillo. En

seguida lo reconoció: «A mí los hombres se me vuelven mujeres, y las mujeres hoy se me hacen hombres». Alday seleccionó la otra pestaña que tenía abierta y mostró resaltada la frase que habían encontrado en el cadáver de Gloria Redondo: «Tan parca y miserablemente nos tratamos».

—Los mensajes que H9 dejó en las víctimas —dijo Ander—. ¿Qué texto es este?

—El segundo mensaje se cita, literalmente, en la Historia de Heródoto, un historiador griego que vivió en el siglo V a.C. Al relacionar el primer mensaje con Heródoto, descubrí que este también aparecía en la misma obra.

—¿En serio? —dijo Gardeazabal estirando el cuello para ver mejor.

—La Historia de Heródoto —dijo Ander—. Alday, ¿no tenemos en la Ertzaintza un asesor para temas históricos? Me suena que en Arkaute alguien me mencionó su nombre. Creo recordar que la colaboración de este hombre resultó fundamental para resolver un caso de expolio del patrimonio histórico-cultural.

—Lo consulto ahora mismo. —Alday corrió hacia su ordenador y accedió a la intranet. En pocos segundos navegaba en el listado de los asesores habituales de la policía autónoma vasca. Chasqueó los dedos y señaló con el índice la pantalla—. Aquí está: Iker Arteaga. Es profesor de Historia Antigua en la UPV-EHU en el campus de Álava.

Ander tomó nota apresuradamente antes de echar una ojeada a su reloj.

—Creo que, si me doy prisa, aún lo encontraré en la facultad —dijo incorporándose—. Hasta luego.

Una de las mejores cosas que tiene Euskadi es que es un país de bolsillo. Las distancias entre las tres capitales de provincia son relativamente cortas. En un día con tráfico moderado, el tramo entre Bilbao y la capital administrativa vasca se podía cubrir en media hora larga. Ander no sabía exactamente qué sacaría en limpio del viaje, ni tan siquiera tenía claro si merecía la pena hacerlo, pero en cuanto Alday nombró al historiador sintió un impulso que lo catapultó a salir sin demora a su encuentro. La lluvia no había llegado a Gasteiz, pero el frío parecía que no la había abandonado jamás. Ander aparcó el coche y se subió la cremallera de la chaqueta. Se dirigió a la facultad de Geografía e Historia.

Cinco minutos después, Ander aguardaba sentado junto a la puerta del despacho de Iker Arteaga. En la secretaría del departamento de Historia Antigua le habían comentado que el profesor Arteaga estaba dando clase a los alumnos de primero. Decidió no hacer tiempo y esperarlo allí mismo. El pasillo estaba tranquilo. Cuando algún alumno pasaba junto a Ander, parecía no reparar en su presencia o, si lo hacía,

no se dignaba a saludarlo. «Ambiente universitario», pensó sonriendo para sus adentros.

Hurgó nervioso en el maletín que había traído de Bilbao. Dentro guardaba, entre otras cosas, copias de las fotos de las víctimas de H9 y de los mensajes hallados en el interior de sus bocas. Al levantar la vista del maletín, observó a un hombre que se acercaba hacia él vestido con pantalones de pana caquis y jersey verde oscuro de lana de cuello vuelto. Cuando llegó a su altura, sacó un llavero del bolsillo. Le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿He cometido algún delito?

—No, profesor Arteaga. Permítame que me presente. Soy el inspector Ander Crespo, de la comisaría de Deusto —dijo tendiéndole la mano—. Lamento no haberle avisado con antelación de mi llegada, pero estamos inmersos en una investigación en la que el tiempo corre en nuestra contra. Cada minuto cuenta.

—Sí, por supuesto. El tiempo propio siempre es dorado —dijo Iker. Abrió la puerta y lo invitó a entrar en su despacho—. Pero tutéame, por favor. ¿Qué es eso tan importante que te ha traído desde Bilbao y en qué medida puedo ayudarte?

—Antes de nada, quiero advertirte de que la información que voy a compartir contigo forma parte de una investigación en curso. Está bajo secreto de sumario. Por lo tanto, es totalmente confidencial. No puedes revelar a nadie lo que te voy a contar a partir de ahora.

—Entendido. Como sabrás, no es la primera vez que trabajo para vosotros. —Iker se sentó en su sillón e indicó a Ander que hiciera lo propio en la silla que había frente al escritorio—. No creo que nunca os haya dado motivo alguno de queja.

—No me malinterpretes, no pretendía ofenderte. Solo lo comento a modo de recordatorio. —Colocó el maletín sobre el escritorio y sacó varios documentos—. Nos enfrentamos a un asesino que ha actuado dos veces en Bilbao en la última semana. En ambos casos nos ha dejado varias pistas en la escena del crimen. Pistas que, hasta hoy, nos tenían desconcertados; pero que ahora empezamos a entender, si no el significado, sí al menos por dónde podemos comenzar a investigar para tratar de hallar su sentido.

Iker asintió mientras Ander hablaba. Al ver las distintas fotos que el policía situaba, una junto a la otra, en medio de la mesa, su semblante palideció.

—Pero ¿qué demonios? —dijo apartando instintivamente la vista de la mesa—. ¿Por qué me enseñas esas fotos? Yo soy historiador, no médico forense.

—Lo sé, Iker. Te enseño estas fotos porque el asesino nos está enviando mensajes codificados a través de varias pistas dejadas en la escena del crimen. Pienso que tú podrías ayudarnos a descifrar esos

mensajes —dijo Ander.

—¿Yo? ¿Cómo? —El profesor se aflojó el cuello vuelto de su jersey. Estaba sudando.

Ander sacó las copias de las notas y se las pasó a Iker.

—¿Te resultan familiares estas frases? —preguntó Ander—. La que está marcada con el número uno fue hallada en la primera víctima. La que lleva el número dos, en la segunda.

—Sí —dijo Iker tras leerlas y releerlas durante unos segundos—. Esta segunda frase, creo recordar, que se la atribuye Heródoto a Jerjes en su Historia.

—Así es. Lo hemos descubierto hoy mismo. Ese es el motivo por el que he decidido acudir a ti en busca de asesoramiento —confesó Ander—. La primera frase también aparece en el libro. Me gustaría que nos ayudaras en la investigación relacionando los asesinatos con el libro de Heródoto, que parece relevante para el asesino. Creo que si descubrimos esa cadena de causalidad quizás podamos anticipar el próximo movimiento del asesino. ¿Podrás ayudarnos?

Iker miró espantado las fotos de las víctimas y luego volvió a analizar los mensajes. Poco a poco, el color de su rostro regresó a su tono natural. Su mirada se volvió más analítica; vislumbraba conexiones e hipótesis, y el miedo dejó paso a la curiosidad, al desafío intelectual.

—Sí, contad conmigo —contestó en voz baja.

—Estupendo, muchas gracias. —Ander se levantó de la silla—. Aquí te dejo mi tarjeta con mis datos de contacto. También he anotado la dirección de nuestra comisaría por si quieres pasarte a ver las pruebas in situ.

—Perfecto, Ander. Esta misma tarde me pongo con ello —dijo Iker y lo despidió con un fuerte apretón de manos.

Gardeazabal y Arregui caminaban en dirección a la plaza de los Fueros de Gernika. La madre de Janire Artola trabajaba de dependienta en una tienda de moda del pueblo. Habían contactado con ella desde la comisaría y accedió a entrevistarse con ellos, pero no en su casa ni tampoco en la tienda, sino en un banco de la plaza de los Fueros.

—Tiene que ser ella —dijo Gardeazabal señalando con la cabeza a la única mujer sentada en un banco en toda la plaza—. Emma Jauregui.

La mujer se sentaba erguida en el borde del banco, con piernas y brazos entrecruzados, lanzando bocanadas de humo distraídamente al aire con la mirada ausente. Cuando se percató de la presencia de los agentes, les hizo una indicación con la cabeza para que se acercaran.

—Señora Jauregui, soy el inspector Gardeazabal y él es mi

compañero, el agente Iban Arregui —dijo sentándose a su lado—. Gracias por atendernos. Entendemos lo duro que puede resultarle en este momento recordar a su hija.

Emma posó sus ojos en el inspector y, tras reprimir una carcajada, liberó otra bocanada de humo hacia el cielo gris.

—¿Por qué estamos aquí, inspector?

—Estamos investigando un caso en el que el nombre de su hija ha salido a colación —dijo Gardeazabal—. Quizás no tenga nada que ver, quizás no sea más que una coincidencia, pero queremos hacerle unas preguntas acerca de Janire.

Al escuchar el nombre de su hija, la mujer se estremeció y cruzó los brazos aún con más fuerza.

—Janire está muerta —dijo con lágrimas asomándole en los ojos—. Si no fuisteis capaces de encontrarla entonces, ¿qué coño queréis ahora?

—Nos gustaría saber si su hija conocía a estas dos personas. —Gardeazabal le enseñó unas fotos—. Se llaman Gloria Redondo y Víctor Hermoso.

Emma sacó del bolso un par de gafas estrechas de pasta negra y, tras ajustárselas bien en la nariz, se acercó ambas fotos a corta distancia. Tras examinarlas largamente, se quitó las gafas, volvió a colocarlas dentro de su bolso y encendió otro cigarrillo.

—Sus nombres no me suenan de nada; sus caras menos aún —dijo lanzando otra bocanada de humo, esta vez más cerca de la cara de Gardeazabal—. ¿Quiénes son?

—¿Su hija solía salir los fines de semana? —preguntó Gardeazabal sin contestar a la pregunta de la mujer—. ¿Sabe si alguna vez pudo haber salido por Portugalete o Amorebieta?

—Mi hija era una estudiante modélica —dijo Emma mirando hacia el cielo—. Un auténtico primor, aplicada y cariñosa. Nunca salía. La primera vez que lo hizo fue en diciembre de 1995. Sus amigas insistieron en sacarla para celebrar el final de la evaluación. Nunca regresó.

El silencio se adueñó del parque. Tan solo se oía el ruido producido por las ramas desnudas de los árboles al ser sacudidas por el frío viento del noroeste.

—Yo sé quién la mató —dijo la mujer—. Os lo dije entonces y lo sigo diciendo ahora. Anartz Iturriondo.

Arregui se revolvió incómodo en el banco. Cuando estudió el expediente de desaparición de Janire, leyó la denuncia hecha por Emma contra Anartz; sin embargo, la misma no se sostenía de ningún modo. Anartz tenía coartada. Pero Emma insistía, alegando episodios anteriores de acoso escolar e incluso intentos de agresión en la calle. Ninguna de esas acusaciones pudo ser probada jamás.

—Anartz no pudo hacerlo, ni siquiera estaba en Euskadi entonces. Se encontraba en Francia de vacaciones con unos amigos —apuntó Arregui.

—Y vosotros lo creísteis —dijo Emma con gesto de desprecio—. ¡Inocentes! Yo sé que fue él. Durante años he tenido que aguantar su presencia en el pueblo. Solo con saber que había respirado el mismo aire que él, que había pisado los mismos adoquines que él pisaba, me entraban ganas de vomitar.

»Mi familia me decía que hablara con Joxe Miguel, el cura del pueblo, que él me ayudaría; que Dios nos ayudaría, a mi marido y a mí, a pasar por este trance, a convivir con este dolor. Pero yo no creo en Dios. Si no lo hacía antes, ¿cómo iba a hacerlo después de perder a mi hija?

Le dio otras dos caladas al cigarrillo y prosiguió:

—No creo en Dios ni tampoco en la Divina Providencia, pero sí en el karma. Dos años después de perder a mi hija, Anartz murió en un accidente de tráfico mientras regresaba de una de sus noches de desenfreno. Desde entonces pongo un ramo de flores en el punto exacto donde ocurrió el accidente. Pero no para recordarlo, sino como muestra de agradecimiento a la fuerza divina que vengó la muerte de mi hija.

Emma se levantó y los agentes hicieron lo propio.

—Siento haberle hecho revivir ese dolor, señora Jauregui —dijo Gardeazabal.

—¿Revivir? —preguntó con sarcasmo—. Jamás ha desaparecido. Mi marido tuvo más suerte, la muerte se lo llevó a los dos años de desaparecer mi hija. Simplemente, la vida perdió interés para él. —Las lágrimas cubrían todo su rostro—.

»Él decía que así volvería a ver a su pequeña, a su ángel. Se fue con una sonrisa. Yo consumo mi tiempo al mismo ritmo que consumo los cigarrillos, esperando que llegue el día en que pueda reunirme con ellos dos.

La mujer se limpió el rostro con un pañuelo y, tras estirarse el vestido, se alejó del banco sin despedirse de Gardeazabal ni de Arregui. Los policías se quedaron en el mismo sitio hasta que Emma desapareció de su vista. Luego regresaron cabizbajos al lugar donde habían aparcado el coche.

Capítulo 7

El tráfico desbordaba la gran rotonda de la plaza de Euskadi a las doce de la mañana. El cielo gris predominante dejaba entrever, de tanto en cuanto, unas pinceladas de azul. Meros espejismos, pues ese día continuó la tónica del que estaba siendo el mes de noviembre más lluvioso de la historia en Bilbao. Ander avanzaba como un alimento en plena deglución, arrastrado por la corriente de acero y luz, al son del parpadear verde y rojo de los semáforos. En un principio había pensado que probar suerte en las calles adyacentes en busca de algún hueco en el que aparcar su A3 sería una buena idea. No lo fue. Imposible. En las calles no había espacio ni para apoyar una bicicleta. Harto de dar vueltas, decidió ir a tiro fijo y dejar el coche en el parking subterráneo de la plaza.

Mientras se dirigía al domicilio de Víctor Hermoso, Ander repasó mentalmente la poca información que había obtenido momentos antes en el pabellón psiquiátrico del Hospital de Basurto, lugar de trabajo de Víctor. Había sido una visita un tanto estéril. Los compañeros se habían mostrado consternados, ninguno se lo explicaba. No conocían a nadie que pudiera querer hacerle daño a la víctima. Ningún enemigo confeso. Aunque sí que admitieron que, durante los años que había ejercido su profesión en el hospital, Víctor había tenido algún pequeño altercado con pacientes en desacuerdo con sus diagnósticos.

Pero esos incidentes nunca fueron a más. Víctor era un psiquiatra muy respetado por sus colegas, tenía una destacada trayectoria profesional y estaba muy bien considerado en el Colegio de Psiquiatría de Bizkaia, del que solían llamarlo para realizar peritajes psiquiátricos judiciales.

Tampoco reconocieron a Héctor Velásquez cuando les mostró su foto. La idea de que Velásquez pudiera ser H9 comenzaba a tomar cuerpo. Por lo pronto era el primer sospechoso sólido que había deparado la investigación hasta ese momento, por mucho que Gardeazabal se obcecara con Eugenio Larrazabal.

Un autobús pasó a gran velocidad en dirección hacia el puente de Deusto y empapó totalmente las perneras de Ander, que estaba en ese momento plantado frente a la calzada a la espera de que el semáforo se tornara en verde. Contrariado, se sacudió el agua del pantalón como mejor pudo y cruzó la carretera con la incómoda sensación de tener el pantalón adherido a la piel.

El edificio Artklass ocupaba una manzana completa frente a la plaza de Euskadi y destacaba por su gran originalidad arquitectónica, al estar conformado por fachadas de corte diferente y al disponer de abundantes miradores, cúpulas y esculturas. Las opiniones eran dispares entre los bilbaínos: algunos lo consideraban una aberración, un lujo oriental, mientras a otros les parecía de lo más glamuroso y elegante; sin embargo, Ander sabía que el valor arquitectónico no era lo que había atraído a los compradores de esas viviendas. Para muchos de ellos, era cuestión de estatus, ya que en ese edificio vivía parte de la élite económica de la ciudad.

Ander se atusó el pelo y se estiró la chaqueta antes de pulsar el interruptor de la vivienda de Víctor. Miró directamente a la cámara. Intuía que alguien lo observaba desde el otro lado. El silencio resultaba incómodo. Finalmente, una voz serena y pausada lo rompió.

—¿Quién es?

—Soy el inspector Ander Crespo. —Mostró sus credenciales a la cámara. Las acercó lo suficiente para que el contenido pudiera leerse con facilidad.

—¿Qué es lo que quiere, inspector? —preguntó con aspereza Sofía, la mujer de Víctor Hermoso.

—Me gustaría hablar con usted sobre su marido. Entiendo la crudeza del momento por el que está pasando, pero necesito aclarar algunas cuestiones.

—Ya les conté a sus compañeros todo lo que sabía —dijo la mujer secamente—. ¿Acaso han encontrado al asesino de Víctor?

—No, aún no, señora. Estamos trabajando en ello —contestó Ander con gravedad.

—Inspector, con todo el respeto, no veo que usted esté haciendo nada provechoso en este momento. Aquí pierde el tiempo, salga a la calle y busque al malnacido que ha asesinado a mi marido.

Se oyó un clic al otro lado. Sofía había colgado el telefonillo. Pensó en volver a pulsar el timbre, pero la mano se quedó a medio camino. La mujer tenía razón. Acababa de perder a su marido y la policía no hacía otra cosa que preguntarle absurdeces que no lograrían devolvérselo. Tenían que permitirle pasar el duelo.

Ander desanduvo el camino y dejó que el bullicio de la ciudad lo absorbiera. Sumido en ese caos coreografiado de voces, coches, luces, lluvia y ruido ambiental, Ander empatizo aún más con la viuda de Víctor, que trataba de digerir la ausencia de su marido y que odiaba que la interrumpieran en ese momento de íntimo recogimiento. Las grandes ausencias que habían marcado su vida surcaron en ese momento su mente como un tren de medianoche.

Los sueños en los que se le aparecía su ama eran recurrentes. De hecho, siempre era el mismo. Ella llevaba puesto un vestido de flores

azules y un chal de lana negra cubría su espalda. Dirigía sus pasos hacia el bosque, pero, antes de adentrarse en él, se giraba hacia la ventana de su cuarto y cruzaban sus miradas durante unos segundos. Luego, ella se enjugaba las lágrimas y desaparecía entre la vegetación. Ander tenía trece años cuando sucedió.

En esa época su familia vivía en el caserío de Atxondo. La policía concluyó que su ama se había marchado voluntariamente del domicilio familiar, sin que le dieran mayor importancia al hecho de que no dejara ninguna nota de despedida.

No volvieron a saber nada de ella.

Pero ¿por qué? Esa pregunta lo atormentaba cada día. Su aita, su hermana y él tuvieron que reconstruir sus vidas desde los cimientos. A pesar de que habían pasado más de treinta años, su ama se le aparecía cada noche nítidamente, con sus rasgos faciales bien definidos. Se aferraba a esa última mirada de amor desgarrado desde la distancia como a la más preciada de las reliquias. Aquel momento quedó impreso en la retina del Ander adolescente. Ese día, una parte de Ander murió.

Lo que más le mortificaba era la apatía y la resignación mostradas por su aita durante los días que siguieron a la desaparición de su ama. Él aceptó sin luchar la marcha de su esposa. Jamás hizo el más mínimo intento por salir tras ella, por buscarla. Ander llevaba esa espina de resentimiento hacia su padre clavada profundamente en el corazón. Las veces que se lo había echado en cara, él se había limitado a agachar la cabeza y llorar.

Años después de la marcha de su ama, cuando parecía que la vida recuperaba la normalidad, el destino volvió a sacudirlo con la desaparición de su hermana Enara. Las pérdidas irreparables marcaban su vida, las sucedidas sin que él hubiese podido hacer nada para evitarlas y las que ocurrieron por su culpa. Como en el caso de su divorcio.

Ander había conocido a Amelia al entrar en el nuevo milenio. Ambos coincidieron en un seminario de criminología al que acudieron, él en calidad de policía y ella de psicóloga. Al cabo de dos años, se casaron. Ander llamaba al flechazo «efecto dos mil», porque decía que la belleza de Amelia logró inutilizar completamente su voluntad, como supuestamente iba a sucederles a todos los ordenadores del mundo con el cambio de milenio. Ander estaba totalmente enamorado entonces, como lo seguía estando aún; sin embargo, ya no había nada que hacer al respecto, jamás recuperaría el amor de Amelia. Él había enterrado el amor existente entre ambos.

Ocurrió en los años posteriores a su ascenso a inspector. En los días en los que Ander dedicaba jornadas maratonianas de trabajo a resolver los casos que tenía sobre la mesa, dejando para la familia las

migajas de su tiempo. Así sucedió, que los casos se solucionaban en la misma proporción en la que su matrimonio se desintegraba. Amelia y él resolvieron que lo mejor sería que Amaia se fuera a vivir con su madre a Donostia.

Ander decidió entrar a tomar un café a una degustación. Así aprovecharía para llamar a su hija. Necesitaba escuchar su voz.

—¡Hola, aita! —contestó Amaia jovialmente.

—Hola, laztana[4], ¿qué tal estás?

—Muy bien, aita, estudiando en la biblioteca. Estamos en plenos exámenes de la primera evaluación —contestó Amaia. Ander podía escuchar el sonido amortiguado de varias voces y el crujir de las sillas detrás de la voz de su hija—. Qué raro que llames, ¿no? ¿Pasa algo?

—¿Acaso hace falta una razón para que un padre llame a su hija? —dijo Ander entre risas nerviosas—. No pasa nada, por aquí todo está bien —mintió y le ocultó la preocupación que sentía por el estado de su padre, así como la angustia que le producía el haber desenterrado el recuerdo de la desaparición de Enara—. Tan solo quería oír tu voz.

—De soprano, te ha faltado decir. Tu voz de soprano —dijo Amaia soltando una carcajada socarrona—. Bueno, aita, te dejo, que tengo que seguir estudiando. Por cierto, recuerda que este año me tocan las Navidades contigo, ¿eh? Tengo pensado ir el día veinte, así disfruto de santo Tomás con mis amigas de Bilbao.

—Genial —dijo Ander—. Celebraremos las Navidades en casa de aitite. Ya hablaremos del menú, regalos y demás antes de que vengas.

—Muy bien, aita.

—Oye, Amaia… ¿qué tal está ama? —preguntó Ander bajando la voz.

—Ama está bien, como siempre. No te preocupes tanto por ella. Ama tiene a Peru —se refería al nuevo marido de Amelia, «un payaso esnob», como le gustaba llamarlo a Ander—. Tú, sin embargo, estás solo… que yo sepa.

—Para nada estoy solo, hija. Te olvidas de Gorritxo —dijo Ander.

Amaia resopló al otro lado de la línea.

—¡Él no cuenta! —se quejó—. Te dejo, aita. Te quiero. Nos vemos.

—Yo también te quiero, laztana. Agur.

Ander continuó tomando su café mientras observaba ensimismado el deambular de los peatones por los soportales del edificio en donde tenía lugar la degustación. Gente que iba y venía. Todos ellos con una vida, todos ellos con una historia que contar, con alguien con quien reír, con personas por quienes luchar, con heridas que lamer. Tomó el último sorbo, pagó la cuenta y se dirigió al parking a por el coche.

Cuando iba a entrar en el ascensor, le sonó el móvil. Era Alday.

—Dime, Alday.

—Hola, jefe. He concluido la búsqueda de Héctor Velásquez sin

ningún resultado —dijo Alday—. Es un fantasma.

Ander recordó que le había pedido al agente que investigara en las bases de datos en busca de información sobre el preso huido del psiquiátrico de Orduña. Siempre cabía la posibilidad de que Velásquez hubiera dejado huella digital en alguna transacción o en registros de hoteles o aeropuertos.

—¿Has probado con las bases de datos de otras policías? —preguntó Ander.

—Sí, he hablado con la UOT. Ellos han realizado la búsqueda incluyendo todas las bases de datos disponibles: policía estatal, autonómica, local, Interpol, Seguridad Social, padrón municipal, agencia tributaria, registros civiles, mercantiles y de la propiedad… todo. Pero no hemos encontrado ninguna coincidencia. Es como si se hubiera evaporado.

—Héctor era actor de profesión. Es muy posible que haya cambiado de identidad y se caracterice para adoptar otra apariencia física radicalmente distinta a la suya. Quizá siga en España con una nueva identidad o, quién sabe, puede que tras la fuga huyera del país —dijo Ander—. Mantén la orden de busca y captura nacional e internacional abierta, Alday.

»Dile a Torres que envíe una Notificación Roja a la Interpol. —Las Notificaciones Rojas, o Red Notice, eran órdenes de busca y captura de fugitivos que se enviaban a la Interpol y este organismo las comunicaba a las policías de los doscientos países miembros de la misma.

—Sí, señor. Por cierto, ¿qué tal le ha ido con la viuda de Hermoso? —preguntó.

Entró en el coche y cerró la puerta.

—La viuda no me ha dicho nada que no supiéramos —dijo Ander.

Arrancó y salió a la superficie. El asfalto escupía el agua evacuada por los neumáticos de los automóviles al pasar sobre él. Ander decidió conducir sin rumbo por la ciudad. En ocasiones, cuando necesitaba pensar o aclarar sus ideas, solía hacerlo. Algunas veces el deambular se limitaba a trayectos cortos; otras, sin embargo, conducía durante horas y abandonaba el abrigo de luz y asfalto de la ciudad hasta perderse por carreteras secundarias.

En ese momento, lo necesitaba más que nunca, porque al mezclársele el dolor ajeno con el propio, el pecho le oprimía de rabia y angustia; sentía una necesidad imperiosa de chillar. Condujo hasta lo alto del monte Artxanda. Paró en un mirador desde el que se contemplaba toda la ciudad. Ander bajó del coche, se apoyó en la barandilla de madera ajada por el tiempo y gritó hasta quedarse sin voz.

Los roles. Esos malditos roles que pretenden regir la sociedad como si fueran mandatos divinos. Roles vinculados al género, a la clase social, a las creencias religiosas… roles, roles y más roles. Estereotipos que encorsetan a quienes asumen que el futuro está determinado de antemano y que su voluntad nada puede hacer para cambiarlo. Precisamente, contra todas aquellas convenciones era por lo que había luchado Miren a lo largo de su corta vida.

Fue una alumna brillante desde bien pequeña, capaz de memorizar todo texto que le posaban sobre el escritorio. Su cerebro era como una esponja que absorbía cualquier dato con facilidad. Pronto, tanto sus profesores como sus padres encaminaron ese don suyo hacia el estudio de una carrera universitaria de prestigio: Derecho. Sería la primera Zarandona abogada. Pero la niña fue creciendo y, a medida que lo hacía, también lo hacían sus aspiraciones. No se conformaba con ser un sujeto pasivo. Por supuesto que no. Menos aún en lo concerniente a su vida y a su futuro, que le pertenecían a ella por completo. Veía que a los chicos de su entorno sus padres los animaban a practicar deportes de contacto como la lucha, las artes marciales o el boxeo, mientras que ella tenía que conformarse con la natación o la gimnasia. Esa discriminación la enfurecía mucho.

Cuando cumplió dieciséis años, Miren rompió su hucha y, con los ahorros que tenía, se matriculó en una escuela de taekwondo. Sus padres pusieron el grito en el cielo. Las lágrimas anegaban los ojos de su madre y la expresión de decepción tardó muchos días en desaparecer del rostro de su padre. Pero la decisión ya estaba tomada, no había marcha atrás.

Jamás culpó a sus padres por pretender encaminar su educación en esa dirección, a fin de cuentas, ellos no dejaban de ser coherentes con su modo de ver la vida —una visión conservadora enquistada por sus creencias religiosas—, que les impedía educar a su hija de otra forma. Para ser justos, a pesar de los disgustos, nunca le impidieron tomar sus propias decisiones; aunque, sobre todo su madre, siempre tratase de hacerle ese chantaje emocional al que algunos padres recurren cuando todas las naves están hundidas y ven que la vida de sus hijos, y todas sus decisiones vitales, escapan de su control.

Miren conservaba fresco en la memoria el recuerdo de aquella conversación que mantuvo con sus padres en plena cena, cuando les comunicó su decisión de estudiar Criminología como paso previo a convertirse en policía.

—¿Cómo que Criminología? —dijo su madre llevándose la mano al pecho—. Pero ¿es que te has vuelto loca, hija? Y ¿qué pasa con la carrera de Derecho?

—Derecho es la carrera que vosotros anhelabais para mí, pero que yo nunca quise. Lo detesto —confesó Miren con los ojos llorosos.

—Pero, hija, piénsatelo bien. Es una carrera con muchas salidas y ya sabes la importancia que tiene eso hoy en día con todo el paro que hay —insistió su padre—. Además, tú tienes una mente privilegiada que encaja a la perfección con la carrera de leyes. Tus profesores siempre han insistido en ello. Recuerda, si no, que don Patricio te llamaba, con orgullo, «la abogada».

—Si realmente poseo una mente tan brillante como vosotros aseguráis, ¿de qué os preocupáis? —preguntó Miren—. Con ella llegaré lejos en todo aquello que me proponga, ¿no es así? Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? —reaccionó su madre, enojada y con el labio inferior temblando de cólera—. Pues ya que tu padre no te lo dice, seré yo quien lo haga. La de policía es una profesión de hombres. Requiere del uso de la fuerza y, en algunos casos, incluso de la violencia.

—Y, como soy mujer, se supone que yo no soy fuerte ni puedo reaccionar violentamente, ¿no es así, ama? —la interrumpió Miren y le clavó una mirada furiosa.

—Pues sí, así es, hija. Dios sabe que yo no soy machista, pero tan cierto como eso lo es el hecho de que la mujer no puede desempeñar ciertos trabajos como el de minero, albañil… o policía.

—De acuerdo, ya es suficiente —zanjó Miren y se levantó de la mesa—. No he venido a pedir vuestro consentimiento, sino a informaros de mi decisión. Ahora, si me disculpáis, me marcho.

Mientras terminaba de atarse los cordones de sus botas negras reglamentarias, Miren esbozaba una sonrisa de amargura recordando esas discusiones familiares. Terminó de ajustarse el uniforme y el equipo, y se dirigió hacia el escritorio de Claudio, ubicado en la Unidad de Hallazgos. Ese día les tocaba patrullar por la zona del Casco Viejo, y Miren venía barruntando una idea. Una tarea extraoficial que, a buen seguro, disgustaría mucho a Claudio. Aunque la agente sabía que, en el fondo, acabaría cediendo. Siempre lo hacía.

Miren entró en la gran sala de la unidad y vio a un grupo de agentes arremolinados alrededor de un policía veterano, de aspecto saludable y bonachón, de piel rosácea y barriga cervecera que le sobresalía sobre el cinturón y tensaba la cartuchera hasta el punto de ruptura. Cuando Claudio la vio entrar, se apartó del grupo y acudió a su encuentro.

—¡Qué madrugadora! —dijo con una sonrisa burlona.

Miren puso los ojos en blanco ante el comentario. Claudio siempre se quejaba de la impuntualidad de su compañera. En esta ocasión, tan solo llegaba cinco minutos tarde.

—Hoy no te puedes quejar —dijo Miren—. Por cierto, ya veo que tenemos el honor de disfrutar de la compañía de Txema Herrero,

también conocido como Txema el Breve. —Señaló con la cabeza hacia el grupo y torció los labios en una mueca despectiva.

—Venga, Miren, no seas dura con él. Sabes que es mi amigo y que la salud no lo acompaña últimamente —dijo Claudio haciendo gestos a su compañera para que bajase la voz.

—La verdad es que nunca dejarás de asombrarme, Claudio. ¿La salud? ¿En serio? —dijo Miren—. Su última baja fue por un esguince de tobillo, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo ha estado ausente?

—Siete meses —contestó Claudio rascándose la nuca.

—Muy bien. Siete meses para un esguince de tobillo, menudo campeón. Creo recordar que anteriormente estuvo otros tantos meses de baja porque la rodilla le hacía un «extraño». Corrígeme si me equivoco, compañero. Luego, también estuvo otros seis por depresión. Y ¿qué es lo que hizo para combatirla? Ir día sí y día también a su txoko a cocinar para sus amigotes, entre los cuales te encuentras tú, por cierto —dijo golpeando el pecho de Claudio con su dedo índice.

Claudio bajó la mirada al suelo y continuó descendiendo el tramo de escaleras que conducía al garaje.

La amplia cochera albergaba el variado parque móvil de la policía municipal de Bilbao, últimamente incrementado tras la adquisición de la nueva flota de coches patrulla. Esa compra había tenido una gran repercusión mediática al tratarse de vehículos de la marca Mercedes. Como cabía esperar, esto causó una gran controversia política en el consistorio y los medios de comunicación gozaron durante varias semanas como niños pequeños de las chanzas y comentarios que surgieron.

Miren y Claudio se acercaron hacia la garita donde se guardaban las llaves para comprobar el vehículo que les habían asignado en el turno.

—Otra vez uno de los clásicos —se quejó Claudio al comprobar que les había vuelto a tocar en suerte uno de los coches más viejos del parque móvil.

—¿Qué esperabas? Ya nos asignaron uno de esos grises hace meses —dijo Miren señalando uno de los Mercedes de pintura gris metalizada y pegatinas azules que estaban aparcados a su derecha—, ¿lo recuerdas?

Claudio se ruborizó hasta las orejas. En septiembre habían subido a uno de los coches nuevos y patrullaron en él por la ciudad. La conducción era fabulosa, aunque, desde el principio, Claudio se había sentido un tanto encajonado en el habitáculo del conductor. Entrar fue sencillo; salir resultó una experiencia totalmente distinta.

—Acababa de regresar de mis vacaciones —se justificó Claudio—. Todo el mundo sabe que en verano se engorda. Comemos en la calle,

bebemos muchas cervezas… nada nuevo. Pero el verdadero problema no era yo, sino el coche, que parece más un deportivo que un coche patrulla, ¡solo le falta el volante de piloto de rally!

—Vamos, Claudio, hizo falta la ayuda de otros dos compañeros para poder sacarte de dentro —dijo Miren arqueando las cejas—. Para que te hagas una idea de lo negro que lo veía: estuve a punto de llamar a los bomberos para que vinieran a cortar la puerta.

—¡Qué exagerada eres, chica!

—Ahora en serio —Miren adoptó una expresión más grave—, tienes que adelgazar un poco. Tu salud te lo agradecerá. ¿Acaso tu mujer no te dice nada?

—¿Mi mujer? Por supuesto, el mes pasado me dio un ultimátum. O adelgazaba o me echaba de casa.

—Pues yo te veo igual —dijo Miren.

—Prácticamente. Pero he superado el ultimátum —dijo Claudio ante la mirada de asombro de Miren—. He adelgazado cien gramos —dijo guiñándole un ojo.

Cuatro horas más tarde, cuando ya estaban a punto de completar la ruta asignada —y aprovechando que se encontraban en Bilbao la Vieja —, Miren le confesó a su compañero las intenciones que le había ocultado durante toda la jornada. Quería realizar una pequeña investigación extraoficial, preguntando en las inmediaciones de la iglesia de San Antón por si cupiera la posibilidad de que los todopoderosos inspectores de la Ertzaintza se hubieran dejado algún cabo sin atar o alguna piedra sin remover.

Claudio estacionó el coche a regañadientes y se dispusieron a dar una vuelta por las inmediaciones de la iglesia.

Miren había preguntado el lunes a los compañeros que acudieron a la escena del crimen. Entre café y café, estos le contaron que, a las cinco y media de la madrugada, un individuo encapuchado cegó con un espray negro las cámaras de video del Mercado de la Ribera. No disponían de ninguna imagen de las inmediaciones de la iglesia a partir de esa hora. Por lo visto, tampoco tuvieron suerte los compañeros ertzainas a la hora de hallar testigos. No encontraron a nadie, ni en la calle de la Ribera ni en las aledañas, que hubiese estado allí a esa hora.

Claudio y Miren preguntaron en el Carrefour que había junto al puente de san Antón y en el edificio de Kutxabank cercano a la calle Ronda, sin suerte. Las cámaras de esos edificios, o bien eran disuasorias o bien apuntaban hacia sus propias puertas de acceso. Las nubes negras volvían a amenazar con verter su contenido helado sobre los tejados de la ciudad cuando Miren se percató de la presencia de un operario que, subido a una escalera, manipulaba una pequeña cámara

situada junto a la entrada del establecimiento Moda Ribera. Tiró del codo de su compañero, que no había reparado en la presencia del hombre, y se dirigieron hacia la tienda.

—Buenos días —saludó Miren.

El hombre se sobresaltó al ver a los policías y bajó apresuradamente por la renqueante escalera portátil.

—Buenos días, agentes —dijo—. Estoy reparando la cámara. Si lo desean pueden consultárselo a la dueña de la tienda.

—No, hombre, tranquilo —replicó Miren—. Tan solo queríamos saber qué es lo que le pasaba a la cámara.

—¿Qué le pasaba? Pues lo mismo de siempre. Estos chavales —dijo señalando hacia el interior del Casco Viejo—, que salen de marcha por la noche y luego les da por hacer gamberradas. Parece que ahora el nuevo entretenimiento nocturno consiste en subirse unos encima de otros y moverlas. Debe de ser la nueva moda de los fines de semana en Bilbao, porque no hay semana que no tenga que recolocar al menos media docena de estas.

—El alcohol y la juventud son una mezcla explosiva —dijo Miren con una amable sonrisa—. Esta cámara que está arreglando, ¿cómo quedó tras ser movida?

—Le hicieron una L, noventa grados. La pobre quedó mirando hacia la acera de enfrente. —El técnico extendió la palma de la mano hacia el Mercado de la Ribera.

—¿En serio? —Miren vislumbró una posibilidad remota—. ¿Sabe si esta cámara graba?

—Sí, tiene un DVD que graba hasta siete días, luego se regraba encima. Pregúntele a Marisa, la dueña de la tienda, ella sabrá explicárselo mejor —concluyó con evidentes muestras de querer quitarse a la policía de encima.

El técnico tenía razón. La dueña solía guardar las imágenes durante una semana. Miren le preguntó si podía visionar la grabación de la madrugada del domingo y no puso ninguna objeción.

En un pequeño monitor situado en la trastienda, Miren y Claudio reprodujeron el DVD sumidos en un silencio expectante. Tal y como les había explicado el técnico de mantenimiento, a las tres y cuarenta y siete minutos unas manos vacilantes agarraron la cámara y la movieron, orientándola hacia el Mercado de la Ribera. «¡Bingo!», pensó Miren conteniendo la respiración.

—Avancemos hasta las cinco y veinticinco —dijo Miren. La agente aceleró la imagen hasta llegar a la hora sugerida.

—¡Joder! —exclamó Claudio quitándose la gorra y atusándose el cabello—. Ahí está el muy cabrón.

La imagen mostraba una furgoneta blanca parándose frente a la tienda, en medio de la calzada. Las luces de las farolas más próximas

iluminaban la escena a la perfección. En ese momento, un encapuchado ataviado completamente de negro salió del vehículo y desapareció de la imagen. Quince segundos más tarde, el encapuchado volvía a montarse en el vehículo, lo arrancaba y lo hacía desaparecer del plano de la cámara. A Miren no le cabía ninguna duda de que se trataba del asesino. Ese fue el momento en el que cegó la cámara de la esquina del mercado, la misma que apuntaba hacia la entrada del portal principal de la iglesia de San Antón.

La agente sonrió ante el pequeño desliz del asesino: no había reparado en la posibilidad de que sucediera una variable aleatoria; un hecho imprevisto, como lo era la acción irracional de unos muchachos con más alcohol del debido corriendo por sus venas.

—Congela la imagen —pidió Claudio apretando el hombro de su compañera—. Mira en el lateral de la furgoneta, parece que tiene impresas unas letras. Podría ser un logo. —Se acercó a la pantalla y forzó la vista.

Miren hizo lo propio, pero la resolución de la imagen no era lo bastante buena para poder leer lo que ponía en ella.

—Nos llevaremos el DVD y le entregaremos una copia a Otamendi —dijo Claudio—. Él sabrá qué hacer con ella.

—Sí, claro, para que se cuelgue todas las medallas. ¡Ni hablar! —dijo Miren tajante—. Se la llevaremos al inspector Crespo, porque él sí sabrá qué hacer con ella. De esto —señaló a la pantalla—, chitón. No se lo comentes a nadie, ni a tu mujer. ¿De acuerdo? Tenemos que centrarnos en que se resuelva el caso y no en facilitar el ascenso de ningún chupatintas. Vamos, coge el DVD y larguémonos de aquí antes de que nos echen de menos en comisaría.

Capítulo 8

Marisa limpió la boquilla de salida de vapor de la cafetera industrial con el trapo que reservaba para la limpieza de la máquina. La vieja Gaggia era una cafetera que funcionaba a la perfección. Los comerciales de la marca les habían insistido para que cambiaran a un modelo más moderno, un nuevo prototipo con el que sacar más dosis, con el que optimizar el consumo y que, sobre todo, ofreciera nuevas opciones, como la de hacer capuchinos directamente de la máquina. Marisa nunca había dado su brazo a torcer; esa era su máquina y seguiría con ellos hasta que se jubilasen. La conocían a la perfección y jamás la cambiarían por otra, porque, como decía su marido, «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

La mujer se situó frente al pequeño molinillo de café y procedió a llenar la tolva. El intenso aroma de los granos de café saturó sus fosas nasales, arrancándole una sonrisa de satisfacción. Después, accionó el interruptor que iniciaba el molido de los granos y lo dejó actuar hasta que consideró que tenía la proporción exacta de finura. ¿Cómo sabía cuál era esa proporción? Por puro instinto desarrollado tras años de práctica. Llenó el filtro de dos cafés y, tras alisarlos en el prensacafé, los introdujo en la máquina. Los cafés ya estaban en marcha.

—Ander, cariño, ¿qué me has dicho que queríais para comer? —le preguntó.

Ander se volvió hacia la mesa cercana, donde se sentaban Miren y Claudio. Algunos rayos de sol penetraban como cuchillos por la gran cristalera orientada hacia el amanecer. El cielo había tenido a bien regalarle una tregua a la ciudad de la lluvia. Parecía ser el ojo de una tormenta que, según las previsiones meteorológicas, continuaría sacudiendo garrotazos pluviales hasta hartarse.

—¿Queréis un pintxo de tortilla? —preguntó desde la barra a los municipales—. Los de Marisa son increíbles.

—No, gracias, solo el cortado —contestó Miren saliendo de su ensimismamiento.

Ander se percató de que la joven se había mostrado un tanto ausente desde que habían llegado al bar. Sus bonitos ojos marrones estaban enrojecidos, como si hubiese dormido mal o hubiera llorado recientemente.

—Pues yo no voy a decirte que no. No te haré ese feo —dijo Claudio mirando con curiosidad al surtido de tortillas que reposaba sobre la

barra—. ¿Cuál me recomiendas?

—La verdad es que yo siento auténtica debilidad por la vegetal —confesó Ander señalando la que tenía a su izquierda—. ¿Te cojo una porción?

—Perfecto —dijo Claudio.

—Entonces, que sean dos de tortilla vegetal, Marisa —dijo Ander. Marisa asintió y comenzó a preparar los platos y cubiertos.

—Aquí tenéis los cafés —dijo y posó tres tazas frente a Ander—: un cortado y dos con leche; uno muy caliente y otro templado.

Ander acercó todo a la mesa. Había elegido un lugar apartado para hablar con los agentes municipales sin curiosos husmeando alrededor. A primera hora de esa mañana había recibido la llamada de Claudio para concertar una cita. Miren y él tenían una prueba del caso de H9 que querían entregarle en mano, pero lo tenían que hacer con discreción, ya que se trataba del producto de una investigación extraoficial. Habían actuado por debajo del radar de Hugo Otamendi y preferían que las cosas siguieran así, porque si la existencia de esa prueba llegase a oídos de su superior, este se apoderaría de ella con el fin de lograr rédito personal e impulsar su imparable ascenso dentro de la policía municipal. Para Otamendi esa prueba no habría supuesto más que un peldaño más en su carrera alcista.

Intrigado ante ese halo de misterio, Ander les propuso quedar en el Euskarri.

—¿Y bien? ¿Cuál es esa prueba que me queríais mostrar? —preguntó Ander sin más preámbulos.

Claudio sacó un DVD del bolsillo de su abrigo, lo posó sobre la mesa y lo deslizó hasta la mano de Ander.

—La madrugada del domingo, horas antes de que apareciera el cadáver en la iglesia de San Antón, unos gamberros movieron una cámara de seguridad de Moda Ribera, una tienda que se encuentra justo frente al Mercado de la Ribera. —El agente hizo una pausa para observar la reacción de Ander. La mandíbula de este se tensó ligeramente, pero continuó partiendo la tortilla de patatas con aparente aire desinteresado.

—La cámara quedó torcida, apuntando a la acera de enfrente. Al propio Mercado de la Ribera —continuó Miren—. Como sabes, el examen de la cámara situada en la esquina del mercado más próxima a la iglesia no nos proporcionó ninguna información adicional debido a que alguien la cegó.

Ander asintió.

—Como bien has dicho, no tenemos imágenes del asesino. Tenemos alguna grabación lejana, tomada cerca del Teatro Arriaga cuando se dirigía a San Antón, en la que se aprecia una furgoneta blanca enfilando hacia Atxuri, pero esas cámaras tienen muy mala resolución.

No se puede identificar matrícula, modelo, distintivos, nada.

—Exactamente —dijo Miren—. Esas cámaras nos están ayudando bien poco últimamente. De hecho, los jueces no les están confiriendo carácter probatorio, precisamente debido a su mala calidad de imagen.

—Y, entonces, ¿qué es lo que tenemos aquí? —preguntó Ander sosteniendo el DVD en alto.

—La grabación de la furgoneta del asesino y de este bajándose de ella, momentos antes de cegar la cámara del Mercado de la Ribera —apuntó Miren. Abrió el portafolio que tenía sobre la mesa y deslizó dos fotos hacia Ander—. Esta foto es del asesino y esta otra de la furgoneta. Las hemos ampliado con la mayor nitidez que hemos podido.

Ander se agachó para ver mejor las fotos. El asesino estaba vestido totalmente de negro, lo único que se podía deducir de la foto era su estatura: metro ochenta aproximadamente. La ampliación estaba demasiado pixelada, muy borrosa. Era evidente que la cámara de seguridad no era de última generación. La segunda foto, la de la furgoneta, era más esperanzadora porque mostraba, aunque muy difusamente, una imagen en un lateral del vehículo. Ander amusgó los ojos para tratar de ver algo más. Imposible, no se apreciaba otra cosa que una maraña borrosa e imprecisa de líneas y colores.

—¿No habéis logrado una mayor resolución de esta foto? —preguntó Ander alzando ligeramente la foto de la furgoneta.

Los agentes municipales negaron con la cabeza.

—Nosotros no disponemos de los medios para mejorar esa imagen. Menos aún en un caso como este, en el que tenemos que investigar con este grado de secretismo. Pero sé que en la Ertzaintza tenéis software puntero de tratamiento de imagen. He oído que utilizáis el mismo que el FBI —dijo Miren.

—Sí, es el software más avanzado del mercado —dijo Ander—. Por desgracia, los informáticos que lo manejan están saturados: tienen muchísimas peticiones sobre la mesa. Tendría que buscar un atajo, una manera de saltarme todas esas peticiones. —Se rascó la barbilla pensativo.

—¿Incluso en un caso de esta repercusión tienes que esperar a la cola? —insistió Miren.

—Me temo que sí —afirmó Ander sosteniéndole la mirada.

Reconocía en ella muchos de los rasgos que tenía él a su edad. La determinación, la claridad con la que veía el camino a tomar, y la ignorancia acerca de todas las trabas jerárquicas y procesales que habrían de resolverse antes de emprender ese camino dorado que conduce a la detención del culpable.

—En ese caso, ahí nosotros poco podemos hacer —dijo Claudio

levantándose de la silla—. Al menos espero que saquéis algo de provecho. Cuanto antes atrapemos a ese criminal, más tranquilos dormiremos todos.

—Ojalá sea cierto y esta pista nos ilumine un poco el camino. Os debo una. —Ander se levantó también y los acompañó a la calle—. Mantened los ojos bien abiertos como hasta ahora y seguid haciéndonos partícipes de vuestros descubrimientos.

Se estrecharon las manos y se encaminaron cada cual a su comisaría.

Cuando Ander entró en la comisaría, el agente encargado de la atención al público le hizo una señal para que se acercara al mostrador.

—Tienes visita. —Señaló a la sala de espera—. Lleva ahí una hora. El hombre es paciente, parece ser algo importante porque no ha querido dejarme recado.

Ander se asomó a la sala de espera. En una esquina, sentado en una silla de plástico blanca, Iker Arteaga esperaba con los ojos entrecerrados, las piernas juntas y su maletín apoyado sobre las rodillas. Al verlo se levantó con cara de alivio.

—Siento haberte hecho esperar, Iker —se apresuró a disculparse Ander—. ¿Por qué no nos has avisado que venías?

—No quería molestar y tampoco es que me cueste mucho pasarme por aquí. Yo vivo cerca, en San Ignacio.

—No lo sabía, ¿por qué no me lo dijiste el otro día? —preguntó Ander extrañado.

—El otro día estaba un poco aturdido. Necesité unas horas para recomponerme. Esa misma noche comencé a revisar los datos que me trajiste y a analizar su encaje en la Historia de Heródoto. Creo que he encontrado una conexión.

Ander sintió como si un puño de acero le cerrara la boca del estómago. Primero la fotografía de H9 y de su furgoneta, y ahora Iker señalando una conexión entre los mensajes y los crímenes. Parecía como si los rayos de sol no solo hubieran traído esperanza a los bilbaínos, sino también al caso de H9.

—Este no es el lugar apropiado para hablar de ello —dijo Ander—. Subamos a nuestra sala de investigaciones.

Iker contemplaba fascinado en el mural de la sala toda la información y datos de los asesinatos de H9. Su mirada curiosa recorría los recortes de informes, las fotos, los planos de localización, los apuntes realizados por el equipo, en definitiva, todo el trabajo de una semana de investigación del Grupo 4 destilado en aquel muro. No era la primera vez que el profesor prestaba ayuda a la policía autonómica, pero sí la primera ocasión en la que ese asesoramiento se

extendía a la investigación de un homicidio. En un primer momento, la impresión producida por la visión de la imagen de los dos cadáveres fue devastadora. Para tratar de combatir esa sensación de desazón, Iker prefirió obviar las fotografías y centrarse en las notas durante las primeras horas, labor mucho más académica, sin tantas implicaciones emocionales. Sin embargo, una vez hallada la conexión, Iker decidió darle una vuelta más a la tuerca. Tenía que intentar descubrir si existía algún otro tipo de relación entre los dos crímenes y la Historia de Heródoto.

Sí que la había.

Iker tomó asiento frente a Ander. En ese momento, únicamente se encontraban en la sala ellos dos y Alday. Gardeazabal y Arregui llevaban todo el día comprobando las coartadas de los dueños de las furgonetas que habían sido captadas por las cámaras de tráfico en las inmediaciones de Olabeaga la mañana del día veinte, el día en el que había aparecido el cadáver de Gloria.

El profesor sacó de su maletín un libro de lomos de color verde esmeralda. Lo sostuvo en alto con ambas manos y, tras mirarlo con auténtica devoción, dijo:

—Heródoto de Halicarnaso, viajero incansable, amante de la paz y de la diversidad cultural. ¿Sabéis que el gran Cicerón se refirió a él como el «padre de la Historia»? Así de grande fue su aportación. Es una lástima que exista gente que pretenda ensuciar su legado.

Alday descolgó el teléfono y dejó de observar la pantalla de su ordenador para dedicar toda su atención a las explicaciones de Iker. Ander entrecerró los ojos y se fijó en el grueso lomo adornado con filigranas doradas. Las preguntas le afloraban, pero refrenó su carácter impaciente; prefería dejar que el profesor concluyese su disertación. Cual alumno obediente, Ander calló y escuchó.

—Antes de ayer teníamos claro que los mensajes que el asesino nos hizo llegar a través de la boca de las víctimas o, dicho de otra forma, que puso en boca de las víctimas, estaban relacionados con Heródoto. Así es, el mensaje de la primera víctima, por ejemplo, la mujer mutilada en Olabeaga, aparece en el noveno, y último, libro.

»En él se relata un hecho acaecido tras la batalla de Platea, en el ocaso de la segunda guerra médica, cuando los persas derrotados huyeron de Grecia en desbandada. El general espartano Pausanias capturó el botín de los persas, consistente en oro, plata y alhajas.

»Sin embargo, lo que más llamó su atención fue la recámara que Jerjes le había dejado a su general Mardonio, que incluía vajilla de oro, plata, y los cocineros, panaderos y reposteros más reputados del Imperio persa. Visto esto, Pausanias les ordenó que le prepararan la mejor de las cenas al estilo persa y la dispusieran en una mesa. Al mismo tiempo, ordenó a sus cocineros que prepararan una cena al

estilo espartano y la sirvieran en otra mesa, colocada junto a la primera.

»Cuando ambas cenas fueron servidas, Pausanias se las mostró a sus generales y, entre chanzas, exclamó lo siguiente: "Llamaros he querido, ilustres griegos, para que vieseis con vuestros ojos la locura de ese general de los persas que, hecho a vivir con esa profusión y lujo, ha querido venir a despojar a los espartanos, que tan parca y miserablemente nos tratamos".

—«…que tan parca y miserablemente nos tratamos» —repitió Ander observando la imagen mutilada de Gloria Redondo en el mural.

El profesor asintió.

—El segundo mensaje, el de la víctima de San Antón, lo encontramos en el octavo libro. En un pasaje se cuenta cómo, en pleno desastre persa en la batalla naval de Salamina, Jerjes, rey de reyes persa que contemplaba desde un alto el desarrollo de la contienda, alabó la valiente maniobra realizada por una nave de su armada que había logrado romper el cerco griego y llevado a pique, en su camino, a una galera enemiga.

»El rey fue informado que la líder de esa galera era Artemisia I de Caria, reina de Halicarnaso, la cual había asistido al rey persa en la invasión aportando cinco naves a la inmensa armada imperial. Relata Heródoto que, tras experimentar un día plagado de consejos dubitativos y acobardados de sus generales, al ver la osadía de la reina jónica, Jerjes pronunció esa frase que nos es tan conocida ahora, aunque por motivos más siniestros: "A mí los hombres se me vuelven mujeres, y las mujeres hoy se me hacen hombres".

—Podemos descartar, por lo tanto, que esos mensajes guarden alguna relación con las víctimas —opinó Ander acariciando la encimera de la mesa como si se tratara de la crin de un caballo—. Nuestro asesino los utiliza para situarnos en la obra de Heródoto. La cuestión es conocer qué nexo existe entre la Historia de Heródoto y los crímenes, saber por qué Heródoto es tan importante para H9.

Iker asintió y se levantó de la silla. Se desplazó junto al mural hasta llegar al punto que estaba buscando. Se posicionó junto a la foto de Gloria Redondo y apoyó su dedo índice en ella.

—Los documentos no son el único elemento de H9 que le conectan con Heródoto. Los asesinatos también siguen un patrón. Reproducen fielmente pasajes descritos en el libro —dijo Iker. Ander detuvo el movimiento ondulante de su mano y observó al profesor estirando la espalda antes de continuar—. Cada uno de los dos crímenes cometidos hasta ahora, así lo hacen. El asesinato de Gloria fue narrado hace dos mil quinientos años.

»En el libro noveno de la Historia, Heródoto nos relata la salvaje mutilación sufrida por la mujer de Masiste, hermano de Jerjes. Tal

deleznable acto fue ordenado por Amestris, a la sazón mujer de Jerjes, que fue presa del odio y de los celos que sentía por su cuñada.

»Por lo visto, Jerjes estaba locamente enamorado de la esposa de su hermano, pero, como no pudo seducirla, su atención viró hacia la hija de esta, Artainta, a la que casó con uno de sus hijos para tenerla más a mano y con quien, finalmente, logró consumar el incesto.

»Cuando Amestris lo descubrió, su ira se desató, pero no contra Artainta, sino contra su madre, a la que culpaba de todo lo sucedido. En el libro se nos cuenta la carnicería ordenada por Amestris: "Córtale a la infeliz los pechos y manda arrojarlos a los perros; córtale después la nariz, luego las orejas y los labios; la lengua también se la saca y corta, y así desfigurada y perdida, la envía a casa".

—En nuestro caso, la diferencia radica en que esa mujer vivió para contarlo —dijo Ander—. Sin embargo, las mutilaciones de Gloria se produjeron post mortem.

—Sí, esa es la gran diferencia —dijo Iker—. Pero, en realidad, H9 nos ha querido trasladar a ese punto concreto de la Historia de Heródoto. Lo ha hecho a través de la macabra y fiel recreación del crimen narrado en el libro, y del mensaje en la boca.

—Entiendo. —Ander tomaba notas en su libreta.

Iker continuó desplazándose a lo largo del mural hasta llegar a la foto de Víctor Hermoso.

—Con él, el asesino reprodujo las castraciones de Panionio y de sus cuatro hijos, escena narrada en el octavo libro. —Iker hizo una pausa y continuó el relato—. Este Panionio era un ser despreciable, que se dedicaba a comprar esclavos jóvenes para luego castrarlos y venderlos como eunucos a los nobles persas.

»Uno de los esclavos a los que castró y vendió se llamaba Hermótimo. El noble persa que lo compró envió a Hermótimo a la capital persa como presente para el propio Jerjes. Quiso la fortuna que el eunuco entablase una relación de confianza con el rey, hasta el punto de convertirse en su favorito.

»La vida siguió su curso y un día el destino le brindó a Hermótimo la ocasión de vengarse de su castrador. Estaba el eunuco en la comarca de Misia, realizando un encargo para Jerjes, cuando se topó con Panionio. Hermótimo, ocultando sus auténticas intenciones, lo agasajó enormemente y le agradeció la oportunidad que le había brindado para llegar a ser alguien tan influyente en la corte persa. Como recompensa, le propuso que se trasladara con toda su familia a la capital imperial y que allí él se encargaría personalmente de que no les faltase de nada.

»Mediante este ardid, Hermótimo logró atraer a Panionio a su terreno y, una vez allí, se vengó de una manera cruel. Obligó a Panionio a castrar a sus cuatro hijos y luego estos tuvieron que hacer

lo propio con su padre. De este modo saldó Hermótimo la cuenta pendiente.

—Hay que ver cómo se las gastaban en la antigüedad —dijo Alday arqueando las cejas.

—Eran tiempos muy duros. La vida valía poco y la suerte estaba sujeta a vaivenes. La vida y la fortuna siempre pendían de un hilo finísimo y quebradizo.

—Este nuevo enfoque nos sugiere un patrón definido en los asesinatos, una guía que quizás nos ayude a predecir los próximos movimientos del asesino. Por si existía alguna duda, ahora queda claro que nos enfrentamos a un asesino en serie.

—Ese es otro aspecto que quería comentaros —dijo Iker volviendo a tomar asiento—. El del alias. En base a las conexiones inferidas, me inclino a pensar que la H correspondería a Heródoto o Historia, mientras que el 9 se refiere a la división del manuscrito original realizado por los copistas alejandrinos, los cuales fraccionaron la obra en nueve libros, denominando a cada uno de ellos con el nombre de una de las nueve musas de la mitología griega.

»Lo que más me aterroriza es que el asesino haya comenzado por el último libro, en una suerte de cuenta atrás macabra. Si nuestra deducción es correcta, H9 tendría la intención de sembrar nuestras calles con otros siete cadáveres.

—No lo permitiremos —dijo Ander con contundencia—. Es un desafío enorme, una realidad aterradora que afrontar. Pero nosotros estamos aquí para desbaratar sus planes. Esa es nuestra misión.

—Ander, os he traído este ejemplar de la Historia de Heródoto para que os lo quedéis. He marcado los pasajes que afectan a la investigación —indicó Iker y le pasó el libro a Ander.

—Gracias, profesor —dijo Ander acariciando el suave lomo.

Capítulo 9

La mañana siguiente, El Correo publicaba en portada las fotos de Celia Gómez y de Janire Artola bajo el siguiente titular: «Fantasmas del pasado». En páginas interiores se narraba la información relativa a los grafitis hallados en ambas escenas del crimen, en un artículo firmado por Iskander Alonso. También se explicaba la conexión existente entre los asesinatos y los casos de las desapariciones ocurridos en los años noventa en Bizkaia. Es decir, se vinculaban las pintadas con los expedientes de desaparición de las chicas.

Iskander desvelaba los pormenores de cada uno de los casos, los testimonios que se recogieron en su día, el desarrollo de la investigación policial, así como opiniones actuales de agentes retirados que estuvieron implicados en esas investigaciones. No cabía duda de que el reportero se había movido rápido para hacer acopio de tanta información.

Ander estaba sentado a la mesa de su comedor, ojeando el periódico y sosteniendo distraídamente un cigarrillo medio consumido entre los dedos, mientras resaltaba con subrayador amarillo una frase que había llamado su atención, atribuida a un excomisario de policía que había preferido preservar su anonimato: «Lo principal para progresar en la resolución de los asesinatos es entender el móvil del crimen y realizar una inspección ocular exhaustiva. Ese es el motivo por el que muchos casos se quedan sin resolver. No existe el crimen perfecto, sino la investigación mal hecha».

Ander cogió el teléfono móvil y marcó el número de Gardeazabal.

—Egun on, jefe —contestó el inspector—. Has leído El Correo, ¿verdad?

—Sí, estoy desayunando con la noticia —dijo Ander liberando dos chorros de humo por sendas fosas nasales.

Había abandonado el hábito de fumar. Fue una promesa que se hizo a sí mismo y a su hija. Pero no hubo manera de mitigar la ansiedad que le entumecía y que le hacía sentirse como un barco varado, incapaz de liberarse del lecho pegajoso del río. Ander concluyó que fumar un cigarrillo siempre sería una alternativa mejor a su otro demonio: la botella.

—¿Cómo han conseguido esa información? —preguntó Gardeazabal —. No lo entiendo.

Ander apagó el cigarrillo en la lata que había estado utilizando

como cenicero improvisado.

—No tengo ni idea. Lo que tengo claro es que no ha salido de nuestro equipo; pondría la mano en el fuego por cualquiera de vosotros tres. Pero hay más gente en la comisaría que podría tener acceso a nuestra sala de investigaciones. Prácticamente, cualquier agente podría entrar en ella en algún momento en el que estuviese vacía. —Ander cerró el periódico y se encaminó hacia el ventanal del comedor.

La niebla cubría los tejados más cercanos y limitaba la visibilidad al terreno más próximo. En su caso, el pequeño jardín que rodeaba la casa y la vereda empedrada que conectaba todas las propiedades circundantes. Todo aparecía inundado por la persistente lluvia nocturna que había arreciado al despuntar el día.

—Tenemos que revisar los protocolos de seguridad. Trabajaremos con la hipótesis de que tenemos un topo en la comisaría —continuó Ander.

—También existe otra posibilidad —dijo Gardeazabal—. Quizás fuera el propio H9 quien hizo llegar al periódico toda esa información.

—Puede ser, pero, en ese caso, nos tendríamos que preguntar por qué. —Ander apoyó su peso sobre el marco de la ventana—. ¿Qué gana él haciendo públicos unos datos que hasta ahora nos mostraba de un modo críptico?

—Quizás no confíe en nuestra capacidad para adivinar sus acertijos, para resolver sus enigmas —dijo Gardeazabal—. Como quiera que él sigue llevando adelante su particular colección de asesinatos, tal vez pretenda tendernos puentes, abrirnos los ojos, para que no exista una descoordinación entre nuestra investigación y su plan maestro.

Ander esbozó una sonrisa. Gardeazabal siempre aportaba ideas e hipótesis. Ese era uno de los motivos por los que lo quería en su equipo. Era mucho más que un matón, su instinto policial pulverizaba esa etiqueta con la que lo habían marcado algunos compañeros. Era duro, sí, pero sabía utilizar la cabeza para algo más que para romper tabiques nasales.

—Tendremos que prepararnos para ser objeto de una gran exposición mediática a partir de ahora —dijo Ander—. El foco va a estar permanentemente sobre nuestras cabezas, porque a los medios de comunicación les encantan los casos de desapariciones como los de Celia y Janire.

—Es verdad. No tardaremos en ver sus unidades móviles aparcadas por nuestras calles. Quién sabe, quizás envíen a alguno de sus primeros espadas para cubrir la noticia —dijo Gardeazabal.

—Así es, Garde —dijo Ander—. Me acaba de llamar el subcomisario Torres para convocarme a una reunión a las once. Tengo que ponerlo al tanto de todos los detalles de nuestra investigación. Su tono era

serio. Mucho me temo que se ciernen sobre nosotros nubes más negras que las que nos están aguando últimamente. También me ha confirmado que a las doce va a dar una rueda de prensa junto a Lopategui.

—¿El gran Moncho Lopategui? —preguntó Gardeazabal con sorpresa—. Entonces más te vale llevar el informe por escrito. Sabes perfectamente que al gran jefe de la División de Investigación Criminal le gusta ver todos los datos negro sobre blanco.

La policía autónoma vasca se dividía en tres grandes estructuras orgánicas: la División de Protección Ciudadana, que era la que más efectivos concentraba; la Oficina Central de Inteligencia, con funciones de apoyo y que operaba desde la trastienda, y la División de Investigación Criminal, auténtica joya de la corona, que estaba dirigida con puño de hierro, desde el año 2000, por Moncho Lopategui.

Originario de Mungia, Lopategui encarnaba a la perfección el carácter y espíritu vascos. De rasgos marcados y semblante pétreo, serio, la primera impresión que transmitía al joven cadete que se cruzaba con él era de intimidación y respeto. En efecto, Moncho era un hombre que no toleraba la indisciplina, la displicencia ni la negligencia entre sus subordinados. Permitía el error, siempre y cuando este no derivase de la mala praxis o, peor aún, de la inacción. Trabajo, trabajo y más trabajo, esa era su máxima, siendo él el primero que la incorporaba a su credo personal y profesional. Ander lo respetaba y admiraba, aunque ello no era óbice para que, cuando sus puntos de vista diferían, le llevara la contraria con vehemencia.

—Sí, he hecho un pequeño informe y he sacado varias copias, por si algún otro jefe quiere salir en la foto —dijo Ander—. Tú ahora estás con Arregui, ¿verdad?

—Cómo no —dijo Gardeazabal socarrón—. Aquí estoy, con el sociólogo, poniéndome al día de todas las novedades que el profesor os contó ayer.

Ander sonrió. Arregui había estudiado Sociología en la Universidad de Deusto, y lo que en su día había llamado su atención era, precisamente, esa capacidad de observación de la realidad que tenía, adquirida tras años de estudios sociológicos. Era un plus, una aportación única al equipo de investigación. La objetividad y amplitud de miras de Arregui, la capacidad analítica y conocimientos técnicos de Alday, y la decisión y honestidad de Gardeazabal convertían al Grupo 4 en un grupo único. Sin duda, el mejor equipo de investigación criminal de la Ertzaintza.

—Bueno, Garde, te tengo que dejar. Voy a intentar pasarme por la oficina de los informáticos antes de las once —dijo Ander.

—Está bien, jefe. Suerte con Torres. Nosotros seguiremos con los

ojos bien abiertos.

Las luces del pasillo de la última planta de la comisaría de la Ertzaintza de Deusto parpadeaban sin parar. Ander alzó la vista. Era evidente que los tubos fluorescentes se estaban agotando. Pero por esa planta no transitaba mucha gente, tan solo el personal de equipos y sistemas informáticos del edificio.

Ander avanzaba por el pasillo tamborileando con los dedos la caja del DVD que contenía las imágenes de H9 y de su vehículo captadas desde la cámara de Moda Ribera. Al fondo de aquel pasillo, situados uno frente al otro, se hallaban los despachos de los dos mejores informáticos de la comisaría y, probablemente, también de la Ertzaintza: Matías Gorriz y Fernando Solaun. Ander sabía de antemano cuáles serían las contestaciones de ambos ante su solicitud. El rechazo frontal. Esgrimirían como excusa la gran cantidad de trabajo que tenían acumulado sobre sus mesas, de una urgencia igual o superior a la suya. Por ese motivo, decidió dejar a un lado el comodín de la alta prioridad del caso de H9 y explorar otras alternativas para alcanzar el éxito. Ander se guardaba un as en la manga, que esperaba que funcionase a la perfección.

Se detuvo entre ambas puertas y, tras sopesar las opciones, llamó a la del despacho de Fernando Solaun.

—¡Adelante! —La invitación llegó desde el otro lado de la puerta.

Ander entró en la estancia con una sonrisa de afectada sinceridad iluminando su rostro. Frente a él, parapetado detrás de varias torres de expedientes, un individuo de largas greñas y barba tupida tecleaba frenéticamente en el ordenador. Apartó una caja voluminosa que reposaba sobre el asiento de una silla y, colocándola frente a Fernando, se sentó, a pesar de no haber sido invitado a hacerlo.

Aguardó un tiempo razonable a que el informático finalizara la tarea que estaba realizando, pero, al ver que esa pausa no llegaba nunca, decidió interrumpirlo.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Nando? ¿Veinte años quizás? —preguntó Ander mirando fijamente al informático.

—No llevo la cuenta —respondió sin dejar de teclear.

—Y la cuenta de las multas de tráfico que te he hecho desaparecer… ¿esa la llevas?

Fernando dejó de teclear y, emitiendo un gruñido audible, se reclinó en el respaldo de su cómodo sillón y miró inquisitivamente a Ander.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que trae al inspector estrella de este santo cuerpo al humilde cubil de este pecador?

—Esto. —Ander lanzó el DVD sobre el escritorio.

—¿Qué contiene? —preguntó Fernando sin mover ningún músculo.

—Una imagen sacada de una cámara de seguridad. La resolución es

muy mala. Pero hace meses leí, en uno de nuestros boletines internos, que nos habíamos hecho con un software de tratamiento de imagen de última generación. No recuerdo su nombre —dijo Ander.

—GL3F. —Fernando entrelazó los dedos y colocó las manos sobre su regazo.

—Eso es —dijo Ander—. Necesito que se lo pases a la imagen. En la misma aparece una furgoneta con una inscripción en su lateral; pero no podemos ver ni leer nada con nitidez.

—Desconozco la urgencia que tendrás, Ander, pero me temo que ese software está en Vitoria. Tendría que hacer una solicitud para que realizasen el tratamiento, esperar el resultado… No creo que puedas tenerlo antes de quince días —dijo Fernando y metió el DVD en un sobre marrón de medio folio.

—Estoy seguro de que tú podrías tenerlo para mañana —afirmó Ander sentándose en el borde de la silla. Un olor a sudor rancio impregnaba la estancia. Ander deseó que no se le quedara pegado a la ropa.

Fernando se rio y volvió a teclear frenéticamente.

—Me sobrevaloras, compañero —dijo entre risas—, no soy más que un pobre informático.

—Está bien, Nando, disculpa mi intromisión —dijo Ander y se levantó. Cogió el sobre del DVD y se volvió hacia la puerta—. Veremos si tengo más suerte con Matías.

Fernando dejó de teclear en el acto y se levantó cual resorte.

—¿Perdona? —dijo con los ojos desorbitados—. ¿Que vas donde ese aprendiz de informático? ¡Antes muerto! No voy a permitir que una prueba de tanta importancia caiga en las manos de un aficionado como él.

Arrebató a Ander el sobre y lo colocó junto al teclado del ordenador.

—Veamos —dijo mientras se atusaba la frondosa barba—, no podemos enviarlo a Vitoria, porque entraríamos en el círculo vicioso de nuestra exasperante burocracia. ¿Vas a presentar la imagen como prueba en un juicio?

—No, simplemente la necesito para avanzar en la investigación —dijo Ander—. De todos modos, no descarto enviar la imagen a Vitoria en el futuro. Aunque solo sea para que no pierda su valor legal.

—Eso estaría bien —reflexionó Fernando—. Yo no tengo el programa oficial… pero puedo acceder a otros programas que logran los mismos resultados. Por desgracia, no disponemos de licencia para utilizarlos así que… —Se encogió de hombros e hizo el gesto de cerrarse los labios con una cremallera.

—No te preocupes por mí, esto quedará entre tú y yo. Te debo una, amigo.

—Una bien gorda. —Fernando lo señaló con el dedo índice.

—Me la apunto —dijo Ander y abandonó la oficina.

El reloj marcaba las once en punto cuando Ander accedió al despacho del subcomisario Torres. Se trataba de una estancia amplia y luminosa, dominada por un gran escritorio de caoba en el que reposaban los asuntos más relevantes de la comisaría, que esperaban el visto bueno del subcomisario. Detrás del escritorio, una gran librería cubría la totalidad de la pared. A su derecha, un ventanal de grandes dimensiones filtraba la escasa luz solar que el plomizo cielo bilbaíno ofertaba ese día. En una esquina del extremo opuesto del despacho, una pequeña mesa circular de reuniones rodeada de tres sillas pasaba totalmente desapercibida.

Precisamente, en esa esquina en apariencia irrelevante, aguardaban sentadas dos de las personas con más poder de la Ertzaintza: el subcomisario Torres y el director de división Lopategui.

—Adelante, Ander, estamos aquí —dijo Torres.

—Buenos días —dijo Ander y se sentó a la mesa junto a sus jefes.

—Buenos días, inspector Crespo —dijo Lopategui con su característica voz raspada.

—Ander, le he explicado al director nuestros avances en la investigación de los crímenes de H9 —dijo Torres—. Conocemos la conexión existente entre los crímenes y la Historia, y también la posible relación con dos expedientes de desaparición de hace más de veinte años.

»La investigación seguía su curso de forma normal. Aún nos hallamos en una fase preliminar y creo que, gracias al esfuerzo de tu equipo, cada vez conocemos más a H9 y sus intenciones; sin embargo, y como bien sabes, esta mañana hemos amanecido con una portada en el periódico más leído de Bizkaia que, cuanto menos, nos parece inquietante.

—No seas tan diplomático, Torres, que aún no ha empezado la rueda de prensa —interrumpió Lopategui—. Inspector, ¿habéis descubierto cómo ha llegado esa información a manos de la prensa?

—No, señor. No tenemos ninguna certeza, tan solo manejamos hipótesis —contestó Ander.

—¿Cuáles son esas hipótesis? —Quiso conocer Lopategui.

—Una de ellas nos lleva a pensar que la filtración proviene de una fuente interna de la comisaría. De uno de los nuestros. Sinceramente, nosotros creemos que esta opción es poco probable. En realidad, nos inclinamos a pensar que la información llegó directamente al periódico de manos de H9. —Ander dejó que la idea flotase en el aire.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Torres—. ¿Lo habéis pensado?

—Primero, aumentaremos las restricciones de acceso interno para garantizar la seguridad en nuestra investigación —contestó Ander—. En cuanto al redactor, lo llamaré para quedar con él. Quiero mirarlo a los ojos cuando me diga eso de que no puede revelar sus fuentes. Entonces sabré si esa fuente es uno de los nuestros o no.

—Está bien, Crespo, hazlo —dijo Lopategui—. Ahora déjanos al subcomisario y a mí a solas. Tenemos que preparar la rueda de prensa.

—Por supuesto. Adiós. —Ander se levantó e hizo el saludo militar.

Sus superiores se lo devolvieron y continuaron con su reunión.

Capítulo 10

Pedro aplicó una vuelta de tuerca más a su ritmo de carrera. La cadencia constante de la respiración se fusionaba con el sonido apagado de las pisadas bien acompasadas que sus zapatillas Asics producían sobre el embaldosado bilbaíno. La capital vizcaína yacía semiinconsciente a esas horas tan tempranas en las que diariamente salía a correr. Para Pedro no existía mejor modo de comenzar el día. La quietud de la ciudad durmiente combinada con el despertar progresivo del cuerpo del corredor, aún entumecido, brindaban una sensación de renacimiento insuperable. Un nuevo día, una nueva vida.

Pedro continuó apretando el ritmo, consciente de que se había retrasado un cuarto de hora al explorar una nueva ruta tres kilómetros más larga de lo habitual. Pasó por debajo del puente de Deusto como una auténtica centella y enfiló la avenida que llevaba desde allí hasta el puente de Pedro Arrupe, obra de reciente construcción que unía las dos orillas de la ría a la altura de la Universidad de Deusto.

Notaba que el pulso le aumentaba, por lo que tuvo que boquear repetidamente para incrementar el aporte de oxígeno al organismo. A su derecha, la silenciosa catenaria del tranvía se alzaba sobre las vías camufladas bajo un césped verde perfectamente cuidado.

Atisbó El vigía, esbelta escultura de Eduardo Chillida que surgía del hormigón del puente para desempeñar su función de guardián eterno del mismo. Giró hacia la izquierda y se dispuso a cruzar el viaducto color óxido; en cinco minutos estaría duchándose en casa.

De pronto, paró su carrera en seco. No podía creer lo que veían sus ojos. Las piernas le flaquearon y sintió la necesidad de apoyarse en la estatua oxidada de Chillida para no caer de rodillas al suelo. A ambos lados de la entrada del puente yacían las dos mitades de un cuerpo humano. Pedro tragó saliva, sacó el móvil del brazalete y tecleó el número de emergencias.

El busto de Pedro Arrupe observaba el puente que llevaba su nombre con una mirada serena y una media sonrisa cargada de inteligencia. El hábito de monje mostraba un degradado blanquecino que dejaba entrever, a la altura del pecho, una cruz raspada en el bronce. Ander observaba atento la figura del que fuera propósito general de la Compañía de Jesús. Su busto, ubicado en la entrada a la Universidad de Deusto que daba a la ría, transmitía un fuerte sentido

de autoridad.

Ander había cruzado el puente para visionar las imágenes de las cámaras de los edificios más cercanos. Era consciente de que, habiendo aparecido el cadáver al otro lado de la ría, las probabilidades de que H9 se hubiera parado junto a la universidad eran muy pequeñas. Las imágenes no hicieron más que confirmar esa intuición.

Desanduvo el camino a través de la pasarela, inspeccionando con suma atención cada palmo de madera tropical que recubría la mayor parte de la superficie del puente, así como las alfombrillas antideslizantes desplegadas a ambos lados. Cuando se encontraba en el punto intermedio del puente, Ander levantó la mirada y disfrutó de la vista que ese sitio le brindaba. A mano derecha, más allá del puente de Deusto, el estuario de la ría de Bilbao continuaba en su imparable avance hacia el mar; a su izquierda, cubierto por un manto de titanio, la desigual presencia del Museo Guggenheim parecía devorar en su interior, cual monstruo marino surgido de las entrañas de la ría, el puente de La Salve.

Ander continuó avanzando hasta el extremo opuesto de la pasarela, inundada de luces azules y rojas. Al llegar a la escena del crimen, Ander se encontró con que la juez de guardia estaba finalizando la diligencia del levantamiento del cadáver. La forense de guardia, Leire Navarro, certificó la muerte, como no podía ser de otra forma. Cinco minutos más tarde, se habían llevado los restos de Federico González, tercera víctima de H9.

Los operarios de limpieza del ayuntamiento rascaban con fuerza la plancha de acero en la que habían escrito el nuevo número de expediente: «96/329». Las partes frontales de las anchas barandillas del puente estaban rematadas por dos planchas de acero —una vertical apoyada en la propia barandilla y otra horizontal fijada al suelo— y el asesino había colocado las dos partes cercenadas del cuerpo de Federico sobre ellas.

La víctima había sido asesinada aproximadamente veinticuatro horas antes por estrangulamiento. De nuevo se habían transportado los restos con cuidado para no facilitar a los investigadores rastro alguno. Únicamente había sangre junto a las dos mitades del cuerpo, aunque estaba seca, coagulada. En uno de los bolsillos de la víctima hallaron su cartera, gracias a la cual pudieron identificarlo. Federico era abogado, socio principal de González y asociados, y vivía solo en Algorta.

La visión del cadáver fue una experiencia durísima para la mayoría de los agentes que habían acudido a la llamada. Ander recordaba que algunos habían vomitado apoyados en un árbol próximo o entre las flores de un parterre. Otros tenían los ojos vidriosos y, pálidos como

estaban, trataban de disimular de la mejor forma posible el horror que los atenazaba.

H9 se estaba convirtiendo en un asesino en serie terriblemente sádico y despiadado que hacía del pánico su herramienta. Ander sabía que las fotos del cuerpo llegarían a los medios de comunicación tarde o temprano, ya que, para cuando se personó la policía, muchos peatones se habían acercado al puente del Padre Arrupe. En la sociedad del selfi, sería muy ingenuo pensar que a nadie se le hubiera ocurrido sacar una foto en esas circunstancias.

Tras los asesinatos de Gloria en Olabeaga y de Víctor en San Antón, y la irrupción mediática del caso de las jóvenes desaparecidas en los años noventa, este nuevo crimen atroz añadía más leña al fuego. El miedo y la sensación de inseguridad estaban haciendo mella en los ciudadanos de la capital vizcaína.

Ander sintió que su rabia resurgía. El asesino se estaba burlando de ellos; siempre iba un paso por delante. Estaba sembrando Bilbao de cadáveres ante sus propias narices, sin que la policía pudiera hacer nada para impedirlo. Estaban quedando como unos inútiles a los ojos de la opinión pública. Las medidas que estaban tomando no eran suficientes. Se enfrentaban a un rival formidable, sus superiores aún no lo habían entendido. Pensaban que con un buen equipo de ertzainas sería suficiente para avanzar en la investigación, pero Ander sabía que la única forma de acercarse a H9 era poniendo toda la carne en el asador, tratando de asfixiarlo, de acorralarlo.

Sentado frente al volante, Ander sacó del bolsillo de su chamarra una bolsa de pruebas que contenía la nota hallada dentro de la boca de Federico. Una tercera nota de una tercera víctima. Entrecerró los ojos mientras musitaba las palabras escritas en el papel que había memorizado:

—«Aplacar la divinidad que existe bajo tierra. H9».

Se avecinaba otro día duro.

Ramón Egaña abrió de un golpe de cadera la puerta que daba acceso al tercer sótano del Palacio de Justicia de Bilbao. El aparcamiento estaba sumido en la oscuridad, apenas alterada por las tenues luces de emergencia situadas sobre las puertas de salida.

El fiscal continuó avanzando hacia la plaza reservada a su nombre, un privilegio al alcance de unos pocos jueces y juristas del edificio. Pero es que Ramón no era un jurista cualquiera, como él mismo se encargaba de recordarles a diario a sus subordinados, sino el mejor fiscal de Euskadi.

—¡Maldita sea, tenía que haber dejado el expediente Barroso en el despacho! —farfulló mientras avanzaba con torpeza sujetando precariamente dos carpetas voluminosas y el maletín con ambas

manos.

El olor a hidrocarburo y neumático desgastado impregnaba el aparcamiento. Ramón emitió un bufido al tiempo que realizaba una anotación mental: «Recordar a mantenimiento que enciendan el extractor de los garajes con mayor frecuencia. El día menos pensado alguien terminará asfixiándose». De un ligero codazo pulso un interruptor de la luz y las luminarias se encendieron sección a sección hasta que toda la planta quedó perfectamente iluminada.

A las ocho de la tarde, la inmensa mayoría de las plazas se encontraban vacías. Seguramente, sus ocupantes ya estarían disfrutando de su familia o, mejor aún, pensó Ramón, de un buen cubata de ron Cacique al abrigo del local de moda correspondiente. El fiscal se relamió solo de pensarlo y una idea le atravesó la mente con la velocidad de una estrella fugaz. «Quizás no sea tan mala idea, después de todo; un copazo para poder afrontar la noche hundido hasta las pantorrillas en el maldito expediente Barroso».

Paró en seco y se acomodó todas las cosas para poder alcanzar el teléfono móvil que estaba en el fondo del bolsillo izquierdo de su pantalón. Trataría de tentar a su amigo Damián para tomar ese trago. Cuando finalmente logró sacar el teléfono, se percató de lo que tan bien sabía, pero siempre olvidaba: en los sótanos no había cobertura. «No importa, lo llamaré en cuanto salga de aquí», se dijo.

Continuó arrastrando los zapatos de cuero negro hasta su deportivo de alta gama aparcado a escasos veinte metros. Ramón vio que a la derecha de su vehículo había uno que no pertenecía a la dueña de esa plaza, la jueza Lastra. Una sonrisa burlona se dibujó en su sudoroso y rollizo rostro porcino. «No me imagino a la jueza conduciendo una furgoneta de mensajería como esta», pensó observando el vehículo blanco estacionado junto a su deportivo.

Ramón pulsó el botón de apertura del mando a distancia y las luces de posición de su coche parpadearon. Situó la puntera del zapato bajo el parachoques trasero, justamente en el punto en el que el sensor activaba la apertura automática del maletero.

Depositó el maletín y los pesados expedientes en su interior y bajó el portón aliviado por haberse deshecho de ese lastre. Cuando se disponía a entrar en el vehículo, oyó un gemido apagado proveniente del otro lado de la furgoneta. Era un quejido persistente, parecía como si alguien estuviera pidiendo ayuda. Ramón cerró la puerta del coche y se dirigió hacia el costado oculto de la furgoneta.

Allí, recostado sobre el pavimento del garaje, un hombre se retorcía sujetando su rodilla izquierda con ambas manos con gestos evidentes de dolor. La puerta lateral de la furgoneta estaba abierta de par en par y aquí y allá, desperdigados por el suelo, podían verse los utensilios de limpieza que habían caído de la misma: trapos, botes de desinfectante,

fregonas, cubos y demás.

Fue en ese momento cuando Ramón reconoció al hombre del suelo. Su cerebro realizó el esfuerzo asociativo suficiente como para recordar esa cara partiendo de los productos que se encontraban a sus pies. Se trataba del nuevo limpiador, el sustituto de Conchi.

Se acordaba perfectamente de cómo había irrumpido en su despacho, sin previo aviso, mientras intentaba poner en orden el expediente Barroso. También se acordó de la conversación que habían mantenido:

—¿Se puede? —dijo el hombre, un anciano enjuto y alto que rondaría la edad de jubilación.

—¿Quién eres tú? —preguntó seco Ramón, sin apenas desviar la atención de su tarea.

—Perdone, señor, soy Abel, el encargado de la limpieza de esta planta.

—¿Y qué le ha pasado a Conchi? —preguntó sorprendido.

Ramón se detuvo y miró fijamente a Abel.

Conchi llevaba veinte años ocupándose de la limpieza de la planta en la que se encontraba su despacho. No recordaba que hubiese faltado un solo día al trabajo.

—Se ha cogido unos días de permiso. Operaban a su hijo de urgencia —contestó en voz baja Abel mientras empapaba la fregona en la mezcla de agua y lejía del cubo.

—¡Espera, espera, amigo! —exclamó Ramón—. ¿Ves? Esto es lo que pasa cuando entra gente nueva. Que os pensáis que podéis hacer lo que os parezca sin tener en cuenta el modo en que se trabaja en este lugar. No quiero que friegues el suelo hasta que me haya ido, ¿entendido?

—Por supuesto, señor, discúlpeme —dijo Abel avergonzado—. ¿A qué hora se marcha?

—En una hora —contestó Ramón sin levantar la vista—. Ahora, cierra la puerta al salir.

Al ver al anciano retorciéndose de dolor en el suelo, Ramón sintió una punzada de arrepentimiento por el modo en el que lo había tratado.

Se apresuró a agacharse junto al hombre para socorrerlo.

—Abel, ¿qué le ha sucedido? ¿Se ha caído? —preguntó acercándose más al hombre para ver el alcance de la lesión.

En ese instante, Abel se giró con un movimiento rápido y, agarrando la corbata de Ramón con fuerza, tiró de esta hacia él, hasta tocarse prácticamente nariz con nariz. Ramón cayó de rodillas. Perplejo, se quedó mirando fijamente a Abel. No entendía nada de lo que estaba sucediendo. Fue entonces cuando notó el pinchazo en la base del cuello. Después, le pareció que caía en un pozo cada vez más

profundo. Ya nada existía, más que esos ojos que lo observaban con fiereza, llenos de odio.

Entonces, mientras su subconsciente quedaba desinhibido y las imágenes del pasado se sucedían a una velocidad desenfrenada, fue cuando reconoció esa mirada.

Capítulo 11

—Entiendo su desconcierto, señor Robles —dijo Alday sosteniendo el receptor del teléfono entre el hombro y la oreja mientras tomaba notas en un pequeño bloc—, pero no puedo darle ningún dato más. Es parte de una investigación en curso. Lo siento.

El agente colgó y se quedó mirándolo unos instantes, tratando de digerir la conversación que acaba de tener con Pablo Robles, padre de Tamara, la chica desaparecida a quien correspondía el número de expediente que H9 había dejado escrito en la pasarela de Pedro Arrupe.

Una foto de Tamara, rescatada de su expediente de desaparición, dominaba la pantalla de su monitor. En la foto, la joven sonreía con ternura a la cámara. A Mikel Alday se le encogió el corazón al pensar que esa sonrisa hubiera sido arrancada de cuajo de la faz de la tierra.

Alday pulsó el botón de imprimir en el instante en el que se abría la puerta de la sala. Eran el resto de los integrantes del Grupo 4: Ander, Arregui y Gardeazabal.

—Buenos días, jefe —dijo Alday mientras cogía las copias de la impresora—. Ya tenemos identificada a la tercera joven desaparecida.

El agente pasó una copia a cada uno de sus compañeros.

—Se trata de Tamara Robles, de Barakaldo, que desapareció el 17 de diciembre de 1996 cuando volvía a casa después de sus clases de danza clásica. El expediente es el número 1996000329 o, en la versión abreviada de H9, el 96/329.

Ander hojeó el expediente.

—Esta desaparición sigue el mismo patrón que las de Celia Gómez y Janire Artola —dijo mirando con atención a sus compañeros—. Mujer joven que desaparece alrededor de Navidad y de la que no se vuelven a tener noticias.

—Quizás ellas también fueran víctimas de H9 en los años noventa —dijo Gardeazabal—. Tal vez pretenda pasárnoslo por los morros, como diciendo: «Hey, chicos listos, ¿veis estas muchachas? Pues a ellas también me las cargué yo».

—Tal vez no sea descabellado pensar que pretenda exhibir sus trofeos y regodearse de nuestro desconcierto y del dolor de los padres de las víctimas. Pero, en ese caso, ¿por qué hacerlo ahora? —dijo Arregui—. ¿Por qué no lo hizo hace quince años, por ejemplo?

»Han pasado más de veinte años desde que sucedieron las

desapariciones. De encontrarnos ante un exhibicionista, un provocador, lo lógico sería pensar que hubiera tratado de mofarse de nosotros en el momento en el que las investigaciones estaban abiertas. De ese modo, podría haberse valido del foco mediático para amplificar su burla.

—Tal vez se trate de un asesino en serie itinerante —respondió Gardeazabal—. Un hombre que, por su profesión o por su formación, se desplazaba continuamente y solo regresaba a Bizkaia por Navidad.

—Eso tiene más sentido —asintió Arregui—. Podría explicar que los crímenes se espaciaran anualmente. Quizás, allá a donde fuera, seguiría cometiendo esos mismos crímenes y, como la coordinación policial hace veinte años era la que era, nadie llegó a conectar las desapariciones.

—Pero… —dijo Gardeazabal sarcástico, esperando el revés de su compañero.

—Pero… —continuó Arregui— eso sigue sin resolver la cuestión de por qué lo saca ahora a la luz.

Todos miraron a Ander, que seguía la conversación con atención mientras pasaba las hojas del expediente de Tamara.

—También cabe la posibilidad de que el asesino esté utilizando estas desapariciones, de las que pudo enterarse por algún medio que desconocemos, como cortina de humo —dijo Alday al ver que Ander no abría la boca—. Tal vez intente que abramos distintas líneas de investigación para llevarnos a un callejón sin salida o para que ocupemos nuestros recursos investigando pistas falsas. De este modo, podría continuar cometiendo sus crímenes con total impunidad.

—No creo, Alday —dijo Ander.

—Entonces, Ander ¿a qué nos enfrentamos realmente? —preguntó Gardeazabal.

Ander se levantó y se acercó al mural de la sala. Sacó una foto que tenía en el bolsillo y la colocó en la pared, bajo un gran número tres.

—El hombre que apareció ayer partido por la mitad en la entrada del puente Pedro Arrupe es la tercera víctima de H9. De eso no tenemos ninguna duda. Federico González, abogado. ¿Qué conexión puede tener con los otros dos asesinatos? Lo desconocemos. Gloria y Víctor eran psiquiatras, mientras que Federico ejercía la abogacía. Distintos entornos, aparentemente sin ninguna relación entre ellos.

Volvió a introducir la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó una bolsa de pruebas con la nota y la sostuvo en alto.

—Hallamos esta nota en la escena del crimen. «Aplacar la divinidad que existe bajo tierra». Una cita que aparece en el séptimo libro de la Historia de Heródoto. Pediremos a Iker Arteaga su opinión.

—Supongo que la escenificación del crimen guardará relación con algún pasaje de ese séptimo libro, ¿verdad? —preguntó Arregui.

—Efectivamente, aparece allí, pero prefiero que Iker nos lo explique —dijo Ander—. Nosotros tenemos que centrarnos en recabar toda la información posible de los familiares, compañeros de trabajo y amigos. Ahora mismo tenemos tres cadáveres sobre la mesa y la única certeza de que sus muertes guardan relación.

»Tenemos una imagen borrosa del vehículo de H9 e, incluso, de su silueta. Pero seguimos sin descubrir la conexión entre las víctimas, si es que la hubiera. —Ander se pasó la mano por la frente y dejó que su vista vagara por el mural que tenía enfrente.

—Es un caso con muchas aristas —dijo Gardeazabal.

—Parece el juego de la gallinita ciega —dijo Alday—. Te dan vueltas y más vueltas y, cuando te paran, la cabeza te gira tan deprisa que no consigues orientarte.

Ander se giró y señaló al informático con el dedo índice mientras afirmaba con la cabeza.

—Ese símil describe a la perfección el estado actual de nuestra investigación, Alday. La clave está en los detalles, chicos —dijo Ander —. Me da la impresión de que sí que existe realmente una conexión entre esos tres vértices del triángulo: las notas, los expedientes y los crímenes. No creo que H9 pretenda confundirnos. El problema es que no conseguimos dar con ese nexo, con esa intersección, con ese punto concomitante. Lo tenemos delante de nuestras narices, pero no logramos verlo.

—¡Si tuviésemos la imagen de la furgoneta! —se lamentó Gardeazabal.

—Paciencia, Garde —dijo Ander—, no podemos precipitarnos ni meterles más prisa a los informáticos.

—Lo sé, jefe, pero es tan frustrante. —Gardeazabal apretó con fuerza los puños sobre la mesa—. Me gustaría atrapar a ese bastardo y retorcerle el pescuezo con mis propias manos.

—Entiendo tu enfado, Garde. Todos nos sentimos igual, pero nosotros tenemos que mantener la calma. El mundo a nuestro alrededor puede sumirse en el caos, pero nosotros debemos estar serenos. Es nuestro deber. Ahora mismo hemos de centrarnos en investigar las desapariciones de las chicas partiendo de cero.

»No interroguéis a los padres, pero volved a analizar los expedientes de arriba abajo. Contactad con las amigas, preguntadles si tenían novio o amigos especiales con los que se vieran; si guardaban algún secreto, ya sabéis, esas cosas que jamás contarían a sus padres —dijo Ander dando una palmada en la mesa—. De eso os encargaréis Gardeazabal y Arregui. Estoy convencido de que existe un hilo del que tirar. Lo tenemos que encontrar cuanto antes.

—De acuerdo, jefe. —Gardeazabal lo anotó en su cuaderno.

—Alday, quiero que realices otra búsqueda. En esta ocasión de los

bienes de las víctimas, de la formación académica, aficiones, etcétera. Tenemos que hallar alguna conexión entre ellas. Si realmente existe un vínculo, lo encontraremos. También quiero un listado de los casos peritados judicialmente por Víctor Hermoso y otro de los casos defendidos por Federico González.

—Sí, señor —contestó Alday.

La tarde del último día de noviembre, el cielo se despejó por completo. Las nubes que habían sobrevolado Bilbao durante tantos días, dejando abundantes precipitaciones y sumiendo a los ciudadanos en ese ambiente de ciudad de lluvia tan propio de Euskadi, optaron por dar un respiro. Las precipitaciones cesaron, pero el frío viento del norte arreció.

Ander extendió los cuellos de su abrigo al máximo, intentando aprisionar su calor corporal dentro del mismo y evitando, en la medida de lo posible, que ese viento glacial le entrara por el cogote.

Levantó la vista hacia el firmamento para gozar de esa sensación tan agradable de no tener más que cielo azul sobre la cabeza. El color azul siempre le había transmitido paz y, en ese momento de caos que estaba viviendo, un pedacito de paz nunca estaba de más.

Paseaba por la calle Pozas con la bolsa de comida japonesa que acababa de comprar. Una vez a la semana solía cenar sushi. Le gustaba darse esos caprichos de tanto en cuanto. En lo referente a la comida japonesa para llevar, para Ander no había mejor establecimiento que Sumo. Cada vez que Amaia venía a su casa pasaban por la tienda de Gregorio de la Revilla y se llevaban unos rollos de sushi.

Amaia.

Cada vez quedaba menos para que viniese a pasar las vacaciones de Navidad. En circunstancias normales ese sería el gran acontecimiento de diciembre; sin embargo, H9 se había encargado de poner la realidad patas arriba y de enviar los planes a la papelera. Al pensar en su hija no pudo evitar que una sonrisa se le dibujase en la cara.

Con esa imagen aún fresca en la memoria, Ander se encaminó hacia la calle Doctor Areilza, donde tenía aparcado el coche. Cuando se disponía a abandonar Pozas para entrar en Areilza, escuchó que alguien lo llamaba a voces desde la acera de enfrente.

—¡Inspector Crespo!

Un joven vestido con una chaqueta de cuero negra lo saludó y cruzó la carretera a su encuentro. Ander no tenía ni la más remota idea de quién podía ser esa persona.

—Inspector Crespo, ¡qué suerte encontrarlo! —insistió alargándole la mano—. Soy Iskander Alonso, de El Correo. La semana pasada hablamos por teléfono, ¿recuerda? Le preocupaba que trascendiera la

información de la furgoneta blanca que se pudo utilizar en el crimen de Olabeaga.

Ander titubeó un instante, aunque finalmente estrechó la mano del reportero.

—¿Cómo no voy a recordar esa intromisión en nuestra investigación? —dijo Ander agrio—. Por cierto, ¿cómo me has reconocido?

—Lo conozco desde hace tres años. Acudí a la rueda de prensa en la que anunció la captura del asesino de la calle Cortes. Ese fue un caso muy mediático que resolvió de una manera brillante, inspector. ¿Quién iba a sospechar que Antonio Gómez, ese honrado barrendero, fuese un despiadado asesino?

Ander recordaba perfectamente el caso al que se refería Iskander. En 2016, dos mujeres aparecieron asesinadas en sendos portales de la calle Cortes. Tras largas investigaciones, Ander decidió centrar su atención en Antonio, un padre de familia ejemplar que, casualmente, trabajaba de barrendero en el turno de noche en el barrio de San Francisco las noches en las que habían sido asesinadas las mujeres. Con el cebo de que tenía que realizar una rueda de reconocimiento para identificar al sospechoso de los asesinatos, Antonio fue atraído a la comisaría, donde, un día después, acabaría derrumbándose y confesando sus crímenes. El interrogatorio fue dirigido por el propio Ander.

—Los asesinos suelen ocultarse tras fachadas de normalidad, de cotidianeidad. El de los crímenes de la calle Cortes, a pesar de su repercusión mediática, no fue un caso complicado.

—Nada que ver con el del descuartizador de Olabeaga, ¿verdad, inspector? —Iskander aprovechó el momento para introducir a modo de cuña la pregunta sobre los crímenes de H9.

—No pienso comentar nada sobre el caso; sin embargo, sí que me gustaría saber qué es lo que vais a hacer con la información que publicasteis el jueves. ¿Cómo vais a enfocar las desapariciones de las chicas? ¿Pretendéis abordar a su entorno más cercano como buitres carroñeros?

—Quid pro quo, inspector —dijo Iskander.

—¿Cómo dices?

—Usted me proporciona unos pequeños apuntes sobre la investigación y yo, a cambio, le cuento aquello que pueda decirle sin romper el secreto profesional. ¿Le parece bien si charlamos mientras tomamos una cerveza?

Ander soltó una sonora carcajada.

—¿Piensas que soy tan tonto como para tomarme un trago con el periodista que acaba de revelar información clasificada? ¿Acaso tienes un fotógrafo por los alrededores para inmortalizar la ocasión con unas

instantáneas? —dijo Ander escrutando los alrededores.

—Pero ¿quién se ha pensado que soy yo? —preguntó Iskander divertido—. Entiendo que está soportando mucha presión, inspector. A fin de cuentas, son tres asesinatos salvajes en once días. Bilbao está aterrorizada y supongo que la exigencia de sus superiores será máxima. Porque son ellos, a fin de cuentas, los que tienen que dar la cara ante la sociedad si las cosas se tuercen, y todos sabemos que la mierda siempre cae hacia abajo.

—Te repito, ¿qué pensáis hacer con la información de las chicas? —Ander se acercó a un palmo del rostro del reportero.

—El domingo pasado, Víctor Hermoso apareció asesinado dentro de la iglesia de San Antón. Ayer fue el turno de Federico González, salvajemente seccionado en dos. ¿Cuál es la identidad de la primera víctima? —Iskander obvió la intimidación del policía.

Ander dio media vuelta y continuó su camino hacia el automóvil.

—Inspector, la gente se merece conocer la verdad —continuó insistiendo Iskander, caminando a su lado.

—Esas chicas tienen familia, ¿sabes? —Ander se paró de golpe y clavó su mirada en los ojos de Iskander—. ¿Qué crees que habrán sentido al ver a sus hijas o hermanas en la portada de vuestro diario? Quizás en el mundo del periodismo sea así como tienen que ser las cosas, pero en la vida no todo vale, amigo.

—Se equivoca conmigo, inspector. No soy de esa clase de periodistas a la que alude. Yo solo busco la verdad. Sobre todo, y por encima de todo —concluyó Iskander.

—¡Vaya, veo que coleccionas frases memorables! —dijo Ander irónico—. Déjame darte un consejo, y con esto daré por finalizada nuestra conversación. Ten cuidado con no pisarme el callo o la próxima vez que nos encontremos no seré tan amigable contigo.

Ander se volvió y aumentó la marcha sin mirar atrás. Los coches pasaban a su lado deslizándose por el asfalto bilbaíno. Llegó a su automóvil, pero antes de entrar en él su mirada vagó por el tramo de acera donde acababa de estar Iskander.

No había rastro del reportero.

Las curvas y contracurvas se sucedían en el camino de vuelta a casa. El alto de Castrejana dominaba el flanco occidental de Bilbao. A medida que avanzaba en su ascensión, Ander podía observar con mayor claridad los barrios de la margen derecha de la ría —San Ignacio, Deusto y Matiko—, que se extendían hasta las faldas del monte Artxanda.

Ander pisó el acelerador. La noche se estaba echando encima y, después del encuentro inesperado con el reportero de El Correo, no le apetecía nada más que llegar a casa y meterse el sushi entre pecho y

espalda, acompañado por un par de cervezas japonesas.

Aparcó junto a la casa. La calle estaba desierta, como era habitual. No gozaba de gran visibilidad porque, al no tratarse más que de una vía particular, únicamente disponía de la iluminación mínima. Una farola solitaria que tan solo alumbraba su perímetro más próximo y dejaba el resto de la vía sumida en la penumbra.

Ander cerró el coche y se dirigió hacia su casa. Gorritxo lo había olido y ladraba emocionado desde dentro. Junto a la parte superior del marco de la puerta de entrada, una malla llena de caracoles pendía de un clavo.

Ander sonrió. Hermenegildo había tenido otro buen día. Descolgó la malla y, cuando se disponía a abrir la puerta, se percató de que encima del felpudo había un sobre.

El instinto actuó de inmediato. Ander dejó caer las bolsas y desenfundó el arma. Flexionó las rodillas y avanzó a lo largo de la pared de la fachada principal de su casa. La mirada alternaba entre la esquina del edificio y las sombras de la calle, intentando captar cualquiera movimiento o ruido. Dentro de la casa, Gorritxo seguía ladrando nervioso.

Al llegar a la esquina, Ander tomó una honda bocanada de aire y giró poniendo rodilla en tierra. No había nadie en ese lado del edificio. El pequeño jardín que bordeaba su vivienda, construida sobre la ladera del monte, se inclinaba ligeramente, en armonía con la ondulante pendiente. Ander continuó avanzando con cautela hasta lograr rodear la vivienda por completo. Nadie se ocultaba allí. Tampoco apreció rastros de actividad en los alrededores.

Abrió la puerta y, pasando por encima del sobre, entró en su vivienda con la pistola en alto. Gorritxo se lanzó entre sus piernas y lo observaba expectante moviendo la cola sin cesar. Ander lo apartó con suavidad con la mano libre y comenzó a inspeccionar la vivienda. Dos minutos más tarde ya había comprobado todas las estancias. No había nadie.

Gorritxo seguía moviendo la cola frenéticamente, mirando a su dueño atentamente. Ander se agachó junto a él y le acarició la cabeza con ambas manos.

—Parece que hemos tenido una visita, Gorritxo. Veamos qué nos han dejado —dijo y se acercó a la entrada.

Sacó del bolsillo de su chaqueta un par de guantes de vinilo y se los enfundó.

De cuclillas frente al felpudo, Ander miró a ras del suelo en busca de pruebas. Nada. Cogió el sobre con ambas manos y lo acercó a la luz de la lámpara de pie del recibidor. Se trataba de un sobre blanco de medio folio. Dentro del mismo se podía apreciar al trasluz una pequeña nota. Lo abrió con sumo cuidado y extrajo la nota:

«Inspector Crespo, busque la semilla del mal. H9».

Ander notó que el pulso se le aceleraba ligeramente. «Genial, sabe dónde vivo», pensó.

Descolgó el teléfono y llamó a la policía científica.

Capítulo 12

José Hidalgo, de la policía científica, terminó de procesar la entrada de la casa de Ander en el momento en el que las primeras luces del alba despuntaban entre la espesa oscuridad de la noche saliente.

—Parece que todo está en orden, inspector —dijo Hidalgo guardando sus herramientas en el maletín.

—¿No has encontrado nada? —preguntó Ander.

—Alrededor de tu casa no he visto más que las impresiones de tus pisadas y las de tu perro.

Hidalgo se quitó los guantes de vinilo y sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo trasero. Se colocó uno en los labios, lo prendió y le ofreció uno a Ander.

—Sí, gracias. —Ander encendió su cigarrillo con la brasa del de su compañero—. ¿Qué me dices de la entrada? No me puedo creer que no haya dejado ninguna huella. El terreno está lo bastante embarrado como para que una pisada deje su marca ahí durante varias horas.

Ambos contemplaron el terreno próximo a la casa mientras soltaban volutas de humo inmersos en sus reflexiones. A pesar de la tregua que había brindado el sol el día anterior, las persistentes lluvias del mes de noviembre habían saturado la capacidad de absorción del terreno.

—El acceso desde la carretera hasta tu puerta es de cemento. En él no hay ninguna huella de pisada. —Hidalgo aspiró una gran bocanada y consumió un tercio del cigarrillo en el acto. Luego expulsó el humo parsimoniosamente a la vez que señalaba el terreno anejo al caminito de acceso—. Alrededor sí que hay barro, pero, como puedes ver, está encharcado. Cualquier pisada queda inmediatamente reabsorbida por el barro humedecido.

Ander suspiró.

—Ahora me preguntarás por la puerta, ¿no es así? —dijo Hidalgo sonriendo.

Ander asintió y miró el marco de la puerta de entrada de su vivienda. El policía científico había blanqueado la puerta al impregnarla de polvo para detectar huellas latentes. Normalmente solían utilizar polvo negro, pero al ser la puerta de sapeli, el agente había optado por el blanco para lograr un mayor contraste.

—Tampoco hay nada. Te he dejado la puerta bien enharinada en balde —dijo dándole una última calada al cigarrillo—. La carta, sin embargo, sí que tiene una huella. Una de las buenas, por cierto. Está

completa. Curioso, ¿verdad? —Hidalgo arqueó una ceja.

—No tiene mucho sentido que no hallemos ningún rastro en la escena y sí uno tan evidente en la carta, que en el fondo es el único elemento sobre el que el sujeto tenía el control absoluto —dijo Ander mientras acompañaba al agente hasta su coche.

—Es extraño. Aunque en ocasiones estos descuidos ocurren. —Abrió el maletero y dejó dentro el maletín y el buzo—. Yo, por mi parte, no puedo hacer otra cosa que procesar los datos. Las conclusiones las dejo para vosotros.

—Descuida, compañero —dijo Ander—. ¿Cuándo crees que podréis procesar la huella?

—Hoy es domingo. Será imposible tenerla antes de mañana. Te haré llegar el resultado en cuanto lo tenga.

—Gracias, José. Sobre todo, por haber venido tan rápido en plena noche —dijo Ander.

—Para eso estamos, compañero —contestó Hidalgo estrechándole la mano.

Ander observó la estela que iba dejando el coche del policía en la gravilla de su calle. La silueta del vehículo se recortaba al final del sendero, iluminada por esos primeros rayos del día que alumbraban con colores vivos las almidonadas nubes altas del firmamento.

Al apartar la vista de esa imagen hipnótica, Ander se encontró con la mirada curiosa de Gorritxo, que esperaba expectante a su lado. El inspector se agachó y agarró la cabeza del perro con ambas manos.

—Hoy no va a ser un domingo cualquiera, Gorritxo. Nos espera un día complicado por delante.

—¡Ander, aquí arriba! —La voz de Iker Arteaga sonó atronadora desde lo alto de la entreplanta del bar. El profesor se apoyaba en la barandilla y le hacía gestos para que subiera.

La taberna en la que se habían citado tenía un nombre sugerente: Historias de ayer. Iker le había propuesto quedar en la entreplanta del local, que casi siempre estaba desocupada. El profesor le confesó que era allí donde solía corregir la gran mayoría de los exámenes y trabajos de sus alumnos y que, en más de una ocasión, la calidad del café había tenido una influencia directa en el resultado final de alguno de esos exámenes.

—¡Voy! —contestó Ander y subió a grandes zancadas las escaleras de madera.

Al llegar al rellano, Ander tuvo que agachar la cabeza. El techo era muy bajo.

—¿Ves, inspector? Eso no te pasaría si midieses uno setenta como yo —dijo Iker señalándole el techo—. Ven, toma asiento, quiero enseñarte lo que he encontrado sobre las últimas pruebas que me

enviaste.

Sobre el mantel a cuadros verdes y blancos de la mesa, Iker había extendido varias impresiones de lo que Ander supuso eran extractos de la Historia de Heródoto. Algunos habían sido subrayados y también mostraban notas garabateadas en los márgenes.

—Adelante, profesor ¿qué es lo que tienes para mí?

—Primero, hablemos del crimen. —Iker tomó un par de hojas de entre las extendidas en la mesa.

—Un cuerpo partido en dos mitades. Una mitad a cada lado del puente —apuntó Ander.

—Exactamente —dijo Iker—. Por lo que sabemos hasta ahora, ¿en qué libro de la Historia de Heródoto debería de aparecer este crimen?

—En el séptimo libro —contestó Ander convencido.

El profesor asintió y señaló un párrafo resaltado en la hoja de papel que tenía apoyada enfrente.

—Tirando de ese hilo invisible que nos va dejando H9 en cada una de sus carnicerías, llegamos, en este tercer acto, al asesinato del primogénito de Pitio, descrito en ese séptimo libro. ¿Lo has leído?

—No he podido. Mis últimas horas han sido un tanto ajetreadas —dijo Ander.

—No importa, te lo cuento yo. Cuando el gran Jerjes avanzaba con su inmenso ejército hacia Grecia, obligó a todos los pueblos por los que pasaba a que le proveyesen con todos sus hombres en edad de combatir, con todo aquel que estuviese en edad de empuñar una lanza.

»Sucedió entonces un hecho extraordinario. Un eclipse solar oscureció el día, acontecimiento interpretado por algunos de los cortesanos del gran rey como una señal de mal agüero. Uno de esos cortesanos era Pitio, anfitrión lidio, que había agasajado a las tropas persas de un modo tan espléndido que se había ganado el aprecio de Jerjes.

»Creyéndose favorecido por el monarca y, a la vista de los malos augurios, Pitio solicitó al monarca persa que dispensase a uno de sus cinco hijos, al primogénito, del deber de marchar a Grecia con el ejército persa. Por desgracia para Pitio, Jerjes se tomó la solicitud como una ofensa y ordenó ejecutar inmediatamente al hijo. Así son los caprichos de los tiranos. Pitio debería de haberlo sabido.

Iker hizo una pausa y bebió un largo trago de su Coca-Cola antes de continuar con su relato.

—Como iba contando, Jerjes ordenó asesinar al primogénito de Pitio. Pero no fue una ejecución común, más bien al contrario, se trató de un aviso a navegantes, de una advertencia directa a todos sus nobles, consejeros y, en última instancia, a todo el ejército. El primogénito fue partido en dos. Se colocó una parte de su cuerpo a

cada lado del camino por el que tenía que transitar el ejército persa en su avance hacia Grecia.

—¿Cabe la posibilidad de que H9 se crea Jerjes? —preguntó Ander —. A fin de cuentas, él también es un déspota todopoderoso en cuyas manos descansa la potestad de decidir quién vive y quién muere.

—Tal vez sea así. Quizás solo intente trasladarnos esa sensación de control, de ser dueño de su destino y del de los demás. O tal vez no. Los dos crímenes anteriores también ilustran dos episodios brutales de la Historia de Heródoto como son el de la mutilación de la mujer de Masistes y el de la castración de Panionio y de sus hijos. Yo me inclino a pensar que el asesino no se cree ninguno de los personajes de la Historia, sino que está recreando escenas del libro en un orden descendente concreto.

—¿Insinúas que sus crímenes no serían más que pinceladas de un cuadro mayor? —preguntó Ander.

—Esa es la impresión que me da, sí. ¿Por qué, si no, habría de desencadenar esta cuenta atrás?

El inspector se reclinó en el respaldo de la silla y, a través de la barandilla, barrió visualmente la planta baja de la taberna. Cuatro hombres charlaban con la camarera acodados en la barra. En una de las dos mesitas que había junto a la puerta, un grupo de cinco mujeres de avanzada edad jugaban una partida de cartas mientras apuraban con parsimonia un café con leche ya frío. Ander devolvió su atención a la mesa en la que estaba sentado.

—¿Qué hay de la cita, Iker? —preguntó—. «Aplacar la divinidad que existe bajo tierra».

—Esa línea la encontramos en el apartado ciento catorce del séptimo libro. En él se relata un hecho acontecido cuando el ejército persa se disponía a cruzar el río Estrimón, que fluye por la actual Bulgaria —relató Iker—. Los magos persas eran una especie de adivinos o consejeros de lo espiritual que pretendían mediar entre los reyes y los dioses.

»Resulta que estos magos venían llevando a cabo distintos sacrificios a medida que las tropas se acercaban a los grandes ríos, para que los dioses que habitaban en ellos no se rebelasen ni se sintiesen ofendidos por la presencia de tanto extranjero. Por lo tanto, antes de llegar al gran río Estrimón, se sucedieron los sacrificios de animales hasta que el ejército llegó a un lugar que Heródoto denomina Ennea Odi, traducido como los nueve caminos.

—Otra vez nueve —dijo Ander.

—Así es, parece que es un número significativo para nuestro hombre. —Iker estiró la espalda y le dio un último trago a su refresco —. Al ser informados los magos del nombre por el que era conocido ese lugar, ordenaron enterrar vivos, allí mismo, a nueve hombres y

nueve mujeres jóvenes del país.

—¡Qué salvajes!

—A nuestros ojos, desde luego que sí es una salvajada —dijo Iker—; sin embargo, Heródoto relata que esa era una costumbre persa. De hecho, cuenta que fue informado por un persa que, siendo ya anciana Amestris (la mujer celosa de Jerjes que ordenó la salvaje mutilación de la esposa de Masistes), sepultó vivos a catorce hijos de los persas más ilustres, víctimas que ocuparían su lugar para aplacar a la divinidad que los persas piensan que existe debajo de la tierra.

»La verdad es que sacrificar a jóvenes para aplacar la divinidad que habita bajo tierra suena a pacto con el diablo. Lo cierto es que esos sacrificios no fueron exclusivos de los persas, sino que gozaron de gran número de seguidores a lo largo de la historia. Sangre joven para renovar la sangre añeja.

—¿Buscaban la eterna juventud, la inmortalidad? —preguntó Ander.

—O tan solo ahuyentar a la parca un año más, ¿quién sabe? —contestó Iker.

Ander asintió mientras procesaba toda la información recibida.

—Esa alusión de Heródoto a los nueve caminos… ¿cómo los habías llamado?

—Ennea Odi —dijo Iker.

—Eso es, Ennea Odi. Tengo un pálpito, una idea inquietante, que me da escalofríos —dijo Ander bajando la voz.

—¿De qué se trata? —preguntó Iker.

—Estos sacrificios humanos que realizaban los persas, a los que hace referencia la nota hallada en la boca de Federico González, tenían como víctimas a jóvenes. Hombres y mujeres.

—Así es. Eran sacrificados para mayor gloria de sus dioses. Sangre pura, incorrupta, para obtener la gracia o el perdón de esos dioses. Recuerda que el gran Agamenón de Micenas sacrificó a su hija Ifigenia. ¿Por qué? Porque quería atacar Troya con su gran armada y los vientos no le eran propicios para la navegación. Por eso los oráculos aconsejaron el sacrificio de Ifigenia para aplacar la ira de Artemisa, ya que interpretaban que la diosa estaba enfurecida porque Agamenón había cazado en su bosque sagrado.

—En nuestro caso, aparte de los asesinatos de H9 y de su escenificación, hay que añadirle una nueva variable a esa ecuación del crimen a la que aludías antes: las chicas desaparecidas.

—¿Son las chicas a las que señalan los números que H9 está escribiendo en las escenas del crimen? —preguntó Iker.

—Sí, las mismas. Todas ellas desaparecieron hace más de veinte años. Todas ellas adolescentes de las que no se volvió a saber más. Sin motivo aparente para cambiar de vida, se esfumaron así —Ander abrió

la palma de la mano y sopló en ella—, como si el viento se las hubiera llevado a otra dimensión o como si la tierra se las hubiera tragado.

Iker observaba con preocupación a Ander. La investigación le apasionaba, por supuesto, suponía un auténtico desafío para él. Pero al mismo tiempo, la crudeza de los asesinatos y las nuevas revelaciones que le había contado el inspector empezaban a afectar a sus nervios. Se aflojó un botón del cuello y retiró las hojas de la mesa.

—¿Crees que las chicas desaparecidas compartieron el mismo destino que aquellas enterradas vivas en la antigüedad? ¿Que quizás fuesen sacrificadas para aplacar la ira de algún ente demiúrgico? ¿Que tal vez sea ese el motivo de dejar esa nota en particular en el cadáver de Federico González?

—Espero que no sea así —dijo Ander—. Pero no podemos descartar ninguna posibilidad.

Recogieron la mesa y abandonaron su improvisada sala de reuniones con la sensación de que ninguno de los clientes del bar se había percatado de su presencia.

Ander se dirigió hacia la comisaría con la mente borboteando ideas tras la reunión con Iker Arteaga. Sabía que el subcomisario Torres estaba en su despacho; para él no existían los festivos. «El crimen no descansa», solía afirmar. Seguramente su esposa no compartiría esa afirmación, o sí, quién sabe, la naturaleza humana es así de compleja.

Desde que José Hidalgo abandonara su casa esa mañana, Ander había estado reflexionando sobre la conveniencia de informar a su superior de la nota que le había dejado H9. Sabía que la vida era una sucesión de encrucijadas. Obviar a un superior no era muy inteligente, pero permitir que te hagan de niñera durante unos días tampoco le apetecía mucho y, en el fondo, sabía que Torres asignaría una patrulla a la vigilancia de su casa. Finalmente, tras consultarlo con la nicotina y la silenciosa mañana, decidió informar al subcomisario.

La figura de Torres se recortaba contra la ventana. Ander accedió a su despacho silenciosamente, procurando no cortar el hilo del pensamiento que mantenía la absorta mirada del subcomisario fija en algún punto del exterior. Torres dio un respingo al percatarse de la presencia del inspector y se acercó a él. Le dio un par de impetuosas palmadas en el pecho a modo de bienvenida y lo invitó a tomar asiento con un gesto del brazo. Ander conocía perfectamente ese gesto de su jefe. Era su manera de reconfortar al prójimo. En un personaje como Torres, que exteriorizaba tan poco los sentimientos, ese gesto era de un grado de cercanía extremo.

—¿Qué tal estás, Ander? Hidalgo me ha informado de la visita nocturna que tuviste ayer —dijo Torres. Ander frunció el ceño. Creía haberle dicho a Hidalgo que no mencionase nada en la comisaría. O

tal vez no fue más que un pensamiento que se perdió en la nebulosa de la vigilia. Qué más daba ahora. La cuestión era que el subcomisario ya lo sabía—. ¿Está todo arreglado?

—Sí, jefe. H9 se contentó con dejarme esta nota. —Ander la posó sobre el escritorio.

Torres tomó la bolsa de pruebas con sumo cuidado y leyó el contenido de la nota.

—¿Que busques la semilla del mal? —dijo devolviéndosela—. ¡Menudo cabrón! Te está retando.

—No creo que se refiera a él cuando menciona la semilla del mal. —Ander se rascó la barba de dos días que no había tenido tiempo de afeitarse.

—Lo que más me preocupa en estos momentos es que H9 nos esté marcando los tiempos en todo momento. Mata cuando quiere y exhibe sus crímenes de la forma más grotesca, sin que nosotros podamos pararlo. Se está regodeando el muy canalla.

Ander se revolvió en su asiento. Generalmente, cuando el contador de juramentos de Torres llegaba a dos, lo siguiente que se podía esperar era una buena reprimenda.

—Conoce dónde vive mi investigador principal y le deja una nota con toda su insolencia. ¡Menudo sinvergüenza!

—Por ahora no hemos logrado estrechar el cerco a su alrededor —admitió Ander—. Creo que fue usted quien dijo una vez que los crímenes más inusuales son los más sencillos de resolver; sin embargo, en este caso no lo veo tan claro.

En esta ocasión fue Torres el que se revolvió incómodo en su silla.

—Está bien, ¿tenemos alguna pista fiable que seguir? ¿Algún sospechoso?

—Sospechamos de un individuo llamado Héctor Velásquez, que huyó hace un año del Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Andra Mari. El mismo que dirigía nuestra primera víctima, Gloria Redondo.

—¿Y bien? ¿No le habéis echado el guante aún? —preguntó Torres con un brillo de esperanza en sus ojos.

—Ha desaparecido de la faz de la tierra. Trabajamos sobre dos hipótesis con respecto a Velásquez: que haya huido del país o que haya cambiado de identidad. Hemos emitido una Notificación Roja a la Interpol. También hemos repartido su retrato entre los patrulleros por si lo identifican en alguna ronda.

—Bueno, esa es una noticia esperanzadora; tenemos un sospechoso. Al menos me das un hueso que lanzarles a los medios de comunicación —dijo Torres con alivio.

—De todos modos, no se haga demasiadas ilusiones con Héctor, porque hay que ver en qué medida encaja con la complejidad de estos asesinatos, las alusiones al libro de Heródoto y los casos de las chicas

desaparecidas —dijo Ander.

Cuando Torres se disponía a decir algo, el teléfono que reposaba sobre su mesa tronó con una sucesión de pitidos desagradables.

—¿Diga? —contestó Torres de un modo igualmente atronador—. De acuerdo, súbalo ahora mismo.

El subcomisario colgó y le dedicó una mirada de asombro a Ander.

—Han procesado la huella hallada en la nota. Hay una coincidencia positiva con la base de datos de personas desaparecidas. Ahora nos sube el informe el agente Flores.

Al cabo de unos segundos, alguien llamó a la puerta. Flores se asomó dubitativo antes de avanzar hasta la mesa de Torres.

—Aquí tiene, señor —dijo saludando a Ander con la cabeza.

—Gracias, Flores. Puedes marcharte —dijo Torres.

Cuando el agente hubo cerrado la puerta, el subcomisario abrió el sobre y leyó con avidez el somero informe antes de pasárselo a Ander.

—Carlos Bonaparte. —Torres señaló el nombre que aparecía en negrita en la parte central del informe—. ¿Te suena de algo, aparte del ilustre apellido?

—En absoluto —dijo Ander enarcando las cejas—. Voy a buscar su expediente de desaparición.

El inspector se levantó. Se disponía a abandonar la sala, cuando Torres le dijo:

—Por cierto, Ander. He dispuesto una vigilancia de veinticuatro horas de tu casa.

—¡Vamos, jefe! —se quejó Ander abriendo los brazos en señal de protesta—. No malgaste nuestros pocos recursos así. Ahora necesitamos a todos los agentes en la calle.

—Esta decisión no admite réplica. No estoy dispuesto a perder a mi mejor hombre.

—De acuerdo —dijo Ander a regañadientes—. Pero al menos que no ronquen por la noche. La mayoría de mis vecinos son gente de edad avanzada que se despiertan con el vuelo de una mosca.

—¡Qué exhibición de empatía, Crespo! Vamos, sigue tu camino y no olvides informarme de tus avances.

—Por supuesto, señor.

Ander cerró la puerta del despacho y se dirigió apresuradamente a su ordenador para sacar la copia del expediente de desaparición de Carlos Bonaparte.

Ander llegó reventado a casa. Se acomodó en el sofá y prendió un cigarrillo mientras leía lo poco que decía el expediente. Carlos era profesor de Ingeniería en la Escuela de Ingenieros de Bilbao. Su mujer había denunciado la desaparición en la comisaría de la policía municipal de Miribilla en julio. La agente que recibió la notificación

de la desaparición fue Miren Zarandona. El mundo era un pañuelo. Ander decidió pasarse por Miribilla al día siguiente para hablar con ella.

No tenía mucho tiempo que malgastar; había quedado con su padre para dar un paseo por la orilla de la ría y ya llegaba tarde. Apuró el cigarrillo, se puso unos pantalones vaqueros gastados, una sudadera y se dirigió hacia la cocina. Gorritxo no hacía más que seguirlo por toda la casa. Ansioso ante la perspectiva del paseo, no dejaba de mover la cola y apretar el hocico contra el muslo de Ander.

En la cocina se preparó un sándwich y salió a la calle sosteniéndolo con una mano, mientras con la otra sujetaba la correa de Gorritxo. No había tenido tiempo de almorzar nada y estaba hambriento.

Hacía una tarde estupenda para pasear. Después de haber padecido innumerables días de lluvia, daba la sensación de que la meteorología se había apiadado de la urbe bilbaína. Ander alzó el brazo a modo de saludo para despedirse del coche patrulla apostado en la entrada de su calle, a escasos cincuenta metros de la casa. Sus compañeros le devolvieron el saludo dándole las luces largas.

El sol, que había protagonizado toda la jornada, se escondía ya tras las colinas. Ander sabía que apenas le quedaba una hora de luz, por lo que aceleró el paso y descendió a zancadas los escalones que comunicaban su barrio con la carretera de Basurto-Castrejana. En diez minutos se encontraba en la plaza de La Casilla, lugar en el que había quedado con su padre, que ya esperaba sentado en uno de los muchos bancos de madera que jalonaban la plaza.

—¡Gorritxo! —exclamó cariñosamente Carmelo.

El perro se abalanzó sobre el anciano y permitió que este lo acariciara.

—¿Y este es el perro que va a cuidar de mi casa? —dijo Ander sonriendo—. Lo estás malcriando, aita.

—¡Déjalo, hijo! No seas duro con él. No es más que un cachorro. Pongámonos en marcha, a ver si nos da tiempo a dar la vuelta antes de que anochezca.

—Entonces, ¡en marcha! —dijo Ander y ayudó a su padre a incorporarse.

La vuelta a la que se refería Carmelo consistía en bajar desde la plaza de La Casilla por Doctor Areilza; atravesar el frondoso parque de Doña Casilda, auténtico pulmón de la capital vizcaína; luego continuar por el paseo de la ría que comunica el Palacio Euskalduna con el puente del Arenal; y, desde allí, subir Hurtado Amézaga y continuar por la calle Autonomía hasta llegar al punto de partida. En total eran cinco kilómetros que solían completar en una hora.

—Oye, aita, ¿recuerdas qué día tienes cita con el neurólogo? —le preguntó Ander poniéndolo a prueba.

—Espera que lo mire en el móvil.

Carmelo sacó su teléfono del bolsillo y accedió a la agenda.

—¡Ajá, aquí está! —Señaló la pantalla con expresión triunfal—. El veinte de diciembre, a las once de la mañana.

—Muy bien, aita, veo que te estás acostumbrando a tomar nota de lo importante. Eso está fenomenal —dijo Ander tratando de sortear las numerosas hojas caídas, convertidas en trampas resbaladizas por la lluvia de los días anteriores.

—Sí, antes lo fiaba todo a mi memoria, pero ahora… —Carmelo sacudió la cabeza—. Ahora es más complicado, hijo. Me estoy haciendo mayor.

A Ander se le encogió el corazón al oír a su padre hablar en esos términos. Era consciente de que, a sus ochenta años, era ley de vida que comenzase una fase de declive físico, pero se resistía a aceptarlo. Su padre era el único vínculo que lo mantenía unido al recuerdo de su madre y de su hermana. Ellos dos eran lo que quedaba de su familia. Los restos del naufragio.

—Pero ¡qué dices, aita! —Ander le dio una palmada en la espalda —. Tú tienes correa para rato.

Ambos rieron y continuaron su paseo. En Zabalburu giraron hacia la derecha y descendieron por la larga calle de Autonomía. Desde esa posición, la vía se apreciaba perfectamente en su majestuosa extensión. Una calle recta, tantas veces recorrida por los orgullosos bilbaínos, cuyas farolas alumbraban el camino de padre e hijo en ese ocaso del primer día de diciembre.

Ander acompañó a su padre hasta el portal de su casa.

—Hijo, ¿seguro que no quieres quedarte a cenar? —preguntó Carmelo.

—No, aita, tengo mucho trabajo pendiente.

—Está bien, otra vez será —dijo Carmelo sacando las llaves del portal.

—Por supuesto, otro día vendré con más tiempo y más hambre.

Se dieron un beso y un abrazo y, cuando Ander se disponía a marchar con Gorritxo, Carmelo lo cogió del brazo y se le acercó con expresión sombría.

—Ander, la semana pasada, cuando tuve el bloqueo en casa, no me preguntes por qué, pero tuve la sensación de que habías venido a contarme algo importante. Algo que mi pérdida de memoria dejó en el aire. ¿Estoy en lo cierto?

Ander bajó la mirada, suspiró profundo y asintió.

—¿Conoces el caso que estoy investigando? —preguntó Ander.

—¿El del descuartizador de Olabeaga?

—Así lo llaman los medios de comunicación, sí —contestó Ander.

—¿Qué pasa con él?

—Pues que, además de los crímenes, han aparecido referencias a chicas jóvenes desaparecidas hace más de veinte años.

—Lo sé, lo he visto en el periódico. Hablan de desapariciones que no se investigaron debidamente. De chicas de las que nunca se volvió a saber. Igual que le pasó a Enara —susurró Carmelo.

Padre e hijo guardaron silencio, dejando que los peatones que abundaban en la calle Zugastinobia pasaran de largo. Ander sabía que la desaparición de Enara era un tema tabú para su aita. Por eso asistía con asombro ante el aplomo con el que le hablaba de las desapariciones de las jóvenes que compartían tantos aspectos en común con la de su hermana.

—Aita, me temo que cualquier día, en alguna sucia pared de esta ciudad, aparezca pintado el número del expediente de Enara. Me preocupas tú y cómo reaccionarías ante esa noticia.

Carmelo esbozó una fina sonrisa, aunque sus ojos reflejaban un hondo pesar.

—No te preocupes por mí, Ander. Hace tiempo que asumí que Enara no regresaría —dijo acariciando cariñosamente la mejilla de su hijo—. Pero si algo tengo claro es que ella no se marchó por su propio pie. Alguien se la tuvo que llevar. Sabía perfectamente lo que sufrimos cuando ama se marchó. Jamás se le ocurriría lanzarnos al abismo por segunda vez.

—Totalmente de acuerdo, aita —dijo Ander observando a Carmelo con ternura.

—Ahora vete, que tienes un asesino que atrapar. —Le dio una palmadita en la cabeza a su hijo.

Ander emprendió el regreso a casa. Por el camino se cruzó con algún que otro grupo de aficionados del Athletic, que apuraban las horas del domingo celebrando la última victoria del equipo.

En ese momento de gloria efímera, nada les sabía mejor que los tres puntos que su equipo se había llevado al zurrón. Ninguno de ellos temía, ni por un instante, que su cuerpo pudiera ser el siguiente en aparecer mutilado sobre el asfalto de la ciudad.

Capítulo 13

Ander se despertó sobresaltado por su propio ronquido. Miró alrededor, desorientado, y se quitó con el dorso de la mano un hilillo de baba seca. Yacía tumbado en el sofá del salón con la televisión encendida, pero sin volumen. Gorritxo dormía plácidamente a sus pies. Se frotó con fuerza el rostro y las sienes antes de dirigirse hacia la cocina. Necesitaba un café bien cargado.

Había pasado la noche revisando el expediente del caso, intentando descubrir algún detalle relevante que les hubiera pasado inadvertido. El sueño lo alcanzó cuando trataba de trazar conexiones que pudieran esclarecer el porqué de las parejas Gloria Redondo-Celia Gómez, Víctor Hermoso-Janire Artola y Federico González-Tamara Robles. Cadáver y desaparecida girando en una danza macabra cuya melodía Ander se veía incapaz de intuir.

La irrupción en escena de Carlos Bonaparte como sospechoso demasiado evidente no hacía más que añadir un nuevo cabo que atar.

Como lo era Héctor Velásquez.

El fugitivo se había escapado hacía un año del Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Andra Mari, esfumándose sin dejar el menor rastro. A todas luces era el principal sospechoso, puesto que conocía a Gloria Redondo. Quizás la hubiera asesinado movido por la venganza. Pero ¿y qué pasaba con el resto de las víctimas? ¿Y con las chicas? ¿Las habría matado también él, antes de acabar con su familia e ingresar en prisión? Demasiadas preguntas sin contestar.

La escandalosa melodía de su móvil interrumpió sus pensamientos. Gorritxo dio un respingo y comenzó a ladrar furioso por el sueño interrumpido.

—Lasai[5], Gorritxo. Siempre se me olvida bajarle el volumen.

El móvil reposaba sobre el mueble danés de televisión. La pantalla mostraba el número de teléfono de la comisaría de Deusto.

—Crespo —contestó Ander.

—Inspector, soy Urquijo, el agente de guardia. Hace veinte minutos hemos recibido un aviso de un conductor diciendo que le había parecido ver a una persona atada a un árbol en el parque de Montefuerte. No ha podido darnos más detalles porque lo había divisado desde la autopista y con la poca visibilidad que hay ahora…

—Al grano, Urquijo —dijo Ander masajeándose los párpados.

—Perdón, inspector —dijo el agente—. Enviamos una patrulla y los

agentes nos han confirmado que se trata de un cadáver. Decapitado. —Ander detectó el temblor en la voz de Urquijo al pronunciar esta última palabra.

Decapitado. La leyenda del descuartizador de Olabeaga atenazaba incluso a los propios agentes del orden. «Mala señal», se dijo Ander negando con la cabeza.

—Contacta ahora mismo con ellos. ¡Que no toquen nada! —ordenó.

—De acuerdo, inspector.

—Infórmalos de que estaré allí en diez minutos —dijo Ander.

—Ahora mismo.

—Otra cosa, Urquijo. Llama al inspector Gardeazabal y al agente Arregui. Los quiero en la escena del crimen cuanto antes.

Ander colgó y corrió escaleras arriba a vestirse ante la perplejidad de Gorritxo.

La ciudad aún dormía. Ander atravesó el barrio bilbaíno de La Peña a través de una espesa niebla baja sin cruzarse con ni un alma en el camino. Pasó por debajo del puente que soportaba las vías férreas que conducían al barrio de Ollargan y vislumbró los destellos azules y rojos de los coches patrulla como si provinieran de otra dimensión situada más allá de la blanca bruma. Trescientos metros más tarde, Ander llegó al aparcamiento del parque de Montefuerte.

Horas después, abandonaba el lugar con otro cadáver sobre sus hombros. En esta ocasión, H9 había decapitado a su víctima y la había dejado atada a un árbol solitario. Se trataba de Ramón Egaña, uno de los mejores fiscales del Estado, con el que Ander había coincidido en varios casos y de quien siempre había admirado su ferocidad y el implacable ataque al que sometía a sus acusados. Egaña había encarcelado a muchos criminales. Sin duda, no serían pocos los que querrían vengarse de él. Enemigos no le faltaban.

Gamboa fijó la hora del fallecimiento entre las diez y las doce de la noche. La marca del pinchazo que había hallado en la base del cuello de la víctima le recordó al forense un asunto que tenía pendiente con Ander: el análisis toxicológico de las muestras de las tres primeras víctimas era erróneo. El equipo estaba mal calibrado. Al repetir el examen, una vez subsanado el error, los resultados presentaban altísimos niveles de benzodiacepinas. Las víctimas habían sido sedadas.

También había aparecido un nuevo número de expediente pintado en un árbol: «97/526».

La gente ya se congregaba en la intersección de las calles Camilo Villabaso y León de Uruñuela, en el barrio de Rekalde. No había nada que atrajera más la curiosidad de las personas que un camión de los bomberos con su brazo mecánico extendido por completo sobre la

fachada del vecino. Un viandante se acercó y preguntó a los que llevaban más tiempo allí.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que un anciano se ha caído dentro de su vivienda y no puede abrir la puerta —dijo una señora que calzaba zapatillas de casa.

—No, creo que han oído a un niño que gritaba pidiendo auxilio —dijo un hombre que llevaba el pan y el periódico recién comprados bajo el brazo.

—Pues no sé, chico —intervino la mujer—. Solo sé que llevan aquí más de media hora, desde las nueve, y aún no han sacado a nadie. ¡Mira cómo está la calle! Más iluminada que El Corte Inglés en Navidades.

La mujer señaló a la calzada, donde varias dotaciones de la policía municipal y una ambulancia cortaban el acceso. Las luces parpadeantes proyectaban colores rojos y azules a intervalos regulares, y brindaban a la escena esa pátina de crónica de sucesos que tanto apasionaba a la gente.

De uno de esos coches patrulla salieron Miren Zarandona y Claudio Biurrun. Atravesaron el grupo de vecinos y entraron en el portal desde el que habían recibido el aviso.

—Una mujer llamó a la centralita porque le pareció oír gritos de auxilio provenientes de la casa de su vecina Conchi —le explicaba Miren a Claudio mientras se adentraban en el bloque de viviendas hasta llegar al primer tramo de escaleras—. Conchi vive sola, por lo que es más que posible que se haya caído y que no pueda moverse. La mujer tiene sesenta y un años.

—No le habrá dado por ponerse a limpiar los azulejos de la cocina a estas horas, ¿verdad? —Claudio subía las escaleras con esfuerzo.

Conchi vivía en un sexto piso sin ascensor. Cuando finalmente alcanzaron el rellano de esa planta, Claudio resollaba sonoramente.

—Menos txoko y más elíptica, compañero —dijo Miren.

Dos bomberos aguardaban la llegada de los policías para proceder a entrar en la casa.

—De acuerdo, chicos, adelante —autorizó Claudio con un ademán de la mano y un hilo de voz.

Uno de los bomberos sacó un trozo de plástico de radiografía que llevaba en el bolsillo de su chaqueta y lo insertó en la cavidad existente entre el marco y la puerta. Lo movió de arriba abajo mientras otro compañero tiraba y empujaba de la puerta. Al final, tras un leve chasquido, esta se abrió.

—Está bien, es nuestro turno, chicos. —Miren atravesó el umbral seguida de Claudio.

La vivienda estaba a oscuras. Las persianas bajadas. Claudio pulsó el interruptor del pasillo y avanzaron hasta el final. En ese momento

escucharon un prolongado lamento amortiguado y ruidos que provenían de la estancia que tenían a su izquierda. Miren sacó el arma instintivamente y le quitó el seguro.

—Tranquila, Miren. Aquí no hay peligro —dijo Claudio encendiendo la luz. A pesar de las palabras tranquilizadoras de su compañero, ella siguió avanzando con la pistola en alto.

Se encontraban en el salón de la casa. En medio de este, sobre una alfombra con motivos florales, se retorcía Conchi amordazada y atada. Los agentes se agacharon junto a la mujer y comenzaron a desatarla. Le quitaron la cinta americana que cubría parte de la boca con sumo cuidado, pero no se atrevieron a quitarle la que le cubría los ojos. Afortunadamente, Conchi había logrado despegar una pequeña porción de la boca. Lo suficiente para que sus quejidos llegasen a oídos de los vecinos.

—Somos la policía, Conchi. Estás a salvo. —Miren trataba de tranquilizar a la mujer.

—Voy a avisar a los de la ambulancia. —Claudio salió apresuradamente de la sala.

La mujer estaba alteradísima, y su respiración era muy acelerada y entrecortada. Intentaba articular alguna palabra, pero su estado de ansiedad se lo impedía.

—No fuerce, Conchi —le dijo Miren—. Ahora vienen los sanitarios y ellos le quitarán la cinta que le tapa los ojos.

Miren la tomó de las manos y la incorporó lentamente. Con calma, para no sobresaltarla aún más, la sentó en un pequeño sofá de cuero verde desgastado.

—¿Quién le ha hecho esto, Conchi?

—No lo sé —consiguió decir finalmente la mujer, pausando su respiración—. Ayer vino un hombre, que me dijo que era de Médicos sin Fronteras y que tenían una nueva campaña para ayudar a un proyecto contra la malaria en África. Para cuando quise darme cuenta, el hombre se había colado dentro de mi casa y sostenía un cuchillo de cocina contra mi garganta.

—¿Quería dinero? —preguntó Miren.

—No. Es muy extraño. —Conchi sacudió la cabeza y la agarró con ambas manos—. ¡Oh, Dios! Me duele muchísimo la cabeza.

—Ahora le darán algo para aliviar ese dolor —dijo Miren—. Conchi, ¿qué es eso que le pareció tan extraño?

—No sé, fue muy raro. Ese hombre tan solo quería saber dónde guardaba mis tarjetas de acceso y los utensilios del trabajo.

Miren escuchó ruido proveniente de la entrada. El equipo médico había llegado.

—¿Se las dio?

—Por supuesto, ¡tenía un cuchillo hundido en mi garganta!

—La entiendo perfectamente. Usted hizo lo correcto —dijo Miren comprensiva—. ¿Qué hizo el hombre cuando obtuvo lo que quería?

—Me inyectó algo y no recuerdo nada más —dijo Conchi entre sollozos.

Miren observó el cuello de la mujer y detectó la marca de un pinchazo en la base de este.

—Quíteme esto de los ojos, rápido. Este fin de semana tengo turno de tarde.

—¿El fin de semana? —dijo Miren extrañada—. Hoy es lunes.

—¿Cómo? —dijo la mujer aturdida. En ese momento Claudio apareció en el salón con el personal de la ambulancia—. Pero ¿ayer no fue viernes?

—No, fue domingo —contestó Miren—. Me temo que ha pasado todo el fin de semana sedada.

—¡Dios mío! —dijo Conchi.

—Está bien, agentes. Ahora es nuestro turno. Espérennos fuera, por favor.

Claudio y Miren se disponían a abandonar la sala, cuando la municipal se giró hacia la pobre mujer que yacía en el suelo.

—¿Dónde trabaja, Conchi?

—En el Palacio de Justicia.

Las patrullas de la policía municipal no hacían más que entrar y salir de una comisaría de Miribilla, que bullía presa de una actividad frenética. La aparición de la cuarta víctima de H9 había activado todos los resortes en las más altas esferas políticas de la ciudad. El alcalde había llamado al concejal, el concejal al director y este a los comisarios.

Como consecuencia, todos los efectivos disponibles recibieron la orden de limpiar las calles en busca de furgonetas o cualquier vehículo sospechoso. Juntamente con la Ertzaintza, fijaron controles en los accesos y salidas de la ciudad. Todas las dotaciones disponían de copias con las fotos de Héctor Velásquez y de Carlos Bonaparte. Tenían la orden expresa de detenerlos en caso de identificarlos.

El pánico y la psicosis se habían apoderado de la población de Bilbao. Los ciudadanos demandaban un mayor esfuerzo por parte de los cuerpos de seguridad. Entendían que estos no estaban cumpliendo con su obligación de mantener el orden y la seguridad pública. En muchos casos la gente optó por no salir a la calle. Se encerraban en sus casas con dos vueltas de llave y sintonizaban la radio o la televisión para mantenerse al corriente de la última hora del descuartizador de Olabeaga, como era públicamente conocido H9.

En ese contexto de pánico y ansiedad, Miren y Claudio regresaron a comisaría tras finalizar su turno. Redactaron el informe del atestado

de Conchi y fueron a cambiarse para marcharse cada uno a su casa.

Miren estaba muy impresionada por el incidente de Conchi. No le encontraba ninguna lógica. ¿Un hombre había entrado en su domicilio solo para obtener unas tarjetas de acceso al Palacio de Justicia? ¿Qué sentido tenía eso?

Ocupada como estaba en esos pensamientos, Miren sacó mecánicamente las llaves del coche e introdujo la llave en la cerradura de la puerta, sin percatarse de la presencia de Ander. El ertzaina la observaba desde el otro lado del vehículo.

—Veo que te estás llevando trabajo a casa —dijo el inspector irónico, tocándose la cabeza con el dedo índice.

—Inspector Crespo, ¿qué haces aquí? —preguntó Miren sorprendida —. Pensaba que estarías organizando todo el dispositivo de caza al asesino.

—El dispositivo ya está organizado. Mis chicos están en ello. Pero no he venido a hablar de eso.

—Entonces, ¿qué quieres? —Miren se apoyó en el techo de su automóvil.

Ander vestía un pantalón vaquero azul desgastado y un anorak negro que cubría un jersey beis de cuello vuelto de lana gruesa. Sus botas estaban llenas de barro y verdín. Por la expresión cansada de su mirada y sus hondas ojeras, Miren intuyó que no había dormido mucho en los últimos días.

—Estoy aquí por Carlos Bonaparte —dijo Ander—. He visto en su expediente de desaparición que fuiste tú la agente que recibió la denuncia.

—Sí, así fue. La denuncia fue presentada por su mujer, Teresa Garrido, a finales de julio—dijo Miren—. Teresa viene cada viernes para preguntar si tenemos noticias de él. Hasta hoy no tenía nada que decirle; sin embargo, esta mañana hemos recibido la foto de Carlos y la orden de detenerlo. ¿Estás al corriente de esto?

Ander pasó por alto la tirantez con la que Miren había formulado la pregunta.

—¿Te importaría llevarme al domicilio de Teresa? Tengo algunas cuestiones que necesito que aclare. En el camino prometo ponerte al corriente de todo.

—De acuerdo, sube. —Miren suavizó su expresión.

Teresa Garrido vivía en el cuarto piso de una amplia vivienda situada en la esquina entre la Gran Vía y Doctor Areilza. Ander le contó a Miren que H9 le había dejado una nota en su felpudo. Que hubieran encontrado una huella dactilar de Carlos Bonaparte en el sobre la sorprendió mucho, como no podía ser de otra manera.

—¿Crees que Carlos puede ser el asesino, el encapuchado de la Ribera? —preguntó Miren tras aparcar el coche junto a la casa de

Teresa.

—No. Es demasiado evidente. Aun así, no podemos descartarlo como sospechoso de asesinato —dijo Ander—. Pero lo que está claro es que, si él no es el asesino, alguien ha tenido que extraer la huella dactilar de su dedo. Por lo tanto, puede que Carlos haya sido secuestrado. ¿Por qué motivo? Lo desconozco.

Teresa les abrió la puerta presa de una gran angustia. Durante todo el día la prensa venía apuntando a su marido como principal sospechoso de los asesinatos de Bilbao. Los hizo entrar en la casa con celeridad, temerosa de que algún vecino pudiese alcanzar a oír la conversación. Preparó sendos cafés para Miren y Ander y se sentó sobre el borde del asiento de un tresillo.

—¿Qué está pasando, Miren? ¿Por qué nadie me cuenta nada? —preguntó Teresa nerviosa.

—Teresa, te presento al inspector Crespo, de la Ertzaintza. Él está aquí para ayudarnos a encontrar a Carlos —dijo Miren sujetando las temblorosas manos de Teresa—. Pero antes quiere hacerte algunas preguntas.

—Sí, por supuesto. Adelante, inspector. Pregunte —dijo Teresa dirigiéndose a Ander.

—Señora Garrido, he leído el expediente de desaparición de su marido, por lo que me saltaré todas aquellas preguntas que mis compañeros le hicieron en su día —dijo Ander.

—Se lo agradezco.

—Su marido es profesor de Ingeniería, ¿verdad?

—Eso es. Da clases de Ingeniería Industrial en la Escuela de Ingenieros de Bilbao.

—¿Sabe si a su marido le gusta especialmente la Historia? Me refiero a si lee libros de ese tema o si los colecciona.

—¿Historia? —preguntó Teresa extrañada—. Mi marido es ingeniero. Tiene esa mentalidad propia de los ingenieros industriales: organizado, metódico… algunos lo podrían llamar cuadriculado. Pero, que yo sepa, no tiene ningún libro de historia. Si lo desean, podemos mirar en su despacho para salir de dudas.

—Eso estaría bien —dijo Miren.

Teresa los condujo por un largo pasillo hasta llegar a la última puerta. El despacho estaba cerrado a cal y canto. Teresa sacó una llave de su bolsillo derecho y abrió la puerta de par en par.

—¿Suelen cerrar todas las puertas con llave? —preguntó Ander.

—No, esta es la única que tiene cerradura. Carlos temía que alguien pudiese entrar en nuestra casa y llevarse los proyectos en los que estaba trabajando en la universidad —dijo Teresa.

—Entiendo —dijo Ander.

Carlos Bonaparte tenía un despacho grande, con una gran biblioteca

de libros de Ingeniería. Tras inspeccionar todos los tomos, no encontraron ningún libro de historia. Menos aún la Historia de Heródoto, que era el premio gordo que Ander hubiera deseado encontrar. Ander decidió que era hora de abandonar la casa.

—Bueno, Teresa, nos has sido de gran ayuda. No te creas todo lo que veas o escuches en los medios de comunicación. Ya sabes que dan muchos palos de ciego —dijo Miren—. Nosotros no detendremos la búsqueda de Carlos en ningún momento. Verás cómo tarde o temprano encontraremos a tu marido.

La mujer asintió mientras grandes lagrimones se precipitaban desde sus mejillas al suelo enmoquetado. Ander se disponía a cerrar la puerta del despacho cuando su mirada se detuvo en un cuadro situado tras el escritorio de Carlos.

—Perdone, Teresa —dijo Ander—. Ese cuadro de allí, ¿es de su marido?

—¿Ese horror? Sí, le tiene un cariño especial porque lo heredó de su madre. A mí me da miedo, la verdad. En infinidad de ocasiones he intentado que lo retire, pero Carlos no me deja ni tocarlo. Lo adora.

Ander se acercó a la fotografía. Mostraba un relieve muy antiguo, que representaba a una mujer ataviada con un vestido rojo y un gran colgante con forma de círculo solar reposando en su pecho. La mujer estaba sentada en un trono y sujetaba un cetro en su mano izquierda y un objeto inidentificable en la derecha. El trono aparecía custodiado por dos figuras —que bien podían ser perros o pequeños leones—, que yacían a los pies de la mujer. Coronaba su cabeza la figura de un león alado.

—¿Puedo sacarle una foto? —preguntó Ander sin girarse.

—Por supuesto, inspector —dijo Teresa.

Ander le sacó varias fotos. Se las enviaría a Iker Arteaga. Después, abandonó el despacho y le tendió la mano a Teresa.

—Ha sido de gran ayuda, señora Garrido —dijo Ander—. Estese tranquila, haga caso a lo que le ha dicho Miren, porque mientras no se demuestre lo contrario, su marido es inocente de todo lo que lo acusa la prensa. Le recomiendo que apague la televisión.

—Gracias, inspector —dijo Teresa aliviada.

Miren abrazó a la mujer y ambos policías abandonaron el edificio.

Capítulo 14

La comisaría de Deusto recibió cientos de llamadas durante las horas siguientes a la aparición del cadáver de Ramón Egaña. La gente seguía las noticias con auténtica expectación y al mínimo indicio de sospecha llamaban para referir a la policía que tal persona o tal vehículo se comportaban erráticamente y que, quizás, se tratase del asesino en su búsqueda de una nueva víctima a la que descuartizar.

El temor se había instalado en los corazones de los bilbaínos y, como siempre suele suceder en estas ocasiones, al miedo le sucedió la furia, el enfado. Los ciudadanos enojados reclamaban a sus dirigentes políticos que les garantizasen la seguridad y que atraparan de una vez al descuartizador de Olabeaga.

Por desgracia, los medios de comunicación no ayudaban a calmar los ánimos, más bien al contrario, catalizaban todo el miedo, la furia y la indignación popular, propiciando que esta se extendiese velozmente por toda la ciudad.

La cabeza de Ramón Egaña no apareció en el parque ni en su casa. El Grupo 4 dedicó la mañana a interrogar a las amistades de Lucía Arriquibar, la chica a quien le correspondía el expediente señalado por H9 en la escena del crimen.

El equipo quedó en reunirse por la tarde en la comisaría.

La planta en la que estaban los agentes asignados a la División Criminal se encontraba vacía. Todos los despachos y escritorios habían sido abandonados. La orden era muy clara: había que buscar debajo de cada piedra y en cada esquina, sin descanso, hasta atrapar al asesino.

Ander avanzó a grandes zancadas por ese escenario desolado hasta llegar a la sala de investigaciones del grupo. Cuando entró, Alday resoplaba hacia su flequillo mientras atendía una llamada y apuntaba datos en un cuaderno cuadriculado al que le faltaban pocas hojas para terminar.

—Alday. —Ander lo saludó con la cabeza.

—Jefe, menudo día de locos —dijo Alday tras colgar.

—¿Ha llamado mucha gente? —preguntó Ander.

—Sí, el teléfono no para de sonar. En la mayoría de los casos son curiosos, algún que otro periodista incluido, que pretenden enterarse de lo que sabemos. Ninguna información relevante hasta el momento. —Alday golpeó el cuaderno con la tapa del bolígrafo.

Ander frunció los labios con expresión de preocupación. Tomó asiento junto a su compañero.

—¿Tenemos alguna novedad del Palacio de Justicia?

El día anterior Miren le había contado el incidente de Conchi, la mujer que había sido maniatada en su propia casa para sustraerle las tarjetas de acceso al Palacio de Justicia. Ander se había pasado por los juzgados y comprobó que, efectivamente, un hombre se había presentado el viernes como el sustituto enviado por la empresa de limpieza para cubrir la ausencia de Conchi. Por lo visto, la mujer había tenido que hacer unas gestiones ineludibles de última hora. Los miembros de seguridad no sospecharon de un señor de avanzada edad al que le costaba caminar. Le indicaron que arrastraba el pie derecho como si lo tuviera muerto y que tosía cada vez que realizaba algún esfuerzo.

—Las cámaras del palacio no estaban en funcionamiento el viernes —dijo Alday con cara de perplejidad.

Ander obtuvo la autorización para revisar las grabaciones y le asignó la tarea a Alday.

—¿Cómo es eso posible? —dijo Ander.

—Seguridad dice que es una incidencia que lleva abierta varias semanas. Sin embargo, la empresa adjudicataria del mantenimiento de los sistemas de videovigilancia del palacio no ha realizado aún la reparación —dijo Alday—. En definitiva, que no tenemos imágenes.

Los ojos de Ander brillaban de rabia. H9 ejecutaba sus movimientos con una decisión y una frialdad pasmosas. La descripción que de él le habían hecho los encargados de la seguridad del Palacio de Justicia no le valía para nada, porque el asesino actuaba disfrazado y caracterizado. En esta ocasión, de anciano renqueante y vulnerable. Pero ese anciano raptó primero y posteriormente asesinó al fiscal Ramón Egaña. El perfil del asesino cada vez encajaba más con lo que sabían de Héctor Velásquez. No en vano, Velásquez había sido actor profesional antes de asesinar a su mujer y a sus hijas.

—Creo que cada vez conocemos más a H9, a pesar de no disponer de más imágenes suyas que las obtenidas junto al Mercado de la Ribera —dijo Ander tratando de ver brotes verdes en la investigación —. Ahora sabemos cuál es su modus operandi.

»Javier Gamboa me confirmó que droga a sus víctimas. De este modo las secuestra y consigue trasladarlas a un piso franco sin mayor oposición. En ese lugar comete sus atrocidades. Después transporta los cadáveres hasta los escenarios del crimen elegidos y allí realiza su puesta en escena.

—¿Crees que selecciona los escenarios o que los elige al azar? —preguntó Alday.

—El azar no existe para H9. Cada movimiento no es más que otro

paso que encaja al dedillo en una coreografía perfectamente concebida y ejecutada. Tenemos que abrir nuestra mente y no dejarnos arrastrar por la corriente que nos rodea. Aunque resulte difícil de creer, le estamos ganando terreno.

La puerta se abrió y Gardeazabal entró con su cuaderno abierto en la mano.

—Siento haber llegado tarde, jefe, pero creo que tenemos algo sólido con respecto a las chicas. —Gardeazabal tenía la frente y la coronilla rapada perladas de sudor. Su poderosa mandíbula se apretaba en un pulso que trataba de dilucidar cuál de ambos maxilares era el más fuerte. Estaba nervioso.

—Cuéntame, Garde —dijo Ander enderezándose en la silla.

—Hace media hora he estado hablando con Sara González —dijo Gardeazabal—, una de las mejores amigas de Lucía Arriquibar. Tras varias preguntas rutinarias acerca de su amiga, Sara confesó que había una cosa que Lucía jamás le había contado a nadie más que a ella. Estaba embarazada.

El silencio se adueñó de la sala durante unos segundos. Ander entrelazó los dedos y apoyó su nariz en las manos.

—¿Te ha dicho Sara si Lucía pensaba tener a la criatura? —preguntó.

—No, qué va. Sara dice que Lucía iba a abortar —dijo Gardeazabal.

—¿Era legal el aborto en 1997? —dijo Alday.

Gardeazabal pasó un par de hojas del cuaderno y señaló, con expresión triunfal, un párrafo garabateado apresuradamente.

—Era legal en tres supuestos. En casos de violación, si se apreciaban malformaciones en el feto o en caso de que la salud de la madre corriera riesgo.

—¿El embarazo de Lucia cumplía con alguno de esos tres requisitos? —preguntó Ander.

—No. Fue fruto de una relación consentida. Lucía estuvo saliendo con un chico mayor a espaldas de sus padres. El embarazo fue accidental.

—¿Sabemos quién era el chico? —preguntó Ander.

—Lucía no se lo dijo. Debió de ser un romance corto del que la chica no quería hablar. Lo importante aquí, jefe, es que Lucía sí que acudió a una clínica que, en aquel entonces, realizaba abortos clandestinos. —Gardeazabal se secó el sudor con la palma de la mano.

—¿Qué clínica? —preguntó Alday.

—Salud Bilbao —dijo Gardeazabal.

Salud Bilbao era la clínica privada más antigua e importante de la ciudad. Durante generaciones se había ocupado de dar cobertura médica a media Bizkaia. Era una institución tan importante que a Ander le extrañaba que arriesgara su reputación realizando unos pocos

abortos clandestinos.

—¿Estás seguro de eso, Garde? Esa es una acusación muy grave —advirtió Ander.

—Segurísimo, jefe. La propia Sara fue la que acompañó a Lucía el día que le practicaron el aborto.

—¿Conocemos la identidad del doctor que realizó la intervención? —preguntó Ander.

—Guillermo Santolices —dijo Gardeazabal consultando sus notas—. Desgraciadamente, falleció hace dos años.

—No importa. —Ander anotó la información en una hoja—. Abriremos esta nueva línea de investigación.

Ander se levantó y se aproximó a la mesa en donde estaba la cafetera. Se sirvió una taza de café frío y se quedó mirando la foto de Lucía que Alday había puesto en el mural. Era una chica muy guapa y sonriente. El largo flequillo moreno le tapaba parte del ojo derecho y le daba un aire divertido a la instantánea.

—¿Cuándo abortó? —preguntó Ander.

—Dos semanas antes de desaparecer —contestó Gardeazabal—. El cuatro de diciembre.

En ese instante, la puerta del despacho volvió a abrirse y Arregui entró con cara de enfado. Ander lo conocía muy bien. Sabía que esa era la expresión que adoptaba cuando su cerebro entraba en ebullición, cuando buscaba completar el puzle.

—Perdón por el retraso —se disculpó—. Supongo que Garde os habrá contado lo del aborto de Lucía, ¿verdad?

—Sí. Lo estaba haciendo ahora mismo —contestó Ander.

—Tras obtener esa información, he decidido volver a llamar a las mejores amigas de Celia, Janire y Tamara, las otras chicas desaparecidas. Quería preguntarles directamente si estaban embarazadas.

—No te andas con rodeos, sociólogo —dijo Gardeazabal riendo entre dientes.

—Vamos a contra reloj, Garde —dijo Arregui.

—Era broma, hombre. Has hecho bien. ¿Qué te han dicho? Se habrán quedado alucinadas, claro —dijo Gardeazabal.

—Sí, un par de ellas me han colgado —admitió Arregui—. Aunque luego les he explicado que cualquier detalle podría resultar de suma importancia. Novios, ligues, si acudían a consultas médicas a espaldas de sus padres, etcétera.

—Arregui, ¿qué es lo que has encontrado exactamente? —preguntó Ander volviendo a tomar asiento con su taza en la mano.

Arregui le sonrió nervioso y abrió el pequeño bloc de notas que tenía sobre la mesa. Pasó rápido varias hojas que mostraban anotaciones en distintos colores y tamaños —subrayados, palabras

alrededor de las cuales se habían trazado gruesos círculos, dibujos geométricos realizados en los márgenes del cuaderno—, como las que se hacen al adoptar el papel de oyente activo en una larga conversación.

—Sí, lo tengo todo resumido por aquí, jefe —dijo avanzando las hojas mientras se colocaba unas discretas gafas de cerca—. Celia Gómez acudía a un dermatólogo una vez al mes. Janire Artola requirió los servicios de un fisioterapeuta durante el mes anterior a su desaparición. Por último, Tamara Robles también acudía una vez cada seis meses al dermatólogo. Todas ellas pasaron consulta en la clínica Salud Bilbao de Indautxu.

—¡Ahí está! —exclamó Gardeazabal dando una palmada sobre la mesa y poniéndose en pie—. La intersección que buscábamos, jefe.

Ander asintió. Los datos que les había dado Arregui no podían tratarse de una mera coincidencia. La investigación había logrado aclarar parte del mapa sombreado de la verdad.

—Alday, quiero que localices al juez de guardia y solicites una orden judicial para registrar los archivos de la clínica desde 1994 hasta 1997 —dijo Ander teniendo en consideración los años en los que habían desaparecido Celia, Janire, Tamara y Lucía.

—De acuerdo —contestó Alday tomando nota.

—Mañana iremos a entrevistar a la persona a cargo de la dirección de la clínica Salud Bilbao. Si coopera no hará falta orden, pero está bien tenerla como plan alternativo. Será nuestro seguro en caso de que se cierre en banda —dijo Ander.

—Algo ocurrió en esa clínica hace más de veinte años, Ander —dijo Gardeazabal—. Presiento que estamos cerca de descubrir qué es lo que les sucedió a las chicas.

El inspector no le respondió. Una idea inquietante le rondaba, pero la dejó correr.

—Aún nos quedan muchas preguntas sin resolver. ¿Por qué el asesino quiere que reabramos la investigación de las desapariciones de las chicas? ¿Tienen alguna relación Celia, Janire, Tamara y Lucía con Gloria, Víctor, Federico y Ramón? Los expedientes se nos están mostrando en orden cronológico. ¿Las víctimas de H9 también siguen algún patrón cronológico? ¿Quiénes son y qué significan esas víctimas para H9?

La noche se había echado encima sin previo aviso. Ander miró por la ventana y observó las luces en movimiento de los automóviles que subían y bajaban el alto de Enekuri y las fijas de las farolas y de las viviendas.

—Sí que parece existir cierto patrón entre las víctimas —dijo Gardeazabal—. Las dos primeras, Gloria Redondo y Víctor Hermoso, eran psiquiatras; y las dos últimas, Federico González y Ramón Egaña,

juristas. Aunque quizá haya sido pura coincidencia.

—Nada es casual para H9, Garde. —Ander se retrepó en el asiento —. Cada movimiento que realiza está planificado. Creo que se ha tomado su tiempo para elaborar este plan y que ahora lo está ejecutando sin precipitarse. Con paciencia.

—En lo referente al último asesinato, el de Ramón Egaña, hemos peinado todo el parque de Montefuerte. Se han utilizado las unidades caninas y hemos contado con apoyo aéreo para rastrear las inmediaciones. Se ha barrido el bosque que hay en la ladera del alto de Montefuerte sin resultado. No hemos encontrado nada —dijo Gardeazabal.

—Lo suponía. Tenemos que hablar con los amigos de Ramón. Parece ser que no tenía pareja, era un hombre entregado a su profesión, un adicto al trabajo. Yo hablaré con algún miembro de su familia. Alday me ha pasado el teléfono de su hermana. Arregui y tú pasaos por el Palacio de Justicia e interrogad a sus compañeros —dijo Ander.

—Vamos, sociólogo —dijo Gardeazabal dando una palmada en el hombro a Arregui; tuvo que dolerle como si se le hubiese caído encima media ladera del monte Gorbea.

Todos, excepto Alday, salieron de la sala de investigaciones y se dirigieron hacia el ascensor para bajar al garaje. Ander se detuvo y les hizo un gesto a sus compañeros para que continuaran su camino.

—Vosotros id yendo, tengo que hacer una llamada.

—Vale, Ander —dijo Gardeazabal—. Nos vemos mañana.

—Agur, bai —contestó Ander.

Esperó a que se hubieran montado en el ascensor y se acercó al primer escritorio que vio libre. La división seguía vacía. Marcó el número de casa de su aita.

—¿Sí? —La voz de Carmelo sonó poderosa al otro lado del auricular.

—Hola, aita, soy yo —dijo Ander.

—Hola, Ander, ¿qué tal estás?

—Bien. Te llamo desde el trabajo. Quiero hacerte una pregunta sobre Enara.

—Adelante, hijo. Lo que quieras.

—¿Enara pasaba algún tipo de consulta en la clínica Salud Bilbao? —preguntó Ander.

—Espera un momento… ¿Salud Bilbao? —Carmelo estuvo un rato callado, Ander supuso que intentando que su cerebro recordara lo máximo de lo sucedido hacía más de veinte años—. Sí.

Al principio la afirmación sonó vaga, como si naciera de la duda. Pero, al instante, Carmelo se reafirmó. El esfuerzo en recordar había dado los frutos deseados.

—¡Claro que sí! Enara estuvo acudiendo a un dermatólogo para que

le tratara esas manchas rosáceas que le salían en el cuello en otoño —aseguró Carmelo.

—Muy bien, aita, esto que te voy a preguntar puede ser muy importante para conseguir descubrir qué le pudo suceder a mi hermana —dijo Ander. La emoción quebraba su voz—. Enara desapareció en diciembre de 1999. ¿En qué fechas fue al dermatólogo?

—De octubre a diciembre de ese mismo año, hijo —le confirmó Carmelo con la voz igualmente quebrada—. Me acuerdo perfectamente porque una semana después de la desaparición nos llamaron de la clínica para avisarnos de que tu hermana no había acudido a la consulta de esa semana. No habían tenido noticia de su desaparición.

Ander se despidió de su padre y se dirigió hacia el ascensor. El caso se estaba convirtiendo en un asunto cada vez más personal. Apretó los puños y pulsó el botón del tercer sótano.

La mosca llevaba una hora revoloteando alrededor de su pantalla. José Luis Arteta trataba de ignorarla, pero cuando ya se había olvidado de ella, el persistente insecto se volvía a posar en medio de la pantalla del monitor.

—Pero ¿cómo puede haber moscas en diciembre? —Intentó golpearla con una revista que tenía a mano.

Arteta miró el reloj de pared que colgaba junto a la puerta. Las ocho y media. Se levantó de la silla y se dirigió hacia el armario para ponerse la gabardina y marcharse a casa. La versión impresa del diario del día siguiente había sido corregida y remitida a la imprenta para que, a las diez en punto, procediesen a su impresión. El trabajo del día ya estaba finalizado. Otro día más, objetivo cumplido.

Se disponía a abandonar el despacho cuando la puerta se abrió de par en par. Era Iskander con gesto de preocupación en el rostro y sosteniendo un paquete entre las manos.

—Jefe, llame a la imprenta para que paren las máquinas —dijo Iskander cerrando la puerta del despacho—. Tenemos que cambiar la edición.

—¿De qué estás hablando, Iskander? —preguntó Arteta molesto—. Tu noticia del crimen de Montefuerte ya ocupa un lugar principal en el periódico de mañana. Son casi las nueve, ¿qué mosca te ha picado?

—Acabo de recibir el expediente de una chica desaparecida. El mismo que el asesino pintó ayer en un árbol del parque —dijo Iskander revelando el contenido del paquete y posándolo sobre la mesa.

Arteta lo examinó detenidamente. Ojeó el informe de Lucía Arriquibar y se paró a contemplar la foto de la muchacha

desaparecida.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó sin dejar de ojear el expediente.

—Me lo acaba de subir el conserje ahora mismo. Por lo visto lo ha traído un mensajero, igual que en las otras ocasiones.

El silencio se apoderó de la estancia. Tan solo se percibía el continuo avance del segundero del reloj de pared y, con menor frecuencia, los leves gruñidos de Arteta, indicador inequívoco de que estaba tratando de tomar una decisión costosa.

—Quiero que seas sincero conmigo. ¿De verdad que desconoces la identidad de tu fuente?

—Lo juro, jefe. En caso de saberlo la protegería, no revelaría su identidad, pero, desde luego, no negaría su existencia —dijo Iskander con el mismo tono solemne que Arteta.

El redactor jefe cerró la carpeta del informe. Miró a Iskander a los ojos y, tras sopesar las opciones, se quitó la gabardina y la volvió a colgar en el perchero. Luego, se dirigió hacia su escritorio y marcó un número de teléfono.

—¿Vicente? Sí, soy yo, Arteta. Suspended la impresión del diario. Repito, suspended la impresión. —Arteta escuchaba a su interlocutor sin decir palabra—. Lo sé, lo sé. En cuanto pueda os envío la versión definitiva.

Soltó el auricular con fuerza y señaló a Iskander con su dedo índice.

—Dispones de una hora para enviarme la versión final del artículo. Yo tengo que hablar con nuestros servicios jurídicos para ver si cometemos algún delito al sacar el expediente a la luz. La semana pasada, cuando publicamos las fotos de las otras chicas, mi teléfono ardió de todas las llamadas que recibí. Te aseguro que ninguna de ellas tenía como objeto felicitarme las Navidades. —Arteta se dejó caer pesadamente en su silla—. Incluso el jefe supremo del grupo Vocento tuvo a bien llamarme para transmitirme su inquietud y la de nuestros accionistas por la aparición de esa información en nuestro periódico.

—¿Y qué debemos hacer? ¿Mirar hacia otro lado cuando tenemos esa información sobre la mesa? —preguntó Iskander.

—No, eso nunca. Nuestra obligación es informar, sacar a la luz cualquier noticia, por dolorosa que sea; sin embargo, quizás sí que tenías que haber hablado antes con la policía. ¿Cómo se llama el agente a cargo de la investigación?

—El inspector Crespo. El sábado intenté hablar con él en la calle, pero no logramos entendernos. La policía investiga y no quiere interferencias en su trabajo, pero nosotros también tenemos un trabajo que hacer, ¿no es así?

»La gente se merece saber qué es lo que está sucediendo de verdad ¿Quiénes son las víctimas? ¿Por qué las mata el descuartizador de

Olabeaga? ¿Quiénes son esas chicas cuyos expedientes aparecen mencionados en pintadas en la escena del crimen? ¿Por qué son tan importantes para el asesino si desaparecieron hace tanto tiempo?

Arteta resopló y se atusó el cabello. Abrió el último cajón de su escritorio y sacó una botella de pacharán y un vaso de cristal tallado con formas de enredadera. Se sirvió una porción generosa y se lo bebió de un trago largo. Tras soltar una exhalación de satisfacción cuyos efluvios aturdieron a Iskander, volvió a encender su ordenador.

—De acuerdo. Tú escribe tu artículo, que ya me encargaré yo de lidiar con los demás estamentos. Ahora date prisa, que tenemos a toda una rotativa esperando —le ordenó.

Iskander abandonó con premura el despacho del redactor jefe con el expediente bajo el brazo. Por momentos como aquel era por lo que amaba el periodismo.

Capítulo 15

Un nuevo sueño recurrente volvió a acosar a Ander esa noche. Era un atardecer de un día de invierno. Él tendría unos siete años y jugaba en el robledal que se extendía junto a su caserío. Pasaba horas jugando en ese rincón. Se entretuvo siguiendo a un pajarillo hacia el corazón de la frondosidad y, cuando quiso darse cuenta, la niebla había caído, cual telón blanco, sobre el bosque. Sin referencias con las que guiarse y con una luz diurna cada vez más trémula, el pequeño Ander gritó a pleno pulmón llamando incesantemente a sus padres.

Su llamada no halló respuesta.

A tientas, logró abrirse paso a través de los múltiples helechos y zarzas. Una de estas le produjo un fuerte corte que traspasó su pantalón de pana verde y le provocó una pequeña hemorragia. Asustado, Ander buscó cobijo al abrigo del tronco de un roble viejo que tenía un gran hueco horadado en la base. Acondicionó su cuerpecito a la abertura y trató de limpiarse la sangre con la abundante nieve que cubría el terreno.

El crepúsculo había llegado, anunciando la oscura noche. Ander adaptó su vista a la oscuridad. Por un momento, le pareció ver algo enfrente.

—¡Aita, ama! ¡Estoy aquí! —gritó entre sollozos.

La sombra se le acercó. Un par de ojos brillaron en la oscuridad a escasos metros de donde él se encontraba. Continuó aproximándose y Ander comprobó horrorizado que se trataba de un lobo. Sus padres le habían advertido en más de una ocasión que no anduviera solo por el bosque cuando anochecía, pues los lobos en invierno solían bajar de la montaña al valle en busca de comida con la que alimentar a su manada.

Pronto, a los dos ojos que tenía enfrente se le unieron varios pares más. Estaba rodeado. Los lobos cada vez estaban más cerca. Ander podía contemplar a la perfección sus afiladas fauces.

El guía de la manada, aquel al que Ander había visto primero, comenzó a aullar. Eran unos lamentos largos y muy pronunciados. Después, como si de un coro perfectamente sincronizado se tratara, el resto de los lobos secundaron el aullido de su jefe y la fiera llamada desbordó la quietud del bosque.

Ander sentía que las fuerzas lo abandonaban. Presa de un terror paralizante, empezó a verlo todo borroso. La niebla lo engullía; apenas

podía respirar. Como si un sueño lo succionara hacia su interior, el niño fue testigo del silencio repentino de la manada. De pronto, los lobos se apartaron a un lado y dejaron entre ellos un pasillo níveo.

Con el último hilo de su consciencia, Ander pudo vislumbrar una figura que se abría paso a través del pasillo. Un perfil ondulante que se aproximaba ataviado con una gran capa de lana blanca coronada en una capucha que le ocultaba el rostro por completo. Esa figura llegó al pie del roble, se agachó y extendió su fino brazo hacia la cara de Ander.

Lo siguiente que recordaba era despertarse sobresaltado en su cama del baserri[6]. Su ama estaba sentada a su lado mirándolo con ternura mientras bordaba un jerseicito.

—¡Ama! ¡Los lobos! ¿Dónde están? —dijo Ander asustado, incorporándose de golpe en su cama.

Su madre dejó las labores a un lado y le aferró las manos con suavidad.

—Has tenido una pesadilla, laztana. No hay ningún lobo aquí. Tan solo estamos nosotros y aita fuera cortando leña.

—Pero… pero si me perdí en el bosque, y aparecieron los lobos, y luego el ángel, y…

Su madre emitió una sonora carcajada. Asió la cabeza de Ander con ambas manos y cubrió su rostro de besos.

—Te caíste del columpio y te golpeaste la cabeza. Perdiste el conocimiento, txikitxu[7]. Lo que me cuentas no ha sido más que un sueño —le dijo su madre con voz dulce y pausada—. Anda, tómate este jarabe para el dolor de cabeza y verás cómo mañana te encuentras mucho mejor.

Hizo caso a su madre y volvió a quedarse dormido, dejando el mal sueño perdido en el recuerdo.

Pero cuarenta años después, el sueño continuaba regresando. Y cuando lo hacía, marcaba el fin de la noche para Ander.

Se sentó sobre el borde da la cama y miró el despertador. Marcaba las cuatro y veinte de la madrugada. Se desentumeció y salió a la terraza para que el frío de la noche lo despejara.

Bilbao se veía preciosa. Desde su casa se contemplaba parte del nuevo San Mamés, las luces del paseo de Olabeaga y la isla de Zorrozaurre. Al otro lado, y en la distancia, también podían divisarse las luces del monte Artxanda. La noche estaba estrellada, preludio de un día soleado. Un escalofrío le recorrió la espalda. Volvió a entrar en la habitación.

El día anterior había sido muy revelador. Con el descubrimiento de la conexión entre las chicas desaparecidas y la clínica Salud Bilbao sentía que la investigación había tomado velocidad y, a pesar de que los cadáveres continuaran apilándose, estaba convencido de que iban

por el buen camino. Por desgracia, las horas del día no daban para más y sus hombres necesitaban descansar. Acumulaban dos semanas de largas jornadas sin días libres y corrían el riesgo de terminar quemados.

Ander bajó a la cocina. Tenía que redactar el informe con los nuevos avances de la investigación y se veía incapaz de hacerlo sin haberse tomado antes una buena taza de café negro.

En esos momentos, la prioridad consistía en sumergirse en los archivos de la clínica Salud Bilbao y realizar un listado de las personas atendidas en esa institución que hubieran desaparecido en los últimos veinticinco años. Alday había logrado contactar rápidamente con el juez de guardia y exponerle de un modo convincente la necesidad de disponer de una orden judicial que les permitiese realizar la investigación sin cortapisas ni limitaciones.

El juez autorizó el acceso a los archivos médicos y administrativos de Salud Bilbao, tanto los recientes como los antiguos, sin más limitación que la garantía, por parte de la Ertzaintza, de respetar el derecho de confidencialidad de los datos médicos. Asimismo, el juez autorizó la escucha telefónica del personal de la clínica, con un alcance máximo de quince días e, igualmente, ceñido al objeto de la investigación.

Tres horas y cuatro tazas de café más tarde, Ander dio los informes por terminados y los envió al correo electrónico de Alday para que los incorporara al expediente del caso. Cuando se disponía a cerrar la sesión, el aviso de entrada de un mensaje de correo nuevo emergió en la pantalla.

Ander se frotó los ojos enrojecidos y esbozó una amplia sonrisa al identificar al remitente del mensaje: «Orco77». Era la cuenta de correo electrónico de Fernando Solaun. El mensaje era muy escueto y decía lo siguiente: «Lo prometido es deuda. El paleto que tengo enfrente no lo habría hecho mejor ni en sus sueños más felices, ja, ja, ja».

Solaun adjuntaba una imagen al mensaje.

Era la foto de la furgoneta blanca utilizada por H9, sacada desde la cámara de Moda Ribera. Tras haberla procesado con el software avanzado de recuperación de imágenes, la nueva instantánea mostraba claramente la inscripción que se intuía en la fotografía original. Sin lugar a dudas se trataba del logo de la compañía de alquiler de vehículos Avis. ¿Cómo no se les había ocurrido antes? Quizás por el hecho de que deja huella. Como al alquilarla tienes que presentar documentación, ni se les había ocurrido contemplar esa opción. Ander se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación frotándose las sienes plateadas. Respiró hondo y apoyó la frente en el cristal de la ventana. El cansancio empezaba a hacerle mella. Prendió un cigarrillo y se sacudió esa imagen de la cabeza.

Ander volvió a tomar asiento frente al ordenador y buscó en Google la ubicación de las oficinas que la compañía Avis tenía en Bizkaia. Había dos, una en el centro de Bilbao y la otra en el aeropuerto de Loiu. Ambas abrían a las diez de la mañana. Decidió encargarse él mismo de visitar las oficinas. No podía contar con Gardeazabal ni con Arregui porque la investigación de la clínica Salud Bilbao era absolutamente prioritaria. Necesitaban esclarecer lo que había sucedido en esa clínica a finales de los años noventa. Cogió el móvil de la encimera y marcó el número de Gardeazabal.

—¿Sí? —La voz sonaba adormilada al otro lado de la línea.

—Garde, soy yo, Ander —dijo expulsando una nube de humo grisáceo hacia el techo. Sabía que el tabaco era como una losa para sus pulmones, pero en esos momentos necesitaba la nicotina para activar sus sentidos.

—Hola, jefe, ¿qué pasa? ¿No habíamos quedado dentro de una hora en la comisaría? —Gardeazabal se levantó de golpe de la cama y se trastabilló con sus zapatillas de franela.

—Hay cambio de planes —le informó Ander.

—¿Cambio de planes? ¿Significa eso que no vamos a ir a Salud Bilbao?

—Arregui y tú, sí —dijo Ander—. Quiero que vayáis a hablar con el director con la orden judicial que os dará Alday bien guardadita en el bolsillo.

—De acuerdo.

—Pero no olvides, Garde —le advirtió Ander mientras extinguía el resto del cigarrillo en el cenicero que tenía sobre la mesa—, que la orden judicial es el plan B. Vete con buen talante y sin levantar sospechas. Dile al director que tu investigación se centra en las chicas desaparecidas que menciona la prensa. Que sea consciente de la importancia de nuestra búsqueda y se sienta partícipe puede resultar una baza que juegue a nuestro favor. Si tiene un mínimo de empatía le resultará imposible negarse a que accedamos a su base de datos.

—Lo haré como tú dices —dijo Gardeazabal—. Entonces, ¿no vienes con nosotros?

—No. Nando Solaun acaba de enviarme la foto de la furgoneta de H9. Es de la compañía Avis. Quiero pasarme por la oficina de Bilbao para que me den un listado de la flota de furgonetas blancas de que disponen y otro de las personas que las han alquilado últimamente.

—Entonces ya tenemos la furgoneta, ¡eso es genial! —dijo Gardeazabal contemplando en el espejo su granítica mandíbula a medio rasurar—. Estamos cerca, estamos muy cerca. Lo siento aquí. —Ander escuchó dos golpecitos que supuso que los habría producido la mano de Gardeazabal golpeándose el pecho a la altura del corazón. Era una costumbre que tenía muy arraigada, te hablaba por teléfono

como si estuvieras allí mismo, a su lado, y fueras capaz de ver cada uno de sus gestos.

—Por eso mismo, ahora no nos podemos permitir ningún fallo —dijo Ander con firmeza—. Suerte en la clínica. Mantenme informado.

—Descuida, jefe. Luego hablamos.

Ander colgó y subió a cambiarse a su habitación. Eran las ocho, aún tenía tiempo de salir a correr con Gorritxo por el monte antes de que abrieran la oficina de Avis.

Gardeazabal irrumpió en la sala de investigaciones del Grupo 4 como un toro en una cacharrería.

—Oye, teclas, me ha dicho el jefe que tienes algo para nosotros.

Arregui y Alday se quedaron a medias en la conversación que mantenían alrededor de una taza de té. El inspector tenía la costumbre de poner un mote a aquellos compañeros con los que trabajaba más estrechamente. Alday y Arregui lo conocían bien y sabían que, en el fondo, era su manera de mostrar cercanía. Para que Gardeazabal te obsequiara con un mote le tenías que haber caído bien. Al menos, lo suficiente como para derrumbar el muro de contención de su carácter vasco, que se alzaba como un baluarte ante la proximidad de cualquier extraño.

—Hombre, egun on a ti también, inspector Gardeazabal —dijo Arregui con ironía.

—Ya, ya —dijo Gardeazabal con un ademán de la mano, más propio para ahuyentar moscas que para pedir disculpas—. No tenemos tiempo para formalismos. Apura el té, Arregui, que nos vamos a que nos hagan un chequeo en la clínica.

Arregui puso los ojos en blanco y Alday se levantó carraspeando de la mesa y se dirigió hacia su escritorio.

—Aquí tienes la orden, Garde. —Alday le entregó un sobre abierto.

—¿Habéis hablado con el jefe? —preguntó Gardeazabal tras ahuecar el sobre para comprobar su contenido y guardarlo después en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Esta mañana me ha enviado un par de informes para actualizar el expediente —dijo Alday—. Pero vendrá ahora, ¿no?

—No, él va a seguir otra pista. —Gardeazabal bajó la voz y se acercó a sus compañeros—. Tenemos nueva información sobre la furgoneta de H9. Es de la casa Avis. Ander va a intentar descubrir quién la alquiló. Pero dejemos que el jefe se encargue de esa parte. Nosotros tenemos tarea en Salud Bilbao. Así que coge el abrigo, que nos vamos.

Las calles de Bilbao llevaban días engalanadas con todo el ornato y alumbrado navideño habitual. Quizás a la luz del día no se podía apreciar su belleza en su justa medida, pero al caer la noche, la Gran

Vía y el resto de las arterias bilbaínas brillaban con luz propia, alumbrando el espíritu de esas fechas tan señaladas no solo en la calle, sino también en los corazones de sus habitantes. La Navidad se acercaba.

La clínica Salud Bilbao se encontraba ubicada en el corazón de la villa, en la calle Máximo Aguirre. La sede principal, que era donde se situaban las oficinas administrativas, ocupaba el mismo edificio de la antigua clínica, solo que había sido profundamente transformada y rehabilitada para dotarla de una cara más moderna y adaptar los espacios interiores a las nuevas necesidades asistenciales. El resultado final era impresionante. La fachada tenía una doble piel de cristal y acero superpuesta sobre la original, que la dejaba entrever.

El espacio ocupado por la recepción era especialmente vistoso. Se trataba de una gran zona diáfana presidida por un mostrador en forma de isla con seis ventanillas de atención al cliente, en la que Robinson Crusoe y Viernes podrían haber vivido holgadamente. A Gardeazabal no le cabía la menor duda de que el negocio iba viento en popa y a toda vela.

Él y Arregui se acercaron a la primera ventanilla que vieron libre.

—Buenos días, agentes —saludó un joven alto y con mirada amigable vestido con el uniforme azul celeste de la clínica—. ¿En qué podemos ayudarlos?

—Venimos a hablar con el director del centro —contestó Gardeazabal con semblante serio y estirando la espalda.

—¿Los espera? —preguntó descolgando el teléfono que tenía sobre la mesa.

—No —contestó Gardeazabal.

—En ese caso, voy a ver si puede atenderlos —dijo el recepcionista.

El joven tecleó cuatro números y esperó un instante, luego bajó el volumen de su voz tanto que a Gardeazabal y a Arregui les resultó imposible alcanzar a escuchar ni siquiera un fragmento de la conversación que mantenía con la persona que estaba al otro lado. Finalmente, colgó el auricular y alzó la mirada hacia los policías dedicándoles una tímida sonrisa.

—Me temo que el señor Gálvez está ahora mismo reunido. Su secretaria me ha informado de que los atenderá en cuanto termine. Si son tan amables, pueden aguardar hasta entonces en la sala de espera. En cuanto el señor Gálvez esté libre, los avisaremos.

Al cabo de un cuarto de hora, fue a buscarlos una mujer esbelta de mediana edad vestida con un pantalón vaquero negro de tiro alto y un grueso suéter de lana color arena bajo su bata azul celeste desabotonada.

—Agentes, sentimos mucho la tardanza, pero el señor Gálvez tenía una reunión muy importante, inaplazable —dijo la mujer en un tono

de disculpa sincero ante el que Gardeazabal no pudo más que asentir con un gruñido—. Yo soy Carmen, su secretaría. Síganme, por favor. Los acompañaré a su despacho.

Dejaron atrás la recepción y se internaron en un largo corredor flanqueado por un gran número de puertas. Gardeazabal observó que algunas de esas puertas eran pequeñas salas de espera, situadas junto a la consulta del especialista en cuestión. Al llegar al final del pasillo, giraron hacia la derecha y atravesaron una galería acristalada desde la que se veía un gran patio ajardinado perfectamente conservado.

—Qué bonito. —El comentario de Arregui sonó muy nítido a pesar de haberlo pronunciado en un susurro.

Carmen giró la cabeza y le obsequió con una sonrisa.

—Es el jardín zen de la clínica. Un lugar de respiro al que el personal podemos acudir si nos encontramos especialmente obtusos o tensos —dijo la mujer mostrando una evidente satisfacción—. Es el rincón favorito del señor Gálvez.

—No me extraña —murmuró Gardeazabal.

Al final de la galería, un arco conducía a la antesala del despacho del director. A mano izquierda había un gran escritorio donde, supuso Gardeazabal, se sentaba Carmen.

La mujer llamó dos veces a la puerta y accedieron al despacho sin esperar respuesta. Era una estancia de grandes dimensiones, muy iluminada por la luz que penetraba en ella a través de las grandes cristaleras que daban a un patio, el mismo del jardín zen. Sentado al otro lado del escritorio, el director Gálvez —un hombre de edad cercana a los sesenta años, vestido con un traje gris con corbata y el pelo ralo engominado hacia atrás— los invitó a sentarse con un gesto de la mano, mientras los analizaba con un par de ojillos que emanaban inteligencia.

—Disculpen la espera, agentes —dijo con una amable sonrisa fija en el rostro—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Señor Gálvez, soy el inspector Gardeazabal y él es mi compañero, el agente Arregui. Estamos con una investigación criminal y necesitaríamos acceder a los archivos históricos de su clínica para poder seguir progresando en el caso.

Gálvez alzó las cejas sorprendido.

—No entiendo —dijo—. ¿Acaso está nuestra clínica implicada en la investigación?

—No, no directamente al menos —dijo Gardeazabal—. Supongo que habrá tenido noticia de los casos de las chicas desaparecidas hace veinte años que han vuelto a salir a la luz recientemente, ¿verdad?

—¿Las que señala el descuartizador de Olabeaga en sus crímenes? —preguntó Gálvez cambiando de postura en el sillón. Gardeazabal apreció una ligera expresión de inquietud en el semblante del director.

—Las mismas. Entiéndalo, señor Gálvez, necesitamos su colaboración. Por primera vez en muchos años, disponemos de una pista sólida que podría ayudarnos a saber qué es lo que les ocurrió realmente a esas chicas —dijo Gardeazabal apoyando ambos codos en la mesa—. Esos archivos que queremos consultar pueden marcar la diferencia y permitir, en última instancia, que las familias de esas chicas pasen página definitivamente.

Gálvez apoyó todo su peso en el respaldo de su sillón y lo hizo oscilar de izquierda a derecha mientras su mente procesaba toda la información y ponía en una balanza los pros y los contras de acceder a la petición de la policía. Al final dio una palmada resolutiva sobre la mesa y se dirigió a Gardeazabal.

—Está bien, inspector. Ahora mismo aviso al encargado del archivo para que les facilite el acceso a la información que necesitan.

Pulsó el interfono, se levantó y, tras rodear la mesa, estrechó la mano de Gardeazabal y de Arregui.

—Encantado de servir a la Ertzaintza. No duden en contar con nuestra colaboración para cualquier otra circunstancia.

La puerta del despacho se abrió y entró Carmen. Tenía una cara demasiado fina y la frente despejada debido a que el pelo castaño le nacía muy arriba. Pero a Gardeazabal le pareció que poseía un magnetismo especial. No pudo más que sonreírle cuando se acercó a ellos.

—Mi secretaria los acompañará —dijo Gálvez.

El archivo de la clínica se encontraba en el primer sótano del edificio. La recepción era un pequeño cuarto, de apenas diez metros cuadrados, con un mostrador de madera de haya tras el que se sentaba un administrativo. Detrás de él había una gran puerta de doble hoja cerrada. Carmen le trasladó al administrativo las consignas de Gálvez y este se limitó a asentir con aire taciturno. Tras desaparecer por una puertecilla que estaba a sus espaldas, reapareció al abrir desde dentro la puerta doble de acceso al archivo.

Nada más entrar en el recinto, Gardeazabal y Arregui quedaron impresionados por el contraste existente entre la minúscula recepción y la gran sala en la que se almacenaban todos los expedientes de la clínica. Un pasillo de tres metros de ancho partía en dos el archivo general. A cada lado del amplio corredor, un gran número de estanterías móviles acumulaban innumerables cajas de documentos etiquetados.

—Carmen me ha comentado que querían llevarse algunos expedientes antiguos —dijo el hombre ajustándose las gafas monofocales en el puente de la nariz, sin esforzarse en disimular un largo bostezo que llegó hasta la última esquina del archivo—. ¿De qué año son los expedientes?

—De 1994 a 1997 —respondió Gardeazabal.

—¿Alguno en concreto? —inquirió el hombre quitándose una legaña con su dedo índice.

—No —respondió Gardeazabal observando asqueado como el archivero inspeccionaba la textura del desperdicio antes de lanzarlo al suelo con desdén—. Nos los llevaremos todos.

El hombre se frenó en seco y le dirigió a Gardeazabal una mirada inquisitiva por encima de sus gafas negras.

—¿Está seguro de eso?

—Sí, queremos comprobar todos los expedientes de esos años —insistió Gardeazabal.

—De acuerdo, de acuerdo, en ese caso tienen que llevarse estas diez referencias. —El hombre subrayó diez códigos alfanuméricos de una lista y se la pasó a Gardeazabal.

—¡Vaya, ocho cajas! —dijo Gardeazabal dirigiéndose a Arregui—. No sé si nos entrarán en el maletero del coche.

La carcajada que lanzó el encargado del archivo pilló por sorpresa a los ertzainas y reverberó por la amplia sala. Cuando pudo sofocar la risa, el archivero posó su mano sobre el hombro de Gardeazabal y le señaló las estanterías móviles.

—Estos códigos no identifican las cajas —dijo secándose las lágrimas que empañaban los cristales de sus gafas—, sino las estanterías en las que se encuentran. Lo que se van a llevar son todos los archivos que ven desde aquí —dijo tocando una estantería— hasta diez estanterías más allá.

Arregui y Gardeazabal enmudecieron. El veterano inspector tensó la mandíbula y se percató de la magnitud real de la tarea que los esperaba.

—Y no, inspector, no le van a entrar en el coche —concluyó triunfal el archivero mientras regresaba a su escritorio entre risas.

Gardeazabal sacó el móvil del bolsillo y llamó a la comisaría de Deusto.

—Andueza, ¿tenéis alguna furgoneta libre en estos momentos? —le preguntó al encargado del parque móvil de la comisaría—. Perfecto. Pues envíamela con un par de agentes a la clínica Salud Bilbao de Indautxu. Gracias.

Colgó y se quedó mirando tanto a las estanterías como a las manivelas que las movían.

—Sociólogo, cuanto antes empecemos, antes terminaremos —dijo finalmente.

El inspector se deshizo de la chaqueta y se remangó la camisa.

—Vamos al tajo, Garde, que nos espera un día largo —contestó Arregui y giró la manivela de la primera estantería que, poco a poco, se despegó de la siguiente.

Ander aparcó su coche frente a la puerta de Avis media hora antes de su horario de apertura. La adrenalina corría desbocada por su cuerpo. La carrera matinal había conseguido calmar la excitación, pero no la había eliminado totalmente. Observaba con expectación a cada persona que pasaba frente a la puerta con la esperanza de que fuera un empleado tempranero.

El día había amanecido tan despejado como auguraba la estrellada madrugada. La helada también había sido igualmente predecible. El mercurio del termómetro apenas alcanzaba la marca de los cinco grados. Todos los coches que habían pasado la noche a la intemperie estaban como un pastel ruso de Bilbao, cubiertos con una linda capa de escarcha blanca, de esa que no se quita más que con una rasqueta o utilizando el sabio remedio de la abuela: una patata partida.

La espera se le estaba haciendo insoportable. Tenía los pies congelados a pesar de estar dentro del coche. Decidió ponerse la cazadora roja de la Ertzaintza y plantarse junto a la puerta.

Tan solo tuvo que esperar otros cinco minutos hasta que un joven envuelto en bufanda, guantes y gorro de lana se presentó, llave en mano, ante la puerta del local.

—Buenos días, ¿es usted empleado de Avis? —le preguntó Ander ante la expresión de perplejidad del joven.

—Sí, soy Lander González, el encargado —respondió introduciendo la llave en la cerradura.

—Hola, Lander, soy el inspector Ander Crespo —dijo mostrándole la credencial—. Necesito hacerte unas preguntas. ¿Te importa si hablamos dentro?

—Sí, claro. —Entró en el local y encendió todas las luces—. ¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

Lander aparentaba estar en el ocaso de la treintena, aunque probablemente tendría algún año menos. La gran papada y la incipiente alopecia indicaban una juventud de excesos gastronómicos y etílicos. Vestía un pantalón de pinzas gris y una camisa blanca cuyos botones soportaban una gran presión.

Ander sacó la foto de la furgoneta de H9.

—¿Reconoce este vehículo?

Lander se quedó mirando fijamente la foto durante unos segundos, acercándosela más para apreciar mejor los detalles.

—Sí, creo que es una Mercedes Vito. Parece nuestra —contestó.

—Señor González, Avis dispone de dos oficinas en Bizkaia, ¿verdad?

—Sí, tenemos esta de Bilbao y luego otra en el aeropuerto de Loiu.

—¿Ofertan alguna Mercedes Vito blanca en su catálogo de furgonetas? —preguntó Ander, aunque conocía la respuesta; lo había comprobado previamente en la página web de la compañía.

—Déjeme consultarlo, por favor.

Lander se situó tras el mostrador y encendió el ordenador. Tras teclear varias claves y acceder a sus archivos, al fin dio con la información que estaba buscando.

—Efectivamente, inspector. Tenemos tres Vitos en Bilbao y dos en Loiu. ¿Por qué es tan importante esa información? —preguntó dejando en una silla bufanda, guantes y gorro.

—Es confidencial, no puedo darle más detalles al respecto. Lo único que le puedo decir es que nos resulta de vital importancia saber la identidad de las personas que han alquilado ese modelo concreto de furgoneta desde principios de noviembre hasta hoy.

—Inspector, esos son datos de carácter personal. Entenderá que a nosotros también nos vincula una relación de confidencialidad con nuestros clientes —dijo Lander mientras recomponía su escaso cabello.

Ander miró hacia la puerta y, al comprobar que no había nadie, se acercó más al encargado y le habló sosegadamente.

—Cabe la posibilidad de que el descuartizador de Olabeaga esté utilizando una de sus furgonetas para cometer los crímenes. Si esa información se filtrase a la prensa junto con esta foto, ¿cómo cree que afectaría a su negocio?

El joven abrió los ojos de par en par y palideció. Sin mediar palabra, tecleó presuroso. En un minuto la impresora escupía el listado solicitado por Ander.

—Aquí tiene —dijo Lander.

El folio mostraba diversa información a varias columnas: nombre, apellidos, DNI del cliente, modelo del vehículo y matrícula; fecha de recogida y de devolución, además de un apartado de observaciones. Ander comprobó que la mayoría de los alquileres se habían realizado para una duración de uno o dos días. En ningún caso la misma persona había alquilado la furgoneta en más de una ocasión; sin embargo, una de las líneas captó su atención de inmediato. Un cliente había alquilado una Vito en Bilbao desde el dieciocho de noviembre hasta el dieciocho de diciembre.

—Abel Barrero —dijo Ander—. Lander, su ficha, por favor.

El encargado volvió a teclear y otra hoja salió por la impresora. Ander la cogió y la puso junto al listado de clientes de noviembre.

—De acuerdo, Lander, muchas gracias por la colaboración. Y recuerde, no revele esta información a nadie o estará cometiendo un delito. Es parte de una investigación en curso.

—Descuide, inspector —aseguró el encargado, contento por haber podido ayudar a la policía a encontrar al asesino que estaba sembrando el terror entre todos los bilbaínos, él incluido.

Ander salió a toda prisa. Tenía que ir a la comisaría a hablar con el subcomisario Torres. El tiempo corría en su contra.

El dispositivo de intervención estuvo en posición y preparado para actuar en tan solo una hora. El subcomisario Torres se puso en contacto con la Brigada Móvil de la Ertzaintza y esta movilizó inmediatamente a los Bizkor, unas patrullas de intervención inmediata análogas a los SWAT norteamericanos.

Abel Borrero vivía en el número 34 de la calle Ercilla. La totalidad de la manzana en la que se encontraba ubicado el portal era peatonal. En ese tramo de calle, que cortaba diagonalmente las paralelas Rodríguez Arias y Licenciado Pozas, se localizaban un gran número de tiendas de renombre que se beneficiaban del incesante flujo de peatones, paseantes que rondaban por esa calle en su peregrinación hacia la cercana milla de oro bilbaína.

La policía municipal tenía cortados los accesos desde Rodríguez Arias y Licenciado Pozas. El tramo peatonal estaba, por lo tanto, vacío, a excepción de las dotaciones de la Ertzaintza.

—De acuerdo, chicos, entremos —ordenó el oficial al mando de los Bizkor.

Seis ertzainas equipados con casco, chalecos antibalas y fusiles de asalto entraron en el portal y comenzaron a subir las escaleras. Ander iba justo detrás, siguiendo los pasos del equipo y con la pistola desenfundada.

Borrero vivía en el cuarto piso del edificio. Previamente, la Ertzaintza había apostado francotiradores en el bloque de enfrente, apuntando a las ventanas de la vivienda. Los agentes que la vigilaban informaron de que no se apreciaba ningún movimiento ni señal de actividad dentro del piso.

—Ángel, recuerda que lo queremos vivo —le advirtió Ander al jefe de la Brigada Móvil antes de iniciar la operación.

—Únicamente dispararemos si observamos que alguno de nuestros hombres corre riesgo —contestó Ángel, indiferente ante la observación realizada por un hombre de menor graduación que él.

—De acuerdo, pero si disparáis, no lo hagáis a matar —insistió Ander.

El oficial se lo quedó mirando con aire de superioridad. Estaba tan acostumbrado a mandar que no le sentaba nada bien recibir órdenes, y menos aún de un compañero de inferior grado. Pero tenía que tragarse la bilis porque el subcomisario Torres había puesto a Ander al mando de la operación. Desobedecer esa consigna le habría supuesto la apertura de un expediente disciplinario y, con toda seguridad, la pérdida de su posición en la Brigada Móvil. Optó por una postura intermedia ente la aceptación servil y la oposición belicosa, y continuó transmitiendo órdenes sin contestar directamente a Ander, tensando la cuerda hasta el punto de ruptura, pero evitando que esta se produjera.

—¿La empresa encargada del mantenimiento del ascensor ha

apagado la corriente? —preguntó Ángel a través del transistor.

—Afirmativo. Repito, afirmativo —contestó una voz desde el otro extremo.

—Entonces, ¡nos movemos!

Allí estaba el grupo. En el rellano de la tercera planta con los subfusiles apuntando a cada nuevo ángulo que se abría en su avance. Los vecinos que habían presenciado el despliegue estaban recluidos en sus casas, sin atreverse a curiosear a través de la mirilla de la puerta.

Al llegar al cuarto, el grupo se abrió para dejar paso a Ander. Este se acercó al domicilio de Abel Borrero. Se situó a un lado de la puerta y la golpeó con fuerza con los nudillos en tres ocasiones.

—¡Abel Borrero, abra la puerta! ¡Policía!

Nadie contestó.

El bizkor más corpulento del grupo, que llevaba un pequeño ariete colgado del hombro, se colocó frente a la puerta y, tras bascular varias veces el ariete para imprimirle inercia, le dio dos golpes secos a la cerradura. La puerta se abrió de par en par con un fuerte chasquido.

Las linternas del grupo apuntaron al vestíbulo y los bizkor entraron como centellas. Al cabo de treinta segundos ya habían registrado todas las estancias. El piso estaba vacío.

—Despejado, Crespo —dijo Ángel quitándose el casco—. Todo tuyo.

—Gracias, señores —agradeció Ander dirigiéndose al equipo de intervención que ya abandonaba el piso.

Cuando los bizkor desaparecieron, su lugar lo ocuparon los agentes de la policía científica, que entraron maletín en mano y embutidos en sus inmaculados buzos blancos.

Ander caminó por el pasillo y se dispuso a revisar la vivienda de arriba abajo. Desconocía si Abel Borrero iba a regresar a su casa, si es que ese era realmente su hogar. En el padrón no constaba nadie inscrito en esa vivienda y en el registro de la propiedad Abel no aparecía como propietario.

Una sensación de déjà vu, de sentir que ese lugar no le era ajeno, comenzó a asomar en Ander. La casa le resultaba familiar, aunque no en el estado en el que se encontraba en ese momento. A medida que recorría los rincones de ese cuarto piso de la calle Ercilla, Ander estaba cada vez más convencido de que años atrás él había estado allí. Aunque seguía siendo incapaz de fijar el recuerdo, ni el cuándo ni el porqué.

Hasta que llegó a la biblioteca.

La sala estaba precariamente iluminada por los escasos rayos de sol que se filtraban a través de las rendijas de las persianas a medio bajar. Ander pulsó el interruptor de la luz. No había corriente; la luz estaba cortada. Otra prueba de que el piso estaba deshabitado. Avanzó hacia la ventana y alzó la persiana. La cuerda se tensó, crujió y le plantó

cierta resistencia hasta que, finalmente, las lamas comenzaron a recogerse en la caja de la persiana. El estrépito que produjeron sonó como un lamento lejano, como un aullido del pasado.

La luz del mediodía inundó la biblioteca y le desveló a Ander un escenario en el que él ya había estado. El escritorio junto a la ventana, el sofá de dos piezas en el centro y la librería que cubría toda la pared detrás de este. Aún se podía observar en la alfombra persa el contorno de dos grandes manchas ennegrecidas por el paso del tiempo, una debajo de cada tresillo. «La sangre nunca abandona los tejidos», pensó Ander en el preciso instante en el que sus ojos pasaron de la alfombra al decolorado escritorio de cerezo.

Sobre la encimera reposaba un sobre.

Un grupo de policías, con el subcomisario Torres a la cabeza, apareció en ese momento.

—¡Por fin te encuentro, Ander! —dijo Torres con el ceño fruncido —. Parece que el asesino vuelve a jugar con nosotros. Aquí no vive nadie.

—Quizás no viva aquí, señor. Pero nos ha dejado un mensaje —comentó Ander cogiendo la nota con precaución.

Torres la observó con estupor. Por un momento se le aflojó el ceño. Se quitó el chaleco antibalas y se lo pasó a uno de los agentes que lo acompañaban.

—«Arte rupestre, arte ecuestre… arte que esconde plomo» —leyó Ander lo bastante alto como para que lo oyeran todos los presentes.

La cara del subcomisario era un gran signo de interrogación. Cruzó sus musculados brazos sobre el pecho y respiró profundo mientras trataba de hallarle sentido al contenido del mensaje. Los agentes de la policía científica se miraron entre sí y, tras negar con la cabeza, continuaron procesando el lugar. Ander se repetía una y otra vez la frase que acababa de leer mientras recorría con la mirada la biblioteca. Las paredes estaban llenas de pequeños cuadros: bodegones, arte abstracto, playas al atardecer… y un cuadro de un jinete cabalgando por el campo en plena cacería.

El inspector se fijó en la simetría de la disposición de los cuadros. Todos estaban colgados siguiendo un patrón. La parte superior de sus marcos trazaba una perfecta línea continua. Salvo el cuadro de la cacería, que rompía la coherencia de la composición al estar situado por encima del resto.

—Ese cuadro no ocupa su lugar original. —Ander señaló el cuadro en cuestión.

—¿Crees que el asesino lo ha puesto ahí? —preguntó Torres acercándose al lugar.

—No, él no —dijo Ander tratando de entender el motivo por el que H9 los había atraído hasta ese piso. Era obvio que había alquilado la

furgoneta dando unas señas falsas a sabiendas de que, tarde o temprano, la policía la localizaría y de que los datos los llevarían a la calle Ercilla.

Fue entonces cuando Ander cayó en la cuenta y recordó. La memoria es cruel y caprichosa en ocasiones. Cuanto más te esfuerzas por recordar, más trabas te pone, convirtiendo un acto tan simple como rememorar lo comido en la última cena en una tarea extenuante. Sin embargo, hay momentos en los que una pequeña chispa prende la llama.

—Yo estuve aquí hace años. Hubo un asesinato en esta misma sala, ¿verdad? —preguntó Ander.

—Así es. Aquí ocurrió el que la prensa denominó el parricidio de la calle Ercilla. El hijo de un ingeniero vació el tambor del revólver de su padre sobre su progenitor y un amigo de este. Fue un caso muy mediático —explicó Torres. Hizo una pausa en la que fijó su mirada en Ander—. Aunque por esas fechas también desapareció tu hermana. Quizás sea ese el motivo por el que no lo hayas recordado antes.

Esa mente traumatizada por las pérdidas y las adversidades dejó caer un gran velo, y le permitió a Ander recordar una sucesión de imágenes del pasado con nitidez.

Él era un joven agente que acompañaba a un inspector a la escena del crimen. Se acordaba de las caras largas de todos los policías presentes, de los llantos de un muchacho que se abrazaba a su madre y de la expresión perpleja de otro idéntico al primero —luego supo que eran gemelos— que, esposado, abandonaba la vivienda custodiado por dos agentes. En ese momento sintió lástima por ese chaval que miraba hacia atrás incapaz de articular ni una sola palabra.

—¡Claro! ¿Cómo no he caído antes? —dijo Ander—. Yo acompañaba al inspector Gutiérrez. Él creía que nos asignarían el caso, pero, al final, se lo dieron a otro, aunque no recuerdo a quién.

—A Ignacio Gallego —indicó Torres tocando el borde del cuadro del jinete.

—¿A Gallego? —preguntó Ander extrañado—. No recuerdo haberlo visto en la escena del crimen.

—Porque no estaba allí, sino en la central rogándole al director en persona que le asignara el caso —dijo Torres con ademán despectivo.

—¿Y accedió? —preguntó Ander.

—Se conoce que le debía algún favor, porque al cabo de una hora apareció Gallego con su equipo y el resto tuvimos que ahuecar el ala.

Ander también se situó bajo el cuadro del jinete. Lo tomó con ambas manos, lo descolgó y lo apoyó en el suelo, contra la pared. En la parte superior, junto a la escarpia, pudieron ver lo que parecía el orificio de una bala. Ander sacó un bolígrafo de su chaqueta y lo introdujo en el agujero hasta que chocó contra una superficie sólida.

—¡Hey, chicos! Creo que aquí dentro hay una bala. ¿Podéis sacarla? —les pidió Ander a los agentes de la científica.

—Ahora mismo, inspector —contestó uno de ellos dejando en el maletín la lámpara ultravioleta que estaba aplicando sobre la superficie del escritorio.

El agente introdujo unas pinzas alargadas y, tras hurgar con fuerza, logró sacar un trozo de bala que mostró a Ander y a Torres antes de introducirlo en una bolsa de pruebas y etiquetarla.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Torres sorprendido—. ¿Qué hace esa bala ahí?

—Significa que H9 quiere que reabramos otro caso más. El del parricidio de la calle Ercilla. Nos ha indicado dónde estaba la bala porque, probablemente, es un elemento clave para la nueva investigación. —Ander acercó la cara a la pared y observó atentamente el orificio—. Chicos, quiero fotos del cuadro y del agujero de bala. Y de la pared con y sin cuadro, ¿entendido?

Los agentes asintieron y uno de ellos sacó la cámara de fotos de la funda.

—Señor, ¿dónde puedo encontrar el expediente del caso del parricidio de Ercilla? —preguntó Ander.

—Los expedientes de esa época están en la Central de Erandio —contestó Torres—. ¿Vas a ir ahora a por él?

—Sí, ahora mismo.

—De acuerdo. Llamaré para que no te pongan ninguna traba —dijo Torres.

—Gracias, señor.

Ander aparcó el automóvil junto a la puerta de entrada de su casa. Afortunadamente, el subcomisario Torres había accedido a retirarle la vigilancia, lo cual a Ander le hacía sentir, paradójicamente, más tranquilo.

Bajó del coche y abrió el maletero. Los ladridos de Gorritxo se oían claramente desde el exterior. Ander sonrió y alzó la caja con el expediente n.º H17/1999. El decimoséptimo homicidio de 1999 en Euskadi. El parricidio de la calle Ercilla.

Dejó la puerta de casa abierta para que Gorritxo se diera una vuelta por el vecindario. Solía hacerlo habitualmente. Cuando era más pequeño, esa costumbre le había ocasionado más de una reprimenda de sus vecinos porque el perro entraba en sus propiedades, escarbaba en huertos o hacía sus necesidades en los jardines ajenos. Tuvo que corregirle esos malos hábitos.

Ander apoyó la caja en el escritorio de la sala y se dirigió hacia la cocina para prepararse algo de cena. No había probado bocado en todo el día. Abrió la nevera. Vacía. Miró al techo resoplando; también

se le había olvidado hacer la compra. En el congelador tenía una pizza mediana de jamón y queso que, a falta de una alternativa más saludable, decidió meter al horno.

Se llevó una La Salve Lager a la sala y comenzó a leer el expediente del caso. Había pasado varias horas esperando a que le validasen la autorización para sacarlo del archivo. Durante ese tiempo había hablado con Gardeazabal, que había habilitado un almacén vacío de la comisaría de Deusto para depositar toda la documentación de Salud Bilbao. Torres les había proporcionado seis agentes a los que Ander les dio la consigna de que cotejasen los clientes de Salud Bilbao entre los años 1994 y 1997 con las desapariciones no resueltas en esos mismos años.

La tarde era fría y Ander optó por salir a la calle y llamar a Gorritxo. El perro apareció corriendo, henchido de felicidad; adoraba la calle. Ander lo acarició y jugó con él un rato en el suelo antes de meterlo en casa. Cerró la puerta, se dirigió al tocadiscos y se puso la Obertura 1812 de Tchaikovsky.

Después, regresó al expediente. Esta vez para no soltarlo hasta terminar.

Los hechos delictivos habían sucedido el 30 de diciembre de 1999. En aquel momento, el mundo estaba pendiente de los estragos que pudiera ocasionar el efecto 2000 en los ordenadores. Todo el planeta contenía el aliento para que los sistemas que controlaban el lanzamiento de los misiles nucleares no sufrieran daño alguno. Mientras eso preocupaba al ciudadano común, en la calle Ercilla de Bilbao se produjo un doble homicidio.

Las víctimas fueron Ernesto Jauregui, propietario de la vivienda, y Andrés Molinero, un amigo de Ernesto que había ido a visitarlo. Acompañaba al expediente un extenso reportaje fotográfico con instantáneas de las víctimas tomadas desde distintos ángulos. Según el informe forense, Ernesto fue el primero en morir, víctima de un disparo a bocajarro en la sien. Con Andrés, sin embargo, hubo ensañamiento. Recibió cuatro balazos cuando trataba de incorporarse del sofá.

En el momento en el que se produjeron los hechos, que la policía situó a las siete de la tarde, en la casa únicamente se encontraban Andrés, Ernesto y sus hijos, Alexander y Lucas. Los vecinos llamaron a la policía alarmados por el sonido de los disparos. La policía se presentó en el domicilio en tiempo récord. Forzaron la cerradura y, al acceder a la biblioteca, se encontraron con Alexander llorando sobre el cadáver de su padre y a Lucas de pie, inmóvil, con la pistola colgando de su mano derecha. Más tarde apareció Astrid Nilsson, esposa de Ernesto y madre de los gemelos. El resto lo vivió Ander en primera persona.

El inspector Gallego interrogó a los gemelos en la comisaría Central. Lucas estaba en estado de shock. No recordaba nada de lo sucedido, ni siquiera cómo había llegado la pistola a su mano. La versión de Alexander lo aclaró todo: su padre conversaba con Andrés en la sala mientras él realizaba las tareas de Matemáticas en su cuarto. Entonces, oyó varios disparos y acudió corriendo a la biblioteca. Allí se encontró a Lucas arrodillado junto al cadáver de su padre balbuceando «¿qué he hecho?» una y otra vez. Luego llegó la policía.

El arma del crimen era un revólver sueco Husqvarna modelo 1887 de seis tiros. La policía confirmó que había una bala en la recámara. A Lucas le hicieron análisis de residuos de pólvora en la muñeca derecha y dio positivo. Él había disparado el arma.

El caso estaba claro e Ignacio Gallego así lo constató en el informe final que lo daba por cerrado y en el que fundamentaba sólidamente la acusación de doble homicidio en primer grado contra Lucas Jauregui, que más tarde presentaría el ministerio fiscal.

Ander se quedó mirando fijamente a la mesa donde reposaban tres cervezas vacías y los restos mordisqueados de la pizza. La música había dejado de sonar hacía tiempo, pero el inspector no se inmutó.

Su cabeza bullía con toda la información leída. Lo que parecía un puzle irresoluble, una sucesión de pruebas sin sentido ni conexión, comenzaba a tomar forma en la mente del inspector. Las muertes de Gloria Redondo, Víctor Hermoso, Federico González y Ramón Egaña no habían sido fruto del azar. Ahora estaba claro. La motivación de los crímenes también parecía cobrar un nuevo sentido para Ander, que mantenía el dedo índice apoyado bajo la última línea del informe del inspector Gallego. La volvió a leer: «Las actuaciones policiales han sido trasladadas, debidamente, al fiscal a cargo de la acusación contra Lucas Jauregui, el letrado Ramón Egaña».

Capítulo 16

La claridad diurna penetró en la sala y, cual tsunami arrasador, iluminó toda la estancia hasta llegar a la cocina americana. Ander dormía en el sofá. La conexión entre los crímenes de la calle Ercilla y Ramón Egaña lo había mantenido en vilo hasta altas horas de la madrugada. A la luz de los nuevos datos de que disponían, el caso daba un vuelco absoluto. Pero tendría que andarse con pies de plomo, la prensa no debía de enterarse de esta nueva línea de investigación hasta que las pruebas fueran irrefutables.

Tomó la decisión de acudir personalmente al Palacio de Justicia para solicitar el expediente del caso del parricidio. Estaba convencido de que en esos documentos hallaría las respuestas a sus preguntas. En ocasiones se sentía a ciegas —como Teseo tirando del hilo de Ariadna — para salir del oscuro laberinto en el que se había convertido el caso de H9.

Dolorido por la mala postura en la que había dormido, Ander se levantó. Las vértebras se rebelaron al estirarlas para desentumecerse. Recogió las sobras de la cena y se dirigió a darse una ducha. Entonces, el móvil sonó.

Era Iker Arteaga.

—Egun on, profesor —contestó Ander aún adormilado.

—Egun on, Ander. Perdona si te llamo tan temprano, pero he estado revisando esta noche las fotos que me enviaste del cuarto crimen de H9, el de Montefuerte. Por lo que sabemos hasta ahora del asesino, este crimen debería de aparecer en el sexto libro de la Historia de Heródoto, donde se narra, entre otras muchas cosas, la derrota infligida por los atenienses a las tropas de Darío en la batalla de Maratón. Aunque supongo que esa información no te interesará demasiado.

Gorritxo hizo acto de presencia. Ander llenó los recipientes de agua y pienso mientras el profesor continuaba hablando.

—El cadáver de Montefuerte estaba decapitado y atado a un árbol, ¿verdad?

—Así es —contestó Ander.

—En ese caso, creo haber encontrado su correspondencia en el libro. El crimen narrado por Heródoto no es idéntico, pero creo que, si no lo es, no es por un descuido de H9, sino por la imposibilidad de reproducirlo. —Iker hizo una pausa en el relato.

—¿A qué imposibilidad te refieres?

—El asesino no podía empalar a su víctima él solo. Le habría resultado imposible transportarlo de ese modo a la escena del crimen por sus propios medios. Menos aún empalarlo in situ. Esa acción requeriría la colaboración de varias personas. El empalamiento era uno de los suplicios más crueles de la antigüedad y hacía falta la asistencia de varios verdugos para poder llevarlo a cabo.

—Entiendo. —Ander sacó un bolígrafo y cogió una agenda que tenía sobre la encimera de la cocina.

—Este crimen aparece descrito en el sexto libro. Narra la muerte de Histieo de Mileto. Ese hombre se sublevó contra el soberano persa y fue apresado por el sátrapa de Sardes, que decidió degollarlo. Después, su cuerpo fue empalado y expuesto a los jonios a modo de advertencia para prevenir posteriores asonadas. Su cabeza, por otra parte, fue embalsamada y enviada a Susa, la capital del reino persa, como presente para Darío, rey de reyes.

—¿No hay ningún otro crimen similar en el libro?

—No. Este es el que más se asemeja; sin embargo, hay una cuestión que queda pendiente —apuntó Iker.

—La cabeza —anticipó Ander.

—Exactamente. En la Historia, la cabeza se la envían a Darío. ¿A quién se la habrá enviado H9?

Ander no había contemplado esa posibilidad. Estaba convencido de que la cabeza aparecería en algún lugar del parque o de la ciudad. Jamás se había planteado que pudiera tener un destinatario en particular. Un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo.

—Ha de ser alguien muy relevante para H9. Alguien a quien quiera enviar un mensaje. Como una bengala que anuncia su llegada —dijo Ander.

—Tal vez sea así. Hay otra cuestión que te quería comentar. A decir verdad, el motivo real de mi llamada —dijo Iker.

—¿De qué se trata?

El tono de confidencia del profesor intrigó a Ander, que tomó asiento como hace la gente cuando cree que va a recibir una mala noticia.

—La Historia de Heródoto no fue escrita en nueve libros en su versión original. Heródoto la escribió en un único cuerpo textual; sin embargo, esto la hacía poco práctica y ocasionaba que su difusión fuera mucho más complicada. Por ello, en el siglo IV a.C. Teopompo hizo un compendio de la obra en dos libros, precisamente para facilitar esa difusión.

—Me parece perfecto, Iker, pero no entiendo adónde quieres ir a parar —dijo Ander. Tenía en mente la visita al Palacio de Justicia y no estaba para discursos académicos.

—Ahora lo entenderás. Fueron los gramáticos alejandrinos quienes, entre el siglo III y II a.C., decidieron dividirlo en nueve libros, uno por cada musa de la mitología griega. El primer libro lleva el nombre de Clío, musa de la Historia y de la Poesía épica; el segundo el de Euterpe, musa de la Música; el tercero el de Talía, musa de la Comedia; el cuarto el de Melpómene, musa de la Tragedia; el quinto el de Terpsícore, musa de la Danza; el sexto el de Erato, musa de la Poesía; el séptimo el de Polimnia, musa de la Geometría y de la Retórica; el octavo el de Urania, musa de la Astronomía y de la Astrología; y el noveno y último, el de Caliope, musa de la Elocuencia.

Iker tomó aire. Su respiración se mostraba claramente agitada.

—Sigo sin entender —dijo Ander irritado. Se levantó de la silla y comenzó a subir las escaleras—. Iker, voy a tener que colgar. He de salir inmediatamente.

—Espera, Ander. Creo que sé dónde se va a cometer el siguiente asesinato —dejó caer Iker como una bomba.

—¿Qué? ¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Ander asombrado.

—Porque sería su quinto asesinato. El que corresponde al libro quinto, que, como te he dicho antes, los gramáticos alejandrinos consagraron a Terpsícore. ¿No te suena ese nombre?

—No. No lo había oído jamás —dijo Ander.

—Pues deberías. Dalí le hizo una preciosa estatua en 1971. Fue modelada en cera por el genio y fundida en bronce, posteriormente, en Verona. También se la denomina Mujer con faldas y está aquí, en Bilbao.

—¿¡Cómo!? —dijo Ander trastabillando por las escaleras.

—Lo que oyes. Está expuesta en el Palacio Euskalduna, en el estanque artificial que está junto a la ría.

El coche de Ander volaba sobre el asfalto mojado de Bilbao. La sirena aullaba para abrirse paso entre el concurrido tráfico de primera hora de la mañana. Entre volantazos y acelerones, el inspector alertaba a la comisaría por el radiotransmisor. Su equipo ya estaba sobre aviso y Alday se encargaría de avisar a la policía municipal y solicitar apoyo a la comisaría Central. Ander se inclinó sobre el volante para tener una mejor visual del cielo. Nada. «¡Necesitamos ese maldito helicóptero ya!», exclamó.

A golpe de bocina logró atravesar Sabino Arana. El Palacio Euskalduna se erguía enfrente. Pisó aún más el acelerador y bajó la avenida de Abandoibarra derrapando. Los pocos peatones adormilados que presenciaron la carrera gritaron de pánico pensando que un kamikaze trataba de atropellarlos. Al llegar a la altura del Hotel Meliá, Ander dio un volantazo y accionó el freno de mano para cambiar la dirección de la marcha sin reducir la velocidad. El coche le dio un

bandazo, pero, tras contravolantear, logró enderezarlo. Momento que aprovechó para lanzarlo, rampa abajo, por la zona peatonal hacia el estanque en el que Iker le había indicado que se encontraba la estatua de Terpsícore.

El tramo de enlosado gris y rojizo crujía ante la agresión de los neumáticos. Enfrente, a cien metros, Ander divisó una Mercedes Vito estacionada junto al estanque. La adrenalina alcanzó su nivel máximo. Ander notaba que respiraba entrecortadamente. La perspectiva de poder atrapar a H9 in fraganti llevaba su estado de alerta hasta el paroxismo.

—¡Atención a todas las unidades! He localizado una Vito junto al estanque del Palacio Euskalduna. Repito, he localizado una Vito —dijo Ander por el radiotransmisor.

Frenó en seco y, en un movimiento ágil, bajó del coche, se agachó tras su puerta abierta y desenfundó la pistola. Con cautela, asomó media cabeza para realizar un rápido barrido de la zona. A lo lejos percibió el ulular de varias sirenas acercándose. Ander tenía que tomar una decisión rápido. O bien salía de su cobertura, a sabiendas de que representaría un blanco fácil, o esperaba a que llegaran los refuerzos.

Tomó aire con fuerza hasta hinchar los pulmones y saltó hacia un lado.

—¡Policía, alto! —gritó mientras avanzaba hacia la furgoneta apuntando con el arma.

La puerta trasera de la furgoneta estaba abierta. Un reguero de sangre partía de la misma hacia los escalones del estanque. Ander continuó acercándose. En el interior del vehículo no se apreciaba movimiento alguno. Más allá, a su espalda, escuchó que varias puertas se cerraban. Los refuerzos habían llegado. Sin dejar de apuntar, el inspector llegó a la altura de la puerta del conductor. No había nadie dentro. Rodeó la furgoneta y miró en su interior. Nada. Estaba vacía.

—¡Despejado! —gritó dirigiéndose a los agentes que acababan de llegar—. Buscad en los alrededores. Id con cuidado, es muy probable que el asesino esté escondido en algún lugar cercano.

Mientras la Ertzaintza aseguraba la zona, Ander se acercó al estanque siguiendo el reguero de sangre. Era de un rojo muy vivo, parecía fresca. En el último escalón, aquel en el que rompían las pequeñas ondas de agua, un hombre yacía bocarriba con los brazos y las piernas abiertos. Su sudadera estaba empapada en sangre. Lo habían cosido a puñaladas. La mueca de horror dibujada en su rostro resultaba estremecedora. Ojos y boca parecían implorar un perdón que jamás llegó.

A sus pies, con un trazo más precipitado de lo habitual, Ander vio los números «98/482» escritos en el suelo. Un nuevo expediente, una

nueva desaparición.

Frente a la víctima, sobre una estructura de acero en forma de siete, lucía majestuosa Terpsícore, la musa de la Danza. Ander observó la estatua recortada contra la bella vidriera —de formas irregulares y asimétricas del edificio— en la que se reflejaban las primeras luces del alba. No pudo más que admirar la belleza de la obra y de su acertado encaje en el conjunto arquitectónico.

La policía registró los alrededores del palacio a conciencia. La búsqueda se extendió hasta los cercanos barrios de Olabeaga, Deusto y Abando, sin resultado.

H9 se había vuelto a esfumar.

Ander regresaba de inspeccionar el acceso a Olabeaga desde el Museo Marítimo de Bilbao, cuando vio llegar a Gardeazabal al trote.

—Jefe, acabamos de visionar los videos de las cámaras del Palacio Euskalduna —dijo Gardeazabal resollando—. El crimen se produjo hace dos horas. H9 vestía la misma ropa que en San Antón: totalmente de negro y encapuchado. Tras dejar el cadáver junto al estanque, sacó un patinete eléctrico de la furgoneta y huyó por donde has venido. —Señaló el puente elevado que, paralelo a la ría, salvaba el estanque—.

»Luego pasó junto al Museo Marítimo y desde allí pensamos que pudo continuar bajo las vías de Renfe y subir hacia la nacional utilizando la misma ruta de escape que en el crimen de Gloria Redondo. Hemos vuelto a perderlo.

—Pero hemos estado muy cerca, Garde. Muy cerca. Escucha, quiero que te quedes a cargo de la escena del crimen, yo tengo que ir al Palacio de Justicia —dijo Ander—. Creo conocer el auténtico móvil de los crímenes de H9 —concluyó ante la expresión de asombro de Gardeazabal—. Ya os contaré.

Ander subió al coche, maniobró y se reincorporó al tráfico bilbaíno. Su adrenalina aún fluía salvaje por las venas.

—Pues me parece estupendo que sea policía, señor, pero aquí tendrá que respetar su turno, como todo buen cristiano.

La voz de la encargada del registro del Palacio de Justicia resonó por la sala y provocó que los presentes se giraran para observar a quién le estaba cayendo la reprimenda. Ander aguantó estoico el chaparrón. Era consciente de que la mujer no había sacado aún todo lo que tenía dentro, por lo que aguardó paciente a que lo hiciera.

—Le diré más, inspector —continuó la mujer—, llevo trabajando en esta santa casa treinta y siete años y jamás he hecho distinción alguna, ¡jamás! Como usted entenderá, no voy a cambiar mi forma de actuar ahora, a los sesenta años, tan solo porque alguien me ponga una placa sobre el mostrador. Coja su turno y espere como todo el mundo.

Los compañeros que estaban detrás del mostrador bajaron la mirada

y simularon una actividad frenética tratando de pasar desapercibidos.

—Señora, le repito que mi petición no puede seguir el cauce ordinario al tratarse de una investigación policial. Una investigación vital, de altísima prioridad. Necesito revisar de inmediato el expediente de un juicio celebrado aquí hace veinte años. —Ander se apoyó en el mostrador y bajó la voz para que solo lo escuchara su interlocutora.

—¿Y qué piensa usted, que toda esta gente no tiene también urgencia para realizar algún trámite? —dijo la mujer en tono belicoso.

—De acuerdo, señora, no puedo perder más tiempo con esto. —Ander emitió un suspiro audible—. Deme su documento de identidad, por favor.

—¡Ah, ahora va a detenerme! —se mofó, girándose y dirigiéndose a sus compañeros.

Uno de ellos se levantó y desapareció por la puerta de un despacho acristalado situado junto al mostrador. Al poco rato, una mujer voluminosa salió del despacho ayudándose de un bastón. La mujer calzaba un zapato ortopédico. Su ostensible cojera convertía el bastón en un apoyo absolutamente necesario.

—¿Qué es lo que sucede, Marisa? —preguntó la mujer.

—Aquí el caballero, Lourdes, que nos quiere decir cómo tenemos que hacer nuestro trabajo —contestó Marisa airadamente.

Lourdes apoyó el codo en el mostrador y barruntó una respuesta mientras observaba a su compañera. Finalmente, prefirió dejarlo correr. Apoyándose en el bastón, se irguió y le hizo un gesto con la cabeza a Ander para que la siguiera. Llegaron al extremo opuesto del mostrador y Lourdes alzó la tapa para permitir el acceso de Ander.

—Soy Lourdes Chacón, jefa del registro. Disculpe los modales de Marisa, es muy buena trabajadora, pero, en ocasiones, la pierde el carácter.

—Lo entiendo, pero, por desgracia, no ha comprendido lo extraordinario de mi petición —dijo Ander.

—Pasemos a mi despacho y explíqueme esa petición suya tan extraordinaria.

Dos horas después, Ander se encontraba en una pequeña sala de reuniones adyacente al despacho de Lourdes con los más de mil folios del sumario del caso del parricidio de la calle Ercilla sobre la mesa. La jefa del registro había comprendido a la perfección la urgencia de Ander y no había dudado en solicitar ella misma el expediente al archivo general del palacio.

Ander tomaba nota de todos los datos relevantes del sumario a medida que iba avanzando en su lectura.

El juez instructor del caso fue el magistrado Javier Aldana que,

como le había informado Lourdes, falleció cinco años después, en 2004. Se juzgaba a Lucas Jauregui Nilsson —de dieciocho años en el momento de producirse los hechos— por los asesinatos a sangre fría de su padre y de Andrés Molinero, un amigo de este. La fiscalía —representada por Ramón Egaña, como Ander había descubierto en el expediente policial del caso— pedía una condena máxima, así como el cumplimiento de la misma en un hospital psiquiátrico penitenciario, al entender que el chico mostraba actitudes sociopáticas. Egaña argumentaba que para que Lucas lograse una auténtica reinserción social, previamente tendría que ser tratado de su trastorno por personal especializado.

No le sorprendió ver el nombre de Ramón Egaña reflejado en el expediente porque ya conocía su implicación en el caso a través del informe policial de Ignacio Gallego. Sin embargo, sí que le llamó la atención la primera de las sorpresas que le depararían las ajadas hojas del expediente. La defensa de Lucas fue encomendada a un bisoño letrado de oficio, ya que la madre del chico se negó a prestarle ayuda económica para su defensa. Este abogado no era otro que Federico González: la tercera víctima de H9.

Ander dejó caer el bolígrafo sobre la mesa y se masajeó la frente mientras procesaba la información. No podía ser casual que las dos últimas víctimas de H9 hubiesen tomado parte en ese juicio. ¿O tal vez sí?

Continuó leyendo.

Los argumentos aportados por el ministerio fiscal en el juicio fueron muy concluyentes. Lucas todavía sujetaba el arma en su mano cuando llegaron los primeros agentes al piso. Las pruebas realizadas para determinar si existían residuos de pólvora en su mano derecha, la que empuñaba la pistola, dieron resultado positivo. Esa mano había disparado una pistola recientemente, sin ápice de duda.

Alexander Jauregui, el hermano gemelo de Lucas, testificó en el juicio, aportando al juez la misma descripción reflejada por Ignacio Gallego en el informe policial. Él estaba en su habitación terminando unas tareas de Matemáticas cuando escuchó un disparo. El estruendo le sobresaltó y acudió rápido al lugar de donde provenía, la biblioteca privada de su padre. Mientras avanzaba por el pasillo escuchó otras cuatro detonaciones. En el momento en el que llegó a la biblioteca, se encontró a su hermano de rodillas balbuceando «¿qué he hecho?» incesantemente. En el suelo yacían los cadáveres de su padre y de Andrés Molinero.

Posteriormente, la fiscalía aportó como prueba el arma del crimen que, como Ander ya sabía por el informe del caso, se trataba de una Husqvarna modelo 1887, de manufactura sueca. También se incluyó como prueba el análisis dactiloscópico de la empuñadura del arma,

donde se hallaron impresas con claridad cuatro huellas dactilares de Lucas Jauregui.

Ramón Egaña condujo los interrogatorios de sus testigos a su antojo, ya que en la transcripción Ander no se topó con ninguna protesta o pregunta contradictoria de Federico González, el abogado de Lucas.

Al llegar a la lectura de la declaración del siguiente testigo de la fiscalía, Ander se quedó sin respiración. Ramón Egaña había subido al estrado al perito psiquiatra que había realizado la evaluación psicológica del acusado. La opinión del psiquiatra venía avalada por el Colegio de Psiquiatría de Bizkaia, para quien trabajaba como perito asociado. Se trataba de Víctor Hermoso: la segunda víctima de H9.

Finalmente, el juez dictó sentencia. A Lucas se le aplicó la pena máxima de veinte años, ordenando su ingreso inmediato en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario Andra Mari de Orduña.

Ander se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por la sala. Intentaba asimilar todos los datos que había leído. Ahora lo veía todo muy claro. H9 se inventó a Abel Borrero para llevarlos hasta el piso de la calle Ercilla en el que se había cometido el parricidio. Quería que descubrieran lo sucedido en ese caso, porque sus víctimas estaban estrechamente relacionadas con lo acaecido durante la instrucción de este.

Tenía que hablar con Gardeazabal.

—Hola, jefe, iba a llamarte ahora mismo. Estamos retirándonos de la escena del crimen —dijo Gardeazabal—. El juez ha ordenado el levantamiento del cadáver y Gamboa se lo ha llevado a la morgue. ¿Qué tal te ha ido en el Palacio de Justicia?

—No te vas a creer lo que he descubierto. ¿Recuerdas que Eskurza nos relató un incidente ocurrido a finales del año pasado en el ala de la penitenciaría? —preguntó Ander.

—Sí. Nos contó que había habido un incendio en el que murieron tres personas, y que Héctor Velásquez había aprovechado la situación para huir.

—Exactamente —dijo Ander—. Creo que ya sé quién era el otro recluso que acompañaba a Velásquez. El que murió calcinado.

—¿Quién?

—Lucas Jauregui. El parricida de la calle Ercilla —afirmó Ander golpeando con el dedo índice su bloc de notas.

—¡No fastidies! —dijo Gardeazabal—. ¿Y cómo llegó el chaval a ese lugar?

—Porque el juez instructor del caso así lo ordenó. —Ander se acercó a la puerta para comprobar que nadie estuviera escuchando al otro lado—. Pero lo más relevante me lo he encontrado entre las páginas del expediente judicial del caso. Resulta que en él aparecen directa o indirectamente relacionadas cuatro de las cinco víctimas de H9.

»Ramón Egaña fue el fiscal, Federico González era el abogado de oficio que le asignaron a Lucas y Víctor Hermoso fue el perito judicial encargado de realizarle la evaluación psicológica. Evaluación que dejó en muy mal lugar al chaval y que sirvió para reforzar la decisión del juez de condenarlo a la mayor pena posible.

—¿Y qué hay de Gloria Redondo? ¿Qué conexión guarda con el caso? —preguntó Gardeazabal.

—Gloria era, en ese momento, la directora del centro en el que se decidió que Lucas cumpliría su condena: el Hospital Psiquiátrico Penitenciario Andra Mari. Ahí tendríamos la conexión, a falta de conocer la identidad de la última víctima.

—Ya la conocemos, jefe —dijo Gardeazabal—. Es Alberto Rubio y trabajaba de celador en el Andra Mari. Encaja como un guante con tu hipótesis.

—Todo está conectado —dijo Ander—. Los crímenes de H9 y los de la calle Ercilla. Necesitamos regresar al Andra Mari, me parece que el bueno de Jaime Eskurza se guardó algún as bajo la manga.

La nieve cubría por completo el claro en el que se erguía el Hospital Psiquiátrico Penitenciario Andra Mari. Las condiciones climatológicas no facilitaban la conducción. Ander tuvo un par de sustos al pasar junto a Orduña a pesar de que habían echado sal al pavimento. En uno de esos derrapes, Ander decidió parar para colocarles las cadenas a los neumáticos. Siempre llevaba un juego en el maletero.

No le sorprendió comprobar que Gardeazabal y Arregui habían llegado los primeros. Ander aparcó su A3 junto al Seat León de la Ertzaintza. Los tres policías bajaron del automóvil.

—Entremos —dijo Ander dirigiendo sus pasos hacia la valla metálica.

En esta ocasión, no los hicieron esperar. Un psiquiatra los atendió nada más cruzar el umbral de la puerta principal.

—Agentes, pasen, que hoy hace mucho frío en el exterior —los invitó con amabilidad—. Soy el doctor Bergaretxe.

—Gracias, doctor —dijo Ander—. Queremos hablar con Jaime Eskurza. ¿Está en su despacho?

—El señor Eskurza ha tenido que acudir a Gasteiz a una reunión. Regresará en breve.

El doctor vestía pantalones de pana gruesa y un jersey de lana bajo su bata blanca. Unas botas de monte con interior forrado atestiguaban que el hombre estaba perfectamente pertrechado para el clima montañés, a diferencia de los ertzainas, cuyas chaquetas no eran aislantes efectivos contra el frío ambiental. El hombre tenía una constitución fuerte, unos brazos abultados, pero no de los que se fabrican en los gimnasios urbanos, sino de los que se adquieren a base

de cortar leña cada otoño y segar la hierba regularmente en primavera y verano. Su rolliza cara, atezada por el sol de altura, estaba cubierta de una bien cuidada barba morena, moteada por varios mechones albos. Un par de ojos castaños escrutaban a Ander con indisimulada curiosidad.

—Doctor Bergaretxe —dijo Ander—, ¿lleva usted mucho tiempo trabajando aquí?

El hombre se atusó la barba y frunció ligeramente los labios en señal de concentración.

—Aproximadamente quince años, creo —contestó.

—Entonces conocería muy bien a los dos reclusos que estaban presos en la penitenciaría, ¿verdad? —preguntó Ander.

—Lo cierto es que yo no estaba asignado a esa ala. Mi especialidad son los trastornos psicóticos con sus diversas etiologías, ya saben, drogas, alcohol, factores ambientales, genéticos, etcétera; sin embargo, es cierto que llegué a conocer sus casos. Al final, todos trabajamos en equipo y se hacen puestas en común de los asuntos.

—Doctor, ¿qué opinión profesional tenía acerca de Héctor Velásquez y de Lucas Jauregui? —preguntó Ander.

—Me temo que no puedo revelarle esa información, porque está sujeta a secreto profesional —dijo el doctor.

—Es sumamente importante conocer su opinión. Le aseguró que, si no fuera así, no le estaría preguntando acerca de estos asuntos. Uno de esos dos pacientes puede ser el responsable de cinco asesinatos —dijo Ander.

El doctor observó a Ander y luego hizo lo propio con Gardeazabal y Arregui, quienes asintieron para reforzar las palabras pronunciadas por su jefe.

—¿Se refiere a los asesinatos de Bilbao? —preguntó.

—Los mismos —intervino Gardeazabal.

Bergaretxe suspiró profundamente, se remangó y dejó a la vista unos fibrosos brazos velludos. Su mirada vagaba entre los ertzainas y el suelo mientras pensaba. Su cerebro libraba una lucha interna por resolver el dilema entre su deber como profesional y como ciudadano. La moneda había sido lanzada al aire.

—Está bien, se lo diré, aunque desconozco si mi opinión les será de gran ayuda. Héctor tenía doble personalidad. El Héctor bueno era un ángel, alguien en quien confiar, una persona solidaria, agradable, siempre atenta con el prójimo, en definitiva, muy empática y en nada disociada de la realidad circundante. Sin embargo, el Héctor malo era capaz de cometer el más atroz de los crímenes. Supongo que conocerá el motivo de su ingreso en Andra Mari. Asesinó a su mujer y a sus hijas únicamente porque estaba atravesando una situación de estrés.

»Esas situaciones eran el detonante, el interruptor que hacía que su

consciencia pasara de estar encendida a sufrir un apagón. Aquí lo tratábamos con litio y otros fármacos para evitar, precisamente, que ese interruptor pudiese cambiar de estado.

—¿Y qué me dice de Lucas? —preguntó Ander.

El doctor sonrió y su expresión se volvió más melancólica.

—Lucas no tenía que haber estado aquí. Eso para empezar. Este no era lugar para él. No era más que un buen chico. Durante todos los años que cumplió condena, jamás causó un solo problema a nadie. Era un chaval inteligente, con muchas ganas de aprender. ¡Dios mío, era como una esponja!

»Recuerdo que Velásquez le enseñó a actuar y de vez en cuando se les permitía realizar alguna representación teatral para el resto de los pacientes. Ambos se encargaban de todos los papeles, con cambios constantes de maquillaje y vestuario. Eran absolutamente brillantes.

»Aparte de eso, Lucas leía muchísimo. Acabó leyéndose todos los libros de nuestra biblioteca. Tuvimos que pedir ejemplares prestados a la biblioteca municipal de Orduña. Creo que alguno de esos libros ardió con él en el incendio —dijo con la mirada perdida en algún punto de la pared—. Su muerte fue traumática para todos nosotros. Aunque haya pasado un año, muchos aún no lo hemos asimilado.

—¿Estaba usted trabajando el día del incendio? —preguntó Ander.

—No, estaba de vacaciones. Pero mis compañeros me dijeron que ese día se desató el infierno en el ala de la penitenciaría. Afortunadamente, no se extendió al resto del hospital. De lo contrario, hoy estaríamos hablando de docenas de fallecidos.

—Desde luego, doctor. Perdóneme que insista, pero ¿nunca observó en Lucas ninguna muestra de instinto criminal? ¿Impulsividad, quizás? —preguntó Ander.

—Mis compañeros jamás lo apreciaron. Él debía de ser muy tranquilo. Aún no entiendo por qué terminó en una penitenciaría psiquiátrica cuando no era un paciente psiquiátrico.

Ander asintió recordando el informe en el que Víctor Hermoso argumentaba, precisamente, todo lo contrario, y aconsejaba su internamiento inmediato en beneficio de una adecuada reinserción social del muchacho.

—¿Sabe si Lucas se quejó alguna vez por estar internado aquí? —preguntó Arregui.

—No que yo sepa —contestó el doctor.

—¿Le consta que alguna vez recibiera visitas? —preguntó Ander.

—Lo ignoro. Pero creo que su familia abandonó el país tras el asesinato del padre, por lo que supongo que no.

—De acuerdo, doctor, muchísimas gracias por su colaboración —dijo Ander estrechándole la mano—. No le robamos más tiempo, que seguramente tendrán mucho trabajo.

—Un placer, caballeros. Si quieren pueden esperar al director aquí, en la recepción. Tienen un par de sofás para acomodarse y una máquina de café y otra con refrescos a su disposición —añadió el doctor.

—Muchas gracias —dijo Gardeazabal mientras el psiquiatra se dirigía hacia la zona común de la planta baja.

Ander se sentó en uno de los mullidos sofás que había mencionado el doctor Bergaretxe. Enfrente, Gardeazabal sacó su cuaderno de notas y comenzó a relatarle los detalles más significativos del crimen del Palacio Euskalduna.

—El cadáver corresponde a Alberto Rubio, que trabajaba aquí de celador. —Gardeazabal se dio una palmada en la frente—. ¡Se nos ha olvidado preguntarle al doctor sobre Alberto!

—No te preocupes, luego le preguntamos a Eskurza —dijo Ander—. Continúa.

—Está bien. Javier Gamboa sitúa la hora de la muerte a las cuatro de la madrugada.

—Tres horas antes de nuestra llegada. Es el asesinato más improvisado. Puede que esté perdiendo el control de la situación —dijo Arregui.

Ander asintió e indicó a Gardeazabal con la mano para que prosiguiera.

—La causa de la muerte parece ser el seccionamiento de la arteria yugular. Aunque lo cierto es que el cadáver presentaba docenas de puñaladas. La furgoneta estaba llena de sangre. Parecía como si hubieran celebrado una txarriboda ahí dentro. —Gardeazabal se refería a la matanza del cerdo que se realizaba tradicionalmente a principios de año en Euskadi—. También hemos encontrado una nota. La tengo aquí.

Gardeazabal sacó una bolsita de plástico del bolsillo de la chamarra y se la pasó a Ander.

—«Has metido el pan en un horno frío. H9».

—Será otro extracto de la Historia de Heródoto. Continúa —dijo Ander y se guardó la nota en un bolsillo.

—La matrícula de la furgoneta coincide con la que nos proporcionaron en Avis. Es la misma que alquiló Abel Borrero el dieciocho de noviembre.

—Se está deshaciendo de todo aquello que pueda identificarlo —dijo Ander.

—Está atando cabos sueltos —dijo Arregui.

—Eso es. Ahora no tenemos furgoneta que seguir. Volvemos a ir a ciegas en ese sentido —dijo Ander—. Garde, ¿qué hay del expediente?

—Mientras veníamos hacia acá, Alday ha llamado para confirmárnoslo. Se trata de Nerea Aguirre, desaparecida en 1998. Era

enfermera. Adivina dónde realizaba sus prácticas.

—En Salud Bilbao —dijo Ander.

—Exactamente. Todo concuerda. Las desapariciones y Salud Bilbao. Los crímenes y Lucas Jauregui —dijo Gardeazabal.

—Olvidas un detalle importante en esa última relación. Lucas está muerto —dijo Arregui.

—Él sí, pero quizás alguien esté vengándolo. ¿Tal vez Héctor Velásquez? —preguntó Gardeazabal.

—Podría ser —admitió Ander—. Pero ¿cómo conectarías ese acto de venganza con las chicas de Salud Bilbao?

Una fuerte corriente de aire frío penetró de repente en el vestíbulo al abrirse la puerta de la entrada. Jaime Eskurza la cerró sin reparar en la presencia de los agentes. Se sacudió los zapatos en las baldosas del piso y dejó el paraguas dentro de un ancho paragüero de forja negro situado junto a la entrada.

—Buenas tardes, señor Eskurza —dijo Ander con voz grave.

El director se giró de golpe sobresaltado. Rápidamente intentó recomponerse, aunque una leve mioclonía en el ojo derecho indicaba lo arduo de la tarea.

—Inspector, Crespo… y compañía —saludó a Arregui y a Gardeazabal con una ligera inclinación de la cabeza—. ¿A qué se debe su visita?

—Mejor lo hablamos en su despacho, director —dijo Ander.

—Me encantaría, inspector, pero hoy tengo muchísima prisa, me esperan y no puedo faltar a la cita —se disculpó—. Si lo desea, podemos quedar mañana.

—Se me ocurre una idea mejor, Eskurza. ¿Por qué no nos acompaña a comisaría y charlamos allí al calor de la estupenda estufa de la sala de interrogatorios? —dijo Ander con semblante serio.

El director palideció y optó por adoptar una actitud más colaborativa.

—Bueno, qué más da acudir un poco tarde a la cita, ¿verdad? Alguna vez me habrá tocado esperar a mí también —dijo Eskurza soltando una risita impostada—. ¡Subamos!

Al llegar al despacho, cada uno de los presentes tomó asiento en una silla. Eskurza se reclinó en el sillón de su escritorio. Observó a Ander con cara de perplejidad. Se encogió de hombros y le dijo:

—Inspector Crespo, ya le conté todo lo que sabía sobre Gloria Redondo. No entiendo a qué viene el tono con el que me ha hablado allí abajo. Esos comentarios han podido llegar a oídos de mi personal o, peor aún, de los pacientes. Podría dañar mi prestigio profesional, ¡por Dios! —se quejó.

Ander se levantó de la silla y caminó por el despacho hasta llegar al armario archivador de donde, en su día, Eskurza había sacado el

expediente de Héctor Velásquez.

—¿Por qué no mencionó a Lucas Jauregui? —preguntó apoyando la espalda en el mueble.

Al director le mudó el semblante. Tragó saliva e intentó articular alguna palabra, pero su garganta no emitió sonido alguno.

—La obstrucción a la justicia es un delito muy grave, Eskurza. Creo que usted no ha sido consciente de ello. Más aún si esa obstrucción lleva consigo la muerte de personas inocentes —dijo Ander—. En ese caso un fiscal valiente podría, incluso, atreverse a sumar a la acusación el cargo de colaboración necesaria en homicidio.

—No… no sé de lo que me habla, inspector —dijo Eskurza.

—Esta mañana ha aparecido apuñalado en Bilbao Alberto Rubio. ¿Le resulta familiar ese nombre? —preguntó Ander y le enseñó una fotografía de la víctima que había tomado Gardeazabal en el estanque.

—¡Dios mío! —Eskurza se tapó el rostro con ambas manos.

—Veo que lo ha reconocido —dijo Gardeazabal—. Trabajaba de celador en esta institución, ¿no es así?

Eskurza tomó aire y recuperó la compostura. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente sudorosa.

—Técnicamente sí trabajaba para nosotros.

—¿A qué se refiere con lo de técnicamente? —preguntó Gardeazabal.

—Alberto siempre ha sido un trabajador problemático. Sospechábamos que les robaba a los pacientes e incluso a sus compañeros forzando las taquillas de los vestuarios del personal. Pero nunca pudimos atraparlo in fraganti —dijo Eskurza atusándose el cabello—. Hasta que hace cosa de año y medio ocurrió un incidente.

El director hizo una pausa prolongada que parecía que no tenía intención de romper.

—¿De qué incidente habla, Eskurza? —preguntó Ander.

—Una madrugada, haciendo la ronda habitual, Roberto, nuestro guarda de seguridad, escuchó ruidos extraños en la habitación 202, entonces ocupada por Guillermina Munabe. Al entrar, descubrió horrorizado que Alberto estaba abusando sexualmente de la pobre Guillermina.

—Eso es gravísimo. Me imagino cómo reaccionaría la familia de la paciente al enterarse —dijo Gardeazabal.

Eskurza bajó la mirada a la mesa y negó con la cabeza.

—Aún no conocen el detalle más macabro, agentes —dijo Eskurza bajando la voz—. Guillermina llevaba muerta cuatro horas. El médico había certificado su muerte y Alberto era la persona encargada de transportar la camilla con el cadáver a la ambulancia que esperaba frente al hospital.

—¡Maldito depravado! —dijo Arregui.

—Entonces, ¿lo denunciaron? —volvió a preguntar Gardeazabal con los ojos brillándole de rabia.

—Gloria lo tapó. Obligó a Alberto a cogerse una baja y a seguir un tratamiento psiquiátrico, y Roberto fue amenazado con el despido en caso de revelar lo que había presenciado. Así actuaba Gloria. «Lo que no se ve, no existe», solía decir.

Ander avanzó hasta el escritorio del director y apoyó ambas manos sobre el mismo.

—Lucas Jauregui. Quiero conocer toda la verdad. Y la quiero ahora.

Eskurza se lo quedó mirando. Luego se levantó y se dirigió al archivador. Tras abrir uno de los cajones cerrados con llave, extrajo una gruesa carpeta y la depositó en la mesa junto a Ander. Después volvió a tomar asiento en su sillón.

—Lucas era un gran chico. Todos lo queríamos muchísimo. Bueno, todos salvo Gloria, que lo trataba con una severidad desproporcionada. En mi opinión, el chico tenía que haber sido propuesto para la libertad condicional hacía muchos años, pero Gloria siempre redactaba unos informes en contra demoledores a la Junta Penitenciaria. Así nunca iban a permitirle salir. Lo caprichoso que es el destino, que cuando acariciaba la libertad con la punta de los dedos, va y fallece en el incendio —dijo Eskurza.

—¿A qué cree que respondía esa actitud de Gloria? —preguntó Ander abriendo la carpeta del expediente de Lucas con cuidado.

—La verdad es que lo desconozco. Nunca lo entendí, pero Gloria era así. Cuando se cerraba en banda no había manera de hacerla cambiar de opinión.

—A pesar de ese proceder con Lucas, la última vez que vinimos pudimos comprobar el gran aprecio que el resto de los pacientes sentían hacia ella —dijo Ander.

—Así es —dijo Eskurza.

—¿Hay alguna otra actitud o hecho de Gloria que llamara su atención estos últimos años? —preguntó Ander.

Eskurza le devolvió la mirada con ojos acuosos, para volver a bajarla al escritorio inmediatamente. Jugueteaba con un lapicero entre sus dedos.

—¿Saben?, Gloria fue la persona que apostó por mí para sucederla en el puesto. Le debo mucho —dijo girando el lapicero—. Pero no puedo ocultar la verdad más tiempo. La prensa dice que está muerta, que fue la primera víctima del descuartizador de Olabeaga. ¿Es eso cierto? —Miró fijamente a Ander.

Este asintió.

—En ese caso, nada que pueda decir va a hacerle daño.

—Cuéntemelo todo —dijo Ander.

El director asintió tras sonarse la nariz.

—Gloria recibía cada mes un sobre con una gran cantidad de dinero, cuyo origen desconozco. Pero un día lo descubrí entre la correspondencia y me lo tuvo que confesar.

—¿Quién enviaba el sobre? —preguntó Ander.

—No tenía remite, lo traía un mensajero.

—Eso suena a soborno —dijo Gardeazabal.

—Lo sé, inspector, pero ¿qué iba a hacer yo? ¿Denunciarla? Imposible. Habría quedado como un mentiroso y me habrían despedido. Fue a partir de entonces cuando Gloria me designó como subdirector. Conocía muy bien mi naturaleza ambiciosa. Se valió de ella para silenciarme y ganarse mi lealtad. Gloria era muy persuasiva e inteligente. Todos bailábamos al son que ella tocaba.

—El éxito tiene mil padres, pero el error es bastardo —dijo Arregui con expresión despectiva—. Tuvo la opción de hacer lo correcto; sin embargo, optó por la solución más fácil y cómoda para usted.

—No me juzgue, agente. Seguramente usted vivirá muchas situaciones como esta a lo largo de su vida y no siempre tomará la decisión acertada.

Arregui emitió un bufido y se revolvió en el asiento mientras negaba con la cabeza.

—Está bien, Eskurza. Alguien sobornaba a Gloria. ¿Hay algo más que quiera confesarnos? —preguntó Ander.

—Sí, hay algo más. La semana del incendio, Gloria hizo una contratación directa de personal. Dos celadores. Ese proceder me llamó la atención porque nosotros tenemos personal administrativo que realiza esas funciones. Cuando le pregunté a Gloria por ello, se mostró esquiva conmigo. Dijo que venían recomendados. ¡Ni siquiera estaban en nuestra bolsa de sustituciones! Ambos fallecieron calcinados junto a Lucas en el incendio.

—¿Cómo identificaron a las víctimas? —preguntó Ander.

—Los celadores estaban en su sala de control. Lucas dormía en su habitación. Estaba tendido en la cama y llevaba encima sus objetos personales. Un reloj y un collar, obsequio de su padre. Era lo que más quería en el mundo. Aunque parezca increíble, su recuerdo lo reconfortaba.

—¿Están los registros médicos en este expediente? —Ander sujetaba con ambas manos la carpeta que le había dado el director.

—Sí, está todo —contestó Eskurza.

—De acuerdo. Lo que ha hecho está fatal, director. No vuelva a ocultarnos información —dijo Ander—. De lo contrario, la próxima vez me veré obligado a detenerlo.

—Le he contado todo, inspector. Por cierto, no sean muy duros con la memoria de Gloria Redondo. Esa mujer pasó por un infierno, ¿saben? Su marido fue diagnosticado de un cáncer muy agresivo.

Terminal. Los médicos le daban tres meses de vida.

—¿Eugenio Larrazabal? —preguntó Gardeazabal—. Pues a mí me pareció que gozaba de buena salud cuando lo visitamos hace un par de semanas.

—Eso es lo curioso, porque el diagnóstico se lo dieron hace veinte años. Sin embargo, y a pesar de la buena salud de su marido, Gloria vivía con el miedo metido en el cuerpo. Tan solo se tenían el uno al otro en la vida. No tenían hijos.

Gardeazabal y Ander cruzaron miradas cómplices. Se despidieron del director y abandonaron el psiquiátrico.

—Creo que no es demasiado tarde para hacerle una visita a Eugenio Larrazabal —dijo Ander.

—Si nos damos prisa, llegaremos a la hora de cenar —dijo Gardeazabal con una sonrisa retadora.

—Jefe, si no te importa, voy contigo —dijo Arregui montándose en el coche de Ander.

—¡Serás gallina! —dijo Gardeazabal y arrancó el suyo.

El paisaje nevado quedó atrás al abandonar Orduña, pero el frío continuó acompañándolos durante todo el trayecto. Cuando aparcaron los coches junto al chalé de Eugenio Larrazabal, en Amorebieta, el termómetro marcaba dos grados en la pantalla del salpicadero.

—Hoy quizás veamos algún lobo merodeando por el barrio de Larrea —dijo Arregui al bajar del coche.

—Sí, uno de dos patas —respondió Gardeazabal, que los aguardaba cómodamente apoyado contra el lateral de su coche patrulla—. Me he tomado la libertad de tocar el timbre de Eugenio para anunciar nuestra presencia.

Ander observó que la verja de acceso a la finca permanecía cerrada.

—¿No te ha abierto? —preguntó extrañado.

—Me ha solicitado que le muestre la orden judicial —contestó Gardeazabal encogiéndose de hombros.

—Pero si solo venimos a charlar. ¿Qué le has dicho, Garde? —preguntó Ander con el ceño fruncido.

—Nada. Te prometo que solo le he comentado que queríamos hablar con él y, de paso, devolverle el cepillo de Gloria. Pero él se ha cerrado en banda. Ahora ni contesta al timbre.

—¿Oléis eso? —preguntó Arregui encogiendo la nariz.

El viento racheado les trajo un fuerte olor a chamuscado, a rastrojo quemado.

—¡Mierda! ¡Mirad la fachada! —exclamó Gardeazabal.

El humo salía en grandes cantidades por la chimenea y por las paredes del chalé. De pronto, un par de ventanas de la segunda planta estallaron y largas llamas rojizas y anaranjadas comenzaron a lamer la

madera del balcón y a iluminar la noche.

—¡La casa está ardiendo! ¡Tenemos que entrar! —Ander corrió hacia la verja.

En ese preciso instante, Eugenio Larrazabal apareció en el balcón rodeado de llamas. Vestía una larga túnica negra y miraba hacia el cielo con los brazos extendidos abiertos de par en par.

—¡Amada Gloria, esta noche estrellada será testigo de nuestro rencuentro! —gritó desde las alturas.

Las llamas prendieron los bajos de la túnica. Ander vio que el incendio avanzaba a una velocidad inusual, azuzado, sin duda, por algún tipo de acelerante con el que Eugenio habría empapado el interior de la casa.

Eugenio, por su parte, continuaba extasiado mirando hacia las estrellas con los brazos abiertos y las lágrimas llenando sus ojos.

—¡Oh, Dama! ¡Oh, poderosa Dama, que durante tantos años me has brindado el don de la vida! ¡Hoy vuelvo a tus brazos, cumplo mi destino al fin! ¡Ábreme las siete puertas que conducen a tu hogar! ¡Abrázame en tu morada!

Dichas estas palabras, Eugenio bajó los brazos y, tras dedicarles una desafiante sonrisa a los ertzainas, dio media vuelta y se zambulló entre las feroces llamas.

Capítulo 17

—Dime que no has tenido nada que ver con todo esto —preguntó, visiblemente enojado, el subcomisario Torres. Su dedo índice apuntaba a la fotografía de la casa calcinada de Eugenio Larrazabal que ocupaba una de las primeras páginas del periódico.

—Ya te lo he explicado en el informe, jefe. Nosotros no llegamos a entrar en la casa. Desconozco el motivo por el que Eugenio se puso nervioso al ver que queríamos hablar con él. Pero supongo que tendría que ser algo muy grave para que decidiera incendiar su casa con él dentro. Fue terrible, Torres. Dantesco.

Ander se había pasado buena parte de la mañana poniendo al día al subcomisario de todas las novedades sobre el caso de los crímenes de H9. La clara conexión con el parricidio de Ercilla lo pilló por sorpresa. Le costaba creer que crímenes cometidos con más de veinte años de intervalo pudieran estar relacionados. Pero las pruebas aportadas por Ander eran irrefutables.

—¿Hemos recibido el informe de balística de la bala encontrada en el piso de los Jauregui? —preguntó Ander.

—Me han asegurado que lo tendremos para esta tarde —respondió Torres, que seguía ojeando el periódico—. Mira, Ander, otra vez han logrado el expediente de desaparición indicado en la escena del crimen del Euskalduna.

Ander cogió el periódico de Torres y observó con atención la portada. En ella aparecía la foto de Nerea Aguirre con un titular que la señalaba como la quinta desaparecida. Las conocían como «las chicas perdidas». En el artículo del periódico ofrecían muchos detalles de su vida, de su día a día previo a su desaparición.

—La fuente de El Correo tiene que ser el propio asesino. No le encuentro otra explicación. —Ander le devolvió el diario al subcomisario.

—Quienquiera que sea no hace más que añadir más presión sobre nuestros hombros. Ya sabes que los jefes se retuercen nerviosos cada vez que alguna información de este tipo se filtra. No olvidemos que todos estos expedientes que están saliendo se refieren a casos sin resolver. Por lo tanto, fracasos policiales. El hecho de que aparezcan en la portada de los periódicos expone nuestros fallos ante la opinión pública. —Torres se sentó y cogió una pila de papeles que tenía sobre la mesa—.

»Bueno, Ander, si no hay ninguna otra novedad, puedes marcharte. Tengo un buen montón de expedientes de compra a los que dar el visto bueno. Voy a comprobar hasta la última coma —dijo con el ceño fruncido.

—No me esperaba menos de ti, jefe.

Ander abandonó el despacho del subcomisario. Aún conservaba fresco en la mente el recuerdo del suicidio de Eugenio Larrazabal. Había albergado la esperanza de que el marido de Gloria pudiera revelarles el origen de los sobornos de los que era objeto su mujer; de arañarle una confesión sobre la animadversión que sentía su mujer hacia Lucas Jauregui; de obtener una explicación lógica a la cuestión de su supervivencia a un cáncer que había sido diagnosticado como terminal veinte años atrás. Pero todas sus esperanzas se volatilizaron entre el humo de la gran pira funeraria en la que se convirtió el chalé de Eugenio Larrazabal.

Avanzaba por el pasillo de la División de Investigación Criminal sumido en esos pensamientos, cuando escuchó que Gardeazabal reclamaba su presencia desde el otro extremo.

—Ander, ¿puedes venir?

Al llegar a su altura, Gardeazabal lo condujo a una gran sala que habían despejado completamente para dar cabida a los expedientes traídos desde la clínica Salud Bilbao. Media docena de agentes examinaban los documentos. Muchos de ellos tenían solera. Ander se compadeció de sus compañeros. Les tocaba realizar una labor de picapedrero que a él le había caído en gracia en más de una ocasión en su época de agente.

Los policías tecleaban los nombres que aparecían en los expedientes en el buscador de la base de datos y esperaban a que el procesador hiciera su trabajo. Al cabo de unos segundos solía aparecer en la pantalla el mensaje de «no hay resultados para su búsqueda», apilaban la carpeta en el montón de expedientes revisados y tomaban otra del montón de los no revisados. Por supuesto, esa no era la tarea con la que habían soñado al entrar en Arkaute. Pero Ander era consciente de que esa labor policial era fundamental y siempre ayudaba a resolver los casos.

—Ahora mismo estamos revisando los expedientes de 1997 —dijo Gardeazabal—. Aquellos comprendidos entre 1994 y 1996 ya están comprobados. En ellos hemos hallado catorce coincidencias. Pero de esos catorce casos de desaparición, once se resolvieron felizmente. Las personas aparecieron y la vida continuó para ellas y sus familias. Mejor o peor, pero continuó.

—Supongo que los tres casos no resueltos coinciden con los de Celia Gómez, Janire Artola y Tamara Robles —dijo Ander.

—Efectivamente. —Gardeazabal cogió tres carpetas de una de las

mesas—. Estas son sus historias clínicas. Celia Gómez y Tamara Robles acudían al mismo dermatólogo: Esteban Gómez de Heredia, fallecido en 2001.

—Quizás no sea una coincidencia. Garde, investígalo. Antecedentes, expedientes disciplinarios, antiguos trabajos, todo —dijo Ander.

—Sí, jefe. Es una de las tareas que nos habíamos fijado Arregui y yo para esta tarde. Visitaremos a su viuda y luego iremos a Salud Bilbao; aunque, siendo hoy festivo, supongo que únicamente tendrán abiertas las urgencias.

—Necesitamos también la ficha de personal de Nerea Aguirre, la enfermera desaparecida a la que corresponde el expediente 98/482 —dijo Ander—. Así podéis aprovechar para devolver los años revisados. Ocupaos vosotros de organizar la logística.

—Ya está todo en marcha. Estoy esperando a que los agentes terminen de revisar los pocos expedientes que les quedan de 1997 y así los devolvemos todos juntos. Hemos contratado un camión de mudanzas para realizar el traslado —dijo Gardeazabal.

—Muy bien, Garde. Si hay alguna novedad, llámame. Yo ahora voy al Instituto Vasco de Medicina Legal a presenciar la autopsia de Alberto Rubio —dijo Ander.

Los inspectores se despidieron y Ander corrió escaleras abajo hacia el garaje. Acudía tarde a su cita con Javier Gamboa.

El forense lo esperaba en la sala de autopsias con el cadáver de Alberto Rubio sobre una camilla de acero. Los desinfectantes utilizados no podían ocultar los olores propios de la descomposición. Ander conocía muy bien ese característico hedor a muerte, pero, a pesar de la familiaridad, no lograba acostumbrarse.

—Llegas tarde —dijo Gamboa—. Menos mal que aquí mi amigo es todo un parlanchín.

—Disculpa, Javier —dijo Ander colocándose apresuradamente junto a la camilla.

Las marcas dejadas por las puñaladas eran muy visibles en el cadáver lavado. El torso y el abdomen mostraban docenas de ellas.

—No pasa nada, hombre. Estaba bromeando. —El forense se colocó junto a la cabeza del cadáver—. Causa de la muerte certificada: desangramiento por seccionamiento de la yugular. —Acompañó sus palabras con un movimiento continuo del dedo a lo largo de la garganta de la víctima—.

»Este es el primero de los crímenes en el que no hay un estrangulamiento previo de la víctima. Tampoco hemos hallado sustancias sedantes en los análisis de muestras orgánicas.

—Es el más personal de todos los asesinatos —dijo Ander observando el profundo corte en la garganta.

—No es descartable. Parece que en esta ocasión el asesino ha querido que su víctima fuera consciente de que iba a morir —dijo Javier atusándose la barba—. Quizás por eso no lo drogó.

Ander recordó los abusos sexuales cometidos por la víctima en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario Andra Mari.

—Quizás no nos enfrentamos a un psicópata, sino a un ángel vengador —reflexionó Ander en voz alta. Al ver la expresión de extrañeza del forense, decidió cambiar de tema—. ¿Qué hay de las otras autopsias? ¿Tienes los informes definitivos?

—Claro, claro. —Javier reaccionó con rapidez ante la petición del inspector—. Permíteme que antes acomode al señor Rubio en su cámara.

—Por supuesto —dijo Ander.

Gamboa colocó con cuidado el cadáver dentro de una bolsa de plástico y trasladó la camilla al depósito de cadáveres. Luego se dirigieron a su despacho a través de los silenciosos pasillos del instituto.

—Como recordarás, detectamos a tiempo el fallo de calibración del equipo de análisis toxicológico. Afortunadamente no habíamos desechado las muestras biológicas.

Entraron en el despacho. Javier rebuscó en uno de los cajones del escritorio y sacó una carpeta.

—Toma, estos son los informes definitivos de los tres primeros asesinatos: Gloria Redondo, Víctor Hermoso y Federico González. Los informes de Ramón Egaña y Alberto Rubio los tendré para la próxima semana.

Le pasó la carpeta y se sentó sobre el extremo de la encimera del escritorio.

—Gloria, Víctor y Federico murieron estrangulados. Ramón Egaña falleció por asfixia, aunque, mientras no aparezca la cabeza, tampoco puedo rechazar como causa de la muerte el estrangulamiento. En el caso de Alberto Rubio, como hemos hablado antes, el asesino le cortó la yugular. Salvo en este último caso, las analíticas de las víctimas han dado positivo en benzodiazepina en una concentración muy elevada —dijo Gamboa.

—En general, su modus operandi es el mismo: secuestra a sus víctimas bien mediante el engaño o cayendo sobre ellas por sorpresa. Las droga y, a continuación, las mata. La puesta en escena de los cadáveres es su firma. Salvo en el caso de Alberto, en el que se aprecia cierta precipitación. Tal vez sienta nuestra presión.

—Ojalá, Ander, porque esto se está convirtiendo en una insoportable orgía sanguinaria. ¿Tenéis algún sospechoso? —preguntó Gamboa.

—Prefiero no hablar de ese tema aquí, ya sabes, las paredes oyen —

dijo Ander señalando hacia el despacho contiguo, en el que se encontraba otro médico forense del instituto—. Solo puedo avanzarte que el cerco se estrecha cada vez más. Por cierto, eso me recuerda otra de las razones por las que he acudido hoy aquí.

—¿De qué se trata?

—En los casos de muerte por incendio ¿cómo realizáis la identificación del cadáver?

El forense se incorporó y acudió a la estantería que había detrás de su escritorio. Pasó el dedo por los lomos de varios libros hasta encontrar el que buscaba. Cogió el tomo y lo posó sobre el escritorio. Ojeó las páginas con rapidez hasta que llegó a una que mostraba un par de fotografías de una mandíbula abierta.

—¡Aquí está! —dijo señalándole las imágenes a Ander—. En casos de cadáveres calcinados, cuando no podemos recuperar falanges completas de las que extraer una huella, que suele representar, al menos, el noventa por ciento de las ocasiones, optamos por la realización de un estudio odontológico comparado.

—¿En qué consiste? —preguntó Ander.

—Es un estudio específico de contraste de muestras. Para poder hacerlo con total fiabilidad es preciso disponer bien de una ortopantomografía, que sería esto de aquí —Javier señaló una de las fotografías del libro, que mostraba la mandíbula completa de un sujeto—, o bien del historial odontológico del cadáver.

»Lógicamente, si dispusiéramos de los dos elementos, la identificación sería más fiable, aunque nosotros nos conformamos con tener uno de ellos. Esto es lo que en terminología forense denominamos material indubitado. Luego comparamos este material indubitado con el material dubitado, que suele ser una radiografía anteroposterior del cráneo del cadáver sin identificar.

—Javier, si yo te trajese algún material indubitado y los restos de un cadáver calcinado, ¿podrías realizar esa identificación?

—Sí, sin problema. Pero no tenemos ningún cadáver calcinado, ¿no?

—Es un caso antiguo —dijo Ander.

—Entiendo —dijo Gamboa mirándose los pies.

—No te preocupes por la autorización judicial. Yo la consigo —dijo Ander al notar la expresión de duda del forense.

—En ese caso, no hay ningún problema. En cuanto tengas la autorización, me puedes traer el cadáver para que le haga el estudio odontológico comparado —dijo Javier visiblemente liberado de la carga de tener que hacer un favor saltándose los procedimientos reglamentarios.

—Estupendo, Javier. Así lo haré. —Ander se despidió del forense.

Salió rápidamente del Instituto Vasco de Medicina Legal y se dirigió hacia su próximo destino: el cercano juzgado de guardia.

Llovía con fuerza cuando Ander salió del juzgado. El viento proveniente del Cantábrico convertía la lluvia en dardos heladores que barrían las aceras de la ciudad. En días como esos, Ander agradecía calzar las botas altas reglamentarias. Decidió resguardarse al abrigo del dintel de un portal a la espera de que amainara.

No le había resultado sencillo convencer a la jueza de guardia para que le permitiera realizar la diligencia de la exhumación de los restos de Lucas Jauregui. El crucifijo plateado que colgaba de su cuello era una señal de lo que se podría esperar de ella. «No me gusta alterar el alma de los muertos. Ahora están en manos del Señor», dijo persignándose. Ander tuvo que poner encima de la mesa los cinco cadáveres de H9 para que la jueza decidiera sobre la paz de qué almas urgía más velar.

Previamente, mientras esperaba a ser atendido por la jueza, Ander había llamado a Eskurza. Quería comunicarle de primera mano el suicidio de Eugenio Larrazabal. Aunque también existían otros flecos que quería dejar cerrados con el director del hospital psiquiátrico.

—¿Se ha suicidado? —preguntó Eskurza consternado—. No me lo puedo creer. Pero quién soy yo para juzgar los actos de otra persona, ¿verdad? Quizás la vida sin Gloria, después de todo, se le hizo insoportable.

—Es posible, pero el motivo de mi llamada es otro. Hay un par de asuntos que quiero aclarar con usted.

—Adelante, inspector.

—El primero es saber qué fue de los restos de Lucas Jauregui. El informe de su expediente indica que fue enterrado; sin embargo, no detalla el lugar. ¿Puede confirmarme esa información?

—Espere un momento —dijo el director.

Durante un par de minutos solo se escuchó el tableteo producido por el teclado de Eskurza.

—Aquí está. La factura de la funeraria. Por petición expresa de la familia, que desde el parricidio reside fuera del país, como usted bien sabrá, los restos de Lucas Jauregui fueron depositados en una lápida propiedad de la familia. Paradójicamente, junto a la tumba de su padre.

—¿Tiene alguna numeración? —preguntó Ander sacando el cuaderno de notas.

—Sí. La 1377 —contestó Eskurza—. ¿Cuál era el segundo asunto, inspector? No quiero resultar desagradable, pero tengo prisa.

—Por supuesto, director, no tardaré. Quisiera conocer la identidad de los dos celadores contratados antes del incendio.

—Me temo que no dispongo de esa información. Como le dije ayer, su contratación la gestionó Gloria personalmente. No hay constancia documental de que jamás hayan estado aquí. Son dos fantasmas, si me

permite la expresión.

—¿Nadie reclamó sus cadáveres?

—No. Gloria se encargó de su incineración de forma confidencial —dijo el director.

—¿Usted llegó a verlos?

—Sí, en una ocasión. Eran extranjeros. Dos buenos especímenes. Altos y fuertes. Me pareció que no hablaban una palabra de castellano.

—¿Extranjeros? —preguntó Ander—. Eso es muy interesante. Por cierto, Eskurza, el incendio fue provocado, ¿verdad?

El director volvió a guardar un prolongado silencio, que rompió con un sonoro suspiro.

—Por supuesto que lo fue, inspector. ¡Solo Dios sabe qué sucedió realmente ese día entre estas paredes! —dijo con la voz cargada de pesar.

El limpiaparabrisas de su A3 no daba abasto para evacuar la lluvia que golpeaba la luna delantera. Apenas se vislumbraban, entre imágenes líquidas, las rayas blancas de los carriles. Ander se sentía atrapado dentro de una pecera, nadando entre un sinfín de luces y sombras.

En esas condiciones la conducción se hacía insufrible. El dichoso aquaplannig la convertía en una lotería. Cualquier infeliz podía acabar con sus huesos en la cuneta, fundido entre un amasijo de acero, por el mero hecho de pisar el freno en medio del charco. Pero a pesar de las inclemencias meteorológicas, Ander logró llegar al cementerio de Derio media hora antes de su cierre.

Aparcó el coche junto a la entrada y buscó cobijo en la recepción del camposanto.

—Quisiera hablar con el encargado del cementerio —dijo a un hombre que leía con parsimonia las páginas deportivas del periódico.

Apartó la vista del diario y observó la insignia que Ander había plantado sobre la mesa de recepción. Sin alterarse en absoluto, descolgó el teléfono que descansaba junto a un sándwich a medio comer y pulsó cuatro números.

—¿Luis? Rubén. Aquí hay un policía que quiere hablar contigo… De acuerdo —Colgó el teléfono y se quedó mirando a Ander.

—¿Y bien? —preguntó este impaciente.

—Que ahora baja —dijo Rubén lacónico y reanudó su lectura.

—Genial. —Ander se giró para encarar las escaleras.

Tras una breve espera, un individuo de cortísima estatura bajó las escaleras a toda prisa, trastabillándose con los últimos peldaños. El hombre se pasó la mano por la frente sudada y le extendió esa misma mano a Ander.

—Buenas tardes, agente. Me llamo Luis Torné, soy el director del

Cementerio Municipal de Derio, ¿en qué puedo ayudarlo?

Ander sacó la orden judicial y se la ofreció, ignorando la mano extendida.

—Necesito exhumar un cuerpo.

—¿Ahora? ¡Imposible! Nuestros trabajadores están a punto de marcharse, si es que no lo han hecho ya —dijo Luis.

—No acepto negativas. Si no encuentra operarios, lo tendrá que hacer usted mismo. Así de urgente es el asunto, Luis —dijo Ander frunciendo el ceño.

El director del cementerio escrutó el documento de la jueza y seguidamente le hizo una indicación a Rubén.

—Llama a Marcelo —le ordenó.

Veinte minutos después, la lápida de Lucas Jauregui había sido abierta y su ataúd subido a la superficie.

—Ábralo —ordenó Ander sujetando el paraguas sobre el féretro.

El operario se ayudó de una palanca para romper el sello del ataúd. Al abrirlo, Ander observó lo que quedaba de unos restos totalmente calcinados. El inspector se acercó más para observar el cráneo con detenimiento.

—¡Perfecto! —dijo satisfecho—. Tiene la dentadura en buen estado.

Marcelo y Luis se lo quedaron mirando con cara de no entender nada.

—Trasladen inmediatamente este ataúd al Instituto Vasco de Medicina Legal de Bilbao. A la atención de Javier Gamboa. Indiquen que va de parte del inspector Crespo.

El agua resbalaba a raudales por el chubasquero del operario, que asintió con parsimonia y un poso de amargura. El sudor salado y la lluvia dulce se le mezclaban en la comisura de los labios. De buena gana habría estampado la pala contra el rostro estirado del ertzaina. «¿Por qué los cipayos siempre tienen que joderme?», se preguntó mientras transportaba el féretro. La partida de cartas con sus amigos había quedado definitivamente cancelada.

Capítulo 18

El café de máquina de la sala de investigaciones sentaba como un tiro en el estómago. Alday se había empeñado en traer un café ecológico horrible. Por desgracia para Ander, la alternativa era esa agua deslavada a la que llamaban té. Así que, a pesar de que el reloj aún no marcaba las nueve de la mañana, ya iba por el cuarto café del día.

Ander no había podido pegar ojo en toda la noche.

Por sí sola, la sospecha de que no fuera Lucas, sino Héctor Velásquez, quien reposaba en la sepultura familiar de los Jauregui Nilsson, ya habría sido motivo suficiente para mantenerlo desvelado. Sin embargo, no era eso lo que alteraba su sueño.

El último expediente señalado por H9 era de 1998. Enara desapareció un año después y Ander tenía el pálpito de que el expediente indicado en la siguiente escena del crimen sería el suyo. Pura intuición. Pero, de ser así, eso indicaría que H9 conocía su historia. Una historia marcada por las desapariciones. Una madre que había huido. Una hermana desaparecida. Una mujer a la que él ahuyentó de su lado. No era justo equiparar su grado de responsabilidad en los tres casos, pero la culpa le perforaba el corazón cual aguja candente

Una lágrima recorrió su mejilla y se precipitó junto a la taza de café recién servida. Enara era su hermana pequeña, a la que había protegido con mimo desde que su madre desapareció. La niña de sus ojos, a la que le había fallado cuando más lo necesitaba. Se pasó la mano por la mejilla disimuladamente para borrar cualquier rastro de las lágrimas. Se giró y fue a sentarse junto a Alday.

—Déjame ver el informe de balística —dijo Ander.

—Aquí tienes. —Alday le pasó una funda de plástico que contenía un par de hojas grapadas.

El informe mostraba una foto aumentada de la bala encontrada en la pared de la biblioteca de los Jauregui Nilsson. Utilizando un proyector de perfiles y superficies habían logrado establecer la anchura, inclinación y longitud de las estrías de la bala. A continuación, los técnicos forenses habían realizado una visualización comparativa —mediante microscopía de gran precisión— de la bala hallada en la pared de la biblioteca y de una de las encontradas en la escena del crimen en 1999. Las conclusiones eran inequívocas: ambos

proyectiles habían sido disparados por la misma arma, la Husqvarna 1887 de Enrique Jauregui.

—La bala hallada en la biblioteca fue disparada por el arma homicida —dijo Ander.

—Eso concluye el informe de balística —dijo Alday.

Ander estiró el brazo y alcanzó el informe del caso de los crímenes de la calle Ercilla, redactado por el inspector Ignacio Gallego. En la descripción de la escena del crimen, Gallego apuntaba que habían encontrado cinco casquillos de bala (varias fotografías con señales numeradas del uno al cinco lo certificaban), y que el arma aún tenía una bala en el tambor en el momento en que la policía había llegado al domicilio de los Jauregui Nilsson.

El reportaje gráfico era muy extenso. Las fotografías tomadas a los cadáveres desde distintos ángulos dejaban constancia de lo sangrientos que habían sido los asesinatos. Andrés Molinero, en particular, había sido cosido a balazos. El impacto de los cuatro proyectiles lo hizo caer como un muñeco de trapo al suelo. Ander tuvo que pasar varias instantáneas hasta dar con la que estaba buscando. La fotografía en cuestión enmarcaba toda la pared de la biblioteca en la que estaban colgados los cuadros.

—Fíjate en esta foto, Alday —dijo Ander acercándose hasta el puesto de su compañero y señalándole un punto en la fotografía.

—Detrás de ese cuadro estaba la bala, ¿verdad? —preguntó Alday.

—Sí. Pero fíjate en la alineación de los cuadros. ¿No te llama algo la atención?

—Que el del medio está fuera de lugar. Movido.

—Exacto —dijo Ander—. Es la misma sensación que tuvimos nosotros en la biblioteca de los Jauregui Nilsson. Salta a la vista. Me parece realmente sorprendente.

Alday miraba a su jefe con extrañeza, sin entender a dónde quería ir a parar.

—¿Por qué es tan sorprendente?

—Porque ningún policía implicado en la investigación de 1999 se percató de ese detalle tan evidente —dijo Ander.

—Entiendo. Sí, la verdad es que eso es muy raro —dijo Alday forzando la vista para observar la fotografía con más detalle—. ¿Qué tal inspector era Ignacio Gallego?

—De los que comen una y cuentan veinte. Un vendedor de humo. Ascendió como lo hacen muchos, por disponer de padrinos poderosos en el cuerpo —dijo Ander.

—He estado revisando su ficha. Se retiró con honores—dijo Alday.

—Sí. Gallego es un expolicía respetado al que la Ertzaintza homenajea cada vez que se le presenta la ocasión. Creo que es hora de tener una charla con él. Hay varias preguntas a las que me gustaría

que diera respuesta.

—Si quieres te paso su dirección actual. —Alday se apresuró a buscar entre sus archivos.

—Sí, por favor.

—Te la envío —dijo Alday.

El móvil de Ander vibró con el mensaje entrante.

—Gracias. Por cierto, ¿sabes por dónde andan Garde y Arregui?

—Sí, están comprobando los archivos de Salud Bilbao de 1998 en la sala de reuniones número cuatro.

¿Sería posible que Ignacio Gallego hubiera mentido en la investigación? ¿Por qué iba a hacerlo? Ander se planteaba estas preguntas y alguna más cuando entró en la sala acondicionada para cribar todos los archivos de la clínica Salud Bilbao. Olisqueó el aire al entrar en la estancia. Tabaco. Alguien se había saltado a la torera la prohibición de fumar en la comisaría. Era una práctica bastante común. El propio Ander lo había hecho en más de una ocasión. Entrabas en una sala vacía y te colocabas junto a una ventana abierta tratando de lanzar el humo al exterior. Recorrió el espacio con la mirada. En una gran mesa, ocultos entre montones de expedientes, Arregui y Gardeazabal continuaban cotejando datos.

Al ver entrar a Ander, sus compañeros hicieron un parón y aprovecharon para tomarse un respiro.

—¡Madre mía! Estos expedientes no se acaban nunca —dijo Gardeazabal estirando los brazos por encima de la cabeza.

—¿Qué hay de los agentes que nos había asignado Torres? —preguntó Ander.

—El subcomisario consideró que nos bastábamos nosotros solitos para lidiar con los pocos que nos quedaban por revisar. Ha asignado a todos los agentes disponibles a Protección Ciudadana. Quiere plagar Bilbao de uniformes de la Ertzaintza para impedir que H9 vuelva a cometer otro asesinato —dijo Gardeazabal.

—Entiendo —comentó Ander lacónico. En el fondo sabía que Torres había hecho lo correcto. Tenían que intensificar la presión sobre H9 para obligarlo a cometer un error—. ¿Tenéis alguna novedad de los archivos de Salud Bilbao?

—La verdad es que sí —dijo Gardeazabal—. Aquí el sociólogo y yo nos hemos dejado las retinas trillando toneladas de papel. Quería terminar de cotejarlo todo antes de presentarte los avances. Pero ya que estás aquí… —Gardeazabal cogió su cuaderno y pasó un par de hojas hacia atrás.

—La chica desaparecida, Nerea Aguirre, trabajaba de enfermera en Salud Bilbao.

—Sí, haciendo prácticas de enfermería —confirmó Ander.

—Eso es. Nerea realizaba sus prácticas de enfermería en la Unidad

de Oncología —indicó Gardeazabal haciendo una pausa para que su jefe procesara la información.

—¿Ese dato es relevante? —preguntó Ander.

—¿Recuerdas lo que nos dijo Eskurza sobre el cáncer terminal diagnosticado a Eugenio Larrazabal? —preguntó Gardeazabal.

—Sí. Los médicos le habían pronosticado tres meses de vida. Sin embargo, vivió hasta que el jueves decidió dejar de hacerlo —dijo Ander.

—Así es. Tras conocer que Nerea trabajaba en el servicio de oncología, decidí realizar una búsqueda de los pacientes de ese servicio para ver si alguno nos sonaba —dijo Gardeazabal.

—¿Tenemos esa información? —preguntó Ander asombrado.

—¿Qué te crees que llevamos haciendo aquí todos estos días? —dijo Gardeazabal señalando los expedientes—. No solo hemos cotejado los pacientes con la base de datos de desaparecidos, sino que también hemos elaborado una base de datos propia, con nombre, apellidos, DNI y unidad o consulta a la que acudieron.

—Vaya, eso está francamente bien. —Ander palmeó la espalda de Arregui, quien estaba afanado en sacarse una pestaña que se le había metido en el ojo.

—Nos ha costado, pero ha merecido la pena —dijo Gardeazabal—. Pero vayamos al grano. En 1994, el año de la desaparición de Celia Gómez, Eugenio Larrazabal acudió a la Unidad de Oncología. Su doctor era Gabriel Mota. Supongo que ese médico fue el que le pronosticó los tres meses de vida, porque en su expediente está reflejado que Eugenio solicitó una segunda opinión de otra doctora asignada a la misma unidad de la clínica.

La atmósfera en la sala estaba muy cargada debido al polvo en suspensión y al inevitable olor a humedad y a viejo de los expedientes.

—Para situarte en antecedentes, esa misma doctora comenzó a tratar a Carlos Bonaparte meses después. También por un cáncer en estadio avanzado. Prácticamente irreversible —dijo Gardeazabal.

—¿Quién era la doctora? —preguntó Ander.

—Eso es lo sorprendente. La doctora no era otra que Astrid Nilsson, viuda de Enrique Jauregui y madre de Alexander y Lucas.

—¿Estás seguro de eso? —dijo Ander.

—Sin duda, jefe. Pero aún hay más. Astrid también pasaba consulta a Andrés Molinero, el hombre hallado en la calle Ercilla acribillado a balazos junto a Ernesto Jauregui —dijo Gardeazabal.

—Demasiadas coincidencias para ser casualidad, ¿no crees? —dijo Ander—. ¿Dónde vive actualmente Astrid Nilsson?

—Tras la muerte de su marido regresó a Suecia. Ahí le perdemos la pista —dijo Arregui.

—Necesitamos hablar con alguien que trabajara con Astrid entre

1994 y 1999.

—Eso mismo he pensado yo, jefe. Nuestra mujer es Nora Beaskoetxea. Fue la enfermera de Astrid durante esos seis años. Actualmente vive en el Casco Viejo. En la calle Correos —dijo Gardeazabal.

—Bien, pues dejad lo que estáis haciendo. Vayamos a visitarla.

El Arenal de Bilbao estaba abarrotado de viandantes cuando los ertzainas lo atravesaron en el coche patrulla. Niños en el parque de juegos infantiles, artistas callejeros haciendo las delicias de jóvenes y mayores, grupos de turistas en visita guiada sacando instantáneas al bello Teatro Arriaga o a la iglesia de San Nicolás, familias y parejas paseando por las calles de su ciudad. La variedad de orígenes era diversa, pero el destino el mismo: la antesala del Casco Viejo de la ciudad.

Si ya de por sí cualquier sábado al mediodía su sobria alameda o su coqueto paseo junto a la ría tenían un flujo continuo de gente, un día como ese, en pleno puente de diciembre, el Arenal mostraba una actividad rebosante.

Nora vivía en un piso que daba al lateral del teatro. Aparcaron el vehículo en la parte trasera del edificio decimonónico, erigido para honrar la memoria de Juan Crisóstomo de Arriaga, el denominado Mozart vasco, y se dirigieron hacia el piso de Nora Beaskoetxea.

Gardeazabal había contactado con la mujer antes de salir de la comisaría para garantizar que estuviera en casa. Aunque sorprendida por la llamada, Nora no puso ninguna objeción a la visita. A pesar de los esfuerzos que había hecho Ander para tranquilizarla, estaba claro, por el gesto indisimulado de preocupación con el que les abrió la puerta, que la mujer le había estado dando muchas vueltas a la cabeza.

—Buenas tardes, agentes. Pasen, por favor. He preparado un aperitivo para ustedes —dijo mientras los invitaba a entrar en la casa.

La mujer arrastraba la pierna derecha y se ayudaba de un pequeño bastón para caminar. Vestía una bata gorda de franela sobre el pijama y unas mullidas zapatillas de casa granates, coronadas por un pompón azul marino. Nora los condujo hasta la cocina y todos tomaron asiento a la mesa.

—Me ha comentado que querían hablar conmigo acerca de un asunto relativo a los años en los que trabajé en la clínica Salud Bilbao. ¿De qué se trata, agentes? —preguntó con los ojos llorosos por los nervios.

—Señora Beaskoetxea… —comenzó Ander.

—Señorita —corrigió Nora secándose una lagrimita de la comisura del ojo—. Nunca he estado casada.

—Oh, perdone. Entonces, señorita Beaskoetxea, usted trabajó con la doctora Astrid Nilsson, ¿verdad? —preguntó Ander.

—¡Astrid! Sí, claro. Pobre mujer y pobre familia —dijo santiguándose repetidas veces antes de continuar—. Lo que les sucedió fue algo horrible, horroroso. Aún no entiendo cómo Lucas pudo hacerle eso a su padre.

Nora se sonó la nariz con fuerza. Sus ojillos, velados ligeramente por el paso de los años, reflejaban una intensa pena.

—Eran unos chicos guapísimos —dijo rememorando tiempos pasados.

—Fue un crimen horrible, desde luego. Nora, ¿cómo era la doctora Nilsson? —preguntó Arregui.

—¿Astrid? Era muy buena profesional. Una mujer que vivía por y para el trabajo. La dedicación a sus pacientes era absoluta. ¿Sabe, agente? Aparte de su oncóloga, en ocasiones también hacía las veces de psicóloga con sus pacientes. Incluso organizaba convivencias de grupo con algunos de ellos. Principalmente, con aquellos que tenían peor pronóstico. Sus resultados eran espectaculares. Todos la veneraban.

Los tres ertzainas cruzaron miradas de entendimiento y asintieron en silencio.

—¿Cómo era ella en las distancias cortas, en su trato personal? —preguntó Gardeazabal.

Nora calló durante un instante, tratando de medir la respuesta.

—Bueno, quizás ese era su mayor defecto. Había quien decía que era una mujer muy altiva. A mí no me lo parecía, porque conmigo no se comportaba así, pero sí que es cierto que fuera de la consulta no se relacionaba con nadie. Yo creo que la pobre nunca se adaptó a Bilbao. Vino de Suecia sin saber una palabra de castellano. De hecho, los primeros meses me usaba a mí de intérprete. Ya sabe, yo chapurreaba un poquito de inglés. —Soltó una risita burlona.

—¿Llegó a conocer a su marido? —preguntó Ander.

—¿A Ernesto? Sí, por supuesto. Las pocas veces que paraba por Bilbao venía a buscarla todas las tardes.

—¿Quiere decir que no solía estar mucho en Bilbao? —preguntó Gardeazabal.

—Ernesto era un ingeniero de minas de gran prestigio. Su empresa lo enviaba a desarrollar proyectos al extranjero continuamente y, cuando se iba, lo hacía durante varios meses.

—¿Qué nos puede decir de los chicos? —preguntó Ander—. ¿Cómo eran?

Nora torció el morro ante la pregunta. Alcanzó la taza de té y, tras soplar en el interior, le dio un sorbo largo. Naturalmente, no fue más que un gesto para ganar tiempo. El té se había enfriado hacía tiempo.

La mujer tenía que madurar la respuesta.

—Eran muy diferentes. La verdad es que yo conocí más a Alexander. Un chico brillante, guapo, siempre con una sonrisa en los labios. Desde pequeñito solía pasearse por toda la clínica. Le gustaba perderse por los pasillos, trastear por los despachos. Pero el muy bribón siempre acababa viniendo de la mano de alguna chica guapa. Yo lo llamaba casanova de broma —dijo Nora riendo entre dientes al recordar.

—¿Y qué nos puede decir de Lucas? —insistió Ander.

—Lucas era muy introvertido. Astrid decía que nunca quería salir a la calle, que se encerraba en la habitación y pasaba el día allí dentro. Alguna vez incluso me llegó a insinuar que pensaba que Lucas tenía alguna discapacidad. Pero no sé…

—¿Qué sucede, Nora? —preguntó Ander.

—Astrid no solía hablar de Lucas. Cuando lo mencionaba era para decir algo negativo de él. Era como si solo tuviera un hijo, Alexander, que se llevaba a todos los sitios —dijo Nora pasándose la mano por la frente. La mujer mostraba signos de cansancio—. Ahora, agentes, si no les importa, será mejor que se vayan. Es mi hora de la siesta. Mi cuerpo no perdona.

—Por supuesto, Nora. Muchas gracias por su tiempo. Nos ha sido de gran ayuda —dijo Ander incorporándose.

La mujer los acompañó hasta la entrada. Ander iba el último del grupo. Al pasar junto a una habitación con la puerta abierta, una imagen llamó su atención. De una pared colgaba el mismo grabado que Miren y él habían encontrado en la casa de Carlos Bonaparte.

—Nora, perdone la intromisión, ¿dónde ha conseguido ese cuadro? —preguntó Ander.

La mujer se giró y retrocedió lentamente hasta situarse junto a Ander.

—¿Eso? Fue el regalo de despedida de Astrid. Me lo dio el día que se marchó a Suecia —dijo mirando la imagen.

—¿Sabe quién es la mujer que aparece en el cuadro? —preguntó Ander.

—No. Solo me comentó que la tuviera cerca, que la imagen cuidaría de mí. Creo que es la amatxu de Begoña.

Las nuevas revelaciones de Nora habían provocado que la investigación gravitara alrededor de otro astro. O, dicho de otro modo, que girara alrededor de Astrid. Porque a la luz de la nueva información obtenida, resultaba que esa mujer estaba en el meollo de todos los asuntos. Directa o indirectamente guardaba relación con todos los actores del drama que estaba escenificando H9. Gloria Redondo era la mujer de uno de sus pacientes y la directora del

psiquiátrico en el que terminó internado su hijo Lucas (Ander cada vez veía más claro que ese hecho tampoco era fruto de la casualidad), y el resto de las víctimas guardaban una estrecha conexión con el proceso judicial que sellaría la suerte de Lucas. Y luego estaba esa dichosa imagen que lo tenía desconcertado. Tanto era así que, de no ser por los reflejos de Gardeazabal, un tranvía le habría pasado por encima.

—¡Ander, cuidado! —Gardeazabal tiró violentamente de su brazo en el preciso momento en el que el tranvía pasaba rozándolos.

El grito de su compañero actuó de resorte en Ander. Alzó la mano a modo de disculpa ante el conductor del tranvía, que le reprochaba su falta de atención por el retrovisor.

—¿Por qué era tan importante ese cuadro? —preguntó Arregui.

—Porque lo había visto antes. En la casa de Carlos Bonaparte —dijo Ander prestando esta vez la debida atención al intenso flujo de tráfico.

—¿En serio? ¿Estás seguro de que era el mismo? —preguntó Gardeazabal.

Ander sacó el móvil y les enseñó a sus compañeros la imagen que había tomado en el piso del ingeniero.

—Es cierto. Sí que parece el mismo —dijo Arregui alzando ambas cejas sorprendido—. ¡Menuda casualidad!

—Las casualidades no existen en nuestro mundo, Arregui. Deberías de saberlo —dijo Ander—. Nuestra labor como investigadores consiste en extraer la causalidad de la casualidad. En este caso, existe un punto de conexión: Astrid Nilsson. Ella fue la oncóloga de Carlos Bonaparte y de Eugenio Larrazabal. Ambos compartían un pronóstico nada esperanzador. Nadie daba un duro por su supervivencia. Sin embargo, Astrid logró que sus vidas se extendiesen mucho más allá de lo que la ciencia considera lógico.

—Es cierto. —Gardeazabal sacudió la cabeza en señal de asombro —. Es algo increíble, de locos.

—Un milagro, diría yo —dijo Ander—. En lo que respecta al cuadro, el aspecto relevante a mi entender es que fue Astrid la que se lo regaló a Nora. Por lo que, teniendo en cuenta que era su paciente, no sería descabellado suponer que también le pudiera haber regalado otra copia a Carlos Bonaparte.

—Pero ¿quién es esa mujer que aparece en el cuadro? —preguntó Gardeazabal—. Porque estoy seguro de que la amatxu de Begoña no es.

—Eso está claro. Por ahora su identidad es un misterio. Parece una divinidad antigua. Le envié la imagen a Iker Arteaga, pero aún no me ha contestado —dijo Ander abriendo las puertas del automóvil.

Desde allí podían ver el gran caudal de agua que arrastraba la ría, producto de las intensas lluvias sufridas durante las últimas semanas. Los desperdicios acumulados en las orillas de los ríos habían sido

arrastrados por la crecida, convirtiendo el torrente en una masa entre ocre y verdosa de agua y desechos que continuaba su itinerario hacia el Cantábrico, pasando por la capital vizcaína, y trayendo a la memoria de los más viejos estampas ya olvidadas de la riada de los años ochenta.

—Esperaremos a que Iker solucione nuestras dudas sobre el cuadro. En estos momentos hay otra persona a la que urge visitar. Alguien que puede aclarar todas las dudas que me plantea el expediente de investigación del parricidio de la calle Ercilla. Evidentemente, me refiero a Ignacio Gallego —dijo Ander.

—¿Crees que nos puede ayudar en el caso? Tengo entendido que hace años que no pisa una comisaría —dijo Gardeazabal tratando de ajustar su corpachón en el asiento trasero.

—En nuestro caso, eso es irrelevante. Tan solo necesitamos que nos responda a un par de preguntas —dijo Ander y arrancó el coche.

Se centró en la conducción. Las imágenes del caso surcaban su cerebro como estrellas fugaces que cruzan el oscuro firmamento en una noche de perseidas. Aparecían y desaparecían sin dejar rastro. Ideas sin retorno. Las imágenes de Lucas y Enrique Jauregui, Astrid Nilsson, Gloria Redondo, Víctor Hermoso, Federico González, lo que quedaba de Ramón Egaña, Alberto Rubio, el libro de Heródoto, el cuadro de la diosa (¿acaso sería esa la dama a quien se encomendó Eugenio Larrazabal antes de ser devorado por las llamas?). Todos esos pensamientos —centrifugados junto a los discos verde, ámbar y rojo de los semáforos, a las luces de frenos de los vehículos y a las rayas blancas discontinuas de la calzada— borboteaban en su mente cuando aparcaron junto a un chalé adosado. Habían llegado a la casa de Ignacio Gallego.

—No sabía que el sueldo de ertzaina diera para comprarse uno de estos casoplones —dijo Arregui al bajarse del coche.

—El tuyo, desde luego, no —dijo Gardeazabal.

La vivienda de Gallego estaba situada en una urbanización que se extendía doscientos metros por la ladera del monte Artxanda. Se trataba de conjuntos de adosados simétricos de tres plantas. Habría unos treinta en total.

La calle estaba casi vacía. Era un barrio dormitorio asentado sobre la verde ladera junto a la carretera que llevaba al alto de Enekuri. Apenas había media docena de vehículos estacionados a lo largo de toda la calle.

Cuando llegaron a la casa, tocaron el timbre. Nadie contestó. Volvieron a accionar el botón otras tres veces. No apreciaron ningún movimiento del otro lado.

—Habrá salido —dijo Gardeazabal mirando entre los setos que ocultaban el jardín frontal de la vivienda.

—Espera un poco —dijo Ander.

El inspector empujó la puerta y esta se abrió sin oposición. El pequeño jardín que antecedía a la puerta de entrada a la vivienda estaba vacío. Los agentes divisaron dos surcos que atravesaban el jardín desde la casa.

—La puerta está abierta.

Ander sacó la pistola de la funda. Se agacharon y avanzaron con cautela hasta la entrada. Al alcanzar la puerta, Ander ojeó rápidamente dentro. Siguió sin percibir movimiento alguno. Entró de un salto apoyándose contra la pared, sin dejar de apuntar hacia todas las direcciones. A su espalda notaba la respiración agitada de Arregui y el resuello de fumador de Gardeazabal.

—¡Ignacio, somos la Ertzaintza! —gritó Ander a la oscuridad.

Ander hizo una señal con la mano para que Gardeazabal y Arregui registraran la planta baja y el sótano. Él, por su parte, subió el primer tramo de escaleras. Al llegar al último piso, certificó que la casa estaba vacía. Vacía y con la puerta abierta. Mal asunto.

—No hay nadie, jefe —dijo Gardeazabal desde el hueco de la escalera.

—Aquí arriba tampoco. —Ander bajó a reunirse con sus compañeros.

—Pero está claro que aquí se ha producido una pelea —dijo Gardeazabal.

Varios cuadros del recibidor estaban movidos y el cristal del mueble de la entrada tenía un fuerte impacto y rastros de sangre a la altura de la cabeza.

—¡Maldita sea! —dijo Ander golpeando de impotencia la pared—. H9 se nos ha adelantado otra vez.

Se dio una vuelta para inspeccionar el recibidor y el salón contiguo. A un lado del salón estaba la cocina. Entró, pero no vio nada que le llamara la atención. Todo estaba impoluto y no apreció nada fuera de lugar. Volvió a inspeccionar el salón. Nada. Finalmente regresó al recibidor, donde aguardaban sus compañeros expectantes.

—Arregui, si tú fueras H9, ¿qué habrías hecho para capturar a un expolicía veterano como Gallego? —preguntó Ander.

El agente se sorprendió ante la pregunta de su jefe. Ander no solía compartir sus métodos de actuación con los compañeros y, en el mejor de los casos, se limitaba a informarlos de sus avances. Todos conocían su faceta de lobo solitario.

—Habría adoptado un disfraz, quizás de repartidor de mensajería, y fingiría que traigo un paquete para él. Luego lo inmovilizaría de algún modo y me lo llevaría a la furgoneta —contestó bastante satisfecho con su hipótesis.

—Es posible. Pero no creo que sucediera así. En estos momentos, H9

no tiene tiempo para preparar los crímenes. Improvisa sobre la marcha. Lo hemos comprobado en el asesinato de Alberto Rubio. Está claro que aún continúa con su guion principal; sin embargo, ha de realizarle ajustes porque la presión que ejercemos le impide seguir el plan a rajatabla —dijo Ander—. Me atrevería a apostar que la sangre que hay en este espejo corresponde a Ignacio Gallego.

—Entonces el asesino lo sorprendió con la guardia baja y aprovechó ese momento para golpearlo contra el cristal y dejarlo inconsciente. —Gardeazabal aventuró su propia hipótesis.

—También es posible, Garde. Pero yo me inclino a pensar que el asesino se encontraba dentro de la casa cuando Ignacio abrió la puerta. Estaría agazapado en un punto ciego y alejado del reflejo del espejo del recibidor. Quizás detrás de ese perchero —Ander señaló un mueble del que colgaban varios abrigos—, camuflado entre la ropa.

»Entonces, espera a que su víctima cierre la puerta y le dé la espalda, momento que aprovecha para abalanzarse sobre él y hacerle besar el espejo. Tras dejarlo sin sentido, lo registra, coge las llaves de su coche, que estaba aparcado junto a la puerta principal, y lo arrastra sujetándolo por las axilas. Así —explicó haciendo que arrastraba hacia atrás a alguien—. Lo introduce en el coche y, voilà, desaparece.

El móvil de Ander sonó. Era Gamboa.

—Ander, he hecho el estudio odontológico comparativo entre las muestras que me proporcionaste de Lucas Jauregui y de Héctor Velásquez y el cráneo exhumado —dijo el forense.

Ander contuvo la respiración. Notó que el corazón se le encabritaba aún más. Arregui y Gardeazabal lo observaban expectantes.

—¿Y bien? ¿Cuál es la identidad del cadáver que exhumamos en Derio? —preguntó Ander.

—El análisis no deja ningún lugar a la duda: el cadáver calcinado corresponde a Héctor Velásquez —dijo Gamboa.

—¿Estás seguro de eso? —dijo el inspector finalmente tras digerir la información recibida y su alcance.

—Sin lugar a duda —sentenció el forense.

—Bien, gracias, Javier. —Ander colgó y dirigió su atención hacia la sangre que manchaba el espejo.

—¿Qué sucede, Ander? —preguntó Gardeazabal—. Parece que hayas visto un fantasma.

Ander negó con la cabeza.

—Tenemos que volver a la comisaría, chicos. Ya sabemos quién se esconde tras la firma de H9 —dijo Ander girándose hacia sus compañeros—. Es Lucas Jauregui.

—Pero ¿cómo es posible? Lucas murió en el psiquiátrico Andra Mari en el incendió del año pasado. Incluso tenemos su certificado de defunción —dijo Gardeazabal.

—Certificado realizado en base a unas pertenencias que llevaba el difunto en el momento del incendio. No fue un trabajo de identificación exhaustivo, y de eso se aprovechó Lucas. Vamos, os lo cuento por el camino.

Ander les explicó que había empezado a sospechar que había sido el propio Lucas quien había provocado el incendio en Andra Mari cuando descubrieron la conexión entre las víctimas y el caso del parricidio de la calle Ercilla. Todas esas víctimas habían contribuido, de una manera u otra, a que Lucas pasara los años más importantes de su vida encerrado en un psiquiátrico. Durante el tiempo que cumplió condena, Lucas pudo planificar pacientemente su venganza. Del actor Héctor Velásquez, su compañero en prisión, había aprendido a actuar y a caracterizarse.

Ander desconocía el motivo por el que Gloria recibía una suma de dinero todos los meses. Quizás estuviese relacionado con Lucas, aunque no entendía de qué modo. De lo que estaba convencido era de que el detonante del incendio fue la aparición de los dos celadores extranjeros que Gloria contrató irregularmente. Tal vez fueran dos sicarios enviados por la misma persona que sobornaba a Gloria Redondo para acabar con la vida de Lucas. Por qué Lucas había empezado con los asesinatos un año después de haberse fugado era una de las incógnitas que Ander pretendía resolver.

En cuanto llegaron a la comisaría de Deusto, los agentes se dirigieron al despacho del subcomisario Torres. Irrumpieron en la estancia sin anunciarse. Torres y Moncho Lopategui charlaban en voz baja.

—Fuera, señores, ¡es que no ven que estamos reunidos! —dijo Torres con gesto severo.

Ander se acercó a sus superiores como si no hubiera oído nada. Sobre la encimera reluciente de Torres plantó una foto a tamaño folio de Lucas Jauregui. Era la más actualizada de la que disponían, extraída de su expediente de Andra Mari.

—Señores, he aquí a H9 —dijo Ander.

Torres y Lopategui miraron la foto atentamente, sin atreverse a tocarla.

—¿Quién es? —preguntó Lopategui.

—Lucas Jauregui. El doble homicida de la calle Ercilla. Cumplía una condena de veinte años en una penitenciaría psiquiátrica, pero el año pasado fingió su muerte y logró huir. Estamos convencidos de que ahora se está vengando de todos aquellos que lo metieron en prisión. Incluido Ignacio Gallego —dijo Ander.

—¿Gallego? ¿Por qué él? —preguntó Lopategui.

—Porque él fue el inspector encargado de la investigación —dijo Torres apoyando la cara en unas manos que habían adoptado la

postura de rezo. Ander se preguntó si estaría pidiendo perdón por algún pecado pasado.

—Lucas tiene a Ignacio. Él será la siguiente víctima, a menos que nosotros lo impidamos —dijo Ander—. Hay que convocar una rueda de prensa. Llamad a todos los medios. Difundid la imagen de Lucas por todos los lugares. Tenemos que localizarlo, cada hora que pasa cuenta.

—De acuerdo —dijo Lopategui—. Yo me encargo, Torres. Inspector Crespo, tú quédate y hazme un resumen para la nota de prensa.

—Sí, señor —respondió Ander sentándose junto al director.

Capítulo 19

—¡Alto! —la voz de Miren resonó autoritaria bajo el gélido aguacero que anegaba el asfalto de las calles.

Las nubes habían tomado la ciudad amparadas por la oscuridad de la noche y comenzaron a descargar el inmenso arsenal que transportaban. En pocas horas Bilbao volvía a convertirse en la Venecia del Cantábrico.

Todas las unidades policiales fueron desplegadas a lo largo y ancho de la capital vizcaína. La noche anterior, el director Lopategui, Torres y Crespo habían concedido una multitudinaria rueda de prensa en la que desvelaron a la opinión pública y a los medios de comunicación la identidad de aquel que ellos habían bautizado con el sobrenombre del descuartizador de Olabeaga. H9 para la Ertzaintza. Las imágenes de Lucas Jauregui centraban todas las conexiones. Las cadenas principales alteraban su parrilla habitual con programas especiales en los que se relataban todas las novedades de la investigación. Entre esas novedades estaba la versión oficial de los crímenes de la calle Ercilla.

Los medios de comunicación no escatimaron detalles escabrosos ni análisis sensacionalistas, convirtiendo la sangre en el mejor ejecutivo de cuentas.

La alarma saltó al conocerse que Lucas se había llevado a Ignacio Gallego de su casa. Cada hora que transcurría sin encontrarlo limitaba sus posibilidades de supervivencia. Por eso, los agentes detenían cada vehículo que entrara o saliera de la ciudad.

—Estacione a un lado y apague el motor. —Miren indicó al conductor del vehículo un espacio adyacente junto a la acera.

A Claudio y a ella les habían asignado el cruce entre las calles General Concha y Alameda de Urquijo. En cuanto conocieron su destino, supieron que les esperaba una noche muy larga por delante. Era fin de semana de cenas de Navidad. Estaban en pleno puente de diciembre, no podían pretender otra cosa. También sabían que después de las cenas venían las copas y el bailoteo. Bilbao estaba a rebosar de actividad.

—Buena noches, agente —saludó un joven imberbe de unos veinte años, tras bajar la ventanilla de su coche.

—Buenas noches, caballero —dijo Miren y soltó la culata del arma al comprobar que el chico no encajaba con el perfil que les habían

proporcionado—. Documentación, por favor.

—¿Mía o del coche? —preguntó el joven.

—Ambas.

Los datos coincidían, por lo que Miren le dio las buenas noches y lo dejó marchar. Tan solo eran las seis de la mañana, pero los automóviles no paraban de circular por su calle. Miren se ajustó la visera. El chubasquero estaba empapado y el agua ya se filtraba por las costuras.

Al otro lado de la intersección, en la calle General Concha, Claudio detenía un vehículo y reiniciaba la comprobación rutinaria. Miren estiró las piernas tratando de desentumecerse y volvió a recuperar su posición en medio de la calzada, controlando el flujo del tráfico con el bastón lumínico.

—Jefe, ¿por qué es tan importante esa última bala hallada en casa de los Jauregui?

Alday conducía el coche patrulla en el que él y Ander llevaban peinando los barrios de Bilbao las últimas tres horas. Tras la rueda de prensa, que se había alargado hasta medianoche, Ander dividió el grupo en dos. Alday y él, por un lado, y Arregui y Gardeazabal por otro.

—Es importante porque muestra un fallo imperdonable en la investigación policial —dijo Ander.

—Pero ¿por qué iban a ocultarla? —dijo Alday—. No tiene sentido. Teníamos balas más que suficientes con las que identificar el arma homicida. Por otro lado, detuvimos al asesino confeso de los crímenes. ¿No pudo ser solo un descuido?

—No —dijo Ander con rotundidad—. Existe un motivo para ocultarla.

—¿Cuál? —preguntó Alday.

—En ese momento, Lucas era un muñeco roto. Su padre yacía muerto junto a él. El chico estaba aturdido, asustado. Balbuceaba. Estaba en estado catatónico. El miedo lo atenazaba de tal manera que pudo perder la razón y, al final, acabar creyéndose que él fue quien mató a su padre y a Andrés Molinero. Pero Alday —dijo Ander sin perder detalle de las calles que recorrían y de la gente con la que se cruzaban—, ¿quiénes estaban en la casa, aparte de las víctimas, en el momento en el que se produjeron los asesinatos?

—Únicamente los gemelos, Lucas y Alexander —contestó el agente.

—¿Les hicieron a ambos la prueba para hallar residuos de pólvora?

Alday frunció el ceño. Trataba de recordar las diligencias realizadas por Ignacio Gallego en el expediente del caso.

—No —contestó finalmente—. Solo se la realizaron a Lucas.

—He ahí un error de bulto —dijo Ander—. En un caso de

homicidio, todas las opciones han de ser contempladas. Incluso las más inverosímiles.

—Pero Lucas confesó el crimen —insistió Alday.

—En la vida no todo son ceros y unos, Alday. Imagina este supuesto: Alexander asesina a su padre y a Andrés Molinero. Al cabo de unos segundos aparece Lucas, que se queda en shock al presenciar la escena. Alexander aprovecha el momento para colocarle el arma a su hermano y, sujetándolo con ambas manos, alzarle el brazo y disparar contra la pared.

»Después, se aparta de su hermano, que sostiene el revólver humeante y cuyo estado de desconexión con la realidad quizás le haga creerse el autor de los asesinatos por el mero hecho de portar el arma en el instante en que, finalmente, recupera el control sobre sí mismo.

Alday alternaba la vista entre la carretera y su jefe. Estaba sorprendido. Ander continuó hablando:

—Finalmente llega Astrid y, por motivos que desconocemos, apoya la versión de Alexander. No solo eso, sino que aún va más allá y coloca una bala en el tambor del revólver, lo cual implica que conoce quién ha sido realmente el asesino de su esposo y que no le importa. Únicamente desea inculpar a Lucas. Coloca el cuadro un palmo más arriba para que tape el agujero de bala y traza el plan que salvará a su hijo predilecto.

—Esa historia suena a película de terror —dijo Alday.

—¿Y acaso no te parece que estemos viviendo una las últimas tres semanas? —preguntó Ander—. El juicio de Lucas fue una farsa. Lo llevaron en volandas a la cárcel sin que nadie moviese un dedo para impedirlo.

—Dicho así parece una teoría de la conspiración, jefe. ¿No va a resultar difícil de probar?

—Para eso necesitamos a Ignacio Gallego. Él tiene las respuestas que nos ayudarán a entender el caso mucho mejor. Tenemos que encontrarlo —dijo Ander golpeando la guantera.

«¡Atención a todas las unidades!». La llamada del radiotransmisor captó la atención de los dos ertzainas al instante. «Código rojo en el callejón trasero de la oficina central de Correos de Alameda de Urquijo».

Alday trompeó bruscamente el vehículo en medio de la Gran Vía. La escena del crimen estaba en la dirección contraria. Activó la sirena, que ululó al compás del frenético parpadear de las luces rojas y azules del coche patrulla.

—¡Písale, teclas!

—Agárrese, jefe —dijo Alday pisando a fondo el acelerador.

Estacionaron el coche en la calle Bertendona, frente a la recargada fachada de exuberante fantasía arquitectónica del Teatro Campos

Elíseos. Aunque tan solo fuese por un breve instante, Ander no pudo evitar admirar el amplio arco de herradura decorado con motivos naturalistas.

Arregui y Gardeazabal los esperaban.

—Es allí. —Gardeazabal señaló la entrada del estrecho callejón que separaba la blanca fachada de hormigón del teatro del edificio de ladrillo de la sede de Correos de Bilbao.

El pasadizo apenas tenía tres metros de ancho. La enorme cantidad de agua que caía de los tejados y del cielo desaguaba en las alcantarillas que se alineaban en el centro del paseo a intervalos de diez metros. Los sumideros rebosaban porque no habían podido absorber el gran caudal de agua, y se había creado una larga charca que atravesaba el callejón de lado a lado.

—¿No es ese Arnaiz? —dijo Gardeazabal señalando a un agente de la Ertzaintza que aguardaba, resguardado bajo un amplio saliente de la fachada, la llegada del grupo.

—Sí. Ha sido él quien ha dado el aviso —dijo Ander.

—¿Y estos quiénes son? —Alday se refería a una pareja de veinteañeros que esperaba al abrigo proporcionado por la salida de incendios del Teatro Campos.

La puerta estaba remetida en la fachada y dejaba espacio suficiente para que un par de personas pudiesen resguardarse del aguacero o para cualquier otro asunto que les viniera en gana.

—Son los chicos que hallaron el cadáver —dijo Arnaiz, que se había apresurado a salir al encuentro de Ander—. Ellos me encontraron junto al Instituto Central. Di el aviso a la centralita tras comprobar que no se trataba de una broma. El cadáver está allí atrás. En el montacargas de Correos.

El montacargas en cuestión daba acceso al almacén de Correos. Consistía en una plancha metálica de aproximadamente dos metros de ancho por uno de profundidad y podía elevarse hasta la altura de la gran puerta de acero de doble hoja que daba acceso al almacén.

Ignacio Gallego estaba sentado en el elevador, apoyado contra el muro del edificio, con la cabeza caída hacia la izquierda y los brazos colgando a ambos lados del cuerpo. Cualquiera que lo hubiera visto de lejos lo habría confundido con un borracho durmiendo la mona. Claro está, siempre y cuando fuese lo bastante miope como para no ver la sangre que corría desde su cuello hasta el suelo metálico.

—Inspector Crespo —Arnaiz se tapó la boca al acercarse al escenario del crimen—, parece que le han cortado el cuello.

Ander se giró y le dio un par de palmadas en el hombro a Arnaiz. Estaba claro que el compañero no había presenciado nunca la muerte tan de cerca. No era necesario que pasara por ese mal trago.

—Está bien, Arnaiz. Ya nos ocupamos nosotros de procesar la

escena del crimen. Tú ve al acceso de la calle Euskalduna. Que no pase ningún curioso.

—Por supuesto, inspector —dijo el agente bajando la cabeza y conteniendo una arcada. A pesar de la lluvia, el característico olor de la muerte se había adueñado del ambiente del lugar.

—Arnaiz tan solo pretendía ayudar —dijo Gardeazabal, que se agachó para observar mejor el cadáver de Gallego.

—Lo sé, Garde. Por eso lo he enviado a donde puede hacerlo en este momento —dijo Ander tomando posición junto a su compañero.

Como había dicho Arnaiz, Ignacio Gallego había sido degollado. Ander iluminó el rostro del cadáver con la linterna. Tenía los ojos abiertos con una expresión de entre sorprendido y desesperanzado. Como si a pesar de conocer cuál iba a ser su fin, albergara la esperanza de que alguien lo salvara en el último instante. Quizás Ander. Por desgracia para Ignacio Gallego, Lucas Jauregui había sido mucho más listo que la policía. Eso se había convertido en una constante.

Gardeazabal y Arregui interrogaron a la pareja que había hallado el cadáver. Eran unos compañeros de universidad que estaban celebrando el final de los exámenes con una cena de clase. Habían estado toda la noche de marcha y a las seis de la mañana, cuando todos se disponían a tomar la espuela en un pub cercano, ellos decidieron darse otra clase de homenaje amparados por la clandestinidad que les brindaba el callejón. Fue entonces cuando se toparon con el cadáver de Ignacio Gallego. No recordaban haber visto a nadie más por los alrededores.

—¡Ander, mira aquí!

Alday reclamó su atención desde el extremo que daba a la calle Euskalduna. Apuntaba a la pared que tenía enfrente.

—Un número de expediente —dijo al acercarse el resto del grupo.

—Otra chica más —murmuró Arregui.

Camuflado entre varios grafitis, Ander divisó una serie de números que conocía muy bien. La sensación de déjà vu le apareció al instante. Él ya había vivido ese momento. Lo venía haciendo los últimos días. Su intuición no solía fallarle.

—«99/500», un número redondo —dijo Alday.

—Imposible de olvidar. —Ander alzó el rostro hacia el cielo, con la esperanza de que la lluvia ocultara sus lágrimas—. Es el expediente de mi hermana.

Sus compañeros callaron de inmediato.

Mientras el equipo de Ander contenía el aliento, el callejón comenzó a llenarse de gente. La policía científica había llegado y Javier Gamboa, también. Ander los vio aparecer desde la lejanía, como si estuviera al otro lado de una cascada. Comprobó que todos ellos se

centraban en realizar sus tareas de la manera más metódica posible. Parecían una gran orquesta en funcionamiento. Los instrumentos de cuerda, por un lado, los de viento por otro y los de percusión haciendo vibrar el ambiente del auditorio.

Pero, en este caso, el director de orquesta estaba ausente. La batuta, aferrada por dos temblorosos dedos, apuntando al suelo. Ander percibió un recuerdo lejano, en forma de ira, aflorando de su interior. Esa ventisca lejana, esa tormenta incipiente, iba cogiendo velocidad, cobrando fuerza.

—Este hijo de puta sabe lo que le sucedió a mi hermana —dijo Ander entre dientes.

—Lo encontraremos, Ander. —Gardeazabal apoyó la mano en el hombro de su jefe—. Lo encontraremos, aunque sea lo último que hagamos.

Ander lo miró con una expresión vacía. En esos momentos percibía que era un ser ajeno a todo lo que le rodeaba. La gente, la lluvia, la calle. Todo lo veía desde la distancia, como una película proyectada en un cine de verano. Un destello. Un fogonazo de luz lo sacó del ensimismamiento. A su izquierda, a apenas diez metros de distancia, un hombre fotografiaba al grupo de policías.

Ander lo reconoció: Iskander Alonso. Sin mediar palabra, el inspector se abalanzó sobre el redactor. Lo agarró de la solapa del abrigo y le soltó un gancho de derecha que lanzó al reportero al suelo.

—¡Ander, coño! ¿Qué estás haciendo? —Gardeazabal le chillaba mientras trataba de apartarlo del periodista sujetándolo con ambos brazos.

Los fogonazos de los flashes no dejaron de iluminar el callejón durante el incidente. Arregui ayudó a incorporarse a Iskander. El periodista sangraba abundantemente por la nariz, pero no se quejó. Tenía la expresión del boxeador sonado que acaba de besar la lona y se levanta tambaleante, aturdido, esperando a que el juez decrete el final del combate.

—¿Tú eres el periodista estrella? ¿Tú eres el hombre que no teme al mal? ¿El que no descansa hasta descubrir la verdad? —le soltó Ander con los ojos desorbitados, mientras Gardeazabal y Alday trataban de arrastrarlo hacia el interior del callejón.

—Ander, tienes que olvidarte de este tío —dijo Gardeazabal cuando, finalmente, lograron calmarlo—. Sé que esto es muy duro para ti. Creo que lo mejor será que te acerque a casa, ya me ocupo yo de todo. Necesitas descansar.

—¡Mierda! No sé qué es lo que me ha pasado —dijo Ander sujetándose la cabeza con ambas manos.

—Las pocas horas de sueño, la gran responsabilidad que llevas sobre tus hombros y ahora el expediente de Enara. Al final, el cerebro ha

estallado. Es totalmente normal, jefe —dijo Arregui.

Ander asintió. Sabía que Arregui tenía razón. En las últimas tres semanas apenas había dormido tres o cuatro horas al día. Pero no podía sucumbir al cansancio. No ahora que estaba tan cerca de H9. No ahora que sabía que era Lucas Jauregui. No ahora que Enara había salido a escena. Finalmente, sacudió la cabeza.

—No. Primero terminaré mi trabajo aquí. —Se dirigió hacia el montacargas donde Gamboa inspeccionaba el cadáver de Gallego.

Dos horas más tarde, Ander abandonaba el callejón camino a casa. Quiso subir andando. Llegó calado de arriba abajo. Pero en su interior, el fuego ardía descontrolado.

Capítulo 20

La pena enquistada —esa pena que corroe las entrañas al anidar en ti durante años en los que has sido incapaz de calmarla— se apoderó de Ander en la jornada del domingo. Despertó cuando el telón de la noche ya había caído sobre Bilbao. Tenía un gran dolor de cabeza, aunque nada comparado con lo que le dolía la mano con la que le había sacudido a Iskander. Esa agresión había sido un acto inútil, pero Ander no supo contener la rabia en ese momento. Actúo su instinto de protección, como si, en vez de un frío número, fuera su propia hermana la que estuviera expuesta en la pared. Ander maldecía ese instinto que tan poco lo había ayudado a proteger durante su vida aquello que más había querido.

El amanecer de una noche en blanco suele tener un efecto balsámico en las personas. O eso pensamos, al menos. La oscuridad, ese reino distorsionado de lo oculto, aviva las preocupaciones y los miedos, alimenta las angustias y los fantasmas, convierte cada latido, cada respiración, en un punto de agarre al que aferrarse. Esa es la razón por la que, cuando los tempranos rayos de sol o la claridad crepuscular empujan la noche al olvido, la vida se ve de otro color, con otra esperanza.

Ander necesitaba sentir el calor reconfortante de esa esperanza.

Mientras observaba la luna creciente desde la terraza, recordó las palabras del forense: Ignacio Gallego había sido degollado como un cerdo en san Martín, del mismo modo que Alberto Rubio. La hora de la muerte había sido fijada sobre las tres de la madrugada, apenas cuatro horas antes de su llegada a la escena del crimen.

Luego estaba la nota. Otra nota introducida en la boca de la víctima: «Dejo cumplido un favor tan pequeño. H9».

Ander convocó al Grupo 4 a una reunión a primera hora de la mañana. El rastro de Lucas estaba caliente. Tenían que poner en común la información y decidir las próximas acciones a tomar. Iker Arteaga había pospuesto sus compromisos universitarios y también acudiría a la reunión. El estado de la investigación así lo requería.

Cuando Ander entró en la sala de investigaciones, el equipo al completo estaba presente. Cada uno ocupaba expectante su asiento, como alumnos en la previa de un examen final. Ander iba a tomar la palabra cuando, por el rabillo del ojo, se percató de otra presencia.

Apoyado en la esquina más alejada de la sala, junto al ventanal desde el que se divisaba el parque, el subcomisario Torres contemplaba la calle distraído, aparentemente ajeno a lo que sucedía en el interior de la sala. Como siempre solía hacer.

—Buenos días, subcomisario —dijo Ander tomando asiento entre Gardeazabal e Iker.

Torres se giró con expresión de sorpresa, como si un helicóptero acabara de soltarlo en medio de la reunión.

—Señores, miren quién ha venido —se dirigió a los presentes—, la reencarnación de Mohammed Alí. ¿O prefieres que te llame el Martillo de Altamira? —dijo y arrojó sobre la mesa un periódico doblado en dos.

La portada del El Correo era contundente. «Brutal agresión policial», rezaba el titular que encabezaba la misma. Bajo el titular, una única foto cubría la página más importante del diario. En ella se plasmaba, con toda nitidez, el momento en el que el derechazo de Ander impactaba contra la mandíbula de Iskander Alonso.

Ander apartó el periódico. No necesitaba leer el cuerpo del artículo para saber lo que en él se decía.

—No hay excusas, subcomisario. —Ander suspiró—. Acataré el castigo que se me imponga. Aquí tiene mi placa y mi arma —dijo dejando ambas sobre la mesa.

—¡Ni hablar! —saltó Gardeazabal levantándose de la silla—. Ahora no, Torres. Estamos más cerca que nunca de Lucas Jauregui. No habríamos llegado hasta aquí sin Ander. No puedes apartarlo del caso.

Torres atravesó con la mirada a Gardeazabal, que volvió a sentarse lentamente, maldiciendo haber perdido los nervios delante del subcomisario. Torres era un hombre justo, pero no admitía insubordinaciones y mucho menos que lo interrumpiesen cuando se disponía a hablar.

—Inspector Crespo, ¿quiere hacer el favor de recoger lo que ha tirado sobre la mesa? No estoy para chiquilladas —dijo señalando la placa y la pistola de Ander.

—Torres… —interrumpió Ander.

—¡Silencio! Aún no he terminado —dijo clavando su penetrante mirada en Ander—. Menudo domingo me has dado. Ni siquiera yo recordaba que tuviéramos tantos mandos en la Ertzaintza. Todos, salvo Lopategui, pedían tu cabeza.

—Haberles hecho caso —dijo Ander.

—¿Sí? ¿Es eso lo que crees que debería haber hecho? —preguntó Torres apoyando su peso sobre la mesa. Se le marcaron tres arrugas a lo ancho de la frente.

—Sin duda —dijo Ander—. No supe controlarme en un momento en el que la serenidad era vital. Perdí los nervios al agredir a Iskander

Alonso. Es imperdonable.

—No serás tú quien decida si te corresponde ser perdonado o no —dijo Torres irguiéndose y caminando alrededor de la sala—. No, Ander. Nosotros, como individuos, no contamos. Nuestros problemas no son asunto de nadie; nuestros egos, tampoco. Tenemos un deber: proteger al ciudadano. Ahora mismo, hay un asesino despiadado suelto en la calle. —Señaló hacia el exterior—. Lucas Jauregui. Nuestra única prioridad es atraparlo antes de que vuelva a actuar. Necesito que os centréis, Ander, y lo necesito ya.

Ander asintió.

—Por supuesto, subcomisario.

—Muy bien. Entonces os dejo para que continuéis con la reunión. No perdamos más tiempo con este tema. Tienes que pasar página, Ander. Si me necesitáis, estoy en el despacho tomándome una tila para descabalgar la tensión —dijo Torres antes de dar media vuelta y abandonar la sala.

—No le hagas caso, Ander. Todos podemos perder los nervios en un momento dado —dijo Gardeazabal—. ¡Joder! Era el expediente de tu hermana el que estaba en la pared.

Ander se frotó las sienes con las yemas de los dedos.

—Siento que hayáis tenido que presenciar esta reprimenda. En fin, gajes de la vida policial. Pero, como bien ha dicho Torres, no perdamos más tiempo. Empecemos.

Ander sacó la carpeta del expediente, que estaba a punto de reventar las anillas.

—¿En qué fase de la investigación estamos en este momento? Recapitulemos —dijo Ander—. Por un lado, hemos identificado al presunto asesino, a la persona que se esconde tras H9: Lucas Jauregui, el parricida de la calle Ercilla. —Señaló la foto de Lucas que colgaba de la pared—. Lucas es un ángel vengador. Un asesino con un propósito. Su misión consiste en asesinar a todos los responsables de haberle arrancado la juventud de cuajo.

Ander se levantó del asiento y caminó a lo largo del mural del caso. La pared se había ido llenando de información desde el primer crimen, el de Gloria Redondo. En ese momento apenas quedaba un hueco libre.

—¿Mató Lucas a su padre? Las pruebas apuntan a que, efectivamente, así fue. Sin embargo, la bala hallada en la casa de los Jauregui plantea una duda razonable. ¿Qué hacía allí esa bala? ¿Fue Lucas víctima de una trampa? Es posible. Sin duda, Gallego nos podría haber aclarado lo sucedido. Por desgracia, la investigación tendrá que continuar sin su apoyo.

—Independientemente de si le tendieron o no una trampa —dijo Gardeazabal—, el chico es un psicópata.

Ander chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Un asesino, sí; un psicópata, no creo. Estoy convencido de que, cuando culmine su venganza, Lucas no volverá a matar —dijo Ander tajante.

—Eso es mucho suponer —dijo Arregui.

—Llámalo intuición, pero no pienso que Lucas tenga un instinto psicopático —dijo Ander.

—Lo peor de todo es que aquellos que podían desvelarnos la verdad se la están llevando a la tumba —dijo Alday dejando por un momento el teclado.

—Así es —asintió Ander y señaló las fotos de las víctimas que presidían el mural—. Primero asesinó a Gloria Redondo, culpable por no haberle permitido salir antes de la cárcel. Después, a Víctor Hermoso, que presentó un peritaje psiquiátrico forense que le abocaba a la cárcel sin ningún tipo de atenuante al que poder aferrarse.

»Tras él, a Federico González, indolente abogado de oficio que no defendió los intereses de Lucas y que sirvió la cabeza del muchacho en bandeja de plata a la parte acusadora. Posteriormente, a Ramón Egaña, talentoso fiscal que se lanzó a la yugular del chaval y que no la soltó hasta verlo con ambos pies en la cárcel.

»Después de decapitar al fiscal, Lucas asesinó a Alberto Rubio, depravado celador del Andra Mari, que, presumiblemente, abusaba de algunos residentes. Por último, a Ignacio Gallego, inspector que asumió el caso del parricidio y cuyas diligencias y pesquisas policiales fueron, cuanto menos, dudosas, y siempre perjudiciales para los intereses de Lucas.

—Dicho así suena a una conspiración —dijo Gardeazabal rascándose el cogote—. Pero ¿a quién beneficiaría la condena de Lucas?

—Al auténtico culpable. —Ander señaló la foto de Alexander Jauregui.

—¿Su hermano? —preguntó Gardeazabal.

—Por descarte, sí. Se supone que no había nadie más en la casa aparte de los gemelos y las víctimas —dijo Ander—. En el informe del caso, Gallego no indica que se le hiciera la prueba del reflejo galvánico de la piel a Alexander. Quería haberle preguntado el porqué de esa decisión.

—Supongo que lo descartaría como sospechoso —dijo Arregui—. Además, tenía la confesión de Lucas.

—Quizás fuese por eso, sí. Pero también echo en falta conocer el papel de la madre en todo este drama. Parece que ella no fue interrogada. Al menos, no existe transcripción alguna. Desconozco el motivo, pero Gallego fue muy escrupuloso a la hora de proteger a Astrid.

—Astrid Nilsson. —Gardeazabal sujetó la foto de la mujer que obraba en el expediente—. Es guapa, pero tiene una mirada muy distante, fría. Incluso cuando mira directamente a la cámara parece estar analizando al objetivo. Observad la comisura de los ojos; ninguna arruga. Esta mujer ha reído poco en su vida.

—Es verdad. Es una fotografía inquietante, tanto como su relación con Eugenio Larrazabal y Carlos Bonaparte. Inquietante como la dama de rojo a la que tenía en tanta estima —dijo Arregui.

—Tenemos que profundizar más en su historial. Alday, quiero que investigues tanto a Astrid como a su hijo Alexander —dijo Ander.

—¿Qué busco? —preguntó Alday.

—Cualquier referencia a su vida en Bilbao y a lo que hicieron una vez abandonaron el país —dijo Ander.

—De acuerdo, me pongo con ello, jefe —dijo Alday tomando nota.

—Garde, Arregui, ¿qué hay de Salud Bilbao?

Gardeazabal abrió el cuaderno de notas y comenzó a pasar las hojas de atrás hacia adelante.

—Existe una conexión clara entre la clínica y las chicas desaparecidas —dijo finalmente—. De eso no cabe la menor duda. Tan solo nos quedaría por confirmar el caso de Enara.

—Enara acudía al dermatólogo —dijo Ander—. Me lo corroboró aita.

—En ese caso, todas ellas acudían a alguna de las consultas de la clínica en la fecha en la que desaparecieron. Y Nerea Aguirre realizaba las prácticas en la propia clínica cuando desapareció.

—También conocemos el dato de que Eugenio Larrazabal, el marido de Gloria Redondo, acudía a la consulta de oncología de Astrid Nilsson —dijo Arregui—. Por lo que nos dijo Gálvez en Orduña, parece que incluso le curó el cáncer terminal que padecía.

—Sí, es impresionante —dijo Ander. Necesitaba profundizar en una idea que se le acababa de ocurrir—. Alday, antes de que empieces con Astrid y Alexander, ¿podrías realizar una búsqueda cruzada con los datos de la clínica Salud Bilbao de los que disponemos?

—Por supuesto. ¿Con qué datos quieres que los cruce?

—Con todas las personas implicadas en nuestro caso.

—De acuerdo. Ah, casi se me olvida. Este listado de aquí es una relación de las llamadas efectuadas por los teléfonos que tenemos intervenidos en Salud Bilbao —dijo Alday y le pasó a Ander el listado.

El documento estaba dividido por fechas y número de teléfono; como era de esperar, contenía una gran cantidad de entradas. Sin embargo, las líneas resaltadas en amarillo atrajeron la atención de Ander.

—¿De quién es este teléfono? —preguntó.

—Del director Gálvez. Las tres llamadas que he subrayado me han

llamado especialmente la atención por dos motivos —dijo Alday—. Primero, porque se hicieron inmediatamente después de recibir la visita de Arregui y Garde.

—¿Y segundo? —preguntó Ander.

—Porque se hicieron a un móvil de Suecia.

Ander miró de nuevo el listado. Efectivamente, había tres llamadas internacionales realizadas en un intervalo de dos horas. En las dos primeras llamadas, la duración fue de cinco segundos. Ander supuso que a Gálvez le saltaría el contestador del interlocutor. La tercera, sin embargo, tenía una duración de cuatro minutos.

—¿El cuarenta y seis es el prefijo de Suecia? —preguntó Ander.

—Así es —contestó Alday.

Ander volvió a tomar asiento y apoyó los codos sobre la mesa con las manos entrelazadas.

—En esa clínica están pasando cosas extrañas. Nos han dado acceso a los expedientes porque sabían que no íbamos a encontrar nada que los incriminara directamente. Me da la impresión de que Gálvez sabe mucho más de lo que os dijo, Garde.

—Me dio muy mala espina, jefe —dijo Gardeazabal—. Tiene mirada de serpiente.

—Garde, vete a los juzgados y solicita una orden para registrar la casa, el despacho y cualquier propiedad de Gálvez —dijo Ander.

Gardeazabal y Arregui abandonaron apresuradamente la reunión. Ander consultó el reloj: las diez de la mañana. Con un poco de suerte dispondrían de la orden judicial para el mediodía. La silla de al lado crujió. Era Iker Arteaga cruzando la pierna derecha sobre la izquierda.

—Iker, tu turno. Cuéntanos, ¿qué nos puedes decir de los dos últimos crímenes? —Ander fue directo al grano.

El profesor sacó el libro de la Historia de Heródoto, que estaba lleno de marcadores. Muchos y de distintos colores, pero ninguno discreto. Tiró de un pósit fucsia y abrió el libro de par en par.

—El asesinato del jueves, el de Alberto Rubio, corresponde al quinto libro: Terpsícore. En él se relata la invasión persa de Grecia. Heródoto narra que los emisarios persas iban recorriendo los pueblos por los que había de transitar su gran ejército exigiendo sumisión o, utilizando la fórmula persa, tierra y agua.

»Cuando llegaron a Macedonia, el príncipe Alejandro (al que no hay que confundir con Alejandro Magno, que gobernaría ese país varios siglos después) decidió acabar con ellos mediante un engaño. Observando el carácter mujeriego e irreverente de los persas, él y otros soldados macedonios se disfrazaron de mujeres y, tras embriagar a los extranjeros, los cosieron a puñaladas con las dagas que llevaban escondidas bajo los vestidos.

—¿Y los persas no se vengaron? —dijo Ander.

—Jamás supieron qué les había sucedido a sus emisarios. Los macedonios borraron todas las huellas. No dejaron cabos sueltos, si se me permite el símil policial —dijo Iker.

—¿Qué hay de la nota? —preguntó Ander.

—«Has metido el pan en un horno frío» —recitó Iker—. Esta velada metáfora hace alusión al impulso necrófilo que llevó a Periandro de Corinto a profanar el cadáver de su mujer Melisa.

—Igual que hizo Alberto Rubio con la paciente fallecida en el Andra Mari —dijo Alday.

—Entonces, ahí está la conexión —asintió Iker.

—Lucas debió de enterarse de algún modo y no ha desaprovechado la ocasión de vengarse del celador —dijo Ander.

—En este caso, permitidme que no sienta lástima alguna por el fallecido. Se podría decir que el desgraciado tuvo lo que se merecía —apuntó el profesor pasando a otro marcador—. Ignacio Gallego es la sexta víctima al que, como ya sabemos, le corresponde el cuarto libro de Heródoto: Melpómene. Heródoto nos detalla en él las expediciones persas a la Escitia (las estepas que se extienden entre Ucrania y el Cáucaso) y la Libia. Ignacio fue degollado de la misma manera que los hijos de Eobazo, como se cuenta en el libro.

»Eobazo cometió el mismo error que cometería Pitio más adelante. Al ver que sus tres hijos marchaban con Darío a conquistar la Escitia, Eobazo le suplicó al monarca que licenciara al menos al primogénito para que se quedara en casa con su padre. Darío contestó que siendo él su amigo y pidiéndole un favor tan pequeño, quería darle el gusto dejándole los tres. Acto seguido ordenó el degüello de los hijos de Eobazo y los dejó junto a su padre, cumpliendo su palabra de un modo macabro.

—Lo cual explica también la nota que hallamos en la boca de Gallego: «Dejo cumplido un favor tan pequeño» —dijo Ander.

—Así es.

—¿Qué más tenemos? ¿Has podido averiguar algo sobre la foto que te envié? —preguntó Ander.

—¿La de la mujer sentada, la dama de rojo? —preguntó Iker.

—Sí.

—Todavía no he logrado identificarla. Podría ser una diosa o una reina. El tocado parece griego, pero también podría pertenecer a una época anterior. Los leones a ambos lados del trono denotan una influencia persa, asiria, acadia o sumeria. También podría ser micénica o cretense. Hay muchos elementos simbólicos que no consigo ubicar, como el gran disco que cuelga de su cuello o el águila que descansa sobre su cabeza. Continuaré trabajando en ello.

—Gracias, Iker. —Ander se levantó y lo acompañó hasta la puerta —. Quiero que te centres en la imagen. Por algún motivo es

transcendente. La hemos hallado en dos viviendas de personas relacionadas con el caso. Ha de haber una conexión.

—La encontraremos —dijo el profesor estrechando la mano de Ander antes de abandonar la reunión.

El único sonido que se escuchaba en la sala era el frenético teclear de Alday, que realizaba las tareas encomendadas por su jefe a la mayor celeridad. Ander tenía en gran estima a Alday, sus conocimientos informáticos y su mente analítica resultaban un contrapeso excelente al carácter visceral e impulsivo de Gardeazabal y, en ocasiones, del propio Ander. Había apostado fuerte por él, al igual que lo hizo por la visión holística y la gran capacidad relacional de Arregui. Juntos formaban un equipo compensado.

—Alday, consígueme la dirección del domicilio de Gálvez.

—Te la envío al móvil —dijo Alday tras un suspiro.

—Gracias. Veamos si Garde ha conseguido la orden judicial.

No hubo suerte con la orden.

La jueza de guardia entendía que ya era suficiente con el alcance de la vigilancia que se había autorizado por un plazo de quince días. Los motivos presentados por el equipo de Ander (las llamadas al extranjero) fueron rechazados al carecer, a su entender, de relevancia.

—¡A la mierda! Vayamos igualmente —exclamó Gardeazabal en la mesa de la taberna donde almorzaba junto a Arregui y Ander.

—Yo sí voy a ir, pero vosotros, no. No os quiero involucrar en esto —dijo Ander.

Gardeazabal negó con fuerza. Masticó pausadamente el gran pedazo de bocadillo vegetal que se había metido en la boca momentos antes. Cuando por fin logró tragarlo, le dijo:

—Ah, no, Ander. Yo también voy. Creo que el estirado de Gálvez me debe una explicación. Voy a agarrarlo por los huevos hasta que cante la Traviata.

—Yo también me apunto —le secundó Arregui.

Ander esperó a que el camarero dejara las raciones de patatas y rabas que habían pedido para contestar:

—De acuerdo. Iremos los tres. —Ander cogió un puñado de patatas fritas—. Como entenderéis, tenemos que ir de paisano. Estamos en misión extraoficial. Garde, sé que te gusta lucir tu uniforme como si fueras un general prusiano, pero hoy tenemos que ser discretos

—Entonces, ¿vamos de ninjas? —preguntó Gardeazabal.

—Llámalo como quieras. Vamos de misión especial. Tenemos que hacer cantar a Gálvez. Traed vuestros walkie-talkies. Yo me encargaré de llevar el resto del material necesario —dijo Ander apurando de un trago el resto de su cerveza.

Llegaron al filo de la medianoche. Gálvez vivía en una vivienda

unifamiliar en Mungia, en las faldas del monte Sollube. Era una gran propiedad de más de cuarenta mil metros cuadrados, que incluía un enorme chalé construido al abrigo de la ladera y de un tupido pinar que lo envolvía casi por completo. A la luz de la luna de esa noche estrellada, los ertzainas pudieron observar el largo camino asfaltado que, serpenteante, conducía desde la verja que daba acceso a la propiedad hasta la vivienda.

Ander apagó las luces del coche antes de llegar. Aparcaron en un margen del camino de gravilla y se quedaron vigilando el espectacular chalé de Gálvez.

—¡Vaya con el estirado ese! —dijo Gardeazabal—. Pero si vive como un auténtico marqués.

—Alguien sale de la casa —dijo Ander, que intentaba discernir en la oscuridad a través de sus prismáticos—. Son dos hombres. Parecen tener prisa.

Efectivamente, eran dos hombres. Uno bajito y otro muy alto, como el punto y la I. El bajito no hacía más que hablar porque su boca proyectaba vaho continuamente. El alto caminaba con la cabeza gacha, sin mediar palabra.

—Se montan en un Mercedes negro. ¡Ojo, chicos! Aquí vienen, agachaos.

Los tres policías se acuclillaron. Al cabo de unos segundos, los faros de un automóvil iluminaron la noche. El coche iba tan lento que se podía escuchar perfectamente el crepitar de la gravilla al ser aplastada por los neumáticos. Cuando regresó la oscuridad, los ertzainas se incorporaron. Arregui trató de apuntar la matrícula del coche, pero no había llegado a verla entera.

—Quizás Gálvez esté solo. Ahora es el momento —dijo Ander tirando de la manilla de la puerta.

Del maletero sacaron los walkies y el resto del material. Ander se había encargado de coger cuerda, unas cizallas, linternas para los tres e incluso una táser. Cerraron el portón y se dirigieron hacia la entrada por la que acababan de salir los curiosos invitados de Gálvez. Cualquiera habría visto en ellos a dos amigos que regresaban a su casa tras una cena agradable y, efectivamente, habría sido así de no ser por el ojo entrenado de Ander, que vislumbró la culata de una automática asomando por la funda sobaquera que ocultaba el gorila bajo su abrigo.

—Garde, tú sigue la valla por la parte izquierda. Si ves algún punto de entrada, avísanos. Arregui y yo iremos ladera arriba —dijo Ander.

—De acuerdo —dijo Gardeazabal en un suspiro.

La verja de Gálvez era una gran estructura de acero forjado de tres metros de alto y cinco metros de ancho. Desde esa mole de hierro, la propiedad estaba asegurada por una tupida valla mallada, de igual

altura que la verja, que circundaba todo el terreno. Arregui y Ander subieron la pendiente, pegados a la valla, hasta penetrar en el pinar. No encontraron ningún resquicio por el que poder colarse.

—Ander, aquí hay un agujero —la voz de Gardeazabal sonaba distorsionada a través del receptor—. Bajad. Estoy a unos trescientos metros de la entrada.

La abertura la debía haber hecho algún roedor. Era una pequeña hendidura en la base de la valla que permitía el tránsito de una alimaña. Perfecto para aplicarle la cizalla. Gardeazabal cortó un buen segmento de la malla, apoyó la herramienta en el suelo y pasó al otro lado. Sus compañeros lo siguieron en silencio.

A pesar de que no había llovido en toda la jornada, la hierba estaba muy mojada. La humedad castigaba las articulaciones y penetraba hasta los huesos. Los ertzainas avanzaban por el bosque lanzando bocanadas de vaho helado. En la distancia podían apreciar las luces encendidas en la segunda planta de la casa. «Gálvez está en su habitación a punto de acostarse», pensó Ander.

Habrían escuchado el ladrido si el perro hubiera tenido los buenos modales de presentarse ante ellos. Pero no, el dóberman se había acercado sigiloso a los intrusos sin mediar ladrido. Poderoso y amenazador, enseñando unos largos colmillos blancos y tensando los músculos de sus patas, el perro les cortaba el paso. Detrás de él se extendía el claro en el que habían construido la casa.

Ander no recordaba quién había cogido la pistola eléctrica. No es que tuviera miedo a los perros (Gorritxo lo era, aunque pareciera más un peluche que un perro guardián), pero la raza dóberman le producía un cosquilleo por la nuca que solo se esfumaba al desaparecer ellos de su vista. Desenfundó lentamente la pistola, dispuesto pegarle un tiro al chucho antes que recibir una de sus dentelladas. El dóberman se abalanzó sobre ellos en un movimiento fulgurante. Iba a caer sobre un atenazado Arregui cuando, de repente, algo lo mantuvo suspendido en el aire, donde se retorció durante un eterno segundo. El perro cayó inconsciente al suelo.

—Coser y cantar —dijo Gardeazabal empuñando la pistola eléctrica. Retiró los cables de la descarga, sacó un pedazo de cuerda que llevaba al cinto y sujetó las cuatro patas del dóberman con firmeza—. Este ya no nos molestará. Espero que no haya más —dijo mirando alrededor.

Una vez recompuestos tras el susto, continuaron avanzando hacia la casa. Al entrar en el claro, Gardeazabal le hizo una seña a Ander para que mirase hacia un punto situado entre el bosque y la parte posterior de la casa. Camuflado en el pinar, se vislumbraba la silueta de un cobertizo.

—Arregui, vete a ver qué es eso. Nosotros continuaremos hacia la casa —dijo Ander en voz baja. Sumergidos en el reino de la noche,

solo el ulular de algún ave nocturna rompía el silencio.

Arregui se agachó y se dirigió hacia su destino. Ander y Gardeazabal alcanzaron los peldaños del porche y los subieron amortiguando sus pasos. Gardeazabal giró la manilla y la puerta se abrió. Sorprendido, miró a Ander. Este asintió y empujó con suavidad la hoja lo suficiente para que pasara una persona. Entraron.

El vestíbulo estaba a oscuras. Unos haces de luz se filtraban por el hueco de la escalera situada a su derecha. Ander escuchó con atención la pieza de música clásica que resonaba por toda la casa. Era el Réquiem de Mozart. Agachados, los inspectores se acercaron al primer peldaño de la escalera y comenzaron a subirla con las pistolas en alto. Aparte de la música no oyeron ningún otro ruido que revelara la presencia de alguien en la planta.

Alcanzaron el primer rellano. La luz y la música provenían de una habitación próxima, cuya puerta permanecía abierta de par en par.

De pronto, el receptor de Ander emitió un sonido agudo que rompió el silencio e hizo que le diera un vuelco al corazón.

—Ander, en el cobertizo hay una chica atada a una silla —dijo Arregui con tono apremiante.

Entonces, por primera vez percibieron un movimiento en la habitación. La música cesó y oyeron el sonido de un armario abriéndose. Ander y Gardeazabal corrieron hacia allí, y entraron de un salto con las pistolas en alto. Enfrente, tras un escritorio, Gálvez los esperaba apuntándoles con una escopeta de caza.

—¡Quietos ahí, está cargada! —dijo Gálvez.

—Tranquilo, Gálvez, tan solo hemos venido a hablar —dijo Ander y se agachó.

—Curiosa forma de hablar esta —dijo Gálvez riéndose entre dientes —. Invaden una propiedad privada y entran armados en mi casa. Inspector Gardeazabal, no me esperaba esto de usted. Pensaba que éramos amigos. Por cierto, ¿dónde han dejado ustedes sus uniformes? —dijo con una sonrisa desafiante.

—¿Quién es la chica del cobertizo, Gálvez? —preguntó Ander.

El director estrechó los ojos y los obsequió con una fina sonrisa cruel. Apretó con fuerza la culata contra el hombre.

—Tranquilo, Gálvez, baja el arma. Seguro que todo tiene una explicación lógica. —Ander trató de calmarlo. Temía que el director apretara el gatillo en un descuido.

El hombre respiraba pesadamente y las gotas de sudor perlaban su frente a pesar del frío ambiental. Por un momento pareció dudar. Bajó el cañón del arma. Miró hacia los lados aturdido. Cuando parecía que se iba a entregar, en un movimiento fulgurante, Gálvez activó la llamada rápida del móvil que tenía sobre la mesa. Un fuerte estruendo hizo vibrar la casa. La luz refractaria de la explosión se hizo visible a

través de las ventanas.

—¡Arregui! —gritó Gardeazabal. Salió del despacho y se lanzó corriendo escaleras abajo.

Gálvez aprovechó la confusión para girar la escopeta, apoyar el cañón en su barbilla y volarse la tapa de los sesos.

Ander presenció la escena como si de un espectador ajeno se tratara. Todo había ocurrido demasiado deprisa. No entendía qué estaba sucediendo allí, pero sabía que tenía que reaccionar. Ya tendría tiempo para encajar las piezas más tarde. Rompió el hechizo en el que lo había sumido el suicidio de Gálvez y se apresuró a seguir los pasos de Gardeazabal.

Voló escaleras abajo. Las sienes le palpitaban con tanta fuerza que pensó que le iban a estallar. La escena que había presenciado y la preocupación por el estado de Arregui le hacían moverse como un autómata.

Al salir a la calle, percibió de inmediato el fuerte olor a combustible y madera quemada. El calor del incendio que había provocado la deflagración en la parte trasera de la vivienda acariciaba sus mejillas y contrastaba con el frío ambiental de aquella noche invernal.

—¡Aquí, Ander! —la voz de Gardeazabal lo sacó del aturdimiento y lo devolvió a la realidad.

Su compañero estaba agachado junto a la fachada oeste de la casa. A su lado yacía Arregui. El agente tenía la parte superior del cuerpo ennegrecida, chamuscada. La sangre, que manaba abundante de la parte posterior de la cabeza, había creado un charco que no hacía más que crecer.

—Tiene pulso, Ander, pero hay que parar esta hemorragia. Voy a entrar en la casa a ver si encuentro algo con que obstruir la herida. —Cuando Ander ocupó su puesto, Gardeazabal corrió hacia la vivienda.

Ander observó a su compañero malherido. En el rostro del agente se dibujaba una mueca de dolor. Comenzaba a recobrar el conocimiento. Arregui se llevó la mano a las costillas y profirió un hondo quejido.

—Tranquilo, Arregui, no te muevas —dijo Ander.

El agente parpadeó levemente primero y luego con más insistencia, hasta que pudo abrir los ojos por completo y enfocar la vista. En ese momento apareció Gardeazabal con unos trapos y un rollo de papel trasparente.

—¡Bien hecho, sociólogo! Eres un campeón —dijo Gardeazabal.

Ander atisbó una lágrima resbalando por la mejilla del avezado inspector.

—Menudo susto nos has dado, muchacho. Estate quieto, por favor. —Gardeazabal reprimió las ganas de levantarse de su compañero—. Ahora te vamos a vendar la cabeza.

—¡La chica! —dijo Arregui excitado y volvió a hacer un nuevo

intento para incorporarse.

Ander y Gardeazabal tuvieron que sujetarlo de nuevo para mantenerlo tumbado.

—¿Estás seguro de que había una chica ahí dentro? —preguntó Ander señalando los restos del cobertizo que estaban siendo devorados por las llamas.

—Sí —se lamentó Arregi, con los ojos llenos de lágrimas—. Cuando la enfoqué con la linterna la vi en medio del cobertizo, amordazada y atada a una silla metálica que habían atornillado al suelo. Su mirada… esa mirada. ¡Dios mío! Esa mirada era de puro terror —dijo con un hilo de voz y se echó a llorar desconsolado.

Cada lágrima le sacudía las costillas inmisericordemente, pero el agente no podía parar de llorar.

—Tranquilo, Arregui, pronto llegarán nuestros compañeros —dijo Gardeazabal.

—Tenemos que actuar con rapidez, Garde. Recuerda que hemos allanado la casa —dijo Ander tratando de vislumbrar algún movimiento al otro lado del vallado.

—Lo sé —dijo Gardeazabal. Le vendó la cabeza a su compañero con el trapo y el papel transparente.

—Cuando termines de atenderlo, llama al teléfono de emergencias, identifícate y pide una ambulancia y una dotación de bomberos —dijo Ander—. Luego llama a Torres, cuéntale que hemos venido a hablar con Gálvez y lo que ha pasado a partir de entonces. Recuerda, Gálvez nos invitó a entrar en su propiedad.

—Entendido, jefe —dijo Gardeazabal.

—Yo voy a llevar al perro a su caseta y las tenazas al coche.

Media hora después, la actividad bullía en los alrededores y en el interior de la vivienda de Gálvez. Arregui había sido trasladado al hospital en helicóptero. Gardeazabal y Ander aguardaban la llegada del inspector asignado al caso para explicar su versión de los hechos.

Los bomberos lograron apagar el incendio que había arrasado el cobertizo y una buena porción del bosque adyacente. Afortunadamente, la casa no había sufrido más que los lametazos de las llamas, que dejaron la mitad superior de la fachada norte ennegrecida. Investigando entre los restos, los bomberos hallaron —junto a los bidones de gasoil que alimentaban el grupo electrógeno utilizado para alumbrar el cobertizo— una carcasa y dedujeron que pudo haber sido usada como detonador.

Gálvez había detonado el explosivo para borrar los indicios del secuestro. Ahora la Ertzaintza tenía un cadáver carbonizado sin identificar y, quizás, sin forma de identificarlo. Al suicidarse, tampoco podrían interrogarlo ni implicarlo en el secuestro de las chicas de los

noventa.

En el secuestro de Enara.

Ander se maldijo en silencio. Gálvez tenía que ser el responsable de las desapariciones de las chicas. La pobre muchacha que había fallecido en la explosión del cobertizo representaba una prueba irrefutable. Había tenido la oportunidad, pues todas las chicas desaparecidas en los noventa acudían a la clínica Salud Bilbao, pero, por desgracia, ahora no podrían conocer el motivo por el que las había secuestrado ni qué había hecho con ellas.

En el fondo, todo había salido mal. La incursión había sido un auténtico desastre. Gálvez y la chica estaban muertos. Arregui, malherido, iba camino del Hospital de Cruces. Ander volvió a notar una fuerte presión en las sienes.

—Jefe, ¿te encuentras bien? —preguntó Gardeazabal mirándolo de reojo mientras no perdía detalle de los movimientos del equipo de investigación de la Ertzaintza que se había hecho cargo del caso.

Eran agentes de la comisaría Central de Gasteiz. No los conocía. El más corpulento de ellos, un inspector que vestía de calle, era el que llevaba la voz cantante. A pesar de la distancia a la que se encontraban, oían sus órdenes y directrices claramente.

—¿Lo conoces? —Gardeazabal señaló al hombre con la cabeza.

—No —dijo Ander lacónico—. Pero no tardará en acercarse a nosotros. Ya sabes, Garde, hablo yo.

Gardeazabal asintió sin apartar la vista de la casa.

Si la noche estrellada auguraba un frío helador, la madrugada acabó por confirmarlo. Los inspectores se sentían entumecidos e impotentes ante la imposibilidad de moverse de donde estaban. Gardeazabal había manifestado a Ander su deseo de pasar la noche con Arregui, por si su compañero necesitaba algo. Aún no había avisado a su mujer, porque antes quería conocer el estado real de su compañero.

Finalmente, el corpulento inspector se acercó a la posición de sus ateridos compañeros.

—Señores, disculpen la espera —dijo el hombre frotándose las manos mientras se situaba entre Ander y Gardeazabal—. Pero es que menuda la que han liado.

Ante la falta de respuesta, continuó con su discurso:

—Soy el inspector Rosales —dijo con evidente acento andaluz—, de la Central de Vitoria.

—De Gasteiz —puntualizó Gardeazabal.

—Sí, eso —dijo Rosales—. Usted es el inspector Gardeazabal, ¿no es así?

—Así es.

—A usted ya lo conozco —dijo dirigiéndose a Ander—. Estuve en un seminario de criminalística que impartió en Arkaute hace cuatro años.

«La huella del asesino». Fue interesantísimo. Seguro que me recuerda. Yo era el pesado que estaba en la primera fila y no hacía más que acribillarle a preguntas. —Soltó una carcajada.

—Sí, por supuesto —mintió Ander—. Rosales, si no le importa, concluyamos la declaración, que nos queda un largo camino de vuelta a casa.

—Por supuesto, inspector Crespo —dijo y sacó un bloc de notas del bolsillo trasero de su pantalón—. Veamos. Antes de nada, ¿qué hacían ustedes aquí? —preguntó clavando su mirada en Ander.

—Vinimos a hablar con Gálvez en el marco de una investigación abierta —dijo Ander.

—¿La del descuartizador de Olabeaga? —preguntó Rosales.

—Así lo llaman, sí.

—¿Cómo entraron en la casa?

—El señor Gálvez nos invitó a pasar —dijo Ander.

Rosales dejó de apuntar. Seguía sin apartar la vista de Ander. Estaba claro que no lo creía. Aun así, continuó interpretando el papel de compañero comprensivo.

—Gálvez está en su estudio. Aunque quizás sería más apropiado decir que está por todo su estudio. Un disparo de escopeta a bocajarro puede hacerte un verdadero estropicio. ¿Qué sucedió exactamente?

—Como le he dicho antes, Gálvez nos dejó entrar en su propiedad y nos invitó a subir a su despacho. Cuando estábamos en las escaleras, oímos un grito de socorro fuera de la casa. Envié a Arregui a que investigara y Gardeazabal y yo nos quedamos con Gálvez. Desde ese momento, se mostró muy nervioso y vacilante. —Ander hizo una pausa.

—Continúa, por favor —dijo Rosales.

—Entramos en el estudio y Gálvez se dirigió hacia la librería que tiene detrás de su escritorio. Nos quería enseñar algo relacionado con un caso de desapariciones que también investigamos. Entonces, recibimos una comunicación por radio de Arregui alertándonos de la presencia de una chica retenida en un cobertizo, junto a la casa.

»Gálvez reaccionó de un modo imprevisto. Alcanzó el móvil y pulsó una tecla, tras lo que sentimos una fuerte explosión que sacudió la casa. Aprovechando la confusión, sacó la escopeta del armero que tiene junto a la librería y se suicidó.

Rosales lucía una sonrisa infantil de oreja a oreja.

—Incluso suena real. —Rio entre dientes.

—Porque, en ocasiones, la verdad suena así. Ahora, si no le importa, nos tenemos que marchar. Tome mi tarjeta por si se le ocurre alguna otra pregunta. —Ander le extendió una tarjeta.

—Descuide, tendrá noticias mías —dijo estrechándole fríamente la mano.

Ander y Gardeazabal realizaron el camino de vuelta a Bilbao sumidos en el más absoluto de los silencios. Ander trató de echar una cabezada, pero las múltiples imágenes que aparecían en su mente al cerrar los ojos se lo impedían. Enara, Gallego, Gálvez, la chica desconocida del cobertizo, Arregui medio quemado… Demasiado para conciliar el sueño.

Optó por perder la mirada en el firmamento sin inmutarse por la infernal velocidad a la que lo llevaba Gardeazabal.

—Voy a pasarme por Cruces a ver cómo está Arregui —dijo Gardeazabal cuando finalmente llegaron a Altamira.

—Muy bien, mantenme informado y no te olvides de llamar a Nekane cuanto antes, estará preocupada. —Ander abrió la puerta de casa y se agachó para acariciar a un Gorritxo que lo esperaba exultante.

—Descuida —contestó Gardeazabal y arrancó el motor—. Hasta mañana.

Ander se quedó fuera hasta que su compañero desapareció en la distancia. Entró en casa, se acercó a la nevera y cogió todas las cervezas que tenía dentro. Las llevó a la mesa de la sala y se desplomó sobre el sofá. También posó un paquete de tabaco y se acercó el cenicero. Luego abrió el primer botellín y apuró la mitad de su contenido de un trago.

A pesar de todo, la visita a la casa de Gálvez había traído muchas revelaciones. Ander cerró los ojos y apretó con fuerza el cristal de la botella. Tenía que dejar a un lado sus demonios y, juntando todas las piezas de las que disponía, construir la verdad de los hechos. Resopló con fuerza, apuró la cerveza y prendió un cigarrillo.

Capítulo 21

El olor a café recién hecho impregnó la sala con su fuerte aroma, que se mezcló con el de tabaco rancio. Ander abrió ligeramente un ojo para comprobar si seguía siendo de noche. No. La luz también había hecho acto de presencia en la sala sin que él se hubiera percatado. En ese momento le daba todo igual. Sentía una necesidad irrefrenable de dormir. Tan solo quería eso. Cerrar los ojos y dormir.

Sin embargo, ese olor despertó su curiosidad. No recordaba haber hecho café al llegar a casa. Intentó despegar los párpados, pero no pudo. Como si hubiera intuido la necesidad de su dueño, Gorritxo se le acercó y le dio un buen lametazo en el rostro.

—¡Gorritxo, alde hemendik[8]! —le dijo soltando un manotazo al aire.

El perro retrocedió gimiendo del disgusto.

—No deberías de tratarlo así. Tan solo pretende ayudarte —dijo una voz profunda desde un tresillo cercano a la ventana.

Ander se puso en pie de un salto y echó mano a la cintura, solo para descubrir que no llevaba la pistola encima. En ese momento recordó que la había dejado apoyada en la mesa de la cocina. «Brillante», pensó.

—Tranquilo, Crespo, no vas a necesitar tu arma conmigo —dijo el hombre echándose a reír.

Cuando finalmente sus ojos se adaptaron a la claridad de la estancia, Ander pudo comprobar la identidad del intruso.

—¡Director Lopategui! —dijo Ander—. ¿Cómo has entrado?

—Fácil. Has dejado la puerta abierta. Se conoce que viniste con tanta prisa que no te aseguraste de comprobar que la habías cerrado. Tan solo estaba entornada.

Ander se frotó la cara y buscó un cigarrillo entre los restos de botellines de la noche. Aún le quedaban tres del último paquete. Ofreció uno a Lopategui y, ante la negativa de este, encendió el suyo y le dio una larga calada.

—La verdad es que no me extraña en absoluto, Lopategui —dijo Ander sentándose junto a su jefe—. Ayer llegué molido.

—Lo sé, lo sé, hijo —dijo el director. Se levantó con esfuerzo y dirigió sus pasos hacia la cocina. Cuando regresó traía entre sus manos una taza de café caliente. Se la ofreció a Ander—. He tenido noticias de vuestra incursión nocturna. De hecho, yo tampoco he dormido

demasiado que se diga.

—Gracias —dijo Ander. Tomó la taza y trató de ignorar la insinuación en la última frase de Lopategui.

—Me encanta este sitio —dijo Lopategui señalando las vistas de Bilbao—. ¿Sabes? Yo venía a menudo con mi familia a comer a la cervecera que hay aquí arriba.

—¿La de Cobetas? —preguntó Ander.

—Esa misma. Aquí veníamos todos los años hasta que los niños se nos hicieron mayores y ya no quisieron acompañarnos. Pero ¿quién los culpa? Es ley de vida, llega un momento en el que el pájaro ha de volar solo. A todos nos pasa, ¿no es así?

—Supongo —respondió Ander escuetamente, esperando la reprimenda de un momento a otro.

—A pesar de todo, mi mujer y yo nos solemos dejar caer por aquí de tanto en cuanto a comer un menú. A Cobetas, me refiero.

—Sí, claro. —Ander alargó el brazo para echar la ceniza en el cenicero.

—Te daré un consejo, Crespo. Si alguna vez comes el postre allí, no pidas Goxua. Te encofrará el estómago.

—Lo tendré en cuenta, director.

Lopategui echó un último vistazo por la ventana. Luego se acercó al sofá y se sentó junto a Ander. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, se reclinó y apoyó todo su cuerpo en el sofá sin dejar de mirar fijamente a su subordinado.

—Ahora, cuéntame qué coño ha sucedido esta noche en Mungia.

Ander tragó saliva. Le dio un largo sorbo al café y miró directamente a los ojos al director de la División de Investigación Criminal. Las imágenes aún estaban frescas en su memoria.

—Fuimos a interrogar a Gálvez, el director de la clínica Salud Bilbao, a su domicilio —dijo Ander.

—¿Por qué motivo?

—Descubrimos que, momentos después de que el inspector Gardeazabal y el agente Arregui lo interrogaran en la clínica, había hecho varias llamadas, algunas de ellas al extranjero. A Suecia concretamente.

—¿Suecia? —preguntó Lopategui arqueando una ceja.

—Sí, a Suecia. Creímos que podría guardar alguna relación con el caso, ya que Astrid Nilsson y su hijo Alexander se marcharon a Suecia tras los crímenes de Ercilla. Queríamos que nos explicara el motivo de esas llamadas y también la identidad del interlocutor.

—¿Y él accedió a que fuerais a su casa? —preguntó Lopategui alisando el bajo de su pantalón.

—Sí. Llegamos tarde, tocamos el timbre y nos abrió —dijo Ander.

El director entrecerró los ojos y perfiló una fina sonrisa en su rostro.

—Si todo fue tan cordial, ¿cómo explicas el desenlace?

—Entiendo que sea difícil de creer, director, pero los hechos se desencadenaron con suma velocidad. Llegamos a la entrada de la casa y Arregui creyó oír un ruido en la parte trasera. Le dije que fuese a investigar. Entonces apareció Gálvez que, pensando que Gardeazabal y yo íbamos solos, nos hizo subir al estudio para dar respuesta a nuestras preguntas.

»Una vez en el estudio, recibimos el aviso de Arregui a través del walkie-talkie. Había una chica amordazada en un cobertizo en la parte trasera de la casa. Gálvez se puso nervioso, activó el detonador del explosivo con el móvil y sacó una escopeta del armero que tenía al lado. Luego se voló la cabeza sin que nosotros pudiéramos hacer nada para impedirlo.

Lopategui descruzó las piernas e inclinó su peso hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas. Entrelazó las manos y contempló las vistas a través de la ventana.

—Descuida, Ander. Esa será la versión oficial. Nadie se atreverá a contradecirla, porque yo mismo la defenderé —dijo Lopategui pasando la mano sobre el lomo de Gorritxo, que reposaba a sus pies—. Pero tú y yo sabemos que eso no es lo que sucedió. Como consecuencia de vuestra incursión, hoy tenemos dos nuevos cadáveres y a un agente malherido en el hospital. Si a eso le sumamos la agresión al redactor de El Correo del domingo, nos encontramos con un cóctel de gente cabreada que me pide que te retire del caso.

»Te garantizo que en estos momentos no eres la persona más apreciada en las altas esferas. De hecho, me ha llamado la directora de la Ertzaintza en persona pidiéndome explicaciones. Creo que alguien de la comisaría Central de Gasteiz le ha contado otra versión de lo acontecido ayer en Mungia.

—Se lo dije a Torres el otro día y te lo digo también a ti. Si quieres mi placa y mi pistola, te las entrego ahora mismo. —Ander se incorporó del sofá.

—Siéntate, Crespo —dijo la voz profunda de Lopategui.

Cuando el director daba una orden, no cabía otra opción más que obedecer. Ander volvió a tomar asiento.

—De la directora y demás chupatintas ya me encargo yo. A fin de cuentas, no son más que políticos. ¿Qué sabrán ellos lo que es asumir riesgos en una investigación? Solo quieren el resultado. Nunca les interesa saber cómo se ha llegado a él. No son auténticos policías como nosotros, Crespo.

—Gracias, director —dijo Ander—. Creo que estamos muy cerca de llegar al fondo de la cuestión. Sabemos quién es el asesino, pero queremos entender por qué mata y qué tienen que ver las chicas desaparecidas con sus crímenes. Sin duda, Gálvez conocía la verdad

acerca de las chicas.

—Pero se la llevó con él al infierno. —Lopategui se puso de nuevo en pie y se dirigió a la ventana.

Sabía perfectamente que una de esas chicas a las que se refería Ander de modo aséptico era Enara, su hermana. A pesar de sus desatinos recientes, admiraba el modo en el que el inspector continuaba cerrando el círculo sobre su presa sin dejar que la implicación emocional descarrilase la investigación.

—Es cierto, últimamente todo aquel que puede allanarnos la investigación acaba muriendo —dijo Ander.

—¿Te refieres a Ignacio Gallego? —preguntó Lopategui.

—Sí, quería que me aclarase ciertos aspectos de la investigación de los crímenes de Ercilla. Pero Lucas Jauregui se nos adelantó.

—Ander, ¿has oído hablar del proyecto Itzala[9]? —preguntó Lopategui apoyándose en el marco de la ventana.

—No. ¿Qué es eso?

—Fue un proyecto piloto que desarrollamos entre 1997 y el año 2000. Eran años difíciles, de mucha labor de escolta a cargos públicos y de lucha contra el terrorismo. Nuestros mejores investigadores estaban saturados, estresados. Por eso, en la División de Investigación Criminal decidimos probar un programa de tutelaje y acompañamiento a los inspectores más jóvenes a cargo de casos de homicidio. Los inspectores más veteranos tendríamos bajo nuestra ala protectora a uno joven.

»Como el propio nombre del proyecto indica, éramos las sombras de esos inspectores. Los supervisábamos, los asesorábamos. En muchas ocasiones, más que eso, incluso les resolvíamos el caso, aunque nadie lo sabía porque la identidad de las sombras no quedaba reflejada en los expedientes.

—Jamás he oído hablar de ese proyecto —dijo Ander.

—Eso es porque tú entraste con posterioridad en la división.

—Entiendo.

—Pues bien, hay una cosa que has de saber. Yo fui la sombra de Gallego en el caso de los asesinatos de Ercilla —dijo Lopategui mirando fijamente a Ander.

El inspector se quedó en silencio. Durante un buen rato ninguno de los dos abrió la boca. Finalmente, Ander se levantó del sofá y se acercó a su director.

—En ese caso, quizás tú puedas resolver las dudas que quería plantearle.

—Adelante —dijo Lopategui.

—¿Únicamente se le hizo la prueba de GSR a Lucas Jauregui?

—Sí, fue una decisión de Ignacio. Yo le aconsejé que se la hiciera a los dos chicos para descartar opciones, pero él insistió en que el caso

estaba claro y que no quería excederse del presupuesto asignado para análisis externos de pruebas.

»Entonces no teníamos el laboratorio de balística del que disponemos ahora y cada prueba de este tipo había que enviarla al laboratorio de la Policía Nacional en Madrid.

—¿Eras conocedor de que había otra bala oculta tras un cuadro en la biblioteca de Ernesto Jauregui? —preguntó Ander.

—No, yo no estuve en la escena del crimen —dijo Lopategui—. Lo he sabido al leer vuestros informes. Eso implica que hubo ocultación de pruebas. El objetivo es evidente. Incriminar al inocente, exonerar al culpable.

—Eso es lo que pienso, Lopategui. Culpar a Lucas; salvar a Alexander. La cuestión es por qué —dijo Ander—. Tenemos que contactar con Astrid Nilsson o Alexander Jauregui como sea.

Lopategui asintió. Rodeó con el brazo a Ander y lo llevó hacia la puerta de entrada de la casa.

—Ese es otro de los motivos por los que he venido aquí hoy, Ander. Hemos tenido noticias de uno ellos; de Alexander, concretamente.

—¿Qué noticias? —preguntó Ander asombrado.

Salieron a la calle. Ander aprovechó para insuflar sus doloridos pulmones con la fría brisa matutina.

—Nos llamaron a la comisaría Central de Erandio. Era un enlace de la policía de Estocolmo, un chaval que hablaba perfectamente castellano. Se llama Emil Anderman. Por lo visto, un ciudadano se personó en su comisaría con un paquete que había recibido de Euskadi. La dirección de remite era la de nuestra comisaría de Erandio. El remitente, Abel Borrero.

Ander se detuvo en seco.

—¿Abel Borrero?

—El mismo —afirmó Lopategui—. Adivina qué contenía el paquete.

—La cabeza de Ramón Egaña.

—Sí señor —contestó Lopategui sacando una fotografía del bolsillo de su abrigo y entregándosela a Ander.

La instantánea mostraba la cabeza decapitada de Ramón Egaña. No cabía duda al respecto. El rostro estaba amoratado y con principio de descomposición, pero era Egaña. No podría ser de otro modo teniendo en cuenta el remitente del envío.

—Inspector —dijo Lopategui posando la mano en su hombro—, confiamos en ti. Eres el hombre que va a resolver el caso. Dirigirás la investigación hasta su conclusión. Toma —dijo pasándole una nota—. Este es el teléfono de Emil. Llámalo.

Le apretó el hombro y, tras desearle buena suerte, se dirigió hacia un Mercedes plateado estacionado junto al Audi de Ander. Montó en el coche, encendió el motor y se marchó.

Ander se quedó en medio de la calle manoseando la nota mientras trataba de pensar la manera en la que abordaría la conversación con el policía sueco.

Pero antes de eso, había un asunto mucho más importante que atender. Arregui.

La recepción del Hospital de Cruces mostraba su actividad frenética habitual en una mañana de un día laborable. Los usuarios se agolpaban en el mostrador de información, subían y bajaban las escaleras situadas junto al vestíbulo principal o, simplemente, seguían alguna de las líneas multicolores que, partiendo desde el mismo, mostraban el camino para llegar a las distintas áreas del hospital.

Ander conocía perfectamente la UCI de Cruces. Había estado allí varias veces y no necesitaba que ninguna línea guiara sus pasos.

Antes de ir al hospital había parado en una floristería para comprar un centro de flores. Hacía muchísimo que no se acercaba a una. Las orquídeas no eran una opción. Eran las flores preferidas de Amelia. Solo con verlas sentía una punzada en el corazón. Al final la dependienta eligió por él. Un bonito conjunto de rosas de diversos colores.

La sala de espera de la UCI estaba sumida en la penumbra. Los pocos familiares que aguardaban para visitar a los pacientes tenían las miradas perdidas, absortos en sus preocupaciones y tratando de ahuyentar el miedo a perder a sus seres queridos. En el rincón más alejado de la sala descansaba Nekane, la mujer de Arregui. Apoyada contra la pared, utilizaba su anorak de almohada y trataba de echar una cabezada tras una noche en vela.

Gardeazabal había estado junto a su compañero hasta la llegada de Nekane. Había pasado un mal trago cuando tuvo que relatarle lo sucedido en Mungia. La mujer había estado llamando al móvil de su marido a lo largo de toda la noche sin respuesta. Estaba muy preocupada. Por eso, cuando Gardeazabal le explicó lo sucedido, su reacción inicial fue echarle en cara que no la hubiera avisado antes. El inspector sabía que ella tenía razón, pero no se atrevía a decirle por teléfono lo mal que estaba Arregui.

Ander se sentó junto a Nekane, que abrió los ojos al percatarse de la presencia de otra persona.

—Ander —lo saludó y se estiró en el asiento tratando de desperezarse mínimamente—. Disculpa, me he quedado dormida.

—No, por favor, Nekane. Discúlpame tú por haberte despertado. Sé que has pasado unas horas muy duras.

—Terroríficas. De verdad, pensaba que lo perdía. —Nekane ahogó un sollozo.

Ander asintió. Se acercó y le dio un fuerte abrazo hasta que ella

recuperó la compostura.

—Garde me ha contado esta noche lo sucedido en Mungia. La verdad —dijo Nekane—. Estaba muy enfadada con vosotros, pero después me he dado cuenta de que no tenéis la culpa. Iban estaba haciendo lo que siempre ha deseado hacer, proteger a la gente.

—Es su vocación —dijo Ander.

—Sí, un sociólogo policía, tiene gracia —comentó Nekane soltando una risa entremezclada con las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Yo no querría a ningún otro en mi equipo. De hecho, no sé si lo sabrá, pero él fue una petición expresa mía al subcomisario Torres. No había sacado la mejor puntuación en las pruebas, pero en la entrevista personal me ganó. No necesité ninguna otra muestra.

Nekane sacó un pañuelo de papel y se sonó la nariz.

—Gracias por tus palabras, Ander.

—No las merecen. Dime, ¿cómo está ahora Iban?

—Está sedado. Lo mantienen en coma inducido porque hallaron un coágulo en el cerebro producto del fuerte golpe que recibió en la cabeza por la onda expansiva; sin embargo, hace media hora me han dicho que parece que el coágulo se está reabsorbiendo. Si continúa con esa evolución, lo despertarán.

—Esas son buenas noticias —dijo Ander tratando de sonar optimista.

—También tiene múltiples quemaduras en las manos y en un lado del rostro, que no son graves, pero sí dolorosas —dijo Nekane suspirando—. Además, tiene tres costillas y una clavícula rotas. Así todo, no son todos esos huesos rotos lo que más me preocupan.

Ander sabía a qué se refería Nekane, pero se vio en la obligación de hacerle la pregunta.

—¿Qué es lo que más te preocupa?

—Cómo se recuperará del hecho de no haber podido salvar a la chica.

Ambos guardaron silencio. Se miraron a los ojos y asintieron. No necesitaban decir nada más para saber que la rehabilitación sería un camino largo y tortuoso.

—No lo dejaremos solo en ningún momento. Estaremos junto a él durante todo el proceso.

—Lo sé, Ander. —Nekane esbozó una sonrisa. Se la veía muy cansada—. Por cierto, gracias por las flores, son preciosas. En cuanto nos trasladen a planta se las pondré al lado para que den color a la habitación.

Tomó el centro y lo colocó sobre el asiento libre que tenía a su lado.

—Ahora haz el favor de marcharte —dijo la mujer con expresión más severa—. Atrapa a los responsables de la muerte de esa pobre

chica.

—Te aseguro que así lo haremos —contestó Ander levantándose del asiento—. En cuanto se despierte Iban, dile que estamos con él.

—Así lo haré.

Se despidió de esa mujer valiente que había estado tan cerca de enviudar. Enfiló hacia la salida del hospital. Gardeazabal y Alday lo esperaban en la comisaría.

Pero antes de llegar allí, tenía una llamada pendiente. Una llamada que, como pronto descubriría, iba a alterar radicalmente el rumbo de la investigación.

Los pasillos de la comisaría se convirtieron en un foro en donde todo el mundo le preguntaba a Ander por el estado de Arregui. Algunos, lo más jóvenes, se limitaban a bajar la mirada al suelo por timidez o exceso de respeto hacia el inspector. Otros, los veteranos, se lo preguntaban abiertamente, sin ambages. Pero lo que todos los compañeros querían saber era lo que había sucedido realmente en la casa de Gálvez.

Ander salió al paso de todas las cuestiones mediante una fórmula bien proporcionada de frases cortas, lacónicas y rictus circunspecto.

De este modo, finalmente logró llegar a una sala de interrogatorio vacía. Sabía que el resto del Grupo 4 lo esperaba, pero antes tenía que hacer la llamada que le había pedido Lopategui.

Cerró la puerta tras de sí. Sacó del bolsillo la nota que le había dado el director de la división y tecleó los números.

Una voz jovial y despierta contestó tras cuatro tonos. Ander no entendió una palabra de lo que dijo, por lo que supuso que estaría hablándole en sueco.

—¿Estoy hablando con Emil Anderman? —preguntó Ander en castellano.

—Sí, soy yo —dijo con un acento casi imperceptible.

—Buenos días —dijo Ander—. Me llamo Ander Crespo, soy inspector de la policía autónoma vasca.

—Encantado, Ander.

—Estoy impresionado por lo bien que hablas castellano —dijo Ander sorprendido.

—Gracias, pero no es para tanto. Mi familia veraneaba todos los años en Benidorm. Todos los amigos que hice allí eran españoles, por lo que no me resultó tan complicado aprender el idioma. Luego me casé con una madrileña. —Soltó una risotada—. Eso también ayuda.

Ander sonrió ante el comentario del sueco.

—Desde luego que sí. En todo caso, el motivo de la llamada tiene que ver con una cabeza.

—La cabeza, por supuesto —dijo Emil—. Ayer recibimos la

denuncia de un ciudadano que había recibido un paquete postal proveniente de España con una cabeza humana en su interior.

—¿Cuál es su identidad?

—Alexander Nilsson —contestó Emil.

—¿Alexander? —Ander se acarició la frente.

—¿Lo conoces? —preguntó el policía sueco.

—Lo conozco como Alexander Jauregui Nilsson. Tiene relación con un caso que estamos investigando.

—Entiendo —dijo Emil—. El señor Nilsson ejerce de neurocirujano en el Hospital Universitario Karolinska. Apareció en la comisaría totalmente conmocionado a pesar de que su profesión lo lleva a vivir situaciones realmente duras y estresantes. Sin embargo, ayer estaba descompuesto.

Ander frunció el ceño. Estaba claro que Alexander Jauregui era un hombre muy persuasivo. Así lo había demostrado cuando, según las sospechas de Ander, asesinó a su padre y a Andrés Molinero. Entonces no le costó mucho convencer a la policía de su inocencia. Con el paso del tiempo habría perfeccionado sus habilidades para el engaño.

—Supongo que tuvo que ser muy chocante para él —dijo Ander aparentando preocupación.

—Sin duda.

—¿Qué habéis hecho con la cabeza? ¿Nos la habéis enviado? —preguntó Ander.

—Sí. Quedé con tu jefe en que la enviaríamos cuanto antes. Utilizaremos la valija diplomática para agilizarlo todo. Pasado mañana la tendréis en Bilbao, en la dirección que me proporcionó el señor Lopategui.

—Perfecto. Así procederemos a su identificación —dijo Ander.

—Eso es.

—Una última cuestión, Emil —dijo Ander antes de colgar.

—¿Sí?

—¿Dónde vive Alexander Nilsson?

—En el barrio de Östermalm, aquí en Estocolmo —contestó Emil—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, simple curiosidad —dijo Ander apuntando la dirección en una hoja que tenía sobre la mesa.

—De acuerdo, ¿necesitas algo más?

—Nada más. Muchas gracias por tu colaboración.

—Un placer. Adiós.

—Adiós —dijo Ander.

Ander irrumpió en la sala de investigaciones del Grupo 4 agitando un papel. Alday y Gardeazabal interrumpieron su conversación y se lo quedaron mirando intrigados. La hoja era una impresión a color del

retrato de un hombre de unos treinta años, que sonreía a la cámara con el torso girado ligeramente hacia la izquierda. Era la clásica fotografía de anuario. El hombre lucía una barba perfectamente recortada y vestía bata blanca de médico. Mantenía una expresión de seguridad, sin sonreír con los labios, pero mostrando unas pequeñas arrugas en el contorno de los ojos. Ander cogió un par de chinchetas y colocó la imagen junto a la de Lucas Jauregui.

Luego se sentó y se quedó contemplando las dos fotografías. Alday y Gardeazabal se acercaron al tablón e hicieron lo propio.

—Os presento a Abel y a Caín —dijo Ander.

Gardeazabal miró a Ander. Después se giró y volvió a fijarse en ambos rostros.

—¡No me jodas! —dijo Gardeazabal—. ¿No será Alexander Jauregui?

Ander asintió.

—Alexander Nilsson, para ser más exactos.

—¿De dónde has sacado esta foto? ¿Cómo la has conseguido? —preguntó Alday.

—Sentaos, chicos. —Ander se apretó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar para liberar presión—. Estas últimas veinticuatro horas han sido muy duras para todos nosotros.

Gardeazabal bajó la mirada y comenzó a tamborilear en su cuaderno. El recuerdo de su compañero herido tumbado en el césped de la casa de Gálvez aún permanecía fresco en su memoria. Había sentido un miedo real, auténtico. Durante toda la noche temió por la vida de Arregui. Había llegado a pensar que en cualquier momento fallecería y esa posibilidad lo atormentaba. Fue incapaz de echarse en la cama cuando regresó a casa tras dejar a Nekane en el hospital. La adrenalina que le recorría el cuerpo no se lo permitía. Necesitaba vengar a su amigo.

—Arregui está fuera de peligro —continuó Ander—. Pero le queda un largo camino para recuperarse completamente.

—No estará solo —dijo Gardeazabal apretando la mandíbula.

—Por supuesto que no —asintió Ander—. Somos un equipo para todo.

Los tres asintieron.

—Encontraremos a todos los responsables de la muerte de esa chica y de las heridas de Arregui. Creo que Gálvez no es más que la punta del iceberg —dijo Ander recordando a los dos hombres que habían abandonado la casa del director de la clínica antes de que entraran ellos.

—Sin duda era un depravado —dijo Gardeazabal con un gesto de asco en el rostro.

—Sí, pero no creo que fuera un lobo solitario. Hay indicios que

apuntan a alguna clase de organización. Las llamadas registradas, los expedientes de las chicas que nos deja Lucas Jauregui en sus escenas del crimen… Todo apunta a que esto no es obra de una única persona.

—Estoy de acuerdo contigo, Ander. Pero estoy intrigado. ¿Cómo has obtenido la foto de Alexander? —preguntó Gardeazabal.

—Ah, sí, la foto. Esta mañana he recibido la visita del director Lopategui en mi casa.

—¿Moncho Lopategui en persona en tu casa? —preguntó asombrado Gardeazabal.

—El mismo. Me comentó que en la Central de Erandio habían recibido una llamada de la policía de Estocolmo a propósito de una cabeza humana que le había llegado por correo a un ciudadano sueco.

—No me irás a decir que esa cabeza… —dijo Gardeazabal.

—…es la de Ramón Egaña. —Ander terminó la pregunta de su compañero—. Me temo que sí. Y el ciudadano sueco que ha denunciado el macabro envío no es otro que Alexander Jauregui, que en Suecia se hace llamar Alexander Nilsson.

—Parece que el pequeño Alexander nunca tuvo buena relación con su padre, ¿verdad? —dijo Alday.

Ander negó con la cabeza.

—Abel y Caín, Caín y Abel. ¿Quién es quién en este drama? —dijo Ander—. Creo que Lucas pretende esclarecernos esa duda al adoptar la identidad de Abel Borrero[10]. Abel el verdugo. Abel el vengador.

—Quizás Lucas haya sido una víctima de su hermano —dijo Gardeazabal—, pero no podemos olvidar que lleva seis muertes a sus espaldas. Para un policía no deben de existir las buenas causas en los asesinatos. El fin no justifica los medios.

—Es verdad, Garde, pero tampoco podemos ignorar las motivaciones de un asesino. Nosotros no juzgamos, tan solo investigamos y recabamos pruebas. Las sentencias las dejamos para los jueces.

Gardeazabal asintió a regañadientes.

—Hace unos minutos he estado hablando con Emil Anderman, nuestro contacto de la policía sueca. Emil me ha indicado que Alexander ejerce como médico en un importante hospital de Estocolmo. He entrado en la página web del hospital y he encontrado su foto junto a las del resto del personal. Ahora ya sabemos dónde encontrarlo.

—¿Qué hay de la cabeza? ¿Por qué crees que Lucas se la envió a su hermano? —preguntó Alday.

—Quizás como advertencia —dijo Ander.

—¿Estamos seguros de que se trata de la de Ramón Egaña? —preguntó Gardeazabal.

—Prácticamente. Esta semana nos llegará y lo podremos corroborar

—dijo Ander—. Alday, ¿has hecho algún progreso con las búsquedas que te solicité?

El agente regresó a su puesto a consultar la información en el ordenador.

—Recibí los certificados de bienes de Ernesto Jauregui. Tan solo poseía en propiedad el piso de la calle Ercilla. Luego se me ocurrió solicitar también los bienes de Lucas, Alexander y de Astrid.

—Estupendo —dijo Ander.

—Los hermanos no tienen ninguna propiedad en Bizkaia; sin embargo, Astrid sí.

Alday imprimió una hoja que les pasó a sus compañeros.

—Es una vieja casona situada en los montes de Carranza, totalmente aislada y alejada de la civilización.

—¿Tenemos su ubicación? —preguntó Ander.

—Sí, he apuntado sus coordenadas a pie de página —dijo Alday—. Solicité sus consumos a varias compañías eléctricas. Cero. No está dada de alta con ninguna de ellas.

—Podría tener un generador como el de Gálvez —dijo Gardeazabal.

—Creo que solo hay una manera de saberlo —dijo Ander poniéndose en pie—. Voy a hablar con Torres para que coordine la operación. Alday, prepárate.

A las ocho de la noche, todo el dispositivo estaba preparado. Torres había hecho las llamadas pertinentes. Los Bizkor, helicópteros, policías locales, incluso la Guardia Civil; todos coordinados para cubrir cualquier vía de escape en el supuesto de que Lucas Jauregui se encontrara en la casona.

Ander comandaba la operación. Hizo un gesto con la mano y todos los efectivos se abrieron paso a través de la espesura de los matorrales y árboles del bosque en cuyo corazón se hallaba ubicada, convenientemente resguardada de la civilización, la casona de Astrid Nilsson.

La propiedad era de difícil acceso. Alejada de la carretera comarcal, solo se podía llegar a ella en coche a través de una pista forestal que serpenteaba por toda la ladera del monte y se adentraba en el bosque.

Era el lugar perfecto para pasar desapercibido.

Perfecto también para vivir en él un año sin que nadie notase tu presencia.

Perfecto para cometer crímenes sin llamar la atención.

Alday y Gardeazabal flanqueaban a su jefe pertrechados con el equipo de asalto reglamentario: casco, chaleco antibalas y escopeta. Torres dispuso que los helicópteros se mantuvieran a dos minutos de distancia —en modo silencioso y con los focos apagados— para no alertar de su presencia a Lucas. Asimismo, se había cortado el acceso a

la pista forestal con varias dotaciones de la Ertzaintza. La Guardia Civil, por su parte, había desplegado sus efectivos en la frontera de Cantabria para evitar la posible fuga.

Los sonidos del bosque envolvían la noche, únicamente alterados, de tanto en cuanto, por el crujir de una rama seca pisada por la bota de algún policía. Ander podía sentir las respiraciones pesadas de sus compañeros mientras avanzaban apartando las ramas de los arbustos que crecían, salvajes, en la profundidad del bosque.

Tras apartar la última rama, la casona apareció frente a ellos en medio de un pequeño claro. Ander estimó que el edificio de planta única no tendría más de cien metros cuadrados de superficie. Gardeazabal le hizo una seña con la escopeta indicándole un punto en el lateral de la construcción. Se trataba de un gran generador eléctrico cuyo cable entraba en la casa por un orificio practicado en la ventana más cercana.

Las sospechas quedaban confirmadas. La casona estaba habitada.

Ander dio la orden para que los helicópteros se acercaran e iluminaran la zona desde el aire. Después, se giró a las unidades que lo seguían y les indicó que avanzaran realizando una envolvente a la casa. Entraron en el claro. La luz de la luna iluminaba levemente la escena, pero pronto llegarían los helicópteros para inundar todo con su luz.

Ander avanzó pegado a la pared de la casa, giró la esquina y se situó a un lado de la puerta de entrada. El pomo estaba oxidado; sin embargo, el bombín de la cerradura había sido cambiado recientemente. Era nuevo. Por lo demás, la sensación de abandono de la entrada era absoluta: barniz desconchado, zonas astilladas, bajos roídos por ratas silvestres… Nadie habría pensado que en esa casa viviera alguien, si no fuese por el generador y el bombín reluciente, por supuesto.

Uno de los bizkor llegó con un ariete. Ander le hizo una señal de asentimiento con la cabeza y el bizkor propinó dos fuertes golpes entre la cerradura y la jamba con la contundente herramienta. Al segundo golpe, la puerta cedió.

Ander encendió la linterna de mano y avanzó adoptando la técnica Harris: ambas muñecas apretadas, la pistola con la derecha y la linterna alumbrando el camino con la izquierda.

—¡Policía! ¡Lucas, estás rodeado! ¡Sal con las manos en alto! —gritó Ander a la oscuridad de la casona.

Nadie contestó. Nada se movió en el interior. Ander hizo un gesto con la cabeza y todos avanzaron, uno detrás del otro, alumbrando todos los rincones de las estancias. Al cabo de medio minuto habían revisado toda la casa. Estaba vacía.

Pero por lo que habían vislumbrado, no les cabía duda de que ese

era el sitio donde Lucas Jauregui había cometido sus crímenes.

—Inspector Crespo, tiene que venir aquí, al viejo roble que se alza al oeste de la casa. —La voz de un agente sonó en el receptor de Ander.

Todos los que escucharon el mensaje salieron tras Ander. A un lado de la casona, en un punto situado fuera de la visual de la entrada principal, se alzaba un gran roble de majestuosas ramas a escasos cuarenta metros de la finca. Las ramas desnudas se extendían como tentáculos firmes que quisieran aprehender el aire, como guardianes silenciosos del tronco sagrado.

A los pies de ese árbol, apoyado contra el nudoso tronco, reposaba sentado el cuerpo sin vida de un hombre. La escena recordaba muchísimo al crimen de Víctor Hermoso en la iglesia de San Antón. Con una pequeña diferencia. Víctor no tenía una flecha clavada en el pecho.

Ander se agachó frente a él. El rostro, hinchado y azulado, mostraba señales de inicio de descomposición, lo cual no impidió su identificación positiva. Era Carlos Bonaparte.

Carlos tenía la camisa desabrochada, que mostraba el torso desnudo. En medio de este, una flecha de penacho blanco se hundía hasta atravesarle el corazón. Lucas le había realizado un profundo corte vertical en el tórax, para que se observara con claridad que la saeta había alcanzado el órgano. De la profunda herida sobresalían multitud de larvas e insectos que se daban un festín con el tejido orgánico y la sangre coagulada del fallecido. Ander sacó el teléfono y llamó a su jefe.

—Torres, tenemos otro cadáver. Es Carlos Bonaparte, el profesor de Ingeniería desaparecido en julio. Necesitamos forense y juez de guardia —dijo. Asintió varias veces mientras escuchaba la contestación Torres—. De acuerdo, subcomisario. No olvide enviar un par de patrullas para indicarles el camino.

El inspector miró a su alrededor hasta localizar a Gardeazabal. Le hizo una seña con la mano para que se aproximara.

—Garde, quiero que asegures la escena del crimen. Que nadie se acerque a menos de cinco metros de la víctima hasta que venga el equipo forense.

—De acuerdo, jefe.

Ander se dirigió hacia la casona. El paraje era deprimente, rezumaba muerte por todos los poros. Sintió que su corazón le palpitaba más pesadamente, como si él también se hubiera contagiado del ambiente lúgubre del lugar. Lucas se había escapado, y con él las respuestas sobre la suerte que había corrido Enara en 1999.

Apartó ese pensamiento de la mente y se centró en coordinar al resto de las unidades. Envió a la mayoría de los efectivos a peinar los

alrededores. Distribuyeron a los agentes en grupos que, partiendo de la casona, avanzaban hacia el interior del bosque procurando no dejar vías de escape entre ellos. Las unidades caninas, que habían husmeado el interior de la casa, guiaban a los policías. En total más de trescientos efectivos registrando la zona con el apoyo de dos helicópteros cuyos focos barrían constantemente la negrura de la noche.

—Inspector Crespo, ¿tienes un minuto?

La pregunta vino de Quique Urtasun, jefe de la Unidad de la Policía Científica.

—Dime, Quique.

—Entra conmigo, quiero enseñarte lo que hemos encontrado —dijo Urtasun.

Obligó a equiparse con calzas, guantes y gorro a Ander antes de entrar en la casona. Tras la irrupción multitudinaria previa, el acceso a la vivienda había quedado limitado estrictamente a los miembros de la policía científica. Dentro, tres equipos al completo procesaban, una por una, las estancias de la casona. Ander vio un gran número de bolsas de pruebas etiquetadas en el suelo a medida que avanzaba. El número de muestras biológicas era abrumador.

Alguien había encendido el generador eléctrico y toda la casa estaba iluminada. Atravesaron el vestíbulo, la sala y entraron en un pasillo en forma de L. Varias puertas se abrían a ambos lados de ese pasillo. Una de ellas daba a una cocina descuidada, llena de platos y cacharros sin lavar. Lucas no tenía previsto regresar. Otras dos puertas conducían a las habitaciones. La primera de ellas, ordenada y bien amueblada, era presumiblemente la de Lucas; la segunda, por su parte, solo contaba con un armazón metálico de cama atornillada al suelo, sobre el que reposaba un viejo jergón sucio e insalubre. De las cuatro patas metálicas de la cama colgaban largas cadenas terminadas en juegos de esposas.

—En esta habitación tendremos horas de trabajo —apuntó la voz amortiguada de Urtasun.

—Aquí es donde ha estado secuestrado Carlos Bonaparte los últimos cinco meses. —Ander se tapó la nariz con la mano—. Este sitio apesta.

—Si esta habitación te ha espantado, espera a ver el estudio.

—¿Qué estudio? —preguntó Ander.

—El estudio de un artista del crimen —dijo Urtasun mostrándole el camino.

Giraron hacia la derecha siguiendo el pasillo. Un pequeño tramo conducía a una gran puerta de nogal oscura como la noche. Oscura como el corazón que alimenta la venganza. Tiraron de la puerta y entraron en el estudio de Lucas Jauregui.

Lo primero que llamó la atención de Ander fue la gran mesa de

acero que, a modo de isla, ocupaba el centro. Se trataba de una mesa del mismo tipo que las utilizadas en el Instituto Vasco de Medicina Legal. Ander tragó saliva. Era una mesa de autopsias.

—Pero ¿qué narices…? —dijo Ander avanzando hacia la mesa.

La mesa estaba inmaculada. A su alrededor todo estaba igualmente limpio y ordenado. Cada instrumento ocupaba su lugar, como si Lucas hubiera aplicado el método de las cinco S a su práctica criminal. En un tablón, que ocupaba toda la pared izquierda, se alineaban la motosierra, las sierras de distinto tamaño, los martillos, las tenazas, los cuchillos de carnicero, las sogas, las maromas, las bridas, las esposas y las cadenas. En la pared contraria había un gran fregadero y a su lado una encimera de un par de metros de largo.

—Esta zona parece estar bastante limpia —dijo Urtasun—; sin embargo, creemos que el asesino se ha limitado a limpiar con agua y jabón. No vemos restos de lejía ni de cualquier otro desinfectante industrial. Le hemos aplicado luminol al suelo y ha cogido más color que un cuadro de Van Gogh.

—Rastros de sangre por todo el suelo —dijo Ander.

—Sí, apenas ha habido un centímetro del piso que se haya salvado del azul.

—Está bien. Procesad toda la casa. Removed todo: rodapiés, bajos de armarios, muebles… Todo.

—Así lo haremos, Ander.

—En cuanto tengáis todas las muestras, quiero que las crucéis con el ADN de las siete víctimas de Lucas Jauregui.

—De acuerdo.

—Total prioridad, Quique. Cuando tengas los resultados, envíaselos al agente Alday.

—Descuida —dijo Urtasun.

Ander volvió al exterior. Los helicópteros seguían sobrevolando la zona, aunque cada vez se alejaban más del claro. Los agentes avanzaban por el bosque sin dar con Lucas Jauregui.

Había muy pocas posibilidades de que el gemelo aún siguiera en las inmediaciones. Ander era consciente de ello. Carlos Bonaparte llevaba varios días muerto. Con toda seguridad, los mismos días que les llevaba Lucas Jauregui de ventaja. Conociendo su habilidad para camuflarse y adoptar la apariencia y personalidad de cualquier otra persona, Lucas no habría tardado en abandonar Euskadi.

Y Ander intuía cuál era su nuevo destino.

Pero la búsqueda debía de continuar. Peinarían la zona hasta asegurarse de que no se escondía en ningún rincón próximo.

Media hora después, la furgoneta del Instituto Vasco de Medicina Legal subía por la pista forestal hasta la casona precedido de un coche patrulla de la Ertzaintza. En el interior del coche venía la jueza de

guardia, Dolores Ríos. Ander había trabajado varias veces con ella. Era una jueza exigente pero justa. Se acercó a recibirla.

—Inspector Crespo, póngame al corriente de la situación —dijo Dolores al bajarse del coche.

—Esta es la guarida en la que se escondía Lucas Jauregui. Tenemos fundadas sospechas de que aquí cometía sus crímenes. Por otro lado, nos hemos encontrado con otro cadáver en la parte trasera de la propiedad. —Ander señaló las ramas del gran roble que sobresalían del tejado de la casona.

El equipo de apoyo logístico había ubicado varios focos en todo el perímetro del claro, de tal modo que la visibilidad era total. Ander acompañó a la jueza hasta el cadáver de Carlos Bonaparte. En ese momento, Gamboa se unió al grupo.

—El séptimo asesinato, ¿no es así, Ander? —dijo el forense apartando el precinto y acercándose al cadáver.

—Así es, Javier.

Gamboa posó el maletín junto a unas grandes raíces que sobresalían del suelo. Sacó la linterna y unas pinzas largas. Se acercó a la herida del pecho, cogió varias larvas con las pinzas y las introdujo en una bolsa de plástico que pasó a etiquetar y sellar inmediatamente. Después observó la herida con más detenimiento, negando con la cabeza a medida que analizaba el tajo realizado en el pecho de Carlos Bonaparte.

—El corte en el tórax es perimortem. Le asaetó y luego le sajó —dijo Gamboa.

El forense continuó con la inspección ocular. Apretó con su mano enguantada un hematoma en el pecho de Bonaparte, movió su brazo inerme y atendió a la hinchazón del rostro. Sacó el termómetro y lo aplicó en el hígado de la víctima.

—Me atrevería a decir que este hombre lleva cuarenta y ocho horas muerto —dijo Gamboa.

La jueza tomaba nota de las indicaciones del forense.

—Doctor, ¿podría decirnos la causa? —preguntó.

—Un flechazo en medio del corazón. Una herida mortal de necesidad. —Gamboa se giró para dirigirse a Dolores Ríos—. El asesino ha abierto el pecho para cerciorarse de que había dado en el centro de la diana.

—Tan sádico como de costumbre —apuntó la jueza, que no dejaba de anotar las conclusiones de Gamboa.

—Javier, ¿puedes mirar si tenemos nota? —preguntó Ander.

—¿A qué se refiere, inspector? —dijo extrañada la jueza.

—Lucas Jauregui, nuestro asesino, acostumbra a dejar una nota, a modo de firma, dentro de la boca de cada víctima —respondió Ander.

—Entiendo —dijo la jueza arqueando las cejas.

Gamboa abrió la boca de Carlos Bonaparte e introdujo las largas pinzas. Tiró con suavidad y sacó una hoja doblada varias veces. La desdobló con sumo cuidado, la introdujo en una bolsita de pruebas y se dispuso a leer el contenido en voz alta:

—«No soy yo quien no atina. H9». ¡Menudo sentido del humor más macabro que tiene nuestro amigo! —dijo el forense—. Pues a mí sí que me parece que ha atinado con la flecha. En pleno corazón.

—Un humor muy peculiar, sí. Sus notas son muy reveladoras. —Ander se dirigió a la jueza—. Como le he comentado antes, es una de sus firmas. Son fragmentos de un libro de historia. La Historia de Heródoto, concretamente.

—¿Y les han proporcionado alguna pista esos textos? —preguntó la jueza horrorizada ante la visión del crimen.

—A decir verdad, no mucho. Son más bien una puesta en escena. No acabamos de entender su significado, únicamente hemos logrado identificarlos y comprobar que los asesinatos siguen una secuencia descendente, una cuenta atrás —dijo Ander.

—Y esta víctima, ¿qué número representa en esa cuenta atrás? —preguntó la jueza.

—El número tres. Lo que nos indica que aún quedan dos víctimas más —dijo Ander mirando hacia las altas ramas del roble.

—Entiendo, inspector —dijo la jueza—. Señor Gamboa, en cuanto finalice con sus tareas de inspección, puede proceder al levantamiento del cadáver. Me parece que nos espera a todos una intensa noche de papeleo.

—Ciertamente, señoría —dijo Ander—. Ciertamente.

Capítulo 22

La búsqueda de Lucas Jauregui continuó infructuosamente durante toda la madrugada del miércoles. En la casona no hallaron ningún indicio que respaldara la idea de que Lucas había pasado las últimas horas allí. Como sucedía desde su primer crimen, él iba varios pasos por delante de la Ertzaintza.

Tras el asesinato de Ignacio Gallego, Ander pensó que habían logrado reducir la distancia, que el cerco se cerraba y creyó realmente que en cualquier momento acabarían deteniéndolo. Sin embargo, el hallazgo del cadáver de Carlos Bonaparte había demostrado que esos pensamientos no habían sido más que fruto de la ilusión. Espejismos.

En cuanto la policía científica hubo concluido su trabajo, Ander envió a su equipo a descansar a casa. Los necesitaba frescos. Quedaron en reunirse en la comisaría a las cuatro de la tarde. Las últimas horas habían sido muy intensas para todos ellos, sus cuerpos y mentes requerían un respiro urgente.

También rechazó la oferta de Gamboa de asistir a la autopsia de Carlos Bonaparte. No le gustaba presenciarlas. No porque temiese a la muerte, más bien al contrario, la aceptaba como una parte inevitable del proceso vital; el reverso de una misma moneda, en la que a la vida le correspondía la cara y a la muerte la cruz. Pero lo que no soportaban sus nervios era el exhibicionismo visceral, la apertura en canal de los cuerpos inertes. Prefería esperar a recibir el informe preliminar del forense de guardia.

Llegó a casa con los primeros rayos del alba. El segundero del reloj de la cocina marcaba el compás de sus pensamientos mientras se preparaba un café bien cargado. Abrió la despensa y rebuscó entre las latas y los paquetes de galletas en busca de la caja de Ferrero Rocher que guardaba para las ocasiones especiales o para cuando, como en este caso, necesitaba espabilar las neuronas. La conjunción del praliné, la avellana y el café caliente surtió efecto. Al menos durante la media hora que duró el paseo para que Gorritxo estirase las patas. Los pájaros canturreaban en las copas de los árboles dando la bienvenida al nuevo día y Ander aprovechó ese lapso de paz bucólica para reflexionar sobre sus próximos pasos. Había llegado a una encrucijada en la que tenía que elegir qué camino tomar. Quedarse quieto no era una opción. Una vez tomada la decisión, regresó apresuradamente a casa a sacudirse el sueño que ya entumecía su cerebro.

Consciente de que las próximas horas serían fundamentales para la investigación, se obligó a echarse en el sofá. Antes se aseguró de que la puerta de la entrada estuviera cerrada. No quería que nadie tuviera la tentación de colarse en su casa mientras dormía. Bajó la persiana, dejó la sala en penumbra y se recostó en uno de los mullidos cojines.

Durmió profundamente durante varias horas hasta que la vibración de su teléfono móvil lo arrancó de la nebulosa de los sueños. Ander emitió un gemido quejumbroso mientras trataba de localizar el móvil a tientas. Estaba sepultado bajo un par de informes. Los apartó y estiró el cuello para ver quién llamaba.

Era Gamboa. La hora: las doce y media del mediodía. Contestó la llamada.

—Javier, ¿qué sucede?

Ander sintió una fuerte presión en la mandíbula producida por su bruxismo. Los ojos le picaban del sueño y se masajeó los párpados.

—Buenos días, Ander. —La voz del forense sonaba cantarina al otro lado del receptor.

—Buenos días.

—Necesito que te pases por el instituto —dijo Gamboa—. Sé que no te gustan las autopsias, pero hay algo que tienes que ver con tus propios ojos.

—¿Has encontrado algo raro en el cadáver de Carlos Bonaparte?

—Exactamente.

—¿De qué se trata? —preguntó Ander.

Hubo un silencio momentáneo en la línea.

—Si no te importa, prefiero que vengas a verlo en persona.

—Por supuesto —aseguró Ander—. Dame veinte minutos.

—Tranquilo, aquí estaremos Carlos y yo.

—Entonces, hasta ahora. —Ander obvió el sarcasmo. Estaba demasiado dormido para apreciar los chistes macabros.

Se duchó rápido. Se puso un pantalón negro, una camisa a cuadros verdes y blancos, la chaqueta de la Ertzaintza, unas botas negras de caña alta y salió a toda prisa en dirección al Instituto Vasco de Medicina Legal.

El tráfico de Bilbao un mediodía cualquiera ya es de por sí caótico, pero si, además, esos días son previos a las vacaciones navideñas, el desorden circulatorio se multiplica exponencialmente. Tras atajar por rutas alternativas, finalmente logró llegar al instituto, aunque mucho más tarde de los veinte minutos que le había prometido a Gamboa.

El forense lo esperaba en la sala de autopsias.

—¡Acércate! —lo invitó desde detrás de la mesa de acero.

Ander avanzó sin apartar la vista del torso de Carlos Bonaparte, que estaba abierto desde la garganta a la cintura como si de un libro de gran formato se tratara. Cuando logró liberarse del magnetismo de esa

imagen, fijó la atención en el punto que le señalaba Gamboa. Entonces cayó en la cuenta de que el forense había rapado la cabeza de Carlos.

—Parece que nuestro asesino disfruta dejando mensajes. —Gamboa apoyó el dedo índice en la coronilla del fallecido.

Tal como decía el forense, Lucas Jauregui había tatuado con tinta azul oscura todo el cráneo de Carlos Bonaparte. Como cabía esperar, tanto las letras como las líneas eran muy irregulares, sin duda eran obra de la mano de un tatuador inexperto. Sin embargo, el mensaje se leía a la perfección: «Cava y sácalas a la luz. Cava y encuentra la paz. BBVA, caja de seguridad n.º 777. H9».

Ander sacó el móvil y le hizo una foto a la cabeza pelada de Carlos Bonaparte.

—¿Te das cuenta de lo que implica este mensaje? —preguntó Gamboa.

Ander asintió mientras devolvía el teléfono al bolsillo de su pantalón.

—Que Lucas Jauregui tuvo que rapar el pelo de Carlos Bonaparte, escribir el mensaje y esperar a que le creciera lo suficiente como para ocultar lo escrito a los ojos de todo el mundo.

—De todos menos de ti —dijo Gamboa—. La paciencia y planificación de este hombre es asombrosa. Parece mentira tanto control en un asesino en serie tan despiadado.

—Él no es el clásico asesino en serie —dijo Ander—. Es un ángel vengador.

Gamboa hizo un mohín de asombro.

—Pues se estará quedando a gusto el angelito —dijo el forense avanzando por un lado de la mesa de autopsias hasta llegar a la altura del pecho del cadáver—. La flecha atravesó el corazón de Bonaparte. De eso no cabe la menor duda. Mira aquí.

Ander se acercó a observar la pequeña abertura que le indicaba Gamboa en medio del corazón.

—Esta herida fue mortal de necesidad —afirmó el forense apoyando ambas manos en el borde de la mesa.

—¿Confirmas la hora de la muerte que apuntaste en Carranza?

—Sí. Murió hace dos días, la madrugada del lunes —dijo Gamboa categórico.

—Lo que le proporcionó a Lucas el tiempo suficiente para planificar su fuga —dijo Ander.

—¿Crees que ha huido?

—Sin duda. Me extrañaría mucho que volviéramos a verlo actuar en Euskadi —dijo Ander—. Pero esto no es más que mi intuición.

—Para mí, palabra de notario —dijo Gamboa llevándose la mano al pecho.

Ander rio y le dio una palmada en el hombro al forense.

—Me tienes en demasiada estima, Javier.

—Pues yo no soy de los que alaban a la ligera. Así que valora mis palabras en su justa medida, amigo mío.

—Gracias. Así lo haré —dijo Ander y se dispuso a abandonar la sala.

Gamboa se quitó gafas, gorro y guantes y acompañó a Ander hacia la salida. Pasaron por los iluminados y nacarados pasillos del instituto, donde no se oía ni el vuelo de una mosca. Cuando llegaron a la puerta de salida, el doctor adoptó una expresión seria.

—¿Habéis avisado a la viuda de este hombre? Me he enterado de que la mujer ha estado buscándolo sin descanso durante los últimos meses.

Ander recordó la visita que habían realizado Miren y él al domicilio de Teresa Garrido la semana anterior. De pronto se le ocurrió que sería buena idea que fuera la propia Miren la que notificara a la viuda la aparición del cadáver de su marido. Miren y Teresa habían construido una relación de confianza y mutuo respeto que podría ayudar en el inevitable momento en el que Teresa se derrumbara por la noticia.

—Así es, la mujer acudía cada viernes a la comisaría de Miribilla a preguntar por cualquier avance en la investigación de la desaparición de su marido. La pobre mujer siempre regresaba de vacío.

—Maldita sea. No me gustaría estar en su pellejo. Ha tenido que vivir un auténtico infierno —dijo Gamboa rascándose la marca dejada por el gorro de tela.

Ese día Miren no estaba de servicio. Había ido a comer con una amiga y tenía planes; sin embargo, cuando Ander le explicó el motivo de la llamada, accedió sin dudar a acompañarlo a la casa de Teresa.

Ander estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no la vio llegar.

—Aquí estoy, inspector —dijo Miren con expresión seria—. Hagámoslo cuanto antes. Teresa se merece conocer la verdad por nuestra boca antes que por los medios de comunicación.

—Por supuesto. De todos modos, deja que sea yo quien le dé la noticia.

—Adelante —dijo indicando con el brazo derecho el portal de Teresa.

La notificación de un fallecimiento se encontraba entre las tareas más ingratas que un policía tenía que llevar a cabo. No en vano, la muerte de un ser querido es algo que, en mayor o menor medida, rompe a cualquiera. En ocasiones, las personas aguantan el tipo, pretenden no mostrar su dolor desgarrador en público, con el propósito de vivir el duelo en privado, en la intimidad de su soledad;

sin embargo, en la mayoría de los casos lo que sucede es el derrumbe del familiar.

Ese fue el caso de Teresa Garrido.

Al principio, cuando Ander le dio la noticia, ella no quiso aceptarla. Incapaz de asumir la realidad, rechazaba de plano la idea de una vida sin su pareja. Luego vino el desmoronamiento. Hundió la cara en las manos y comenzó a llorar desconsolada, con unos llantos desgarradores que provocaron que sus vecinos se asomaran por el hueco de la escalera.

Miren le pasó el brazo por los hombros y accedieron al interior del domicilio. Mientras la acompañaba al sofá, Ander se dirigió hacia la cocina para prepararle una infusión. Tras abrir varios cajones y armarios, logró hacerse con todos los utensilios. Cuando apareció en la sala con el té, Teresa estaba más calmada. Se aferraba a las manos de Miren y lloraba en silencio.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —acertó a preguntar tras darle dos sorbos a la infusión.

—En Carranza —dijo Ander—. Fue secuestrado por el asesino que ha cometido otros seis crímenes en Bilbao estas últimas semanas.

Teresa asintió.

—Pero ¿por qué a Carlos? —se lamentó. Posó la taza en la mesita de centro que había frente al sofá—. Él jamás hizo mal a nadie.

—Lo desconocemos, Teresa. Estamos investigando las motivaciones del asesino; sin embargo, es posible que no hubiera un porqué. Tal vez la respuesta sea que Carlos se encontraba en el lugar equivocado, en el momento equivocado —dijo Ander.

—¡Dios mío! Esto es una pesadilla. —Teresa negaba con la cabeza.

Miren y Ander se miraron con cara de circunstancias. En silencio, esperaron a que Teresa plantease más dudas o preguntas.

—¿Sufrió? —dijo mirando fijamente a Ander, como queriendo adivinar si camuflaba una mentira entre sus palabras.

—No. Fue una muerte rápida —dijo Ander.

Teresa bajó la cabeza y se sonó la nariz con uno de los pañuelos que tenía sobre la mesa. Ander aprovechó ese momento de serenidad de la mujer para lanzarle la pregunta que le rondaba la cabeza desde que habían entrado en la vivienda.

—Perdona que te haga esta pregunta en este momento, Teresa, pero ¿tenéis una caja de seguridad en el BBVA?

La mujer dejó de sonarse la nariz y se lo quedó mirando sorprendida.

—Nosotros no tenemos cuenta en el BBVA. Todo lo tenemos en el Santander —contestó.

—Entiendo, pero ¿existe alguna posibilidad de que tu esposo tuviera una sin tú saberlo? —dijo Ander.

—Rotundamente no. Mi marido y yo nos lo contábamos todo —dijo ella molesta.

Teresa se levantó con brusquedad. Sus labios dibujaban una tensa línea y le temblaba ligeramente la barbilla, mezcla de la pena y de la rabia que sentía en ese momento.

—De verdad que os agradezco que hayáis venido a informarme de la muerte de mi marido. Pero, ahora, si no os importa, quiero estar sola —dijo y se dirigió a la puerta de salida.

—Por supuesto —dijo Ander incorporándose del sofá.

Una vez en la puerta, Miren volvió a tomar las manos de la viuda y le dijo calmadamente:

—Teresa, sé que te ha molestado lo que te ha preguntado el inspector Crespo. Pero en el caso de que descubriéramos que, efectivamente, existe una caja de seguridad a nombre de tu marido ¿permitirías que la Ertzaintza la abriera?

Teresa bajó la vista y se mordió el labio inferior. En ese momento libraba una disputa interior entre lo que creía que debía hacer y lo que el cuerpo le pedía hacer. Entre lo racional y lo visceral. Finalmente alzó la vista y miró directamente a los ojos de Miren.

—Estoy segura de que no existe tal caja. Pero sí, Miren, autorizo que la abráis. Pero solo porque me lo has pedido tú. Siempre te has portado bien conmigo, nunca lo olvidaré. —Teresa volvió a sollozar y se fundió en un largo abrazo con Miren.

Una vez en la calle, Ander llamó a Alday para que preguntara en el BBVA si Carlos Bonaparte tenía una caja de seguridad en su entidad. Le dijo que, en caso afirmativo, les preguntara también si se trataba de la caja número 777.

—¿Lo de la caja de seguridad es cierto? —dijo Miren cuando Ander colgó—. Pensaba que ibas de farol.

—No, qué va, es cierto. Al menos eso es lo que afirma Lucas Jauregui. Nos ha transmitido esa información mediante una nota la mar de original.

—¿Cómo es eso? —Miren arqueó una ceja.

—Tatuada en el cuero cabelludo de Carlos Bonaparte —dijo Ander.

—¿En serio? —dijo Miren sorprendida—. Este asesino es un hombre muy cruel.

—Ciertamente, lo es —dijo Ander—. Ya sé que esto puede sonar muy precipitado, pero ¿te gustaría acudir a la reunión de grupo que tenemos ahora en Deusto?

Miren se quedó de una pieza. El inspector de homicidios más laureado de la policía autónoma vasca en persona la estaba invitando a sumarse a la investigación, aunque fuera extraoficialmente.

—Bueno, no me tienes que contestar ahora —dijo Ander irónico.

—Sí, sí, claro que quiero. Será un honor —dijo Miren emocionada.

—Entonces, no perdamos el tiempo. Aún tenemos mucho que hacer —dijo Ander desbloqueando las puertas del coche.

En el camino a la comisaría, Ander puso a Miren al día de los últimos acontecimientos: el descubrimiento de la identidad de H9, los sucesos en la casa de Gálvez y el registro de la casona de Carranza. Miren escuchaba con suma atención. En un momento dado de la conversación, surgió el tema.

—Te preguntarás por qué te estoy involucrando de pronto en nuestra investigación y por qué no lo he hecho antes —comentó Ander.

—La verdad es que sí. Claudio y yo somos el enlace de la policía municipal en este caso. Nuestra labor es meramente auxiliar, de control del orden público. Nosotros informamos de todo a Otamendi. —La boca de Miren trazó media sonrisa—. Corrijo, lo informamos de casi todo. Nuestras pesquisas extraoficiales quedan al margen —dijo refiriéndose a la obtención del video de Moda Ribera—. En realidad, no participamos en la investigación de los homicidios.

—Tienes razón, Miren. Y seguirá siendo así mientras vistas el uniforme de policía municipal. Pero los días que no lo hagas, como hoy, y siempre y cuando a ti no te plantee ningún problema moral o laboral, me gustaría saber que puedo contar contigo para algo más que para regular el tráfico —dijo Ander guiñándole un ojo.

—Muy gracioso —contestó Miren riéndose mientras sacudía la cabeza.

—Este año vuelven a sacar bastantes plazas para la Ertzaintza. Te quiero dentro, Miren. Sin excusas. He visto tus pruebas en la última oposición. Fueron brillantes.

—De poco me sirvieron. Caí en el psicotécnico. Se ve que buscaban otro perfil de agente —dijo Miren con un punto de amargura.

—Sin excusas. No te escudes en ellas. Tú prepara bien las pruebas y el resultado llegará. Saca plaza y tendrás un hueco esperándote en el Grupo 4. ¿Entendido? —dijo Ander al aparcar el coche.

—Entendido, je-fe. —Miren remarcó intencionadamente las sílabas.

Tomaron el ascensor desde el aparcamiento de la comisaría. Atravesaron la gran sala de la División de Investigación Criminal, en donde se encontraban la gran mayoría de los puestos de los agentes e inspectores que esa división tenía asignados en la comisaría, y entraron en la sala de investigaciones del Grupo 4. Alday y Gardeazabal aguardaban dentro.

—Buenas tardes, chicos —saludó Ander—. Hoy no vengo solo, me acompaña Miren Zarandona, de la policía municipal de Bilbao. Garde, Alday, vosotros ya la conocéis.

—Claro que sí. Ella fue la que nos proporcionó el video gracias al

cual pudimos identificar la furgoneta de Lucas Jauregui, ¿verdad?

—Eso es —dijo Ander.

—Un placer, Miren —dijo Gardeazabal estrechándole la mano.

—Gracias, Gardeazabal —contestó Miren devolviéndole el fuerte apretón al inspector.

—Bienvenida. Yo soy Mikel Alday —dijo desde detrás de su pantalla el joven agente.

—Gracias, Alday. —Miren lo saludó con la mano.

Ander le indicó una silla junto a la mesa y Miren se acomodó en ella.

—Bien, ahora que las presentaciones están hechas, vayamos al grano —dijo Ander—. Alday, ¿qué te ha dicho el BBVA?

—Me han confirmado que existe una caja a nombre de Carlos Bonaparte en la central de la Gran Vía. No me han querido confirmar si se trata de la número 777, y me han dejado bien claro que no permitirán su apertura si no es con la autorización del titular (imposible), de sus herederos (en ese caso habría que esperar a la formalización de la declaración de herederos o del testamento) o por orden judicial.

—Entonces, habrá que ponerse en contacto con la jueza Dolores Ríos —dijo Ander sacando el teléfono.

—Ya lo he hecho, jefe —dijo Alday mostrando una dentadura brillante y perfecta—. Nos la envía esta misma tarde.

—Eres el mejor, Alday —dijo Ander.

El agente sonrió negando con la cabeza.

—De todos modos, no podremos ir hasta mañana. La sucursal está cerrada.

—Está bien. Mañana a primera hora iremos tú y yo, Garde —dijo Ander.

—De acuerdo. —Gardeazabal apuntó la cita en su cuaderno.

Ander hojeó los nuevos informes que estaban sobre la mesa. La mayoría eran de la policía científica, y otros eran informes de las distintas unidades que habían formado parte de la operación de búsqueda de Lucas Jauregui. La policía científica había hallado huellas dactilares de Lucas y de todas sus víctimas, salvo las de Ignacio Gallego, al que probablemente no llegó a llevar a su guarida. Los informes de las muestras de ADN y de las fibras tomadas de la casona de Carranza tendrían que esperar más tiempo.

—Estos resultados confirman nuestra línea de investigación. Lucas Jauregui secuestraba a sus víctimas, las asesinaba de modo que se adecuaran al crimen de la Historia de Heródoto que quería replicar, y luego las llevaba hasta el escenario elegido para esa representación —dijo Ander indicándole a Miren el mural en donde estaban los datos más significativos de cada asesinato.

Miren se detuvo en cada uno de ellos y trató de asimilar la mayor cantidad de información posible.

—Solo nos queda detenerlo antes de que vuelva a matar —dijo Gardeazabal—. Quién sabe dónde se encuentra en estos momentos.

—Lejos, muy lejos. Probablemente a miles de kilómetros —dijo Ander.

—¿Es lo que crees? —preguntó Gardeazabal sorprendido ante la seguridad con la que se había expresado su jefe.

—Totalmente. Si estamos en lo cierto, a Lucas le quedan dos asesinatos por cometer. Pero tengo la intuición de que no los llevará a cabo en Euskadi —afirmó Ander.

—Espero que tengas razón —dijo Alday—. ¿Dónde crees que serán?

—En Suecia —dijo Ander.

—¿Suecia? —dijo Miren girándose hacia Ander.

—Sí. Es donde viven su madre y su hermano —dijo Alday.

—No es más que una intuición —dijo Ander evitando profundizar en la idea—. Tenemos que tratar de encontrar el rastro que ha podido dejar Lucas en su huida. Torres se está ocupando de la coordinación interpolicial y nos tiene al tanto de todas las novedades. Por nuestra parte, tenemos que descubrir qué se esconde en esa caja de seguridad cuya existencia Carlos Bonaparte ocultó a su propia esposa.

—Mañana lo sabremos —dijo Gardeazabal.

—Así es. Mañana a las ocho nos vemos aquí, Garde. Iremos a la sucursal antes de que abran al público —dijo Ander—. Miren, tú quédate todo el tiempo que quieras. Lee el expediente del caso y siéntete libre de marcharte cuando te apetezca.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—Sí. Voy a ver si encuentro a Iker Arteaga. Es nuestro asesor en materia histórica —dijo a modo de aclaración al ver la cara de extrañeza de Miren—. Nos vemos.

No le resultó nada difícil encontrar a Iker Arteaga. El profesor se encontraba en la taberna Historias de ayer corrigiendo exámenes del primer semestre. Ander subió a la entreplanta y le mostró las fotografías de Carlos Bonaparte en Carranza y la del mensaje grabado en su cuero cabelludo.

—Increíble —dijo Iker al observar el mensaje en la coronilla de Bonaparte—. Este método para transmitir un mensaje lo conozco bien. Veo que has traído el ejemplar de la Historia que os di. Pásamelo, por favor.

—Aquí lo tienes. —Ander le entregó el volumen.

Iker comenzó a hojearlo hasta llegar al apartado deseado.

—Terpsícore, libro quinto, párrafo treinta y cinco. Narra el ardid urdido por Histieo, líder milesio que se hallaba retenido en Susa por

Darío para prevenir posibles revueltas de los jonios. Este Histieo te resultará familiar porque su muerte fue escenificada en el parque de Montefuerte —apuntó Iker. Ander asintió al recordar el pasaje que narraba la suerte sufrida por Ramón Egaña—.

»Como iba diciendo, al ver Histieo que no tenía modo seguro de hacer llegar un mensaje a su gente de Mileto, él mismo rasuró la cabeza de uno de sus sirvientes y le grabó el mensaje. Luego esperó a que le creciera el cabello y lo despachó a su ciudad natal con la orden de que el receptor de ese mensaje le cortara el pelo a navaja.

—No deja de impresionarme la paciencia con la que Lucas Jauregui llevó a cabo este plan. En el caso de esta víctima, ha tenido que retenerlo durante seis meses solo para que encontráramos el mensaje en el momento elegido por él.

—La verdad es que requiere una paciencia y planificación fuera de lo común —dijo Iker.

—Lucas ha planeado durante meses su venganza. Cada paso que da está perfectamente medido. Su puesta en escena ha sido intachable hasta el momento —dijo Ander—. ¿Qué me puedes decir de su último asesinato? Carlos Bonaparte murió atravesado por una flecha.

—Es un ejemplo, de los muchos que da Heródoto, que muestra la crueldad del monarca persa Cambises. Mira, está aquí. —Abrió el libro unas páginas más atrás—. En este caso en concreto, la víctima de la locura de Cambises fue su más fiel sirviente, Prejaspes. El monarca le preguntó a Prejaspes por el concepto que los persas tenían formado sobre su persona. Prejaspes le contestó que lo tenían en gran estima, pero que no alababan su gusto por el vino. Enfurecido Cambises ante tal comentario, decidió probarle a su sirviente que en nada atinaban los persas al pensar que el vino cegaba la razón de su monarca.

»Entonces, bebido como sin duda estaba, cogió un arco y le disparó una flecha al hijo de Prejaspes, que se encontraba en la antesala. Tras cometer este crimen inhumano, el cruel Cambises mandó abrir el pecho del chico para certificar que la flecha había alcanzado el corazón del chaval. A la vista de la diana, Cambises dijo lo siguiente: "¿No ves claramente, Prejaspes, que no soy yo quien, perdido el juicio no atina, sino los persas los que están fuera de tino y razón?".

—«No soy yo quien no atina» —dijo Ander—. Ese es el mensaje que ha dejado dentro de la boca de Carlos Bonaparte.

—Pues eso convierte a Lucas en la reencarnación de Cambises —dijo Iker atusándose el pelo y perdiendo la vista en la pared contraria.

Ander observó los exámenes que se apilaban sobre la mesa. A la derecha del profesor había un par de ellos con correcciones y una nota redondeada en la parte superior del folio. A su izquierda, un grueso montón de exámenes sin corregir.

—No te entretengo más, que tienes mucho trabajo aquí —dijo

señalando el gran montón de hojas—. Como siempre, nos has sido de gran ayuda.

Se despidieron y Ander decidió volver a casa a repasar el expediente del caso en busca de alguna información que pudieran haber pasado por alto.

Capítulo 23

Ocho y cuarto de la mañana. La Gran Vía de Don Diego López de Haro amanecía con el habitual flujo de transeúntes, autobuses y vehículos que atravesaban la principal arteria bilbaína. Cuando abrieran los establecimientos comerciales, las aceras se llenarían de consumidores ávidos por adquirir sus nuevas necesidades creadas.

Gardeazabal y Ander estacionaron el coche sobre la acera de El Corte Inglés. Un vagabundo que dormía tumbado en un banco cercano abrió un ojo y soltó una sarta de improperios al paso de los ertzainas. Una vaharada de sudor fermentado y halitosis extrema se abrió paso hasta las narices de ambos, que tuvieron que taparse las fosas nasales para no caer tumbados. Dejaron atrás la inesperada bienvenida y se dispusieron a cruzar el paso de cebra diagonal que conectaba el centro comercial con la sucursal del BBVA.

A Ander le gustaba elevar la vista cuando caminaba por la ciudad. Los peatones acostumbran a centrar su atención en aquello que tenían delante o a los flancos, ignorantes de la oportunidad desaprovechada para disfrutar de alguno de los detalles arquitectónicos que jalonaban los edificios de Bilbao. Hipnotizados por ese efecto túnel, los viandantes pasaban por alto vistas como la que admiraba Ander en ese momento.

La oficina central del BBVA se encontraba situada en un edificio de estilo neoclásico construido a principios del siglo XX. Dos hileras de columnatas corintias que se extendían por ambas fachadas le conferían al conjunto un toque inequívocamente griego. La entrada principal se hallaba en una esquina achaflanada entre la Gran Vía y la Alameda de Mazarredo. Ander observó la escultura del dios Hermes que coronaba el edificio en ese chaflán. Encaramada a la proa de una carabela, se erguía la estatua de cinco metros del mensajero de los dioses del Olimpo, deidad astuta adorada por los comerciantes, así como por banqueros y ladrones. Lo que Ander desconocía era que a Hermes también se le atribuía ser el guía de las almas que iban a parar al Hades, el inframundo griego.

—Para que luego digan que no hay arte en Bilbao, Garde —dijo Ander señalándole la estatua.

—¿Ese quién es, el último mangui que saqueó la caja fuerte?

—Más o menos —contestó Ander riéndose.

La puerta estaba cerrada. Sin pensárselo dos veces, pulsaron el

timbre con insistencia. No estaban para diplomacias. Al cabo de un minuto, apareció un empleado vestido con un traje gris claro de tres piezas y abrió la puerta.

—Buenos días, señores, permítanme presentarme. Mi nombre es Ángel Artiles, asesor jurídico de esta entidad. Supongo que ustedes son los inspectores que vienen a revisar una de nuestras cajas de seguridad, ¿no es así? —preguntó con ademanes de diplomático inglés.

—Así es. Somos los inspectores Crespo y Gardeazabal, de la comisaría de Deusto —dijo Ander.

Ángel tendió una mano pálida, que apenas apretó las robustas manos de los policías. Ander se percató del gesto de desagrado del asesor al sentir el apretón de Gardeazabal. Probablemente le había arruinado la manicura.

—¿Podrían enseñarme las credenciales? —preguntó Artiles con amabilidad tras reponerse del saludo.

—Por supuesto —contestó Ander sacando su cartera.

El empleado del BBVA comprobó ambos documentos sin perder la sonrisa.

—Ahora, si son tan amables, ¿podrían mostrarme la orden judicial?

—Aquí la tiene, señor Artiles —contestó Gardeazabal tendiéndole el documento que sacó del bolsillo de su cazadora.

Ángel leyó párrafo a párrafo la orden con detenimiento. De tanto en cuanto asentía para sí mismo y emitía un gruñido de afirmación. Finalmente le devolvió la orden a Gardeazabal.

—Todo está en regla, señores. Acompáñenme, por favor —dijo y les permitió pasar al interior del edificio.

Tras cerrar la puerta de entrada, Artiles los llevó a través del gran vestíbulo acondicionado para dar atención al público. Bajaron un par de tramos de escaleras de mármol antes de llegar al sótano del edificio. En el subsuelo de la sucursal, al fondo de un corredor pobremente iluminado, una puerta enrejada daba acceso a la cámara donde se custodiaban las cajas de seguridad.

—Por aquí, inspectores —los invitó y sacó un manojo de llaves del bolsillo derecho de su pantalón.

El hombre abrió, una tras otra, tres puertas hasta llegar a una amplia sala con un gran número de cajas de seguridad anidadas en las paredes. En medio de la estancia, una mesa fijada a modo de islote servía para depositar sobre ella el contenido de las cajas. Artiles tomó la número 777 y la posó sobre el mármol blanco de la encimera de la mesa.

—Aquí tienen, inspectores. Yo me quedaré para realizar el inventario del contenido de la caja.

Ander y Gardeazabal se miraron extrañados.

—¿El inventario? —preguntó Ander.

—Sí, el inventario. Nuestro banco es garante del contenido de cada caja de seguridad. Tenemos la obligación de informar a los herederos del difunto Carlos Bonaparte del contenido exacto de la caja número 777, independientemente de las investigaciones que ustedes deban de realizar.

—De acuerdo, señor Artiles —dijo Ander—. En ese caso, procedamos a su apertura.

Ander alzó la tapa metálica de la caja de seguridad. En el interior tan solo había un sobre marrón cerrado. Sacó el sobre y lo puso encima de la mesa. Con un gesto suave apartó la cinta adhesiva que lo cerraba y volcó el contenido: seis cintas de video de ocho milímetros. Cada una de ellas tenía una etiqueta escrita a rotulador negro de punta gruesa. Ander clavó la mirada en una de esas etiquetas.

—Seis cintas de video etiquetadas —recitó mecánicamente Ángel Artiles a la par que escribía en una agenda—. Celia Gómez, Janire Artola, Tamara Robles, Lucía Arriquibar, Nerea Aguirre y Enara Crespo.

—¡Joder! —exclamó Gardeazabal.

Ander se sentía como si le hubieran succionado todo el aire de los pulmones. El universo entero se concentraba en esa pequeña caja. A su alrededor, la sala empequeñecía, como si las paredes fuesen a aplastarlo en un abrazo de hormigón y acero. Poco a poco, alargó la mano hasta tocar con los dedos la cinta de video de Enara, como si viviera el momento a cámara lenta.

—Está bien, señor Artiles. Nos llevamos las cintas a comisaría. —Gardeazabal rompió el tenso silencio que se había apoderado de la sala.

—Por supuesto, inspector —contestó Ángel sospechando de la gravedad del descubrimiento—. ¿Necesitan una bolsa?

—No, gracias. Las llevaremos aquí —dijo Gardeazabal sacando una bolsa de pruebas.

Ander aprovechó la intervención de su compañero para recobrar la compostura. Introdujo la cinta de Enara junto con el resto en la bolsa de pruebas y, tras despedirse de Artiles, abandonaron la sucursal del BBVA.

Una vez en la calle, Ander se apoyó en un árbol y tomó aire profundamente. Gardeazabal hizo ademán de acercarse a su jefe, pero se quedó a medio camino. Las muestras de afecto nunca habían sido su fuerte. Sabía que su compañero lo estaba pasando endemoniadamente mal. Que en ese momento harían falta unas palabras de ánimo. Pero esas palabras se quedaban atascadas en lo más profundo de su garganta, incapaces de encontrar la salida. Finalmente, Ander se enderezó y sacó el teléfono móvil.

—Torres —le contestó desde el otro lado de la línea.

—Subcomisario, soy Crespo. Necesitamos una sala multimedia con reproductor de videos de ocho milímetros.

El silencio se adueñó de la línea.

—Entiendo. Habéis encontrado cintas en la caja de seguridad, ¿verdad? —dijo Torres.

—Sí —contestó Ander —. ¿Subcomisario?

—Dime.

—Que venga a verlas también Lopategui —dijo Ander.

—Por supuesto —dijo Torres antes de colgar.

Gardeazabal apoyó la mano en el hombro de Ander y ambos se dirigieron al coche patrulla. Ninguno de los dos habló durante el trayecto hasta la comisaría de Deusto.

La sala multimedia estaba sumida en una difusa penumbra favorecida por el cañón de luz del proyector que impactaba en la pared blanca. La puerta aislaba a los presentes de la actividad rutinaria al otro lado del tabique. Las sillas de plástico negro situadas al fondo de la sala soportaban los distintos cruces de piernas, pesos cargados en los respaldos o manos que aferraban con impaciencia sus brazos. Cinco hombres esperaban expectantes a que las primeras imágenes rompieran el blanco de la pared. El director Lopategui, el subcomisario Torres, Ander y el resto del Grupo 4 —Gardeazabal y Alday— anticipaban el momento en el que las imágenes asomaran.

Ander accionó el botón de reproducción y la cinta comenzó a revelar su secreto. El primer plano que apareció mostraba una escena absolutamente bucólica, de postal navideña. En el centro de la pantalla, presidiendo el plano, se erguía un árbol majestuoso rodeado de un terreno totalmente nevado. El equipo reconoció el árbol al instante. Se trataba del viejo roble de la casona de Carranza. Aquel cuyo tronco había sentido los últimos latidos de vida de Carlos Bonaparte. Frente a esa presencia ancestral, un gran hoyo rompía la homogeneidad de la nieve.

Durante unos segundos no se vio nada más que ese marco de fondo de pantalla; aunque sí que se apreciaba un cierto temblor en la imagen, como si la mano de la persona que sujetaba la cámara titubeara. El que filmaba se debió de dar cuenta, porque al momento el encuadre bajó un palmo y la imagen dejó de moverse. La habían fijado a un trípode.

Segundos después, cuatro personas ataviadas con largas capas negras y capuchas echadas sobre sus cabezas comenzaron a avanzar en dos hileras, una a cada lado de la imagen, y se dirigieron hacia el roble. Cuando llegaron a la altura del tronco se detuvieron. Ambas filas giraron hasta encararse, abrieron su formación y trazaron un

círculo alrededor del hoyo.

En ese momento comenzaron a entonar una letanía ininteligible, que crecía en intensidad y volumen en la misma medida en la que sus intérpretes se veían arrastrados hacia una especie de frenesí hipnótico. Todos se movían al compás de los versos, retorciendo los brazos y realizando escorzos extraños con sus cuerpos, extendiendo las manos desde el cielo hasta el suelo, agarrando a puñados la nieve y la tierra que esta tapaba.

En el instante álgido de ese paroxismo, dos personas más hicieron acto de presencia en la escena. Una de ellas vestía la misma capa que el resto de los presentes, pero en vez de con la capucha, tapaba su cara con una máscara grotesca que representaba la cabeza de un macho cabrío. Akerbeltz[11]. La otra persona era una joven vestida con un camisón blanco. Todos reconocieron, con un nudo en la garganta, a Celia Gómez.

Celia y Akerbeltz se detuvieron frente al roble, de espaldas a la cámara. Fue entonces cuando, proveniente de una esquina alejada de la imagen, apareció una mujer esbelta ataviada con la misma capa negra que el resto de los congregados, pero con la capucha sobre los hombros, con una larga melena rubia del color del trigo maduro y una tez tan blanca como la nieve que pisaba. Ander reconoció a Astrid Nilsson al instante.

Astrid ocupó el lugar central en la imagen. Su espalda a escasos palmos del tronco del roble, mirando frente a frente a la pobre Celia. Levantó ambos brazos y los cánticos cesaron. El silencio se apoderó del claro. Astrid seguía con los brazos extendidos hacia el cielo nocturno.

—¡Gran Dama, oh, gran Dama, acepta nuestro humilde sacrificio, aleja de nosotros el hálito pestilente de la muerte un año más!

Cuando Astrid guardó silencio, todos los encapuchados alzaron los brazos al cielo y comenzaron a entonar un nombre cadenciosamente, in crescendo, mientras Astrid continuaba extasiada en la misma postura. De pronto, Akerbeltz se colocó detrás de Celia y, con la mano libre, le clavó una jeringuilla en el cuello. La joven pareció perder la consciencia, momento que aprovechó su agresor para empujarla al fondo del hoyo que se abría, cual herida, en la tierra. Los acólitos exclamaron embriagados por el éxtasis del creyente. Salieron de la imagen. Cuando regresaron, portaban una pala cada uno, que utilizaron para llenar el agujero de tierra, y Celia quedó sepultada en el proceso. Ander detuvo la cinta.

Torres se tapaba la boca con la palma de la mano derecha, incapaz de apartar la vista de la pantalla ni de articular palabra alguna. Durante todos sus años de policía, jamás había presenciado nada igual.

—Prosigamos, señores —dijo Ander frunciendo el ceño. Tragó saliva y volvió a accionar el botón de reproducción.

La escena continuó. Astrid bajó los brazos y el resto de los seguidores de ese ritual demencial hicieron lo propio. La mujer sonrió y transmitió una orden a los presentes. Todos ellos se bajaron las capuchas y se abrazaron fraternalmente. Salvo Akerbeltz que, apartado ligeramente del grupo, ni se desprendió de la máscara ni se abrazó al resto. El grupo avanzó unido hacia la cámara. A pesar de la atrocidad que acababan de presenciar, lucían una sonrisa de satisfacción. Astrid hizo un gesto hacia la cámara y apareció un joven corriendo hacia ella. La abrazó y se alejaron juntos hasta que dejaron la cámara atrás. Segundos más tarde, cesó la grabación.

Ander encendió las luces y se situó junto a la pantalla.

—Señores, lo que acabamos de presenciar es el asesinato de Celia Gómez —dijo tratando de buscar las palabras exactas para describir lo visto—. Ha sido un asesinato ritual. En estos momentos estoy tan en shock como todos vosotros.

—El lugar del crimen fue el jardín de la casona que Astrid Nilsson posee en Carranza —dijo Gardeazabal.

—Exactamente. La misma en la que Lucas Jauregui cometió la mayoría de sus asesinatos —dijo Ander.

—¿Era Astrid Nilsson la mujer que dirigía la ceremonia? —preguntó Lopategui.

—Sin duda, era ella —contestó Ander y buscó en el expediente una foto de Astrid. Cuando la encontró, se la pasó a Lopategui, que asintió tras examinarla con detenimiento.

—Sí, es ella —afirmó Lopategui—. ¿Podríamos concluir entonces que el joven que sale corriendo a sus brazos es Lucas Jauregui?

—No podría asegurárselo, señor —dijo Ander—. Lucas y Alexander son gemelos idénticos. Podría haber sido cualquiera de ellos dos. Pero conociendo la predilección de Astrid por Alexander, me inclinaría a pensar que se trataba de este último y no de Lucas.

—Si ampliásemos las últimas imágenes, aquellas en las que todos los encapuchados muestran sus rostros, quizás pudiésemos identificarlos —dijo el subcomisario Torres.

—Ya me encargo yo de las imágenes —dijo Alday.

—Si necesitas ayuda, pídesela a Fernando Solaun —dijo Ander.

Alday asintió.

—De acuerdo.

Ander se acercó al reproductor de video, retiró la cinta de Celia y la devolvió a su caja. Mientras lo hacía no pudo evitar acordarse de Teresa Garrido y la cara que puso cuando le preguntó por la existencia de la caja de seguridad de su marido. Qué engañada la tenía. Había convivido durante años con un monstruo sin suscitar en ella la más

mínima sospecha. El mundo era un lugar mucho más tenebroso de lo que la gente pensaba.

Tomó la caja de Janire y sacó la cinta.

—Me temo que todas las cintas van a mostrarnos el mismo ritual. Ojalá me equivoque, pero creo que detrás de los asesinatos de estas muchachas —dijo Ander haciendo una pequeña pausa en la que no pudo evitar que la imagen de Enara cruzase su pensamiento durante un segundo—, subyace alguna clase de rito satánico. El personaje de Akerbeltz podría corroborarlo.

—¿Una secta quizás? —preguntó Lopategui.

—Sí. Quizás guarde relación con la imagen de una diosa desconocida que encontramos en un cuadro en el estudio de Carlos Bonaparte. Hecho que no habría tenido mayor relevancia de no ser porque vimos esa misma imagen en la casa de la que fuera enfermera de Astrid Nilsson en la clínica Salud Bilbao. Fue la propia Astrid la que se la regaló —dijo Ander—.

»Por otra parte, la noche en la que Eugenio Larrazabal se suicidó, invocó a una gran dama antes de lanzarse a las llamas. Veamos el resto de las cintas. Quizás encontremos nuevas pistas.

—Ander, no es necesario que veas la de Enara —dijo Torres.

—Lo tengo que ver, jefe. Se lo debo a ella, y a mi padre.

Ander apagó las luces para que nadie pudiese verle el rostro. Apretó la mandíbula y presionó de nuevo el botón de reproducción.

El silencio se apoderó de la sala durante el visionado de las cinco cintas restantes. Todas ellas reproducían el mismo ritual, los mismos cánticos, la misma puesta en escena de las víctimas y de los victimarios. Lo único que variaba era el lugar en el que sepultaban a las chicas, que iba desplazándose alrededor de los pies del viejo roble. El grupo de personas que tomaba parte en la ceremonia se mantuvo inalterado en los seis casos. Astrid y otras cinco personas, y uno de sus gemelos grabándolo todo. Akerbeltz tampoco mostró su rostro en el resto de las grabaciones. También se fijaron en que todas las grabaciones habían tenido lugar exactamente en los mismos días: el veintiuno o el veintidós de diciembre. En pleno solsticio de invierno.

—Tenemos que volver a Carranza —dijo Ander nada más encender las luces de la sala multimedia.

—Sí. Ahora mismo me pondré en contacto con las unidades de las Encartaciones para que avisen a las brigadas municipales de la zona. Tenemos que cavar bajo ese roble —dijo Lopategui saliendo rápidamente de la sala—. Acompáñame, Torres.

—Voy —dijo el subcomisario siguiendo los pasos del director.

—«Cava y sácalas a la luz. Cava y encuentra la paz» —dijo Gardeazabal—. Ese mensaje iba dirigido a ti, Ander. Primero la carta en tu felpudo y luego el mensaje en el cráneo de Carlos Bonaparte.

Lucas Jauregui se está comunicando contigo directamente.

—Si cavar va a hacer que encuentre la paz, entonces tendré que subir a cavar —dijo Ander y cogió su chaqueta del perchero.

Una hora después, los operarios de la brigada municipal de Carranza desenterraban los cuerpos de Celia, Janire, Tamara, Lucía, Nerea y Enara.

Llovía a cántaros. Una sensación de frío extremo atenazaba a todos los presentes. Pero ni la incesante lluvia impidió que los hombres que cavaban realizaran su tarea como si estuviesen completando una misión vital. Cuando dieron con los huesos de Celia, los operarios mudaron su semblante. Sus rostros palidecieron.

No quedaban más que huesos y ropa de lo que antes era juventud y vitalidad. Habilitaron una amplia carpa cubierta de un toldo verde impermeable. Bajo la carpa dispusieron seis mesas plegables. A medida que desenterraban a las chicas, las iban llevando a las mesas. Ander había llamado a Gamboa, que aparcó todas las tareas que tenía entre manos y acudió inmediatamente. Un silencio respetuoso se adueñó del claro. Los policías observaban las labores de desenterramiento sin mediar palabra.

Gardeazabal se situó junto a Ander. Este conservaba una expresión de tensión continua, apretando y aflojando constantemente las mandíbulas. Un remolino de sentimientos centrifugaba el interior de su cabeza, pero Ander se mantenía quieto, dejando que la lluvia lo azotase y lo empapara de los pies a la cabeza. La tensión era máxima.

Cuando desenterraron el cadáver de Enara y lo posaron sobre el plástico blanco de la mesa plegable, Ander fue el primero que se acercó a ella. El resto de los presentes se mantuvieron en sus posiciones observando la escena con hondo respeto hacia aquel hombre que, tras veinte años sin conocer la suerte que había corrido su hermana, por fin averiguaba la verdad.

La lluvia y las lágrimas se entremezclaban en el rostro de Ander. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Creía que le iba a estallar. Se acercó hasta ella.

Allí, en ese lugar extraño y frío, no quedaba más que el recuerdo de esa hermana pequeña traviesa y alegre que una vez fue Enara. Ander tocó las falanges de la mano izquierda de su mano. «Juro que no descansaré hasta encontrar a los responsables de tu muerte, Enara», murmuró Ander. Su hermana vestía el camisón blanco que llevaba en el video de su ejecución. El paso de los años lo había roído y deteriorado mucho. Alrededor del cuello, semioculto entre la tierra pegada, Ander vio el colgante que le había regalado su madre. Limpió con cuidado la cadena y la pequeña plaquita conmemorativa de oro. Al dorso se leía la inscripción «Enara 02/07/81». Ander apretó con

fuerza la placa hasta que sintió dolor en la palma de la mano. Su hermana siempre la llevaba encima. Era el último regalo que le había hecho su madre antes de abandonarlos. Se la quitó y la introdujo en una bolsa de pruebas.

Ander se giró e hizo un gesto al forense para que se acercara.

—Es Enara —le dijo—. Puedes considerar que el cadáver ha sido identificado. Procesad todos los cuerpos.

—Por supuesto, Ander. Ahora mismo.

Gamboa hizo una señal a los fotógrafos de la policía forense que comenzaron a llenar la carpa de fogonazos.

Pasaron el resto de la tarde procesando el escenario de los crímenes de las muchachas desaparecidas. El trabajo fue realizado con celeridad y pulcritud. Se tomaron muestras de las tumbas y de todas las chicas, sus vestimentas, pelo... Al final, cuando el juez de guardia ordenó el levantamiento de los cadáveres, la brigada rellenó las tumbas, recogió el toldo y abandonó la casona rápido, tratando de olvidar el horror que habían presenciado.

Las dotaciones de la Ertzaintza también regresaron a sus comisarías.

—Déjame en La Casilla, Garde —le pidió Ander cuando circulaban por el corredor de las Encartaciones—. Tengo que darle la noticia a mi padre.

—Por supuesto. ¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias, amigo. Ha llegado el día que hemos esperado durante tantos años. Quizás esta noticia le traiga algo de sosiego.

Subió las escaleras como si se dirigiera al patíbulo. Al llegar al rellano de la cuarta planta, sacó las llaves. Luego se lo pensó mejor y decidió tocar el timbre. Carmelo abrió la puerta, sorprendido al recibir la visita de su hijo a esas horas. Eran las diez de la noche y se disponía a acostarse.

—Ander, hijo ¿cómo tú por aquí a estas horas?

—Aita… la he encontrado —fue pronunciar esas palabras y el rostro de Carmelo cambió de repente de expresión. Las lágrimas llenaron sus ojos y las rodillas le flaquearon.

Ander sacó la bolsita que contenía el colgante de Enara. Su padre la tomó en sus manos y comenzó a sollozar desconsolado.

Padre e hijo se fundieron en un fuerte abrazo y lloraron juntos.

Capítulo 24

—Señoras y señores, los hemos convocado a esta rueda de prensa para darles cuenta de los últimos hallazgos realizados en la investigación de los asesinatos perpetrados en Bilbao y alrededores por Lucas Jauregui, a quien ustedes han venido a denominar el descuartizador de Olabeaga.

La voz del director Moncho Lopategui no mostraba ningún titubeo ni atisbo de duda al dirigirse a los numerosos periodistas agolpados en el pequeño auditorio de la comisaría de Deusto.

Los fotógrafos no paraban de sacar instantáneas del grupo que estaba detrás del atril. Junto a Lopategui se encontraban el subcomisario Torres, el jefe de la Ertzaintza, Imanol Ortiz, y la directora de la policía vasca, Garbiñe Garaikoetxea. La plana mayor de la policía autónoma vasca. Ander los observaba desde una esquina, a una distancia prudencial. No quería que se le confundiera con la clase alta del cuerpo, y mucho menos con los cargos políticos. Pero se mantenía a la vista de estos por si, en un momento dado, requirieran su presencia.

—Como se ha publicado en algún medio de comunicación, ayer por la noche un operativo de la Ertzaintza permitió descubrir la ubicación de seis chicas desaparecidas entre los años 1994 y 1999 —dijo Lopategui—. Este operativo se realizó en el marco de la investigación de los asesinatos a los que he aludido anteriormente. Precisamente, en el mismo lugar en el que encontramos el cadáver de Carlos Bonaparte, la última víctima de Lucas Jauregui.

La sala se pobló de brazos alzados y de preguntas lanzadas a Lopategui. Este hizo un gesto para que esperasen.

—Tranquilos, en cuanto terminemos nuestro comunicado abriremos el turno de preguntas —dijo Lopategui—. Como les iba diciendo, ayer hallamos seis cadáveres que, tras horas de incansable trabajo por parte de todos los profesionales de este cuerpo, hemos logrado identificar. Las chicas son Celia Gómez, Janire Artola, Tamara Robles, Lucía Arriquibar, Nerea Aguirre y Enara Crespo. Espero que sus familias puedan descansar y hallar la paz con este descubrimiento.

El alboroto en la sala volvió a ser impresionante. Los periodistas se pisaban unos a otros intentando lanzar el dardo más certero. Los nombres que había dado Lopategui no hacían más que confirmar los ya adelantados por El Correo. Todos menos el de Enara, cuyo

expediente Iskander no había llegado a recibirlo. El propio redactor era el que más reclamaba la atención de Lopategui.

El director abandonó el atril y dio paso al jefe de la Ertzaintza.

—Desde la jefatura de la Ertzaintza queremos trasladar nuestro agradecimiento a todos los agentes implicados en esta operación por su dedicación y buen hacer. En especial a los presentes, director Lopategui y subcomisario Torres, sin cuya intervención nada de esto habría sido posible —dijo señalando a ambos.

Tras pronunciar estas palabras, cedió su puesto en el atril a la directora de la Ertzaintza. Ander sonrió desde su posición. Esta rueda de prensa había sido montada para mayor gloria de las direcciones políticas. Medallitas, besamanos, palmaditas. Otro duro día en la oficina. Por si acaso, ninguna mención al Grupo 4 de homicidios, no fuera a ser que alguno de ellos llegara algún día a moverles la silla.

—No tengo mucho más que añadir a lo dicho por mis colegas, sino sumarme a la felicitación extendida por el jefe Imanol Ortiz y subrayar la gran labor que nuestro cuerpo viene haciendo en materia de seguridad ciudadana, siempre tratando de prestar el mejor servicio a nuestros vecinos.

»Con operaciones como esta, se demuestra que la Ertzaintza es un cuerpo de policía moderno y eficaz. Un cuerpo de referencia, a la altura de las mejores fuerzas y cuerpos de seguridad de los Estados europeos. Ahora, si me permiten, cedo gustosa el turno al subcomisario Torres, que atenderá todas sus preguntas. Muchas gracias.

Dicho eso, abandonó el estrado seguida del jefe de la Ertzaintza y del director Lopategui. Ander seguía sin reprimir su sonrisa. Los jefes siempre llegaban a tiempo para la foto y se marchaban cuando comenzaba el trabajo de verdad. Torres alzó la vista del atril. Todos los periodistas reclamaban su atención, por lo que optó por empezar de izquierda a derecha, sin otro criterio ni afinidad.

Ander fue testigo de la gran templanza de su jefe. La prensa lo bombardeó con todo tipo de preguntas y demandas, pero Torres capeó todas esgrimiendo la misma excusa: solo contestaría a aquellas cuestiones que no pusieran en riesgo la investigación, lo cual dejaba muy poquito margen de maniobra a los periodistas. Torres había sido lanzado literalmente a los pies de los caballos y él huía del aplastamiento como mejor podía.

Cuando una hora más tarde todo el mundo hubo abandonado la sala, la única información que habían logrado contrastar fue la autoría de los asesinatos de Bilbao y la identidad de las chicas de Carranza. Ander había abandonado la rueda de prensa minutos antes de finalizar el acto, principalmente para no cruzarse con Iskander Alonso, al que le debía una disculpa que no pensaba ofrecerle. Subió a la planta de la

División de Investigación Criminal y entró en la sala de investigaciones del equipo.

—¿Qué tal estás? —preguntó Gardeazabal nada más ver a su jefe.

Se había quedado impresionado al ver la mezcla de rabia y pena que había embargado a Ander en Carranza. Nunca se había mostrado proclive a verbalizar la angustia que le había causado la desaparición de su hermana, pero Gardeazabal lo conocía lo suficiente como para saber cuándo el recuerdo de ella ocupaba sus pensamientos. En esos momentos, el inspector entraba en un prolongado estado de melancolía del que le costaba salir. Se sentía responsable de su desaparición. Por ello, cada resolución de un caso se convertía en un acto catártico, como si alguna de ellas fuera a devolverle a su hermana.

El veterano inspector, a pesar de sus maneras hoscas y un tanto primitivas, había sido testigo mudo desde la distancia del deterioro del matrimonio de su jefe y amigo. De hecho, Gardeazabal sabía que había sido tratando de mitigar ese dolor, esa angustia, a través del incansable trabajo, como Ander había perdido a Amelia. A la mujer no le había quedado otro remedio que rendirse al verse abandonada, día tras día, por un hombre que la amaba, pero que era incapaz de demostrárselo, ya que había decidido dedicar su vida al trabajo.

Ander le inspiraba respeto a Gardeazabal por sus fantásticas aptitudes de investigador, pero, por encima de todo, tristeza y ternura porque, en el fondo, no hacía otra cosa más que acumular pérdidas.

—Bien, gracias, compañero —contestó Ander dándole una palmada en la espalda al pasar detrás de él.

—¿Y tú aita? —insistió Gardeazabal.

—Eso es otro cantar. Supongo que necesitará tiempo para procesarlo todo. Ayer estaba muy roto —dijo Ander—. Ya sabes, la culpa, la maldita culpa que nos persigue a los supervivientes de nuestra familia.

—Contad conmigo para cualquier cosa que necesitéis, Ander. Lo digo en serio —dijo Gardeazabal apretando los labios en un intento de dotar de firmeza a sus palabras.

—Y conmigo también —dijo Alday desde su escritorio.

—Ya lo sé —dijo Ander sonriendo con tristeza a sus compañeros—. Pero si de verdad queréis ayudarme, atrapemos a todos los responsables de los crímenes de Enara y de las otras chicas.

Alday se levantó y sacó una carpeta del armario archivador situado junto a su mesa. El agente tenía unas ojeras muy pronunciadas y el pelo más alborotado de lo que en él era habitual. Ander supuso que había pasado la noche entera en la comisaría trabajando en el caso.

—Alday, ¿has hecho gaupasa[12]? —le preguntó.

—Sí, jefe —contestó Alday tímidamente.

—Teclas ha estado toda la noche sacándole chispas a los videos. Ha logrado primeros planos de todas las personas que aparecen en las cintas —dijo Gardeazabal con admiración—. Bueno, de todas menos de Akerbeltz.

El agente asintió y le pasó la carpeta a Ander. El inspector la abrió y ojeó las fotos. Alday había hecho un gran trabajo. Las fotos estaban en tamaño folio y tenían una calidad de imagen muy buena. Como ya habían descubierto en el visionado de las cintas, Astrid era la mujer que oficiaba el ritual. El joven que se había reunido con ella tras la ejecución de Celia era uno de sus hijos, aunque no consiguieron identificar cuál de ellos.

—Astrid Nilsson y, presumiblemente, Alexander Jauregui —apuntó Alday señalando ambas fotografías—. ¿Os habéis fijado en la expresión de euforia del muchacho? Es escalofriante.

—La de alguien que disfruta con el sufrimiento ajeno —dijo Ander —. Un psicópata en ciernes. Me gustaría saber en qué consume el tiempo hoy en día para lograr ese goce que reflejan sus ojos.

—Estos tres hombres también están identificados —continuó Alday señalando otras tres fotografías—. Son Carlos Bonaparte, Eugenio Larrazabal y el director de Salud Bilbao, Gálvez.

Ander pasó de una fotografía a otra. Efectivamente, los tres que había mencionado Alday eran muy reconocibles en varias instantáneas. Había un denominador común en la expresión de todas las personas que salían retratadas: la cara de satisfacción y de felicidad que mostraban. Ander sintió un odio irrefrenable hacia todos ellos. En el fondo, incluso se alegraba por el destino que habían sufrido Carlos, Eugenio y Gálvez. ¿Acaso alguno de ellos se había apiadado en algún momento de Enara o de las otras chicas?

Iba a cerrar la carpeta cuando su mirada se posó en el rostro de uno de los acólitos. Apartó la fotografía del resto y se la acercó un poco más.

—¿Qué sucede, Ander? ¿Lo has reconocido? —preguntó Gardeazabal levantándose y acercándose a su jefe.

—No lo sé —contestó Ander frunciendo el entrecejo—. Me resulta familiar, aunque no sé por qué.

—Haz memoria —insistió Gardeazabal—. Es posible que lo hayas visto en alguna escena del crimen. Quizás entre el público que se agolpaba al otro lado del precinto o en algún caso anterior tuyo…

—¡Eso es, Garde! —Ander se puso en pie de un salto.

Ander corrió hacia el armario en el que tenían todas las carpetas del expediente y los informes relacionados. Movió varios portafolios y carpetas de anillas hasta llegar al que buscaba. Era la copia del expediente de los asesinatos de la calle Ercilla. Abrió la carpeta de par en par en su escritorio y pasó las páginas a toda velocidad. De la

solapa de la contraportada sacó un sobre que contenía una serie de fotografías tomadas en la escena del crimen y otras proporcionadas por los familiares de las víctimas. Ander dejó en el sobre la fotografía tamaño carné de Ernesto Jauregui y tomó la de Andrés Molinero. La situó junto al rostro del acólito que le resultaba familiar y dio una palmada en la mesa.

—¡Bingo!

Gardeazabal y Alday observaban la escena sorprendidos. A pesar de que no existía duda alguna de que eran la misma persona, el hecho de que Andrés Molinero fuera uno de los cómplices de Astrid Nilsson no encajaba en el relato de los hechos.

—Pero ¿no se suponía que Andrés era amigo de Ernesto? —preguntó Gardeazabal—. ¿Significa eso que Ernesto también estaba implicado en los crímenes de las muchachas? Quizás Astrid acabó arrastrándolo también a él.

—Ese ha sido el problema desde el principio, chicos —dijo Ander exaltado—. Hemos prejuzgado y dado por supuesto todo. Hemos creído el relato oficial de los hechos. Por eso no lográbamos seguirle el paso a Lucas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alday.

—Nos hemos puesto las gafas que nos graduó Ignacio Gallego. Con esas gafas su verdad no admitía dudas. Lucas Jauregui había asesinado a su padre y a un amigo de este, Andrés Molinero. ¿El motivo? ¿Quién lo necesita cuando las pruebas validan tu hipótesis? Tenían el arma del crimen con las huellas de Lucas, rastros de pólvora en la mano del chico, un testigo que respaldaba toda la hipótesis y, lo que es mejor, una confesión del autor material de los asesinatos. De libro. Caso cerrado.

—Sigo sin entender, Ander —dijo Gardeazabal cruzando los brazos a la defensiva. En momentos como ese, en los que Ander desenredaba la investigación, él se sentía como un auténtico estúpido.

—Lo que os quiero decir es que esa verdad no se corresponde con la realidad, con lo que ciertamente ocurrió ese día en la calle Ercilla. Ahora sí que encajan todas las piezas —dijo Ander—. ¿No os ha pasado nunca que de repente encontráis en algún rincón de la casa una pieza de puzle que no lográis identificar? Es una pieza azul de un tamaño estándar que podría pertenecer a cualquiera de los muchos rompecabezas que acostumbráis a hacer. ¿Qué hacemos entonces? Obviamente, la guardamos en un cajón con la esperanza de que algún día hagamos el puzle correcto, aquel al que le falte la pieza perdida para poder ser completado en su totalidad.

—Te sigo —dijo Gardeazabal.

—Esa pieza de puzle azul la encontré al repasar el expediente del caso de los asesinatos de la calle Ercilla. En el informe de la autopsia

de Andrés Molinero se indicaba que este presentaba múltiples pinchazos de aguja en brazos y piernas. La analítica confirmó la presencia de heroína en sangre. Andrés era heroinómano. Cuando lo leí me sorprendió, pero no entendí la relevancia que esa información podría tener para nuestro caso. Ahora sí que lo comprendo.

—¿Insinúas que Ernesto Jauregui y Andrés Molinero no eran amigos? —dijo Gardeazabal.

—Yo creo que ni se conocían, Garde —dijo Ander—. A quien sí conocía Andrés era a Astrid. Pudo suceder que Andrés necesitara dinero para seguir consumiendo y pensara que sería buena idea acudir a la casa de Ernesto para chantajearlo con hacer públicas las actividades secretas de su mujer si no le daba pasta. Alexander lo oyó todo, cogió la pistola de su padre, ideó un plan mientras se acercaba al estudio y lo llevó a término.

—Pero ¿por qué Lucas no contó lo sucedido? —preguntó Alday.

—Imagínate la escena, Alday. Lucas llega al estudio y se encuentra a su padre y a otro hombre muertos. Entra en un estado de catatonía debido al shock producido por la escena, momento que aprovecha Alexander para limpiar la pistola, ponerla en la mano de su hermano y forzarlo a realizar un disparo a la pared de enfrente.

—¿Estás seguro de que Astrid se creería esa versión? —preguntó Gardeazabal.

—Pero ¿es que aún no lo entendéis? Astrid tan solo ve por los ojos de Alexander. Cuando Lucas ingresó en el Andra Mari, ella y Alexander abandonaron el país. Nunca vino a visitar a su hijo. Para ella no existe. Además, recordad que el testimonio de Astrid resultó clave para que la versión de Alexander tuviera el respaldo de Gallego. A partir de ahí, con las pruebas que reunió Ignacio, todo fue coser y cantar.

—No para Lucas —dijo Alday masajeándose los párpados.

—En efecto. Lucas fue el sacrificio realizado para conservar el secreto del culto de Astrid. El culto de la misteriosa dama del atuendo rojo —dijo Ander—. Es posible que los dos celadores que Gloria Redondo contrató de forma irregular no fueran más que sicarios enviados para acabar con la vida de Lucas antes de que este lograra la libertad. Querían garantizarse su silencio.

—Pero ¿enviados por quién? —preguntó Gardeazabal.

—Por Astrid o por Alexander. O por ambos. No lo sé. Pero no me negaréis que la historia tiene sentido.

—Es un poco inverosímil —dijo Alday—. Pero después de lo visto en los videos, ya nada me sorprende.

El terminal de Alday sonó. Descolgó y, tras intercambiar varias palabras con su interlocutor, tapó el auricular para informar a sus compañeros.

—Son de la centralita. Nos pasan una llamada de una mujer que se llama Juliana Goitia, que asegura haber trabajado como asistenta en la casa de los Jauregui Nilsson.

—Adelante, ponla en manos libres —dijo Ander acercándose al escritorio de Alday.

Tras unos segundos de espera para recuperar la llamada, la voz de Juliana se escuchó nítida en la sala.

—¿Hola?

—Buenos días, Juliana. Al habla el inspector Crespo, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días, inspector. He llamado porque esta mañana he visto la rueda de prensa en la que hablaban de Lucas Jauregui y se me ha revuelto el estómago.

—¿Por qué, Juliana? —preguntó Ander.

—Porque llevo días escuchando que Lucas es un asesino, tragando por no llamar y dar mi opinión. Sin embargo, esa rueda de prensa ya ha sido demasiado, la gota que rebosa el vaso. Es imposible que mi Lucas sea el monstruo que ha cometido todos esos crímenes.

—Les ha dicho a mis compañeros que fue asistenta de la familia Jauregui Nilsson, ¿es eso cierto? —preguntó Ander.

—Así es. Entre 1994 y el maldito 1999.

—¿Qué nos puede decir de la familia? ¿Cómo eran los muchachos? —dijo Ander.

—Los chicos eran muy diferentes. Lucas era un joven adorable, siempre estaba leyendo o jugando en su cuarto. Era obediente, educado, en definitiva, me hacía el trabajo más fácil. Alexander, sin embargo, era todo lo contrario. Había algo en la mirada de ese chico que me aterraba. No sabría explicarlo. Era como un vacío, como si al contemplar esos ojos estuvieses mirando en lo más profundo de un pozo.

»Nunca supe adivinar en qué estaba pensando ni qué es lo que quería en cada momento. Él me observaba, me seguía en silencio y, en ocasiones, sonreía de esa manera tan suya, con suficiencia y altanería. El último año que estuvieron en Bilbao, llegué a sentir auténtico miedo con él.

—¿Llegó a pegarle alguna vez? —preguntó Ander.

—No, nunca. Pero hay veces que una mirada aterroriza más que un golpe.

—Por supuesto. Lo entiendo, Juliana. ¿Cómo eran los padres? —preguntó Ander.

—También muy diferentes. Ernesto era un hombre campechano y familiar. Por desgracia, siempre estaba en el extranjero dirigiendo algún proyecto de ingeniería para su empresa. Trabajaba muchísimo. Astrid era mucho más reservada. Conmigo siempre fue correcta, muy

educada, aunque nunca permitió que nuestra relación transcendiera el ámbito profesional. Trabajaba en la clínica Salud Bilbao, era muy buena oncóloga.

—¿Cómo calificaría la relación entre padres e hijos?

—Astrid hacía muchísimas distinciones entre los chicos. Por ejemplo, ella solo llevaba a Alexander a los sitios. Solía acompañarla a la clínica muchas tardes. Incluso lo llevaba a la casa de Carranza a alguno de sus retiros espirituales. En todas esas ocasiones, yo me quedaba con Lucas. Ernesto, sin embargo, hacía caso a ambos hijos por igual. Solo que Lucas lo adoraba y Alexander lo ignoraba. Por desgracia para Lucas, su padre pasaba pocas temporadas en casa.

—Juliana, ha mencionado los retiros espirituales de Astrid en Carranza. ¿Solía ir más gente con ella, aparte de Alexander? —preguntó Ander.

—No, siempre iban solos. Decía que necesitaba sentirse en un ambiente de soledad. Le recordaba a su ciudad natal: Kiruna.

—¿Kiruna? —preguntó Ander.

—Sí. Es una ciudad en el extremo norte de Suecia. Allí es donde se conocieron Ernesto y ella. Vivieron en Kiruna hasta que los niños cumplieron doce años. Luego se mudaron a Bilbao porque a Ernesto le ofrecieron aquí un trabajo irrechazable.

Gardeazabal no paraba de tomar nota de toda la información que les estaba dando Juliana Goitia.

—De acuerdo, Juliana. Muchas gracias por haber contactado con nosotros. Nos ha resultado de gran ayuda —dijo Ander.

—Me alegro, inspector. Solo quiero que se haga justicia con Lucas Jauregui. Él no es ningún monstruo. Es un buen chico.

Las imágenes de todos los asesinatos de Lucas pasaron por la mente de Ander mientras Juliana pronunciaba esas últimas palabras. Quizás la mujer tuviera parte de razón, pero, en realidad, Lucas ya no era ese joven que ella había cuidado hacía más de veinte años. La vida le había pasado factura.

—Por supuesto, Juliana. Le reitero mi agradecimiento por su testimonio. Que tenga un buen día —dijo Ander.

—Igualmente, inspector —dijo Juliana y colgó el teléfono.

Gardeazabal soltó un silbido.

—Esta información no ha podido llegar en mejor momento —dijo—. Nos confirma que el niño que aparece en las grabaciones es Alexander.

—La niebla se despeja. El día aclara —dijo Ander—. Voy a hablar con Torres.

Cogió las fotos y el expediente del caso de los asesinatos de la calle Ercilla y abandonó la sala.

Ander llamó a la puerta y entró sin esperar la respuesta de su jefe,

como solía hacer cuando tenía algo vital que decirle. El subcomisario Torres estaba sentado detrás de su escritorio atendiendo a la incesante tarea de supervisión de la gestión de la comisaría. Cuando vio que quien entraba era Ander, se levantó de la silla y se dirigió hacia el inspector.

—Ander, pasa —dijo ofreciéndole asiento en la mesita de reuniones de la esquina—. Ya te he visto antes escondido en el auditorio. Dime, ¿tenéis alguna novedad?

Ander se sentó. Posó las fotos sobre la mesa y señaló las instantáneas de Andrés Molinero.

—Sí. Existe una conexión entre los crímenes de Lucas Jauregui, los asesinatos de la calle Ercilla y las ejecuciones de las chicas en Carranza.

Torres ojeó las fotografías. Cuando terminó de verlas, las agrupó en un montón y se las pasó a Ander.

—¿Cuál es esa conexión?

—Astrid Nilsson y Alexander Jauregui —dijo Ander.

—La conexión sueca —dijo Torres—. Está claro que Astrid tiene que ser detenida por su implicación en los crímenes. De hecho, hace un momento me ha llamado Lopategui para informarme de que se ha puesto en contacto con el Ministerio del Interior para que nos autorice una investigación conjunta con la policía sueca.

—¿Se necesita una autorización para eso? —preguntó Ander contrariado.

—Por supuesto, Ander. La Ertzaintza no tiene competencia para llevar a cabo operaciones supranacionales. Ahora, tan solo nos queda esperar. Tenemos que ser pacientes.

Ander se reclinó en la silla y echó la cabeza hacia atrás, en un gesto evidente de derrota.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿Cuánto tenemos que esperar?

—En caso de ser afirmativa la respuesta del ministerio, no menos de dos semanas —respondió Torres.

Ander recuperó la compostura y asintió. Cogió la carpeta con las fotos de las cintas de video y sacó la foto de Gálvez.

—Por cierto, hemos identificado al director Gálvez como uno de los acólitos presentes en los asesinatos de Carranza. Después de que Astrid se marchara a Suecia, creo que nuestro querido director siguió con la fiesta por su cuenta —dijo Ander—.

»No estaría de más avisar al inspector a cargo de la investigación del suicidio de Gálvez, Rosales, de la comisaría Central de Vitoria, para que caven en la propiedad. Intuyo que aparecerán más restos humanos.

Torres se puso en pie de inmediato y se dirigió a su escritorio. Cogió

su agenda, un elegante cuaderno de fundas de cuero marrón claro, y comenzó a buscar el contacto.

—Ahora mismo lo llamo.

—Torres, hay otra cosa que me gustaría comentarte —dijo Ander bajando la cabeza.

El subcomisario dejó la agenda y centró su atención en su inspector.

—¿De qué se trata, Ander?

—Estos días están siendo muy duros emocionalmente. Aunque no me está afectando en el trabajo, sí que noto que hay algo dentro de mí que tengo que curar para poder avanzar por la senda correcta.

—Lo entiendo perfectamente. Cuando desenterramos el cuerpo de Enara no supe si alegrarme porque por fin podrías descansar o entristecerme porque se esfumaba la esperanza de encontrarla con vida —dijo Torres aproximándose a Ander.

—Es difícil de explicar cómo me siento en estos momentos —dijo Ander—. Ahora que la investigación está encauzada, y ya que tampoco podemos avanzar mucho más hasta lograr el permiso del ministerio, me gustaría tomarme una semana de permiso para centrarme y aclarar las ideas. No quiero que vuelvan a suceder hechos como la agresión a Iskander Alonso.

Torres observó a Ander detenidamente mientras tamborileaba la mesa con los dedos.

—Por supuesto, Ander —dijo finalmente—. Tramita la petición de permiso, que la autorizaré inmediatamente.

—Gracias, Torres.

—De nada, hombre. Has pasado por mucho estas últimas semanas —dijo Torres—. Lo único que te pido es que estés localizable y que dejes a Gardeazabal al corriente de todos los asuntos pendientes. Por cierto, ¿has pensado a dónde vas a ir?

—Sí, probablemente a París. A zambullirme en el caos de la Ciudad de la Luz. Busco perderme donde nadie me reconozca, quizás así me encuentre a mí mismo.

—De acuerdo, Ander. Tómate esa semana, recupérate y vuelve con las energías renovadas.

—Gracias, jefe.

Se estrecharon la mano y Ander salió de la oficina. Después fue a avisar a su equipo de que se iba a tomar la semana libre. Ante su sorpresa, asignó las tareas a Alday y a Gardeazabal y se marchó a casa.

Mientras conducía hacia Altamira la cabeza le iba a mil. Tenía que decidir con quién dejar a Gorritxo. La opción lógica sería su padre, pero viendo su estado de salud pensó que quizás le pediría el favor a algún vecino. Por otro lado, tenía que comprobar si tenía suficiente ropa de abrigo en casa o si, por el contrario, tendría que comprarla.

Por lo que sabía, el invierno sueco era muy frío.

Capítulo 25

Cuando el despertador sonó, Ander ya llevaba media hora despierto. Se quedó tumbado bocarriba sobre el edredón, observando el techo mientras repasaba mentalmente los pasos a seguir en las próximas horas. No le había resultado complicado reservar un asiento en el primer vuelo que partía de Bilbao a París. La conexión con Estocolmo fue otro cantar. Al final tuvo que pagar una tarifa de preferente porque no quedaban asientos de clase turista. No le importó. El dinero no tenía relevancia en ese momento. La prioridad era llegar a la capital sueca cuanto antes.

Finalmente decidió dejar a Gorritxo a cargo de su vecino Hermenegildo. Sabía que el perro iba a estar fenomenal con él, ya que era un hombre que se pasaba la mitad del día explorando el monte. Además, no era la primera vez que lo acogía. Tras solucionar el dilema de con quién dejaba a su perro, Ander telefoneó a su hija Amaia. Le explicó que se iba una semana fuera a solucionar un asunto relacionado con uno de sus casos, aunque no le dio ningún otro detalle para no comprometerla. También le pidió que llamara a su aitite Carmelo y, si le fuera posible, que adelantara su llegada a Bilbao. Amaia tenía previsto regresar a Bilbao el veinte de diciembre para celebrar al día siguiente santo Tomás con sus amigas; sin embargo, al oír la petición de su padre, un hombre que jamás pedía un favor salvo que realmente lo necesitara, tomó la determinación de instalarse en la calle Zugastinobia lo antes posible. Acudiría a Bilbao después de terminar el último examen trimestral.

El viento soplaba ligeramente templado esa mañana. Ander alzó la vista al cielo. Las nubes avanzaban con rapidez, anunciando cambios. Odiaba el clima variable. A su exmujer le encantaba, decía que había que tomarlo como una caja de sorpresas y aceptar aquello que trajera dentro. A él le gustaba la estabilidad, era mucho más convencional, «abúlico», le reprochaba Amelia.

Distintos tanto en sus preferencias climatológicas como en el carácter, probablemente esa fue otra de las razones por las que su matrimonio fracasó. Amelia no soportaba que cada día mimetizase al anterior. Esta asimetría, unida a la cada vez mayor obsesión de Ander por resolver los casos, había sido el detonante de su ruptura. Eso y su obsesión por coleccionar abandonos, por supuesto.

Como le sucedía siempre que recordaba a Amelia, una punzada de

amargor le recorrió el cuerpo. El claxon del coche de Gardeazabal lo rescató del ensimismamiento autodestructivo. Desde el mismo momento en el que supo que Ander se tomaba una semana de vacaciones, el fornido inspector se prestó voluntario a llevarlo al aeropuerto, con la advertencia de que su ofrecimiento no aceptaba una negativa por respuesta. Gardeazabal había cogido el León más inmaculado del parque móvil. Su aerodinámica carrocería brillaba en contraste con la embarrada calle.

Ander lo saludó con la mano y se acercó con la maleta hacia él.

—Tan puntual como siempre, Garde —dijo Ander tras meter el equipaje en el maletero.

—Por supuesto. ¿Cómo voy a retrasarme con el jefe? Si fallo en eso jamás lograré el aumento de sueldo que me merezco —dijo encogiendo los hombros en un gesto cómico.

—Claro, no se me había ocurrido —dijo Ander sonriendo.

Gardeazabal se puso en marcha y pronto tomaron la A8 en dirección a Santander.

—Anoche hablé con Nekane. Me dijo que mañana le quitarán la sedación a Arregui y que, si todo va según lo planeado, para el lunes quizás lo trasladen a planta —dijo Gardeazabal cuando pasaron al lado del Hospital de Cruces—. Estaba muy contenta.

—Esa es una noticia buenísima.

—La mejor que podríamos tener. Arregui se tiene que recuperar, lo necesitamos. —Se mordió inconscientemente el labio inferior.

—Saldrá de esta, Garde. Ya lo verás.

Ander golpeó a su compañero en el brazo para insuflarle ánimos. Arregui y Gardeazabal habían forjado una gran conexión durante los años que habían coincidido en el Grupo 4. El veterano inspector siempre priorizó transmitirle los aspectos ocultos de la profesión, todo aquello que un hombre aplicado como Arregui no podría ver en ningún manual. Fue su instructor, le enseñó el oficio y ahora se sentía responsable de la suerte que pudiera correr. Ander conocía muy bien ese sentimiento. De nuevo, la losa de la culpa.

—Ojalá sea así —dijo Gardeazabal mirando a su compañero con lágrimas en los ojos—. Aún lo veo en sueños medio quemado y ensangrentado en el jardín de Gálvez.

—Se repondrá del golpe. El sociólogo es fuerte —dijo Ander a pesar de saber de lo difícil que le iba a resultar a Arregui olvidar la muerte de la chica.

—Seguro que sí —apostilló Gardeazabal a media voz mientras atravesaban el puente de Rontegui en dirección al corredor del Txorierri.

No volvieron a cruzar palabra en los menos de diez minutos que duró el trayecto hasta el aeropuerto de Loiu. Ambos estaban

ensimismados en sus propios pensamientos.

Estacionaron el coche sin problemas junto a la terminal de llegadas. Gardeazabal salió de un salto y sacó la maleta de Ander.

—Tranquilo, ya te la llevo yo hasta el mostrador de facturación —se ofreció.

—No hace falta, de verdad. Ya has hecho mucho por mí. Márchate tranquilo —dijo Ander.

Su compañero hizo caso omiso de las palabras de Ander y continuó avanzando hasta la terminal de salidas. Ander negó con la cabeza y siguió sus pasos. Eran las nueve y media de la mañana y el aeropuerto de Loiu estaba muy tranquilo. Tan solo se veían algunos viajeros realizando su vuelo diario a Madrid o a Barcelona y algún que otro grupito de jóvenes que iban a París a celebrar el final de los exámenes. La facturación fue muy rápida, no tardó ni dos minutos.

—¿Tomamos un cafecito? —preguntó Gardeazabal en el momento en el que Ander se disponía a despedirse.

—Se te va a hacer tarde.

—Un café no lleva mucho tiempo. Además, hay una cosa que quiero comentarte desde hace tiempo.

Ander se detuvo para observar a su compañero. Gardeazabal lo miraba sin desvelar ninguna emoción. Parecía que todo iba bien. Si hubiese el mínimo problema, Ander lo habría detectado, porque, si algo tenía su compañero, era que su vehemencia le convertía en un libro abierto. Sus sentimientos siempre afloraban, por más que el pretendiera ocultarlos o tamizarlos.

—Que no se hable más entonces. Vamos a por ese cafecito, me vendrá bien para despejarme. Además, no he desayunado —dijo Ander.

La cafetería mostraba una actividad efervescente en comparación con la apatía dominante en el resto del aeropuerto. Los inspectores cogieron los cafés y la bollería y se sentaron a la mesa más esquinada y apartada del local.

—Bien, Garde, aquí estamos. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Gardeazabal removió su café hipnóticamente sin levantar la mirada.

—Sé que fuiste tú quien envió las copias de los expedientes de las chicas desaparecidas a ese redactor de El Correo.

Ander se quedó helado. De repente se le quitaron las ganas de desayunar. Miró a su compañero con expresión sombría.

—Esa es una acusación muy seria. ¿De qué estás hablando?

—Ander, estás hablando conmigo, no con cualquier otro chupatintas de la comisaría. Yo sé muy bien por lo que pasaste cuando desapareció Enara. Estaba allí, a tu lado, ¿lo recuerdas? Sé cuánto insististe en que nuestros superiores fueran más activos en la búsqueda.

»Les solicitabas una y otra vez que aumentaran la exposición

mediática del caso porque, de ese modo, quizás llegaríamos a alguien que pudo haberse cruzado con Enara. Alguien que nos hubiera dado una hebra de la que tirar.

Esta vez fue Ander quien bajó la vista y comenzó a remover su café. Había subestimado a Gardeazabal. Su compañero estaba acertando punto por punto en su argumentación.

—Lo que no sospechabas entonces es lo que tan bien conoces ahora, que nuestros superiores quieren pasar de puntillas ante los medios de comunicación. Cada caso que sale en la prensa es un recordatorio de nuestros fracasos. Mayoritariamente son casos no resueltos y, cuando los medios buscan responsables, ya sabemos adónde apuntan: hacia arriba. Por eso decidiste que, en esta ocasión, serías tú quien dictase las reglas.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —preguntó Ander en un susurro.

—Lo sospeché desde el principio. Por eso, un día decidí seguirte sin que tú me vieras. Te llevabas los expedientes de las chicas y sacabas las fotocopias en un locutorio de Deusto. Luego las llevabas a una mensajería clandestina de la calle Islas Canarias, en San Ignacio. Entrega sin factura ni albarán. No deja rastro.

—No me juzgues, Garde. Hice lo que tenía que hacer. Lucas nos estaba dejando mensajes y nosotros no le contestábamos. Había una necesidad real de tender puentes de comunicación. Tenía que hacerle ver que entendíamos sus referencias a los expedientes de las chicas desaparecidas —dijo Ander—. Por otro lado, pensé que Iskander Alonso sería más sagaz e investigaría mejor las desapariciones. Lo sobrevaloré.

—¿Por eso reaccionaste así al verlo en el callejón?

—Sí. Al ver el expediente de Enara pintado en la pared y a Iskander acercándose, no puede contenerme —dijo Ander consciente del error que había cometido al golpear al reportero—. La situación me sobrepasó.

—El hecho de que no le enviaras el expediente de Enara te pudo haber delatado —dijo Gardeazabal—. ¿Por qué te arriesgaste?

—No habría tenido sentido facilitárselo. Que piensen lo que quieran. Ya no necesitamos ayuda externa; nosotros mismos hemos atado todos los cabos. El grupo ha resuelto ambos casos, el de los asesinatos de Lucas Jauregui y el de las desapariciones de las chicas.

—Pero aún no hemos detenido a ningún responsable —dijo Gardeazabal con talante serio —. Solo Eugenio Larrazabal, Gálvez y Carlos Bonaparte tienen lo que se merecen por estar implicados en las muertes de las chicas. El resto están libres.

Ander se tomó el café de un sorbo y se guardó el bollo en un bolsillo.

—Esperemos que los trámites burocráticos nos permitan remediar

eso en breve —dijo Ander levantándose—. Supongo que si me has acompañado hasta aquí para contarme lo de los expedientes de las chicas es porque no me vas a delatar, ¿verdad?

Gardeazabal asintió y una sonrisa cansada se mostró en su amplio rostro.

—Jamás te delataría, Ander. Somo el Grupo 4, los trapos sucios los lavamos en casa.

Si la lealtad tenía una cara, esa era la de Gardeazabal. Ander lo observó orgulloso mientras abandonaban la cafetería.

—Gracias por todo, Garde. Ahora he de marcharme. Cuida bien del resto del equipo en mi ausencia.

—Por supuesto.

Se detuvieron junto al acceso a la zona de embarque y se dieron un abrazo.

—Cuídate, amigo —dijo Gardeazabal—. Desconecta.

—Así lo hare. Una desconexión total. Durante una semana no quiero saber nada de asesinatos ni de divinidades vengativas.

La cerradura cedió al girar la llave del ático del número cinco de la calle Strandvägen. La seca calidez de la casa contrastaba con el frío polar que sacudía la ciudad de Estocolmo de norte a sur. Alexander se sentó en el banquito que tenía en la entrada y procedió a realizar la rutina diaria de descalzarse antes de pasar a la vivienda. Entre las muchas costumbres que apreciaba de su país natal, esa era una de las que más valoraba. Recordaba con desprecio la incívica obstinación con la que la gente pasaba con el calzado sucio a su casa de Bilbao. Su madre también lo odiaba. «Costumbres de bárbaros» las llamaba.

Se levantó del asiento sonriendo al recordar sus años en Bilbao. Fueron años de cambio, de excitación. Para él supuso un aprendizaje, un rito de paso que propició que acabara convirtiéndose en el hombre que era en la actualidad. Su padre había muerto, pero, después de todo, ¿quién lo echaba de menos? Suponía que nadie, aparte del pusilánime de su hermano. Colgó el abrigo, la bufanda y el gorro en el perchero de pie de madera de nogal que tenía junto al zapatero y pasó a la zona de estar.

A las doce de la mañana la luz aún entraba abundante por las amplias ventanas. En la casa de Alexander la luminosidad se acentuaba gracias a la elección de la gama de colores de los muebles, tarimas, rodapiés y puertas. El blanco y el gris claro monopolizaban la paleta de colores, convirtiendo las pocas horas de luz invernales en un momento de goce.

Alexander avanzó por esa tarima gris. Posó las llaves y la cartera en el plato de cerámica que tenía sobre la mesa de la sala. Su mente, si bien un poco embotada por la guardia de veinticuatro horas que

acababa de finalizar, trazaba planes para los próximos días. Objetivos que cumplir antes de la llegada del gran día. El solsticio de invierno se acercaba y a él aún le quedaba mucho por hacer. Los últimos meses habían sido atípicos. Se había producido un aumento notable de consultas y operaciones no programadas en el hospital. En esas circunstancias, se vio en la obligación de doblar guardias para cubrir a sus compañeros, lo que había provocado retrasos en el resto de sus quehaceres. Ahora tendría que apresurarse.

También estaba el incidente de la cabeza. Un hecho intrigante. Alexander recordó que había estado una hora frente al paquete abierto, viendo la expresión mezcla de sorpresa y terror de la cabeza de ese pobre desdichado. Se preguntó: «¿Qué hago ahora?». Por una parte, no quería atraer sobre él el foco de la policía de Estocolmo; pero, por otro, sentía una curiosidad irrefrenable por conocer la identidad del fallecido. Quizá de esa manera podría descubrir quién era el remitente del paquete. El nombre de Abel Borrero no le decía nada. Tal vez su madre podría haberlo orientado, pero Alexander desechó la posibilidad de llamarla. Eso hubiera sido una imperdonable muestra de debilidad a sus ojos. Y él jamás se perdonaría defraudarla, como sí lo hicieron Ernesto —porque jamás le había salido llamarlo «padre», con Ernesto era suficiente— y Lucas. Eran de sangre débil, como le gustaba decir a su madre. Por eso, movido por la curiosidad, se personó en la comisaría adoptando su expresión aterrorizada más convincente. Por desgracia, no había obtenido ninguna noticia desde entonces. Apuntó la nota mental de llamar al agente Anderman el lunes.

El final de Ernesto y de Lucas fue el que se merecían. Alexander no sentía ningún remordimiento por haber apretado el gatillo después de posar el revólver en la sien de su padre. Lo volvería a hacer una y mil veces. Aquel día los astros se alinearon para él. Se probó merecedor del aprecio de su madre y eliminó dos rivales de un plumazo. Ya no tendría que compartir el corazón de ella con nadie más. Sería solo para él.

Se asomó a la ventana con expresión distraída. La nieve cubría las aceras de la calle. La calzada, sin embargo, estaba totalmente limpia. El tráfico era fluido, como siempre. El cielo mostraba varias tonalidades de gris, que se iban degradando del más intenso de la parte superior hasta el más claro de la línea del horizonte, convirtiendo en una lámina acerada las aguas de la pequeña bahía de Nybroviken, desde cuyos muelles partían los transportes fluviales que conectaban la capital sueca con un gran número de destinos a lo largo y ancho del lago Mälaren hasta llegar al mar Báltico. Alexander observó a la gente cruzando las pasarelas metálicas desde las que se accedía al interior de los barcos. Subían en un goteo disperso. Para ser

sábado no había mucha gente. Nada que ver, desde luego, con las colas que se formaban en verano.

Sin darse cuenta, comenzó a bostezar. Se frotó la cara y sacudió la cabeza. Necesitaba echarse unas horas. Luego saldría a hacer los preparativos para el día siguiente, antes de regresar al trabajo. Ya tenía echado el ojo a su próximo objetivo, pero le quedaban por pulir unos pocos detalles del plan para que todo saliera como siempre: perfecto.

Atravesó el salón en dirección a su habitación. Al girar hacia el pasillo algo llamó su atención. Junto a la puerta del cuarto de baño vio su pantalón de pijama tirado en el suelo. No recordaba haberlo dejado allí, aunque, quién sabe, después de una semana de guardias todo era posible, incluso en alguien tan ordenado y metódico como él.

Se agachó a coger el pantalón. Al levantarse se encontró de bruces con un reflejo de sí mismo. No tuvo tiempo de reaccionar. El puño de su hermano le impactó con tal violencia en la mandíbula que al instante se desplomó inconsciente.

Cuando despertó la luz no inundaba el salón como antes. De hecho, apenas entraba la suficiente para iluminar tenuemente la estancia. Alexander trató de moverse, pero estaba atado a una silla. Intentó gritar, pero lo habían amordazado. Notaba un regusto a sangre en la boca, probablemente el golpe le habría partido el labio por dentro. Agitó el cuerpo y la cabeza tratando de aflojar las ligaduras.

—No te resistas, querido hermano —le dijo Lucas en un sueco con un fuerte acento español—. Tú, mejor que nadie, sabes que no tiene ningún sentido tratar de desatarte cuando estás fuertemente amordazado. Tienes mucha práctica en ese arte, ¿no es así, Alexander? —dijo alargando las sílabas del nombre de su hermano.

Alexander trató de buscar el lugar del que procedía la voz de su hermano. No hizo falta. Este se mostró en su ángulo de visión al sentarse en la silla que estaba dispuesta frente a la suya.

—¿No te hace ilusión este reencuentro familiar? Lo cierto es que me hubiera gustado que mamá se hubiese unido a esta entrañable reunión. Pero me temo que eso no va a poder ser. El tiempo apremia. Te iba a decir que mejor dejarlo para otra ocasión. Pero tú y yo sabemos que no habrá otra ocasión para ti.

Ante los intentos de comunicarse de su hermano, Lucas le dio un par de palmadas en la rodilla.

—Tranquilo, ya tendremos tiempo de ponernos al día más adelante. Sé que tienes una casita cerca de Möja, en una islita del archipiélago. Perdona por haber estado trasteando entre tus cosas, hermano, pero ya sabes que siempre he sido de naturaleza curiosa.

Alexander no paraba de mover la cabeza de un lado a otro. De su garganta únicamente salía un quejido reprimido y aire inarticulado

amortiguado por la mordaza que bloqueaba su boca. Lucas se puso en pie y se volvió a colocar detrás de su hermano. Se acercó a su oído derecho.

—Siempre has sido un cabrón desalmado, Alexander. Mamá tapó lo que le hiciste a Lena Axelsson en Kiruna. ¡Por Dios, tan solo tenía doce años!

Lucas continuó hablando mientras manipulaba una bolsa de viaje que había ocultado debajo del sofá.

—Creías tener ese instinto criminal tan necesario para llevar a cabo los deseos de mamá. Yo, sin embargo, no. Por eso me odiaba tanto. Aunque ahora, probablemente, estaría muy satisfecha con mis avances. Se lo tendré que preguntar. Con el tiempo he descubierto que no eres más que un cobarde, hermano. Estás dominado por el odio. Pero has de saber que el odio es el reverso del miedo.

Lucas le clavó una jeringuilla en el cuello con un movimiento rápido que lo pilló desprevenido.

—Hermano, también has de saber que han encontrado a las pobres chicas de Bilbao, a las que sacrificasteis en vuestro delirio litúrgico.

Alexander dejó de oponer resistencia. Las fuerzas lo abandonaron. La sala giraba cada vez más rápido, se sintió como esa agua de la bañera que se precipita irremisiblemente hacia el oscuro sumidero.

—Ahora quiero ver los secretos que guarda mi hermanito en esa cabaña tan convenientemente apartada de la civilización.

Lucas comprobó que su hermano estuviera inconsciente. Se acercó al armario de la habitación y revolvió entre la ropa. Al cabo de un minuto salió con un pantalón marrón claro y una camisa azul. Se vistió la ropa de abrigo de Alexander y se calzó sus botas.

En la sala apartó la mesa, acercó la alfombra junto a la silla, desató a su hermano y lo posó sobre la alfombra. La enroscó y la alzó sobre su hombro.

Cualquier vecino que lo viese se pensaría que era Alexander Nilsson llevando una alfombra a la tintorería. Se colgó la bolsa de viaje en el brazo izquierdo y abandonó el ático.

Los mensajes por megafonía se pronunciaban en perfecto inglés. Ander lo agradeció tras habérselas visto y deseado en más de una ocasión en el aeropuerto Charles De Gaulle de París para entender lo que comentaban los operadores franceses en ese inglés suyo tan melifluo y algo incomprensible. En Arlanda no sucedía eso. Los suecos hablaban un inglés perfecto, casi nativo.

Durante las cuatro horas de escala en París, Ander se puso al día de los acontecimientos más importantes que afectaban a la actualidad internacional y nacional: la situación en Gran Bretaña, con Boris Johnson sacando rédito político de un discurso populista que

explotaba las miserias traídas a su país por la política neoliberal de su partido; y la situación política española, donde la tensión en Cataluña servía de propicia cortina de humo para que los partidos tradicionales no aireasen sus problemas endémicos de corrupción.

Ander pronto se aburrió de esa lectura. Prefirió sacar las notas que había escrito durante el vuelo a la capital gala. Había una frase redondeada en rojo que sobresalía sobre el resto.

Vengar a Enara.

El paso de las horas no había atenuado la ira que sentía en su interior. Más bien al contrario, cada vez era más consciente de la crueldad a la que había sido sometida su hermana. Enterrada viva por un grupo de fanáticos homicidas. Aunque el brazo ejecutor fuese el misterioso Akerbeltz, la cabeza de esa gran serpiente sedienta de sangre joven era Astrid Nilsson. La mujer que Ander pretendía encontrar costase lo que costase. La burocracia no iba a detenerlo. Por fin había llegado el momento que tanto había deseado.

El momento de la verdad.

Miró a izquierda y derecha a lo largo de la cinta transportadora que acarreaba las maletas del vuelo de París-Estocolmo. Observaba a la gente avanzar hacia la plataforma, agacharse y asir su equipaje. Cada vez quedaban menos personas por retirar el suyo. Por un momento a Ander se le pasó por la cabeza la posibilidad de que su maleta se hubiera extraviado. Deseaba que no fuera así, porque necesitaba moverse con rapidez por suelo sueco. Lo último que le convenía era tener que esperar a que su equipaje llegara al hotel. Cuando estaba a punto de dirigirse al mostrador de reclamaciones, vio aparecer una maleta roja por el extremo opuesto de la cinta. Era la suya. Aliviado, fue a recogerla.

Ander siguió los pasos de la gente que se encaminaba hacia la salida de la terminal de llegadas. Antes de tomar el autobús hacia Estocolmo, paró en una oficina de cambio de divisas para hacerse con unos cientos de coronas suecas.

Salió al atardecer nocturno del exterior de la estación. Notó claramente el contraste de temperatura. Se subió la cremallera del abrigo y se caló el gorro de lana que llevaba en su bolso de mano. Cerca del círculo polar ártico los días eran muy cortos en invierno. La noche caía pronto y, si bien los suecos no dejaban de hacer su vida por ello, estaba claro que la falta de luz diurna condicionaba en gran medida la actividad al aire libre.

Una vez bien abrigado, Ander metió la maleta en la bodega del Flygbussarna con destino a Estocolmo que salía en cinco minutos. Le compró el billete al conductor y tomó asiento junto a la ventanilla. El viaje duraba cuarenta y cinco minutos, por lo que cerró los ojos y trató de echarse una cabezada.

Un par de horas más tarde estaba cenando en el restaurante del hotel que había reservado en el barrio popular de Södermalm. Popular, sobre todo, porque en él transcurrían muchas escenas de la saga Millenium.

El silencio reinante en el restaurante le llamaba mucho la atención. Acostumbrado al ruido ambiental habitual en Bilbao, la ausencia de este le producía un vacío en el corazón, lo angustiaba. Le recordaba al sentimiento de ausencia que se vive en un velatorio. Cenó rápido y subió a su habitación. Tenía que llamar a Emil Anderman.

Tras varios tonos, la voz de Emil, en sueco, sonó apagada al otro lado del auricular.

—Buenas tardes, Emil, soy el inspector Ander Crespo, de la policía vasca —dijo Ander en castellano.

—Ah, hola. Buenas tardes, Ander.

—Acabo de llegar a Estocolmo. Queremos aclarar unas cuestiones relativas al envío de la cabeza de Ramón Egaña.

—¿Ramón Egaña? —preguntó Emil extrañado.

Ander le hablaba de las víctimas de su caso como si Emil fuese parte de su equipo, sin tener en cuenta que el policía sueco ignoraba los detalles.

—Oh, perdón, Emil. Evidentemente no tienes por qué saberlo. La cabeza que recibió Alexander Nilsson era la de un hombre llamado Ramón Egaña, un fiscal de Bilbao.

—Entiendo —dijo Emil—. ¿Realmente estás aquí en Estocolmo?

—Sí. Me gustaría realizarle un par de preguntas al señor Nilsson, si es posible.

El silencio se apoderó de la línea. Finalmente, Emil carraspeó.

—Nosotros no tenemos ninguna investigación abierta con el señor Nilsson. Enviamos la cabeza a España y, en lo que a la policía sueca respecta, con eso terminó nuestra implicación.

—Por supuesto, Emil. Pero para nuestro caso sería de vital importancia tener una entrevista con Alexander. Necesitamos atar unos cabos que han quedado sueltos y pensamos que él podría ayudarnos.

—Vaya, tiene que ser algo muy importante para que te hayas tomado la molestia de venir hasta aquí. De acuerdo. Si te parece bien, podemos quedar mañana a primera hora. ¿A las ocho?

—Fenomenal —dijo Ander.

—¿Dónde te alojas?

—En un hotel que está junto a la estación de metro de Medborgarplatsen —dijo Ander consultando su plano de la ciudad.

—Entonces quedamos en la entrada principal de la estación. Iré en mi coche patrulla.

—Estupendo. Entonces, hasta mañana —dijo Ander.

—Eso es, hasta mañana.

Ander colgó con la sensación de que el policía sueco desconfiaba de sus intenciones reales. Respiró profundo. Al día siguiente tendría que ser frío y no mostrarle el auténtico motivo que lo había llevado a Suecia.

Capítulo 26

El agudo graznido de una gaviota despertó bruscamente a Ander. Aturdido, se giró hacia el reloj despertador de la mesilla. Las seis y media de la mañana. Se estiró en la cama perezoso. A pesar de haber dormido más que ninguna otra noche en el último mes, Ander sentía sus miembros entumecidos, como si realmente no hubiera descansado más que un par de horas. El maldito bruxismo lo estaba destrozando. Los cuarenta y ocho años no perdonaban, claro. De joven, tres semanas durmiendo una media de cuatro horas al día no le habrían supuesto más que un cansancio llevadero; sin embargo, ahora que rondaba la cincuentena, su cuerpo le recordaba que cada exceso se pagaba. Que todo esfuerzo estaba tasado.

Se frotó la cara con fuerza. De un salto se puso en pie y se dirigió al cuarto de baño a darse una ducha fría. Necesitaba activar todas sus neuronas para afrontar la jornada. En breve llegaría su colega sueco a recogerlo.

Ander era consciente de que Emil no se había quedado conforme con la explicación dada para justificar su viaje a Suecia. Sabía que tarde o temprano tendría que contarle toda la verdad.

El policía sueco llegó puntual a la cita. Conducía un coche patrulla de la policía de Estocolmo, que destacaba sobre el resto de los vehículos por sus colores azul, amarillo y blanco, los mismos que los de la bandera sueca. Emil salió del coche y se acercó a la esquina en la que aguardaba Ander apurando un cigarrillo.

Lo primero que llamaba la atención en Emil era su estatura. Era alto, muy alto. Ander media uno ochenta y el sueco le hacía sentirse pequeño. Vestía un buzo azul marino de la policía y por encima llevaba una chaqueta con la palabra «Polis» inscrita en medio del pecho. El joven no tendría más de treinta y cinco años. Era rubicundo, de una tez pálida que apenas ocultaba su tupida barba.

—Ander, ¿verdad? —preguntó extendiéndole la mano con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí. Emil, encantado de conocerte en persona —dijo Ander estrechándole la mano.

—Entonces, has venido a entrevistar a Alexander Nilsson y de paso conocer nuestro agradable invierno, ¿no es así? —le preguntó invitándolo con el brazo a subir al coche.

Como era de prever, el policía sueco no se había tragado la excusa

de Ander.

—En parte sí, aunque, como te habrás imaginado, hay más motivos —dijo Ander entrando en el coche patrulla.

Pronto notó la diferencia con el exterior. La calefacción había atemperado la cabina y sus huesos lo agradecieron.

—Bien. Eso tiene más sentido —dijo Emil encendiendo el motor e incorporándose al tráfico—. Nadie hace un viaje tan largo para una simple entrevista. Existen las videoconferencias.

—Recuerda que yo soy de otra generación, de la vieja escuela. Aquella que prefiere un careo antes que un interrogatorio a través de una fría pantalla. Alexander puede ser un testigo importante en nuestro caso y quiero ver cómo reacciona ante mis preguntas. Necesito analizar tanto lo que dice como el modo en que su cuerpo se expresa al decirlo. —Ander eligió cuidadosamente las palabras.

—¿Cómo va vuestro caso? —preguntó Emil tratando de abrirse paso entre el denso tráfico.

Aunque la carretera estaba limpia, la nieve se agolpaba apilada sobre las aceras, propiciando que muchos peatones optaran por caminar por la calzada antes que arriesgarse a sufrir una caída en ellas. En esa situación, el conductor tenía que aguzar todos sus sentidos para evitar atropellar a alguien.

—Ahora mismo, tenemos siete cadáveres sobre la mesa. Siete asesinatos a cada cual más cruel.

Emil lo miró sorprendido y movió la cabeza en señal de asombro.

—Siete son muchos asesinatos —dijo finalmente—. ¿Tenéis algún sospechoso?

—Sí, uno principal. El hermano de Alexander Nilsson.

Pararon en un semáforo, antes de acceder a Gamla Stan, la ciudad vieja de Estocolmo, donde se encontraba el casco histórico de la ciudad.

—¿Alexander tiene un hermano en España?

—Sí, un gemelo. Ha estado en prisión los últimos diecinueve años. El año pasado huyó. Creemos que ha dedicado el último año a planificar los crímenes que está ejecutando ahora —dijo Ander.

Emil dio un volantazo para esquivar a un ciclista al que le había patinado la bicicleta. Luego ladeó la cabeza, gesto que Ander no supo si interpretar como asombro por la información revelada o alivio por el atropello evitado.

—¿Sabes cómo llama mi padre a Estocolmo? —preguntó Emil cambiando de tema.

—Ni idea —dijo Ander antes de entrar en un túnel que los llevaría al casco viejo.

—La ciudad que duerme con los ojos abiertos.

—¿Por qué? —preguntó Ander extrañado.

—Porque en verano apenas tenemos seis horas de oscuridad. El día amanece a las cuatro de la madrugada. Es la pesadilla del insomne. Mi viejo es un poeta.

A Ander le hizo gracia el desparpajo de Emil. Su español era perfecto, pero lo que más le impresionaba era que había incorporado a su léxico las expresiones más coloquiales. Dio por hecho que, durante esos veranos en el Mediterráneo, Emil había pasado mucho tiempo en la calle con sus amigos españoles.

—Sin duda que lo es —dijo Ander.

—En nuestra ciudad también tenemos bastantes homicidios; sin embargo, yo aún no he investigado ningún caso de asesinos en serie.

—Nuestro caso también es una excepción. La verdad es que nos ha cogido a todos por sorpresa.

—Entonces, ¿realmente crees que Alexander pueda ayudaros a dar con el paradero de su hermano? —preguntó Emil.

—Eso espero —dijo Ander.

—Bien, pues ahora sí que entiendo tu interés por entrevistarlo en persona. Pasemos por su lugar de trabajo.

—Estupendo —dijo Ander.

En el camino hacia el Hospital Universitario Karolinska, Emil le contó cómo había conocido a su esposa. Ella era una estudiante española de intercambio en la Universidad de Uppsala y Emil era voluntario para enseñar sueco a los hispanohablantes del campus. Así fue como coincidieron los dos. «Dos estrellas que se cruzan y deciden continuar alumbrando juntas», le había dicho él. Sin duda, había heredado la vena poética de su padre.

Alexander no estaba en el hospital. Hacía una hora que tenía que haber iniciado el turno de su último día de guardia semanal; sin embargo, ni había avisado ni había acudido al hospital. Su supervisor estaba muy extrañado porque Alexander era un médico de una ética intachable, muy respetado entre sus colegas y que habría llamado en caso de faltar al trabajo. Esa conducta no era propia de él.

—Pasémonos por su domicilio —dijo Emil cuando regresaron al coche. Antes de montar en él, el policía sueco abrió el maletero y sacó una chaqueta como la suya.

—Toma, Ander, póntela. Así no parecerás un detenido —dijo burlón.

—Todo un detalle —dijo Ander, aunque se guardó la opinión de que la chaqueta le quedaba un par de tallas grande.

Östermalm le recordaba a Ander a las calles del centro de Viena que tan bien llegaron a conocer Amelia y él durante su viaje de novios por Centroeuropa. Fachadas sobrias y adustas que, sin embargo, dejaban intuir que en su interior vivía la opulencia. Pétreos pórticos coronados

o flanqueados por estatuas de héroes y heroínas que habitaban la tierra u ocupaban el pensamiento de los seres humanos cuando los sueños y la realidad confluían. En los bajos de esas edificaciones, las tiendas y los negocios más exclusivos de la metrópoli sueca ofrecían sus artículos y servicios al paladar exigente del holmiense.

Emil conducía el coche con exquisita suavidad. Trazaba las curvas por el lugar correcto y no pisaba a fondo cada vez que se encontraba con treinta metros de recta. Todas aquellas prácticas de buen conductor que Gardeazabal se empeñaba en olvidar. Ander sonrió para sí mismo. Se preguntaba qué estaría haciendo su equipo ahora mismo. Suponía que andarían tratando de completar el expediente de Lucas Jauregui con los nuevos informes del laboratorio de la policía científica, las evidencias halladas en el video, los informes de la exhumación de Enara y las otras chicas, y los informes forenses. Tenían entretenimiento más que suficiente para toda la semana.

Ander agradeció esa carga de trabajo. De ese modo no le darían demasiadas vueltas al hecho de que su jefe se hubiera tomado una semana libre. Tras la conversación mantenida con Gardeazabal en la cafetería del aeropuerto de Loiu, sospechaba que el inspector sabía exactamente cuál era el motivo que le impelía a viajar en plena investigación.

—Es aquí. —Emil señaló un portal situado a su izquierda.

El policía sueco continuó conduciendo a lo largo de la calle, dejando a su derecha un embarcadero de grandes dimensiones. Aparcaron en una calle lateral próxima y se dirigieron hacia el portal.

—El señor Nilsson vive en el ático de ese portal de la calle Strandvägen. —Emil señaló hacia los barcos amarrados en los muelles de enfrente—. Esta es la mejor zona de Estocolmo. Te aseguro que vivir aquí no está al alcance de cualquiera.

—Entonces, el bueno de Alexander Nilsson es un hombre rico —dijo Ander con tono neutro.

—Más que eso. Es una eminencia en su campo de la medicina. Una persona respetada por la comunidad. Alguien a quien no quisiéramos enfadar bajo ninguna circunstancia. —Esas últimas palabras de Emil vinieron acompañadas de una mirada expresiva.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Ander.

—Únicamente yo hablaré con él. Tú vienes como acompañante. Si tienes alguna pregunta que hacer, me la formulas a mí. Luego yo me encargaré de traducírsela, ¿entendido?

—Perfectamente —dijo Ander.

—Bien, mejor así. —Emil pulsó el timbre del ático del portal número cinco.

Nadie contestó. Emil volvió a apretar el pulsador otra media docena de veces con el mismo resultado.

—Quizás duerma con tapones —dijo Emil encogiéndose de hombros.

Se apartó de la puerta y miró hacia arriba tratando de avistar el ático que se elevaba sobre la quinta planta del edificio. Ver algo desde allí habría sido un auténtico milagro y Ander no creía en ellos.

Emil comenzaba a impacientarse. Regresó al portero automático y pulso varios timbres al azar. Al cuarto intento se oyó una voz de mujer. Contestó en sueco, por lo que Ander no entendió absolutamente nada de la conversación. Tan solo le pareció entender las palabras «polis» y «Nilsson» intercaladas entre un maremágnum de articulaciones incomprensibles. ¿No dice un refrán que el que no sabe es como el que no ve? Pues en Estocolmo Ander sentía que había perdido la vista. El chasquido metálico de la puerta al abrirse lo rescató del sentimiento de inopia.

—Vamos —dijo Emil.

Tomaron el ascensor y subieron hasta el ático.

—¿Qué haremos si no contesta al timbre? —preguntó Ander.

Emil no dio señales de haber oído la pregunta y guardó silencio hasta llegar al destino.

—Tranquilo, amigo, no vas a volver a Bilbao con las manos vacías —le dijo y acompañó las palabras con una fuerte palmada en el hombro.

El ático era la única vivienda de esa planta. «¿Para qué querrá un hombre que vive solo una casa tan grande?», pensó Ander. Luego cayó en la cuenta de que su casa no le desmerecería en metros cuadrados a la de Alexander y que él también vivía solo.

Emil se detuvo en seco cuando se disponía a pulsar el timbre. Instintivamente llevó su mano derecha a la pistola que colgaba de la cartuchera y con la izquierda le hizo a Ander una señal para que se estuviera quieto. La puerta estaba abierta.

El agente sacó su arma reglamentaria y la empujó con suavidad hasta abrirla por completo.

Pronunció una frase en la que Ander identificó nuevamente las palabras «polis» y «Nilsson». Ante la ausencia de respuesta, Emil entró en el domicilio de Alexander portando el arma en alto firmemente sujeta con ambas manos. Ander avanzó pegado a su espalda. Dieron una vuelta por la vivienda y comprobaron que no había nadie dentro.

—Aquí ha sucedido algo. —Emil pensaba en voz alta mientras observaba las gotas de sangre y el mobiliario del salón.

La mesa de centro había sido movida hacia un lado al igual que parte del sofá. Alguien había colocado dos sillas enfrentadas en una zona en la que estas no cumplían ninguna función lógica. A los pies de una de las sillas se apreciaban gotas de sangre; el rastro continuaba otro medio metro y desaparecía bruscamente.

—La víctima fue maniatada aquí —indicó Ander señalando los restos de cinta adhesiva que habían quedado pegados a las dos patas frontales de la silla—. La sangre nos indica que hubo violencia. La ausencia de sangre aquí —señaló el punto en el que esta desaparecía —, unido a la ausencia de la alfombra que había bajo la mesa, nos sugiere que la víctima fue envuelta en ella y, posiblemente, transportada al exterior como si de un fardo se tratara.

Emil asintió.

—El señor Nilsson no ha acudido a su trabajo, su domicilio tiene la puerta abierta y hay signos de violencia. En mi opinión todo apunta a un secuestro. Voy a llamar a la comisaría para que se desplacen aquí varios equipos. Pero antes de realizar esa llamada, necesito que me aclares algo, Ander —dijo Emil con expresión seria.

—Dime.

—¿Crees en las coincidencias? —preguntó Emil.

—¿A qué te refieres?

—Pues a esto —dijo Emil abriendo los brazos y girando sobre sí mismo—. Qué casualidad que el día que vienes tú desaparezca Alexander Nilsson.

Ander guardó silencio. La barba del sueco temblaba ligeramente por el enfado. Parecía un oso a punto de abalanzarse sobre su presa.

—El mismo Alexander al que, casualmente, has venido a entrevistar hasta Estocolmo —continuó el sueco.

—Ya veo por dónde vas, Emil. Pero estás equivocado, yo no he tenido nada que ver con todo esto.

—Ya lo sé —dijo Emil—. Si en algún momento hubiera sospechado de tu implicación, ahora descansarías en el asiento trasero de mi coche luciendo unas bonitas esposas.

—Agradezco que no sea así.

—De todos modos, creo que me ocultas algo y, sinceramente, me merezco que me lo reveles.

Ander se frotó la parte inferior de la cara con la mano. Era otro de sus gestos instintivos que aparecían cuando necesitaba dilucidar un dilema en poco tiempo. Tenía que sopesar pros y contras. Si le exponía sus auténticas intenciones, corría el riesgo de que el agente sueco no le entendiera o, lo que era peor, que se sintiera utilizado y se enfadara con él.

—Está bien, Emil, te seré sincero —dijo Ander apoyándose en el marco de la ventana.

—Bien. —Emil relajó su expresión.

—El caso que investiga mi equipo de homicidios en Bilbao, al que denominamos H9, es un caso abierto. Como ya te comenté, desde hace un par de semanas nuestro sospechoso principal es Lucas Jauregui, hermano gemelo de Alexander Nilsson. Lucas tiene el apellido del

padre, mientras que Alexander optó por adoptar el de la madre.

—Sí, eso ya me lo contaste.

—Efectivamente, eso ya te lo conté. Pero se me olvidó añadir un detalle crucial al relato. —Ander perdió la mirada en las oscuras aguas de Mälaren.

—¿Cuál?

—Lo cierto es que Lucas está llevando a cabo un auténtico ajuste de cuentas. Está asesinando a todos aquellos que estuvieron implicados en la farsa que condujo a su encarcelamiento. Hoy sabemos que Lucas era inocente de los crímenes que le imputaron. El chico ha pasado diecinueve años de su vida encarcelado por un crimen que no cometió.

Ander hizo una pausa para comprobar si Emil había entendido el alcance de la información que le estaba revelando. El sueco asentía mientras escuchaba su relato. Tenía el ceño fruncido, pero Ander no sabía si era porque no llegaba a comprender todo o porque no le gustaba lo que estaba escuchando.

—En Bilbao asesinó a siete personas y no conseguimos detenerlo. Lucas siempre ha ido un paso por delante de nosotros.

—¿Crees que volverá a matar?

—Sin duda, por lo menos lo intentará —dijo Ander. Le dio la espalda a Emil y volvió a posar su mirada en la pequeña bahía que se contemplaba en su totalidad desde el ático—. Entre los muchos detalles del caso que, lógicamente, desconoces, hay uno en particular que tiene una gran importancia.

—¿Cuál?

—Los asesinatos de Lucas siguen un patrón definido.

—¿Un modus operandi particular? —inquirió Emil.

—No exactamente. En realidad, se trata de su firma. El modus operandi varía de víctima a víctima; depende más bien de la ocasión que se le presente, de la oportunidad de la que valerse para secuestrar a su víctima.

»Generalmente actúa disfrazado, caracterizado de tal modo que a la víctima le resulte imposible reconocerlo. Es un maestro de la transformación —reconoció Ander girándose para encarar al agente sueco—. Su firma es la que nos señala el patrón. El motivo por el que firmaba sus crímenes con el sobrenombre de H9.

—No entiendo. Entonces, ¿en qué consiste esa firma? —preguntó Emil intrigado.

—La firma consta de dos elementos diferentes. Por un lado, cada asesinato es escenificado con el fin de representar un crimen narrado por el historiador griego Heródoto en su Historia. —Ander hizo una pausa y sonrió ante la cara de incredulidad de Emil. La mandíbula inferior del policía sueco cayó a plomo, dejándole una expresión de

perplejidad un tanto pueril—.

»Por otro, Lucas deja una nota en el escenario del crimen con un pasaje del libro correspondiente al capítulo perteneciente al crimen escenificado. Hasta ahora, la nota la ha introducido en la boca de la víctima. Solo nos falta descubrir la nota que dejó en la cabeza viajera de Ramón Egaña.

—¡Vaya! Eso implica mucha planificación y sangre fría —dijo Emil con cierto tono de admiración en sus palabras.

—Evidentemente. Lucas no es un asesino desorganizado, sino todo lo contrario. No olvides que ha dispuesto de casi veinte años para planificar sus crímenes. Esa es la razón por la que siempre va un paso por delante de nosotros. Porque su metrónomo sigue un ritmo constante. No para.

—A ver si he entendido bien, Ander —dijo Emil—. ¿Dices que Lucas Jauregui asesina a una víctima por capítulo de la Historia de Heródoto?

—Así es.

—¿Y cuántas víctimas lleva?

—Por ahora, siete —contestó Ander.

—¿Cuántos capítulos tiene la Historia?

—Nueve —contestó Ander—. Por lo tanto, le faltan dos capítulos para concluir su obra. Luego desaparecerá para siempre. Jamás podremos atraparlo. Al menos eso es lo que yo creo.

—¿Estás convencido de que Alexander podría ser su octava víctima? —dijo Emil.

—No me cabe la menor duda.

—¡Por Dios, si es su hermano! ¿Por qué habría de asesinarlo?

—Porque fue Alexander Nilsson quien mató realmente a su padre en 1999. Él fue quien urdió el plan para incriminar a Lucas.

Emil seguía aturdido procesando toda la información que le había revelado Ander. El salón le daba vueltas. El mobiliario movido, la sangre, las implicaciones de encontrarse en el escenario del secuestro de una posible víctima de un asesino en serie itinerante… Le estaban entrando unas ganas irrefrenables de beberse de un trago una buena cerveza.

—De acuerdo, voy a hacer esa llamada a mi comisaría. Cuando vengan mis compañeros, tú tendrás que haber salido de la escena. Te doy cinco minutos para que analices el apartamento en busca de alguna prueba.

Dicho esto, el policía sueco sacó el móvil del bolsillo y se dirigió al pasillo a dar parte del secuestro.

Ander se remangó y comenzó con la inspección ocular de la vivienda de Alexander Nilsson. Los hechos habían sucedido como él había deducido en un principio. Lo que ignoraba era cuál de los

gemelos era la víctima y cuál el verdugo. A quién habían transportado en una alfombra enrollada. Y lo que era más importante, ¿adónde podían haber ido?

Ander examinó el salón. Una inmensa biblioteca ocupaba la zona opuesta a las ventanas. Era la pared más amplia de todas y en ella no había más que estanterías repletas de libros. Ninguna figura ni fotografía. Únicamente libros. Las otras paredes estaban desnudas, a excepción de una serie de láminas abstractas que colgaban por aquí y por allá. Nada significativo.

El tiempo se le echaba encima y el salón no le ofrecía ningún otro indicio de valor, por lo que Ander decidió probar suerte en el dormitorio de Alexander. La estancia estaba decorada con un estilo minimalista. La cama era un futón de metro cincuenta apoyado sobre una lámina de madera de cerezo de cuatro metros cuadrados. Las paredes, de un rojo carmesí, estaban desnudas. El armario carecía de puertas, dejando a la vista hileras de camisas y pantalones perfectamente ordenados según su tonalidad cromática. El suelo era el reino de los zapatos. Ander contó no menos de treinta pares de diverso tipo de calzado. Sobre ese vestuario, un altillo que contenía sábanas y colchas remataba la estructura.

Ander negó desesperado. No había nada a lo que aferrarse. Tan solo le quedaba un minuto antes de abandonar la vivienda.

Entonces lo vio.

Apoyado en el suelo, junto a la cama y una lámpara de mesa, había un retrato enmarcado. Ander se estiró las mangas sobre las manos y se agachó para coger el marco. Con sumo cuidado para no tocarlo con los dedos, alzó el retrato para examinarlo mejor. Se trataba de una autofoto de Alexander. La instantánea había sido tomada en una isla un día de cielo raso. Presumiblemente en verano, porque el sonriente Alexander vestía una camiseta de manga corta y lucía una sonrisa de suficiencia que revolvía el estómago solo de observarla. Al fondo, enmarcada junto a la cabeza del médico, asomaba una casa de planta única, pintada completamente de rojo, con ventanas blancas y tejados verdes.

—¡Emil, aquí, en el dormitorio! —gritó Ander.

El policía sueco apareció inmediatamente en el vano de la puerta.

—¿Qué has encontrado?

—Esta foto. ¿Conoces el lugar?

Emil se acercó hasta casi tocar el cristal con la nariz. Luego emitió un gruñido de asentimiento, acompañado de un ligero movimiento de cabeza.

—Sí, creo que es una isla del archipiélago.

—¿El archipiélago?

—Sí, luego te lo explico. Toma —dijo Emil apremiante pasándole a

Ander las llaves del coche patrulla—. Vete al coche y espérame dentro. Yo aguardaré aquí a mis compañeros e informaré a mis superiores. Corre, no tardarán en llegar.

Ander asintió y abandonó apresuradamente el ático y el portal de Alexander Nilsson. Cuando se disponía a torcer la esquina para dirigirse al automóvil, escuchó el ulular de varias sirenas aproximándose por el extremo contrario de Strandvägen.

El frío entumecía sus extremidades, por lo que Ander optó por quitarse la chaqueta que le había dado Emil, ponerse la suya y salir del coche a estirar las piernas. Llevaba una hora esperando dentro del vehículo. Necesitaba que la sangre volviera a circular por sus articulaciones. Experimentaba la tensión del cazador previa a abatir su pieza. Lucas Jauregui estaba muy cerca, el rastro aún estaba caliente. La intuición le decía que era a la isla de la foto adonde había llevado a su hermano, pero ¿cómo lo había hecho? ¿Nadando? Las dudas y las opciones se agolpaban en su mente de un modo febril. Necesitaba hablar con Emil para actuar con rapidez. Con dedos temblorosos sacó un cigarrillo y lo prendió. Era una manera de calentarse tan buena como cualquier otra.

El tiempo de espera lo dedicó a informarse acerca del archipiélago. Se trataba de un conjunto innumerable de islas —más de veinte mil—, que se extendían desde la ciudad de Estocolmo hasta penetrar más de medio centenar de kilómetros en el mar Báltico. Históricamente, en las islas principales vivían comunidades pescadoras. Sin embargo, en la actualidad eran habitadas, principalmente, por veraneantes y turistas. Muchas personas de Estocolmo y otras ciudades cercanas poseían una segunda residencia en una de sus islas. Tendrían que comprobar si Alexander era uno de ellos.

—¿Hablando solo?

Ander estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no había visto acercarse a Emil. El policía sueco soltaba volutas de vaho por la boca. De la barba se le desprendían, con el movimiento, pequeñas gotas de aguanieve y de vaho condensado. En su cara aparecían cinceladas concentración, preocupación y determinación a partes iguales.

—¿Cómo te ha ido ahí dentro?

—He tenido que dar bastantes explicaciones al inspector Rickard Melkersson, que es el oficial a cargo del caso.

—¿Por qué no te lo han asignado a ti? —preguntó Ander extrañado.

—Porque no tengo el rango necesario para dirigir una investigación de ese calibre. Mis funciones son de otra índole… más administrativas.

—Vamos, que te tienen haciendo todo el papeleo. Como si fueras un chupatintas —dijo Ander.

—Sí, supongo que se podría decir así. —Emil se sonrojó.

—¿Qué les has contado?

—Media verdad —dijo Emil mostrando la hilera superior de los dientes—. Les he dicho que había ido a hablar con Alexander Nilsson para cerrar el caso de la cabeza cortada y que, al no dar con él en el trabajo, me pasé por su casa, donde encontré la puerta abierta y signos de violencia en el domicilio.

—¿Crees que habrá colado tu versión?

—Sin duda, el inspector Melkersson no es, que se diga, la mayor lumbrera de la comisaría.

—Mejor así, entonces —afirmó Ander—. Por cierto, he estado pensando que deberíamos comprobar las posesiones de Alexander. Recuerda que buscamos una casa en el archipiélago.

Emil sacó una nota garabateada de su bolsillo izquierdo y la esgrimió frente a la cara de Ander.

—¿Qué te crees que he estado haciendo todo este tiempo, compañero? —preguntó el rubicundo sueco con un brillo de pícaro en sus ojos azules—. Alexander es propietario del ático y de una parcela en el embarcadero de Djurgårdsbron, situado cerca de aquí, al final de la calle Strandvägen.

—Entonces, ¿no tiene ninguna casita de veraneo?

—Técnicamente, no.

—¿Técnicamente? —preguntó Ander.

—Sí, técnicamente. Porque la posee a través de una sociedad civil compuesta por él y Astrid Nilsson.

—Su madre.

—Exactamente —dijo Emil—. Ambos poseen esa propiedad en una isla del archipiélago cercana a Möja, la isla que se ve al fondo de la foto.

—¡Dios mío! Seguro que están allí. Tenemos que ir —dijo Ander con el corazón desbocado.

—Espera, amigo. Vayamos por partes. Primero hemos de ver si el barco de Alexander está amarrado en el embarcadero —dijo Emil antes de subirse al coche.

El tráfico era muy fluido en la calle principal. Apenas un puñado de valientes peatones se aventuraban a caminar por las heladas aceras. Saltaba a la vista que la gente optaba por el transporte público —tanto autobuses como tranvías— y la bicicleta. Ander quedó impresionado por la gran cantidad de personas que utilizaban la bici como medio de transporte. Se había percatado de ello en Södermalm, pero en Strändvagen llamaba aún más la atención.

Dejaron atrás la pequeña bahía de Nybroviken y giraron hacia la izquierda siguiendo la calle principal.

—¿Ves esa torreta sobre la que ondea nuestra bandera? —preguntó Emil.

—Sí, ¿es otra isla?

—Kastellholmen, la isla del castillo. Le dimos ese nombre por el castillo que aloja. ¿Verdad que somos creativos?

—Pero ¿cuántas islas tiene la ciudad?

—Catorce —respondió Emil.

Ander resopló asombrado.

—¿No os resulta caótico el tráfico con tanta isla? Me imagino que los accesos a las islas principales se colapsaran con facilidad.

—No te creas. Ten en cuenta que utilizamos mucho el trasporte fluvial. Hay líneas de barcos que comunican continuamente todas las islas. Somos un pueblo de mar.

—Ya veo.

Emil atravesó el puente desde el que se accedía a la isla de Djurgården. Unas estatuas que flanqueaban la entrada del puente, situadas sobre unos pilares que se elevaban más de cuatro metros sobre el suelo, llamaron la atención de Ander.

—Son algunos de nuestros dioses antiguos y guardan el acceso a la isla. Concretamente Heimdall, Frigg, Thor y Freyja —dijo Emil al percatarse de lo que miraba Ander.

—Impresionantes —dijo Ander asombrado ante el realismo y el poderío que emanaban los bronces.

Cruzaron el puente y aparcaron junto a un edificio que Emil identificó como el Museo Nórdico. Un conjunto arquitectónico que a Ander le pareció más propio de una iglesia que de un museo. En el medio del edificio sobresalía un campanario coronado por una larga aguja a modo de pararrayos.

Bajaron por un camino helado fijándose bien dónde pisaban porque parecía una auténtica pista de hielo. Cualquier paso en falso habría acabado con sus huesos sobre el frío suelo. Avanzaron hasta llegar a la entrada a los muelles donde Alexander Nilsson poseía un amarre. El acceso estaba cerrado con una alambrada blanca de tres metros de altura. A la derecha, en un puesto de control del tamaño de un urinario portátil, un guarda de seguridad ojeaba una revista. Al percatarse de la presencia uniformada de Emil, dio un respingo en su asiento y se puso rápido en pie.

Cruzaron unas palabras en sueco. Emil le explicaba algo y el guarda de seguridad asentía. Al final el hombre habló largo y tendido y acabó mostrándole al policía un documento al que Emil le sacó una foto. Después se despidieron con un apretón de manos.

—Volvamos al coche —dijo Emil al llegar a la altura de Ander.

Cuando ya habían recorrido doscientos metros, Emil se giró y le enseñó la foto que había tomado minutos antes. Era el registro de entradas del embarcadero. La firma de Alexander Nilsson se mostraba junto al registro de entrada realizado a las siete de la tarde del día

anterior.

—Han estado aquí hace menos de veinticuatro horas. Supuestamente, Alexander Nilsson en persona fue el que accedió. Quería llevar a su casa del archipiélago unos elementos decorativos. Por eso no llamó la atención del guarda que transportara una alfombra de grandes dimensiones sobre su hombro. Partió en el barco inmediatamente —dijo Emil.

—Entonces, tenemos que añadir a las múltiples habilidades de Lucas Jauregui la de patrón de barco —dijo Ander asombrado ante la cualidad camaleónica de Lucas, que le permitía adaptarse a cada situación. Estaba claro que se había convertido en un superviviente nato.

—Probablemente también lo tendría planeado de ese modo —dijo Emil.

—Seguro, está claro que este año ha estado muy atareado desarrollando esos conocimientos, porque te garantizo que en Orduña nadie le ha enseñado a pilotar un barco —dijo Ander—. ¿Qué vas a hacer ahora, Emil? Tenemos que ir a la isla.

—Lo sé. Voy a dar parte a la central. Pediré una patrulla de guardacostas para que nos lleve ahora mismo. Seremos la avanzadilla. —Emil entró en el coche y cogió el transmisor de la radio.

Una lancha patrullera de la policía sueca los recogió en el embarcadero de Djurgårdsbron al cabo de un cuarto de hora. El patriotismo sueco quedaba de nuevo patente en la elección de los colores con los que pintaban sus vehículos policiales. La mitad del casco era azul claro y la otra mitad a cuadros de ese mismo azul y un amarillo muy claro. El día era gélido, con temperaturas en el exterior de dos grados bajo cero y un viento proveniente del Báltico que penetraba entre las costuras como cuchillas árticas, por lo que Emil y Ander optaron por buscar el resguardo de la timonera interior. No era una posición tan privilegiada para disfrutar de las vistas como lo sería el ir sujeto a la barandilla de popa, pero, a fin de cuentas, Ander no había ido a Suecia a hacer turismo, sino a buscar la verdad y a asegurarse de que se impartiera justicia.

La radio del guardacostas transmitía sin parar. En ocasiones, el piloto y Emil se limitaban a asentir y a intercambiar algún comentario en sueco. En otras, sin embargo, eran ellos los que cogían el transmisor e informaban. En ese momento, Ander habría dado lo que fuera por entender el idioma. Emil se percató de su cara de frustración y se disculpó con un gesto de la mano.

—Lo siento, Ander. Por un momento me he olvidado de que estabas aquí.

—Tranquilo, es normal. A mí también me pasa cuando estoy enfrascado en un operativo. —Ander aceptó las disculpas.

—Básicamente, lo que están haciendo desde la comisaría Central de Estocolmo es coordinar la operación con otras policías locales más próximas a Möja. Hemos cerrado el tráfico en el lago de Mälaren y, en la medida de lo posible, en los accesos al Báltico.

—Eso suena muy complicado —dijo Ander.

—Como te he dicho, lo hacemos en la medida de lo posible. Aunque hay muchas vías de escape que no podremos cubrir. La isla de Möja está en el mar Báltico y las opciones de huida desde ese punto son infinitas —dijo Emil.

—Me imagino.

—También estamos estableciendo controles en las carreteras principales de la región. Abarcamos un perímetro que incluye Uppsala en el norte, Örebro en el oeste y Linköping en el sur —dijo Emil señalando los puntos en un mapa de la zona que había en la pared de la cabina.

Se quedó observando en silencio un instante el horizonte cada vez menos luminoso. El día estaba llegando rápidamente a su fin. El crepúsculo había hecho acto de presencia antes de las tres y media de la tarde.

—Llegaremos entrada la noche.

—¿Cuánto se tarda hasta la isla?

—Más de tres horas —contestó Emil.

Ander se quedó helado. ¡Tres horas! Jamás habría imaginado que el viaje fuese tan largo. Como no podía hacer nada más que aceptar la situación —y para aliviar la tensa espera—, tomó asiento junto a una de las ventanillas y se dedicó a contemplar el paisaje que se desplegaba frente a sus ojos. En la lejanía se podía observar la costa del continente, resaltada, ocasionalmente, por las lucecitas de cabañas solitarias o por los haces de luz proyectados por los numerosos faros que señalaban los peligros al navegante. Esas luces se hicieron más visibles en la misma medida en la que el sol errante desaparecía del firmamento.

La gran abundancia de islas de diversos tamaños abrumaba a Ander. Algunas no eran más que unos islotes minúsculos; otras tenían un tamaño pequeño, aunque lo bastante grande como para albergar dos casitas cercanas a un pequeño embarcadero. También pasaron junto a islas de tamaño medio y Emil le comentó que llegaban a estar habitadas durante todo el año. Finalmente, las islas más grandes daban la impresión de ser una extensión del continente, sensación que no desaparecía de la mente del forastero si no se las circundaba por completo.

El piloto del guardacostas habló con su voz áspera. Emil se le acercó y asintió dándole una palmadita en el hombro. Los otros dos policías que los acompañaban en la lancha se quitaron los abrigos y se

ajustaron los chalecos antibalas. Uno de ellos miró a Ander. Le ofreció uno que tenía de sobra y le dijo en inglés que se lo pusiera. Ander se lo colocó rápidamente.

—Esa isla de allí es la que buscamos. —Emil señaló la isla que estaba siendo iluminada por el proyector de luz de la lancha.

Se trataba de una isla muy pequeña, que únicamente albergaba la propiedad de Alexander Nilsson. Tras rodearla, pronto encontraron el embarcadero de madera que conducía a la cabaña roja que habían visto en la foto de la habitación de Alexander. La plataforma de madera estaba vacía.

—¡Mierda! —dijo Ander, lo que provocó que los policías de la lancha lo miraran con cara de extrañeza—. No están aquí.

El piloto abarloó la lancha al muelle, momento que aprovechó uno de los policías para saltar sobre el mismo y asegurar una maroma. Repitió el movimiento con otros dos amarres. El piloto apagó el motor del guardacostas y Emil lo ayudó a colocarse su chaleco antibalas. Luego, saltaron a tierra.

El ulular del viento dio la bienvenida al grupo. El mar Báltico lanzaba su aliento gélido sin mostrar clemencia. Ander no estaba acostumbrado a esas sensaciones térmicas. Se encogió dentro de su abrigo. Avanzaba a la cola del pelotón que comandaba Emil, que ya había comenzado a ascender, con la pistola en alto, las escaleras de madera que conectaban el embarcadero con el porche de la cabaña.

La luz del porche estaba encendida. Emil giró el pomo y la puerta cedió sin resistencia. Hizo un gesto a dos de los policías para que rodearan la casa uno por cada lado. Al piloto le indicó que se pusiera en el lado opuesto de la puerta y a Ander que se colocara detrás del piloto. Esperaron a que Emil respirara hondo un par de veces y entraron en la casita de Alexander Nilsson.

En el interior de la vivienda, unos pocos plafones adosados a las paredes iluminaban tenuemente las estancias. El recibidor comunicaba directamente con un amplio salón comedor. Emil hizo un gesto con la cabeza para que mirasen a su izquierda. Allí, tirada junto a un sofá verde esmeralda, se encontraba la alfombra utilizada para transportar el cuerpo inconsciente de Alexander. A pesar de la poca luz, Ander pudo vislumbrar varias manchas de sangre en ella.

Los policías continuaron su avance. El salón comedor comunicaba con un pequeño pasillo que albergaba a un lado un aseo y al otro una habitación con la cama perfectamente hecha. A excepción de la alfombra, no encontraron ningún otro signo de actividad en la vivienda. El pasillo finalizaba en una puerta roja. Emil giró el pomo y traspasó el umbral.

Una ráfaga de aire gélido le anunció su vuelta al exterior. A ambos lados de la puerta esperaban los dos policías enviados a rodear la casa.

Sin mediar palabra, le señalaron a Emil un cobertizo situado en una pequeña hondonada a escasos veinte metros de la vivienda. Al estar en esa depresión del terreno, la caseta era invisible al ojo humano desde el agua. Emil se giró hacia Ander y se llevó un dedo a la oreja. Sí, él también lo oía. Mezclado con el viento racheado, todos podían oír una melodía procedente del cobertizo.

Las gotas de aguanieve se mezclaban con el salitre de las olas bálticas que morían en la pequeña isla. A lo lejos, en la cercana isla de Möja, la luz del faro situado en el extremo oriental de la isla barría regularmente la superficie del islote. Emil continuó avanzando sobre las losetas que comunicaban la cabaña con el cobertizo, cuyas luces estaban encendidas.

Cuando se encontraban a menos de dos metros, Emil levantó el brazo con el puño a la altura de la cabeza. Todos pararon. Al estar tan cerca, la melodía incesante se hizo reconocible. Era Walking like an egyptian de las Banglesh.

El policía sueco repitió la orden de rodear el cobertizo a sus dos compañeros y él se aproximó a la puerta semiabierta. La luz del interior inundaba la nieve del terreno con una franja amarilla que moría en la oscuridad. Actuando con decisión, Emil empujó la puerta hasta abrirla de par en par y se coló de un salto en medio de la caseta.

En el fondo, el policía sueco sabía que no se encontraría a nadie en esa isla. Al menos a nadie vivo. De otro modo no se podría explicar la ausencia del barco de Alexander en el embarcadero. Lo que de ningún modo se hubiera podido imaginar era la escena que iba a presenciar dentro del cobertizo.

Sobre un tablero de madera apoyado en un par de caballetes, reposaba el cuerpo sin vida de un hombre. El cadáver estaba dispuesto en posición prono y con la cabeza metida en una caja fuerte empotrada en la pared y abierta de par. De la caja fuerte manaba muchísima sangre que se deslizaba por toda la pared hasta llegar al suelo y había formado un charco de grandes proporciones. Emil avanzó hacia la víctima reprimiendo una arcada. A pesar del frío ambiental, un fuerte olor a descomposición se había adueñado del cobertizo.

Al llegar a la caja, sus sospechas quedaron confirmadas: el cadáver había sido decapitado.

—Mirad aquí —dijo Ander en inglés para que todos le entendieran.

Estaba junto a una mesa de bricolaje de metro cuarenta por noventa centímetros. La mesa estaba empapada de sangre. Junto a la mesa había un cuchillo de cocina de grandes dimensiones. Posiblemente el arma homicida.

—Aquí lo ha decapitado.

—Otra víctima decapitada —dijo Emil—. Por lo que veo a nuestro

asesino le gusta mucho esa técnica —indicó mirando a Ander.

Ander asentía, pero su atención estaba en otro punto de la estancia, concretamente en la pared situada a sus espaldas. Sobre las lamas de pino, una frase escrita en sangre. El policía que los acompañaba se giró para verla, pero sacudió la cabeza al no entender lo que allí ponía.

—¿Qué dice la frase? —preguntó.

—Está en español —dijo Ander—. Dice lo siguiente: «Viendo que entre los egipcios, los más ladinos de los hombres, era el más astuto de todos. H9».

—Eso no tiene sentido —dijo el policía extrañado.

—Para mí sí, compañero —le respondió Ander.

—Está bien. —Emil se dirigió al policía sueco—. Tú y tus compañeros registrad el resto de la isla.

—Ahora mismo —dijo el hombre abandonando el cobertizo.

Luego se acercó a Ander con cara de preocupación.

—Tenías razón. Esto es obra de Lucas.

—Sí, sin duda. Tiene su firma.

—Ha venido a Suecia a culminar su venganza como tú intuiste.

Ander asintió. Se acercó al cadáver de Alexander y enfocó con la linterna del móvil dentro de la caja fuerte.

—Me gustaría saber qué guardaba aquí dentro el buen doctor.

—Y a mí me encantaría saber para qué necesitaba esta silla —dijo Emil desde la esquina opuesta, señalando una silla metálica atornillada al suelo, de cuyo respaldo colgaban varios juegos de esposas.

Ambos comenzaron a registrar los muebles de almacenaje que ocupaban la pared más próxima a la silla. Dentro encontraron muchos metros de cuerda de escalada, varios bidones de lejía industrial, gasolina y una gran colección de anclas.

«¿Para qué querría Alexander Nilsson tantas anclas?», se preguntó Ander.

El teléfono de Emil sonó. Tuvo una corta conversación en sueco. Por la pose firme que adoptó, Ander intuyó que estaba hablando con algún superior. Probablemente les estaría dando cuenta del descubrimiento del cadáver y de la huida del sospechoso.

—Era la jefa de la policía de Estocolmo. Vienen de camino —dijo Emil—. Necesito que abandones la isla cuanto antes. Le voy a decir al piloto del guardacostas que te acerque a Estocolmo, ¿de acuerdo? Si te encuentran aquí, podríamos tener problemas.

—Por supuesto, Emil. Hoy has hecho muchísimo por mí. Pero concédeme un último favor. Quiero ver qué hay en el interior de la caja fuerte —dijo apuntando al lugar donde se apoyaba el cuerpo decapitado de Alexander Nilsson.

—De acuerdo. —Emil se dirigió hacia la caja fuerte—. Pero antes ponte esto. —Le lanzó un par de guantes de látex.

Apartaron el cuerpo de Alexander lo suficiente para poder tener una visión clara del interior de la caja. Un estante la dividía en dos secciones. En la parte inferior había varias hileras de cintas de video de ocho milímetros que Ander reconoció en el momento. Eran iguales a las halladas en la caja de seguridad de Carlos Bonaparte. No habría menos de cincuenta.

—¡Será malnacido!

—¿Qué pasa? —preguntó Emil asomándose al interior.

—Cada una de esas cintas reproduce la ejecución de una víctima. En Bilbao nos encontramos con seis como estas, y en cada una de ellas se ejecutaba a una muchacha —dijo Ander—. Fíjate, todas tienen un nombre escrito en el lomo. El de la víctima.

Emil se quedó helado. Sin palabras.

—Veamos qué tenemos aquí arriba. —Ander iluminó la parte superior de la caja ante el repentino mutismo de Emil.

Sobre la balda había un gran número de bolsitas de plástico etiquetadas. En su interior, Ander pudo ver relojes, pulseras, pendientes, collares, colgantes, anillos… Eran los trofeos de un monstruo.

Sin importarle lo que pudiera decir el policía sueco, se puso a revolver frenéticamente en las bolsas.

—¿Qué haces? Detente, no puedes tocar las pruebas —dijo Emil agarrándole el brazo.

Sin embargo, Ander continuó rebuscando. Vio desfilar delante de sus ojos los nombres de Celia, Janire, Nerea, Tamara, Lucía… hasta que finalmente dio con lo que buscaba: Enara. Ander cogió la bolsa y, pese a la resistencia opuesta por Emil, la sacó para verla mejor a la luz de la bombilla que colgaba del centro del techo del cobertizo.

Era el reloj que había echado en falta el día de la exhumación de las chicas. Un reloj de cuerda de acero inoxidable. No se trataba de un Rolex, pero para Enara valía mucho más que cualquiera de ellos. Porque ese reloj se lo había regalado su padre el día de su comunión. Tenía una inscripción en el dorso, «Eguzkilore», con la que su aita pretendía ahuyentar los malos espíritus. No lo había conseguido.

—Es el reloj de mi hermana —admitió Ander devolviéndole la bolsa a Emil—. Alexander estuvo implicado en el secuestro y asesinato de mi hermana Enara en 1999.

—¿¡Qué!?

Emil abrió los ojos como platos. Ander percibió que los pensamientos le bullían al policía sueco. Demasiados datos. Demasiadas implicaciones. Probablemente ahora comenzaría a dudar de sus intenciones. No lo culpaba. Llevaba jugando con él desde que

había llegado a Estocolmo. Sus medias verdades podían ponerlo en un aprieto ante sus superiores.

En ese momento entraron los agentes que habían ido a registrar la isla.

—No hay nadie —dijo uno de ellos en inglés.

—Emil, creo que será mejor que me marche. Ya sabes dónde estoy alojado. Mañana te cuento absolutamente todos los detalles de mi caso. Pondré todas las cartas sobre la mesa. Entonces, lo entenderás todo.

El sueco apretaba las mandíbulas con furor contenido. Las aletas de la nariz se movían rítmicamente y sus ojos parecían a punto de lanzar rayos destructores. Asemejaba a un volcán a punto de entrar en erupción. Lanzó una orden brusca al piloto del guardacostas. Este asintió con la cabeza e hizo un gesto a Ander para que lo acompañara.

—Vamos —dijo tomándolo del brazo.

Ander quiso decirle algo a Emil, pero el policía se giró y comenzó a sacar fotos a la escena del crimen.

El viaje de vuelta a Estocolmo se realizó en un silencio absoluto y oprimente. Se cruzaron con un gran número de guardacostas y lanchas que avanzaban a gran velocidad hacia Möja.

Ander se recostó en la silla y apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla. Cerró los ojos. Por delante lo esperaban unas horas muy duras.

Capítulo 27

Las siete de la mañana. El despertador comenzó a emitir un pitido rítmico y desagradable que aumentaba gradualmente en volumen y frecuencia. Un auténtico martirio digital. El sol aún no había desplegado sus rayos a través del ventanal del dormitorio. Tan solo entraba la irritante luz de una farola. El estruendo cesó transcurridos varios segundos. Astrid se dio media vuelta en la cama. Sabía que el despertador volvería a la carga al cabo de cinco minutos. Pero esos cinco minutos de duermevela eran uno de los pocos placeres que se permitía a diario.

De la calle llegaba el ruido producido por las cadenas de los automóviles al circular sobre el asfalto congelado. También percibía la conversación apagada de unos jóvenes en su camino hacia el instituto. La luz de la farola que había junto a la ventana era una auténtica pesadilla para el insomne. Astrid había solicitado al ayuntamiento —amablemente primero e insistentemente después— que cambiasen su localización, pero le daba largas. La solicitud estaba en trámite, decían, y que cuando la resolvieran le notificarían la decisión. Pero hasta que eso ocurriera, Astrid se veía en la obligación de dormir con un antifaz para poder conciliar el sueño.

Se sentía humillada. A sus casi sesenta y cinco años, era la primera vez que tenía que acostarse con ese chisme. La mujer sacudió la cabeza en gesto de reprobación. No tenía derecho a disgustarse por algo tan banal.

La semana clave del año había llegado y tenía que estar preparada para la gran ceremonia. Pronto se presentarían en Kiruna Alexander y el resto; entonces les exigiría que pusieran fin a sus desvelos. Alguno de sus hermanos sabría dar con la tecla exacta en ese absurdo y pueril engranaje burocrático.

La alarma volvió a la carga. Esta vez Astrid estiró la mano y la desactivó de un golpe.

Se incorporó en la cama y echó un vistazo a su habitación, que parecía más una celada monacal que un dormitorio del siglo XXI. La cama era una estructura metálica sobre la que descansaba un grueso colchón de muelles y cuyo único abrigo lo brindaba una funda nórdica morada. Junto a la cama, una mesilla sin cajones, en la que reposaba el despertador. Un pequeño armario de madera de pino de dos hojas completaba el mobiliario de la habitación.

La única concesión a la decoración era un cuadro sobre el cabecero de la cama. En ella se mostraba a una mujer con expresión adusta sentada en un trono y rodeada por varios animales. El mismo cuadro que tenía Carlos Bonaparte en su despacho y Nora Beaskoetxea en su habitación.

Astrid respiró hondo y trató de ahuyentar las preocupaciones de su mente. Debía relajarse. Hasta las nueve no entraba a trabajar en el hospital. Dirigía el Servicio de Oncología del Hospital de Kiruna. Su equipo solía juntarse media hora antes para tener preparados todos los historiales para la reunión de inicio del día que realizaban a la llegada de Astrid.

La mujer se pasó la mano por el cutis con suavidad. A pesar de su edad aún tenía una piel fantástica. Por eso adoraba el clima de Kiruna. Mantenía los cuerpos en perfecto estado si se lograba sobrevivir al frío. ¡Cuánto lo había echado en falta durante los seis años que vivió en Bilbao! Afortunadamente, el sufrimiento vivido entonces ya había desaparecido. Recobró la felicidad al regresar a su ciudad natal.

Se levantó y puso rumbo al cuarto de baño. Cuando se disponía a entrar, le pareció entrever un atisbo de claridad por el rabillo del ojo. «Juraría que dejé apagada la luz de la cocina», pensó. En el apartamento de soltera que conservaba desde los dieciocho años todo estaba cerca. En tres zancadas se plantó en la puerta de la cocina. Dentro, dándole la espalda, un hombre dejaba correr el agua en el fregadero mientras manipulaba algo que Astrid no podía ver.

—¡Alexander! —exclamó entusiasmada al reconocer la figura de su hijo. El corte de ese traje hecho a medida era muy propio de él. Sin dudarlo, corrió a darle un fuerte abrazo.

En el momento en el que él se giraba y la envolvía con sus brazos, Astrid percibió una señal de alarma. Demasiado tarde.

—Jamás hubiera pensado que te alegrarías tanto de verme —dijo Lucas. No aflojó el abrazo al notar la resistencia de su madre —. Pero tranquila, mamá, Alexander también ha venido a verte. No se habría perdido esta reunión familiar por nada del mundo.

Astrid notó cómo la aguja le penetraba un par de centímetros en el cuello. Sus efectos fueron inmediatos. Sintió que bajo sus pies se abría un abismo insondable y que ella caía y caía. Antes de perder el conocimiento, notó que Lucas la sentaba en una silla de ruedas en la que no había reparado al entrar en la cocina presa de la emoción. También alcanzó a ver la bolsa de deporte que estaba sobre la mesa.

Lucas abrió la cremallera, introdujo la mano y tiró de algo hasta suspenderlo en el aire. En su último momento de lucidez, Astrid se encontró frente a frente con la cabeza de Alexander, cuya cara aparecía retorcida en un terrorífico gesto grotesco y cuyos ojos azules velados parecían precipitarse, junto a ella, hacia el fondo del abismo.

El zumbido del teléfono móvil sobre la mesilla despertó a Ander. A pesar de estar silenciado, la vibración resultaba tan molesta como el vuelo de un mosquito junto al oído. Con una mano se apartó el antifaz, obsequio juicioso del hotel. La luz penetraba a chorros por la ventana de la habitación individual. Estocolmo era una ciudad luminosa incluso cuando el sol se escondía tras las nubes. Su orografía contribuía a ello. El horizonte no mostraba ningún alto, monte o cerro. Era un paisaje estepario en el que el cielo parecía caer a plomo sobre la tierra borrando toda forma de relieve y desorientando a aquellos acostumbrados a vivir rodeados de montañas.

Finalmente, giró sobre sí mismo, alargó el brazo y cogió el escurridizo teléfono. El velo astigmático que solía apoderarse de sus ojos los minutos posteriores a despertar no le permitió precisar si el reloj de la pantalla marcaba las siete o las nueve y cuarenta y cinco. El cansancio que atenazaba sus articulaciones lo llevaba a pensar que esa cifra verde bailarina sería un siete, aunque, al haber llegado de la carnicería del cobertizo de Alexander tan entrada la madrugada, no sería descabellado pensar que la opción de las nueve fuera la correcta.

Incapaz de llegar a un razonamiento mejor, el inspector decidió contestar a la llamada de todos modos y dejarse de disquisiciones banales. Básicamente, porque esa discusión consigo mismo tenía un único ganador y perdedor: él mismo.

—¿Diga? —contestó Ander con voz de ultratumba.

—Inspector Crespo —la voz de Emil sonaba clara y despejada—, ¿te he despertado?

—No, qué va —mintió Ander—. Me estaba duchando.

—Ah, genial. Entonces, ¿puedo pasar a buscarte en, digamos, diez minutos? —dijo Emil.

—Por supuesto, en diez minutos te espero en el mismo lugar que ayer.

—Perfecto. Hasta ahora —dijo Emil antes de colgar.

Ander se quedó con el teléfono móvil pegado a la oreja. La conversación había sido tan corta que no había tenido ni el tiempo ni los reflejos necesarios para preguntarle cómo había terminado la noche en la casa de veraneo de Alexander Nilsson. De todos modos, sospechaba que el policía sueco no le hubiera proporcionado ningún detalle. El tono que había mostrado por teléfono había sido correcto, pero diplomático. Probablemente no estaría solo cuando realizó la llamada.

En todo caso, Ander disponía de tan solo diez minutos para ducharse y prepararse. Se levantó de un salto y se puso en marcha. Mientras el agua caliente lo sacaba del entumecimiento y el letargo, rememoró las imágenes del escenario del crimen del archipiélago. La puesta en escena de Lucas volvía a ser aterradora. El modo en el que

había decapitado a su propio hermano y había introducido el cuello rajado en su caja de los trofeos se le había quedado impreso en el cerebro. Esa imagen lo había perseguido durante toda la noche, en el guardacostas y en el hotel. No podía sacársela de la cabeza.

Como tampoco podía olvidar el reloj de Enara. Volver a notar entre sus manos algo que llevaba su hermana le hizo sentirse bien. Ese descubrimiento por sí solo daba sentido a su loca idea de aventurarse en Suecia. De algún modo, había logrado desprenderse de uno de los lastres que arrastraba desde hacía tiempo, el de la pasividad ante la desaparición de Enara. El convencimiento de que no había hecho lo suficiente para encontrarla. Ahora sí que podía decir que estaba llegando a la verdad. Y todo gracias a Lucas Jauregui.

No cabía duda de que Lucas estaba cobrándose las cuentas pendientes. Seguramente con su hermano se había ensañado especialmente. No en vano, fue él y no otro quien había asesinado a su adorado padre.

Emil lo recogió a la hora convenida. El policía sueco lo recibió con una amplia sonrisa; sin embargo, su mirada no reflejaba esa misma alegría. A Ander no le pasó desapercibido que su tez se mostraba más blanquecina de lo habitual y tampoco recordaba que el día anterior tuviera esas ojeras liliáceas. Seguramente habría pasado toda la noche implicado en el caso del asesinato de Alexander.

—Buenos días, Emil —dijo Ander sentándose pesadamente en el asiento del copiloto.

—Buenos días.

—¿Qué tal fue la cosa ayer? ¿Encontrasteis algo más en la casa? ¿Tenéis noticias de Lucas Jauregui?

Emil se giró hacia Ander y le dirigió una media sonrisa.

—¿Te parece poco lo que hallamos en el cobertizo?

—No, claro. Allí tenéis muchísimo trabajo forense. Solo con lo de la caja fuerte ya da para semanas de trabajo de procesado de pruebas y de reconocimiento y localización de las víctimas —dijo Ander convencido—. Si los videos son como los que encontramos en Bilbao…

—Ander —interrumpió Emil con brusquedad—, no sigas. No puedo hablar contigo de nuestro caso ni tampoco del vuestro. Tengo la orden de acompañarte a la comisaría Central. Mi jefa quiere hablar contigo.

—¿Tu jefa? —preguntó Ander asombrado ante el tono empleado por el sueco.

—Sí. La comisaria Martina Lindroos. Me ha pedido expresamente que te lleve ante su presencia. Quiere aclarar contigo algunos aspectos de nuestra actuación de ayer —dijo Emil—. De hecho, he de avisarte que en estos mismos momentos nuestra conversación está siendo grabada. También has de saber que nuestros coches patrulla tienen un sistema de grabación continua. Veinticuatro horas al día, siete días a

la semana.

Ander miró instintivamente a la consola de la radioemisora. Seguramente, tras alguno de esos embellecedores de plástico, se escondería un micrófono. Giró la cabeza hacia la calle y torció el labio en expresión de desagrado.

—De acuerdo. Será un honor atender a la comisaria Lindroos.

El tráfico en Slussen estaba tan trabado como siempre. El atasco no logró deshacerse hasta bien pasado un cuarto de hora. A pesar de todo, el único ruido que se escuchaba en el interior del coche patrulla era la voz de algún agente de la centralita hablando por la frecuencia de la policía. El civismo sueco era asombroso, sobre todo para alguien acostumbrado a los pitidos constantes y las malas formas de los conductores bilbaínos cuando se veían atrapados en un embotellamiento como aquel.

Durante todo el trayecto, Emil solo le habló para preguntarle si quería que subiera la calefacción. Cuando llegaron a la comisaría se preparó para recibir un buen rapapolvo. Tan solo esperaba que no transcendiera. No quería que en Bilbao se enterasen de su intromisión.

Mientras subían en el ascensor hacia el despacho de la comisaria, Ander pensó en Lucas. A sus ojos, el gemelo repudiado de los Jauregui Nilsson era un asesino. Eso era un hecho indudable. Había matado a ocho personas de un modo salvaje y cruel. Sin embargo, Ander comenzaba a creer que sus acciones eran actos de justicia, por muy abominable que pudiera resultar ese pensamiento. Si bien no en la misma medida ni con el mismo grado de responsabilidad, estaba claro que todas las víctimas de Lucas habían participado en actividades que, directa o indirectamente, incluían delitos de sangre. Todas esas chicas asesinadas fríamente, sin opción a defenderse, estaban siendo vengadas ahora. Aunque no por los jueces, que eran los que debían de haber administrado justicia, sino por un hombre con un propósito inquebrantable: Lucas Jauregui. Ander era consciente de que había sido Lucas y no él quien había vengado a Enara. Por eso lo respetaba, aunque su sentido del deber lo obligara a detenerlo.

Siguió a Emil por largos pasillos que comunicaban despachos de paredes acristaladas. La sensación de transparencia en la planta noble de la policía de Estocolmo era absoluta. Cualquiera que anduviera sobre ese suelo entarimado sería testigo de lo que hacían, en cada momento, los miembros de la élite de la policía de Estocolmo. El escenario perfecto para el Gran Hermano orwelliano.

El despacho de Martina Lindroos no parecía más grande que los que habían dejado atrás. La única diferencia radicaba en que estaba totalmente orientado hacia el exterior. Un par de grandes ventanales le permitían ver la calle. Las vistas eran espectaculares. Al fondo, la torre marrón oscura del ayuntamiento se alzaba orgullosa, coronada

por un mirador en forma de campanario. Tras ella, el lago Mälaren regaba las orillas de la ciudad.

—Inspector Crespo, señor Anderman, adelante —dijo en inglés la comisaria al verlos asomarse a la puerta—. Tomen asiento aquí enfrente, por favor.

Martina Lindroos vestía el uniforme reglamentario, engalanado con los distintivos que le correspondían por rango. Era una mujer de expresión severa y de gran estatura ya que, incluso sentada, a Ander le parecía alta. De esa edad indeterminada de la gente que se encuentra entre los cuarenta y cinco años y la edad de jubilación. Ander se aventuró a calcularle cincuenta. Tenía un cutis juvenil, sin apenas arrugas, y llevaba el pelo rubio recogido en una coleta que le caía hasta la mitad de la espalda. Sus ojos azules claros poseían la cualidad de hacerle pensar a la persona que se encontraba enfrente que le estaban pasando la prueba del polígrafo.

—Gracias, comisaria —dijo Emil siguiendo inmediatamente la indicación de su superiora.

Cuando todos se hubieron sentado, la comisaria Lindroos tomó una carpeta voluminosa que tenía sobre su mesa y comenzó a ojearla mientras hablaba.

—Ander Crespo, inspector de la policía vasca, ¿cómo la llaman? —preguntó frunciendo la mirada.

—Ertzaintza —dijo Ander.

—Eso es, la Ertzaintza. Gracias por recordármelo, inspector. Por cierto, ¿podría indicarme cuál es el motivo de su visita a Estocolmo?

Ander tragó saliva. Sabía que tarde o temprano tendría que hacer frente a esa pregunta. Las respuestas posibles eran muchas, el problema era que solo una de ellas resultaba real.

—He venido a aclarar una duda.

—¿Una duda existencial, vital o laboral? —preguntó Lindroos taladrándolo con su mirada.

—Una duda referente a un caso que dirijo en Bilbao —contestó Ander optando por la calle de en medio. No era toda la verdad, pero tampoco era mentira.

—Déjeme plantearle la pregunta de otro modo —dijo la comisaria cruzando las piernas tras la mesa y equilibrando el peso corporal sobre la otra cadera—. ¿Usted era conocedor de las actividades criminales de Alexander Nilsson en Estocolmo?

Un silencio incómodo se apoderó del despacho en ese momento. La pregunta había cogido por sorpresa a Ander. ¿Cuánto sabría Lindroos? ¿Habría hablado con el subcomisario Torres? Enseguida descartó esta última afirmación, porque, de ser así, Torres no habría tardado ni cinco minutos en llamarlo.

—No. Desconocía que el señor Nilsson hubiera asesinado a nadie en

Estocolmo —dijo Ander.

—Me parece significativo el matiz —dijo la comisaria.

—¿Perdón? No la entiendo —dijo Ander.

—Es curioso que usted indique que desconocía que el señor Nilsson hubiera asesinado a alguien en Estocolmo. Lo cual me da a entender que sí que lo hizo en su país. ¿Es así?

—Estamos investigándolo, comisaria.

—Por lo tanto, esta visita puede entenderse como parte de esa investigación. No me lo negará, ¿verdad, inspector?

Era muy buena. Sin duda. Lo había llevado de la mano hasta el borde del precipicio. En ese momento, Ander sintió que uno de sus pies no pisaba tierra firme, se suspendía en el aire, anticipando el empujón definitivo que lo haría caer en picado hacia el abismo.

—Podría entenderse así, efectivamente —admitió Ander.

—¿Y no existe un protocolo de colaboración policial entre países miembros de la Unión Europea?

Touché.

—Así es —dijo Ander.

—¿Por qué lo ignoró, inspector Crespo? —Lindroos apoyó los codos sobre la mesa.

—Iniciamos el protocolo, pero el trámite es demasiado lento. El asesino no va a quedarse esperando a que obtengamos el sello correspondiente para poder continuar persiguiéndolo. Los psicópatas no entienden de convenios ni de comités de coordinación. Ellos solo matan y, cuanto más los dejemos, más lo harán.

—Guárdese toda esa charlatanería conmigo, inspector. Lo único cierto es que usted, saltándose toda normativa nacional e internacional, ha jugado a ser Gary Cooper. Solo ante el peligro, preparó su maleta y vino a nuestro precioso país a continuar su investigación de modo extraoficial. Interrúmpame si me equivoco.

Ander sostuvo la mirada de la comisaria, pero no dijo nada. En ese punto de la conversación no había mucho que pudiera añadir que lo ayudase en su causa. Martina Lindroos cerró la carpeta y se reclinó en el respaldo de su silla.

—Ayer descubrimos la identidad de un asesino en serie silencioso que había secuestrado y asesinado a decenas de mujeres jóvenes durante los últimos quince años —dijo girando su vista hacia el ventanal. El azul de sus ojos se fundió con el reflejo grisáceo del cielo —. Su actuación ha sido irregular y totalmente inaceptable. Pero también hay que admitir que de no haber venido usted a Estocolmo, muchas más chicas habrían terminado con su tobillo encadenado a un ancla en el fondo del mar Báltico.

—¿Así es como acabaron? —se atrevió a preguntar Emil, al que habían apartado de la investigación nada más llegar sus superiores al

islote del archipiélago.

—Así es —contestó la comisaria, su mirada aún clavada en el horizonte. Ander sabía que estaba tomando una decisión. Cruzó los dedos.

—De acuerdo, inspector Crespo, le diré lo que vamos a hacer —dijo la comisaria y adoptó la misma posición firme que tenía cuando habían entrado en el despacho—. Usted hoy pasará el día visitando el museo de Vasa, disfrutando de la increíble visita a ese buque del siglo XVII. Continuará caminando por el delicioso Skansen, un museo al aire libre que le mostrará la evolución de los edificios tradicionales suecos.

»Cuando haya terminado, el agente que lo acompañará en todo momento lo acercará a la calle de la reina, que nosotros llamamos Drottninggatan, donde podrá realizar las compras de última hora que estime oportunas. Por último, Emil Anderman, que ha probado ser un colaborador sin igual, lo invitará a cenar a su casa. Como colofón, mañana tomará el primer vuelo que lo lleve de vuelta a Bilbao. ¿No le parece un plan fantástico? —finalizó con una sonrisa irónica cincelada en la boca.

Ander notó que Emil se retorcía incómodo en su silla al escuchar a su jefa.

—Un plan sublime, comisaria —dijo Ander.

—Entonces, que no se hable más —dijo levantándose bruscamente. Se dirigió en sueco a Emil durante unos segundos antes de extenderle la mano a Ander—. Muchísimas gracias por su ayuda, inspector. Ha sido un placer conocerlo.

—Igualmente, comisaria. —Ander le estrechó la mano.

Salieron del despacho y Emil lo acompañó en silencio hasta la recepción de la comisaría. Allí los esperaba el bisoño agente Torbjörn Berntstedt, que no hablaba una palabra de castellano y cuyo inglés era muy básico. Estaba claro que darle conversación no era una de sus misiones. Probablemente por eso lo había elegido la comisaria Lindroos.

—Bueno, Ander, ya has oído a la comisaria, disfruta del día. Luego nos vemos —dijo Emil con expresión de preocupación.

—¿Van a expedientarte? —preguntó Ander angustiado por las consecuencias que tendría que afrontar Emil por haberlo ayudado.

El policía sueco negó con la cabeza.

—No. Sorprendentemente, me van a ascender a inspector de primer grado —contestó con un brillo de orgullo en sus ojos—. Aún no lo he asimilado. De todos modos, mejor lo hablamos luego en mi casa.

—La verdad es que no me extraña. Es justo, porque has sido clave a la hora de descubrir a un asesino en serie y de cerrar todos esos casos de desapariciones abiertos. Eso merece una recompensa, amigo. En

cuanto termine mi visita guiada lo hablamos.

Tras despedirse, Ander miró al agente Berntstedt, quien, con una sonrisa de oreja a oreja, le indicó con su brazo derecho la salida. Comenzaba la jornada turística.

Ander empleó el día para recapitular todo lo ocurrido el último mes desde que apareciera en Olabeaga el cadáver mutilado de Gloria Redondo. Había mucho sobre lo que pensar. Pero mientras lo hacía, también trató de gozar de las visitas a los museos. El Museo de Vasa o Vasamuseet lo sorprendió gratamente. En él se exponía, ni más ni menos, que un auténtico buque de guerra botado en 1628 con toda la pompa y orgullo nacional imaginable. En su día fue el buque más poderoso del momento, con sesenta y cuatro cañones de bronce y una eslora de sesenta y dos metros. Por desgracia, la versión sueca del Titanic se fue a pique el día de su botadura, cuando miles de ciudadanos presenciaban el despliegue de todas sus velas en las aguas del lago Mölaren.

El museo de Skansen era una experiencia diferente, mucho más relajada. Ander aprovechó los largos paseos por las calles asfaltadas de esa versión en miniatura de Suecia para realizar dos llamadas a Bilbao. La primera iba destinada a Amaia. Le quería desear suerte para el último examen. De paso, también pretendía conocer cómo iban sus preparativos para mudarse unos días a la casa de su aitite en Bilbao. La conversación no fue muy larga porque Amaia estaba muy nerviosa. Ander lo captó a la primera. Cuando su hija estaba en ese estado siempre terminaba expulsando esos nervios en forma de chillidos, por lo que le deseó lo mejor, le envió un beso a distancia y colgó.

La segunda llamada tenía como destinatario a Iker Arteaga. El profesor lo atendió haciendo un receso en una tutoría. Ander le explicó los pormenores del asesinato de Alexander Nilsson, así como la nota escrita en el cobertizo del archipiélago. Iker no tardó en relacionar la información recibida con el párrafo ciento veintiuno del segundo libro de la Historia de Heródoto, aquel dedicado a la musa Euterpe. En ese párrafo se narraba el asalto al tesoro de Ramsés por parte de los hijos del arquitecto de la cámara del tesoro. Este había dejado una piedra suelta con la intención de poder colarse en el futuro en el interior de la cámara sin ser descubierto. Cuando vio que su muerte se aproximaba, les contó a sus hijos el secreto; estos comenzaron a realizar incursiones nocturnas y saquearon poco a poco el tesoro. Un día el faraón se dio cuenta de que faltaban riquezas y dispuso una trampa para atrapar al ladrón. Así fue como uno de los hermanos quedó suspendido en el aire. Al comprobar que había sido cazado, ordenó al otro que lo decapitara sin demora para que nadie pudiera relacionarlo con su familia. Ese fue, precisamente, el crimen que había recreado Lucas Jauregui.

En cuanto al comentario —«viendo que entre los egipcios, los más ladinos de los hombres, era el más astuto de todos»—, también aparecía en ese párrafo y subrayaba la inteligencia del hijo del arquitecto superviviente para sortear todas las trampas que Ramsés dispuso para tratar de atraparlo.

Al mediodía, Ander ya estaba cansado de caminar con el agente Berntstedt echándole el aliento encima. Por desgracia, no tenía otra opción. A las cinco de la tarde terminaron en Drottninggatan, la calle comercial que le había mencionado la comisaria. Compró un par de regalos para su padre y Amaia y esperó a que Emil llegara al punto de encuentro.

A las cinco y media, el flamante inspector apareció bajando por la calle hacia donde ellos estaban. Al llegar le dio unas indicaciones al agente novato, el cual se despidió de Ander y se marchó rápidamente hacia su coche patrulla.

—¿Y bien? —preguntó Ander.

—Inspector de primera —afirmó con una amplia sonrisa.

Se dieron un fuerte apretón de manos y sonrieron aliviados.

—Me alegro mucho, amigo —dijo Ander sinceramente—. Por cierto, no hace falta que me invites a cenar. Me voy al hotel a dormir, estoy agotado.

—De acuerdo, pero prométeme que la próxima vez que vengas a Estocolmo cenarás en nuestra casa.

—Lo prometo —dijo Ander rodeando con el brazo al policía sueco.

Emil llevó a Ander al hotel. Cuando el ertzaina salió del coche patrulla, el policía sueco bajó la ventanilla y apoyó el antebrazo sobre el reborde de la puerta.

—Tengo tu billete comprado, Ander. Mañana paso a recogerte a las seis y media de la mañana. Sé puntual.

Ander no pudo ocultar su disgusto. Por un momento había pensado que Emil desobedecería a su jefa. Lucas aún andaba suelto y Ander tenía claro quién sería su próxima víctima.

—Pero, Emil…

—Sin peros, Ander. Seis y media. Hasta mañana. —Y tras decir esas palabras, subió la ventanilla y se marchó.

Ander dio una patada al aire que hizo volar un montón de nieve.

—¡Maldita sea!

Capítulo 28

El primer sentido que recuperó fue el olfato. La esencia liberada por el fósforo recién prendido impregnó sus fosas nasales y las contrajo. Al olfato le sucedió el oído. Astrid percibió con nitidez el crepitar de las ramitas y del follaje seco que almacenaba junto a la chimenea; colocados en la base y entre los pedazos más grandes de la leña, actuaban como catalizadores del fuego. La taiga de Norbotten era generosa en su producción de combustible. Al abrigo del calor emanado por el hogar, la crudeza del invierno lapón se hacía más tolerable.

Astrid también sentía una presencia cercana. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué no podía ver?

Entonces lo recordó. Lucas la había drogado. El corazón se le encogió de pronto al recordar la última imagen presenciada antes de perder el conocimiento. Su amado hijo Alexander. «¡Oh, gran Dama! Muerto. ¡Mi querido hijo está muerto!». Gritó con toda su alma, pero el lamento nacido en el diafragma murió en la mordaza que tapaba su boca.

Escuchó unos pasos amortiguados que se acercaban hacia ella por un costado.

—Dime, madre. —Lucas le aflojó la mordaza y liberó la venda de los ojos—. ¿Querías decirme algo?

Astrid miró rápido a izquierda y derecha. Estaba en la antigua casa familiar de sus padres en Kurravaara. No tenía previsto acudir allí hasta el jueves, momento en el que realizaría los preparativos de la gran ceremonia del sábado. Lucas estaba profanando suelo sagrado. Tenía que marcharse inmediatamente de ese lugar.

—Tú no puedes estar aquí, maldita sabandija —dijo Astrid—. Vete o te arrepentirás, inútil.

El rostro de la mujer se retorció en una expresión de odio puro. Astrid poseía un tipo de belleza atemporal, de esas que mutan con el devenir de los años sin perder un ápice de su esplendor. Una belleza adaptativa, una campeona de la selección natural darwiniana. Dos ojos azules intensos llenos de determinación se ocultaban tras una constitución frágil. Era pequeña para los estándares suecos, impresión que acentuaba el hecho de que caminase con el cuerpo echado hacia adelante. La delgadez se podía achacar a su dieta ascética. Astrid hacía una única comida al día, carente de carne e integrada, casi en su

totalidad, por verduras, legumbres y pescado. Obviamente, la fortaleza de Astrid no radicaba en su constitución física.

A Lucas le divirtieron las palabras de su madre. Se puso de cuclillas frente a ella. Un largo mechón negro azabache le cayó sobre el ojo izquierdo. Lo apartó con un rápido acto reflejo. Una fina sonrisa se le dibujó en la cara mientras observaba a su madre enfurecida.

Aquella mujer fría como un témpano de hielo que durante su infancia había hecho todo lo posible para que se sintiera odiado y menospreciado.

Aquella mujer que lo olvidaba en la puerta del colegio mientras regresaba a casa de la mano de Alexander.

Aquella mujer que había logrado que lo encarcelaran diecinueve años de su vida.

Aquella mujer que había enviado a dos matones a liquidarlo.

Aquella mujer era su madre.

—Amada madre, después de tanto tiempo, ¿no te hace ilusión ver a tu hijo de nuevo? —dijo Lucas con palabras emponzoñadas por la ironía.

—¡Tú no eres mi hijo! —Astrid escupió cada sílaba—. No eres más que un error, un esperpento, una vergüenza. Mi hijo era Alexander. Tu único objetivo en la vida desde que te engendré en mi vientre fue drenar su energía. Eres un asesino malnacido y con la muerte de mi hijo no has hecho sino cumplir con tu destino en la vida, parásito inmundo.

Astrid intentó abalanzarse sobre Lucas, pero él le había atado los tobillos y las muñecas a la silla con unas bridas de plástico. Esto, sumado al efecto persistente de las drogas inoculadas en su organismo, convertía esa posible agresión en una quimera.

—Así que yo soy el asesino, madre. ¿Yo? —preguntó Lucas poniéndose en pie. Astrid no tuvo más opción que levantar la vista para poder seguir los movimientos de su hijo. Odiaba ese sentimiento de impotencia, de estar a merced de Lucas—.

»No fui yo quien secuestró y asesinó a esas pobres chicas —continuó —. Sí, no te sorprendas, madre. Alexander me lo contaba todo. Le encantaba regodearse en el sufrimiento ajeno. Cuanto menos quería oír yo, más insistía él.

—¡Eso es mentira! —exclamó Astrid jadeando—. Él jamás revelaría información del ritual sagrado.

La carcajada de Lucas llenó la estancia y su eco se perdió por las esquinas de la cabaña.

—Por favor, madre, no me hagas reír. ¿Acaso no conocías a Alexander?

—¡No te atrevas!

—Por supuesto que me atrevo. —Lucas tensó la mandíbula y fijó

una mirada glacial en su madre—. Siempre identificaste la disposición de Alexander a secundar tus delirios como una expresión de su fortaleza. Atribuías su falta de empatía hacia las víctimas al amor desmedido que te profesaba. ¡Qué equivocada estabas, madre! Su crueldad no era más que la expresión de su cobardía.

—¡Cállate, asesino!

—Yo he matado, madre, ¡por supuesto que he matado! —dijo Lucas agarrando los hombros de su madre con fuerza—. ¿Acaso me dejaste otra opción?

Astrid apartó la vista hacia un lado.

—Lo orquestaste todo para que Alexander quedara impune de su crimen. Él mató a mi padre. Tú lo sabías; sin embargo, no hiciste nada para defenderme.

—Tu padre era débil, igual que tú —dijo Astrid serenándose y recuperando la frialdad en su mirada. La ira dio paso a una actitud estática. Parecía una esfinge mirando hacia el frente sin ver—. Él no quiso aceptar nuestro destino, nunca entendió el don que se nos había otorgado, la verdad que se me había revelado.

—¡Delirios! No fueron más que los efectos de una depresión posparto —la interrumpió Lucas enfurecido.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —respondió Astrid.

—Mi padre no se merecía morir así, ni yo pasar encerrado toda mi juventud —dijo Lucas.

Se apartó de su madre y se acercó a la mesa de la cocina. Sobre la encimera había desplegado un pequeño maletín lleno de viales y jeringuillas. Tomó una de esas jeringuillas y vació medio vial en ella.

—Pero no te preocupes, madre. Ya tendremos ocasión de continuar esta conversación. Ahora me espera un arduo trabajo en el jardín.

Astrid frunció ligeramente los ojos, lo que provocó que aparecieran unas finas arrugas.

—¿Qué vas a hacer?

Lucas se colocó a su espalda y le susurró al oído:

—No te preocupes por eso, madre. Déjalo en mis manos. Tú descansa.

Astrid volvió a sentir una punzada en el cuello. Su consciencia regresó al pozo del que acababa de emerger.

La bella recepcionista del hotel le brindó una bonita sonrisa y le deseó un buen viaje. Ander se lo agradeció y, tras firmar el registro de salida, cogió la maleta y el café para llevar que había pedido en la cafetería del hotel. Las puertas acristaladas se abrieron con un suave siseo y salió a la calle.

El viento del norte soplaba con fuerza en la calle principal. Ander se encogió sobre sí mismo, tratando de capturar el calor corporal que

aún conservaba. En alguna latitud cercana, el sol debía de estar haciendo acto de presencia en el horizonte, pero, desde luego, no en Estocolmo. La visibilidad de la ciudad aún dependía de la luz artificial. Las farolas, los focos de los coches, una habitación aquí y allá, un local madrugador. El ser humano y sus costumbres alteraban el orden natural de las cosas. Ander sabía que pronto llegaría la claridad crepuscular que tanto le había maravillado el día anterior. Jamás había experimentado una aurora tan larga como la vivida en el archipiélago. Parecía como si la galaxia entera se hubiera congelado, el tiempo detenido, y no quedase más que esa franja ocre de claridad que se negaba a abandonar la escena como un actor obstinado.

Ander ocupó su lugar en el punto de encuentro matutino habitual. Miro a izquierda y derecha. Emil aún no había llegado. Mejor, así le daría tiempo a fumarse un cigarrillo. Sacó el paquete de tabaco y se llevó uno a los labios. Encendió el mechero con sus dedos entumecidos por el frío y le dio la primera calada al cigarrillo mientras golpeaba las suelas de los zapatos contra el pavimento para entrar en calor. Un autobús de línea rojo pasó frente a él. Iba medio vacío, salvo tres personas que se sentaban en los asientos traseros. Ander se fijó en una mujer joven que, apoyada contra la ventanilla, miraba hacia la calle. Seguramente su mente vagaba entre los problemas y los quehaceres, la familia y los amores, los estudios y el trabajo, el pasado, el presente y, quizás, el futuro.

La imagen de Enara le vino a la mente de forma automática. Y la de Celia, la de Janire, la de Tamara, la de Lucía, la de Nerea y las de las otras desconocidas que descansaban en el fondo del mar Báltico, así como las del resto de víctimas anónimas que habrían perdido sus vidas llenas de proyectos por el simple hecho de haberse cruzado con la persona equivocada en el momento equivocado. La impotencia por no poder llegar hasta el final de la investigación le enfurecía sobremanera. ¡Estaban tan cerca! Ahora no era momento de aflojar.

Sin embargo, toda esperanza estaba perdida. Si desobedecía las órdenes de la comisaria Lindroos, ella ordenaría su detención inmediata. Por no hablar del recibimiento que le esperaría en Bilbao, despido incluido. Apuró el cigarrillo y lo apagó en el borde de la papelera que tenía al lado.

Un Volvo gris perla se paró junto a la acera en ese preciso momento. Las ventanas estaban tan empañadas que Ander no podía distinguir al conductor. No fue hasta que bajó la ventanilla cuando descubrió que se trataba de Emil.

—¡Vamos, vasco, sube a mi coche! —la voz del policía sueco sonaba llena de energía.

—Pensé que vendrías en el coche patrulla.

—No, qué va. Hoy tengo el día libre —dijo Emil.

—Está bien —dijo Ander acercándose a regañadientes.

—Espera, te ayudo. —Emil se bajó del coche y metió la maleta de Ander en el fondo del maletero junto a una bolsa de deporte—. ¡Ya está!

—Veo que estás de buen humor —dijo Ander molesto—. ¿Tantas ganas tenías de deshacerte de mí?

El sueco rio con ganas. Entraron en el coche y arrancó.

En el camino hasta el aeropuerto de Arlanda, Emil lo puso al corriente de los avances en la investigación de los asesinatos de Alexander Nilsson. Los videos que habían descubierto en la caja fuerte del cobertizo de su casa del archipiélago contenían las grabaciones de cincuenta y ocho asesinatos. Las personas que los visionaron habían relatado vejaciones, torturas y ejecuciones de una crueldad absoluta.

Todo el departamento de policía de Estocolmo se encontraba impactado por el descubrimiento. El intervalo temporal entre la primera y la última víctima era de quince años. Alexander las secuestraba, se las llevaba a la casa del archipiélago, las asesinaba y luego las hacía desaparecer mar adentro hundiéndolas en el fondo del mar con un ancla amarrada a sus tobillos. Habían logrado identificar a la mitad de las chicas.

La comisaria Lindroos tenía especial interés en comunicar lo antes posible la noticia a sus familias. Esa misma tarde tenía programada una rueda de prensa para informar a los medios de comunicación acerca de los detalles sobre el más sangriento asesino en serie de la historia de Suecia. Ander pensó que la repercusión mediática supondría un fuerte espaldarazo para la comisaria. Se alegró por ella, le había caído bien.

El paisaje blanquecino los acompañó hasta el aeropuerto. Los campos y los bosques aparecían cubiertos de nieve y hielo. Los estanques y pequeños lagos parecían pistas de patinaje.

—Es bonito visto desde la ventanilla del coche, ¿verdad? —preguntó Emil, al que no le había pasado desapercibida a dónde se dirigía la atención de Ander.

—Sí, lo es. En Bilbao no estamos acostumbrados a tanta nieve.

Llegaron al aeropuerto. Emil buscó una plaza libre en el aparcamiento y dejó allí el coche. Ander se disponía a abrir la puerta cuando notó la mano del sueco sujetándolo de la muñeca.

—Ander, antes de nada, hay algo que tengo que darte. —Sacó una cajita negra del bolsillo de su abrigo—. Toma, quiero que te lo quedes. Es tuyo.

Ander cogió la caja entre sus manos; era negra y sin ningún indicativo fuera. La abrió y allí, en el fondo aterciopelado, descansaba el reloj que su padre le había regalado a Enara en su comunión.

—¿Estás loco, Emil? Es una prueba. La tienes que devolver —dijo.

Cerró la caja y se la tendió al policía sueco.

—No es una prueba. Ese reloj no correspondía a ninguna de las chicas que fueron asesinadas aquí. Por lo tanto, no hay manera de relacionarlo con las cintas de video. Además, lo cogí nada más marcharte tú, en un momento en el que estaba solo. El reloj no ha sido inventariado. Para nosotros jamás ha existido. Consérvalo, amigo —dijo poniendo su mano sobre el hombro de Ander—. Ahora marchémonos, el vuelo está a punto de salir.

—Estás equivocado —dijo Ander extrañado—. El vuelo sale dentro de tres horas. Creía que querías quedar tan pronto para tenerme controlado. Ahora veo que lo que te ha pasado es que te has confundido de vuelo.

El sueco rio de nuevo. Indudablemente estaba de buen humor.

—El que te equivocas eres tú, amigo —le contestó—. Dime una cosa, Ander.

—¿Qué?

—¿Tienes ropa interior térmica?

—¿Cómo? No te comprendo —dijo Ander sin entender nada de lo que le estaba diciendo Emil.

—Te lo pregunto porque hoy no vuelves a Bilbao. Nada de eso. Tenemos que detener a un asesino. Nos vamos a Kiruna —dijo el sueco con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en su rostro.

Vuelo hacia el norte lejano, hacia el círculo polar ártico. Kiruna estaba situada en la provincia de Norrbotten, la más septentrional de Suecia. Emil le comentó que su familia materna era de un pueblecito cercano llamado Gällivare y en más de una ocasión habían ido a pasar el día allí. Su familia amaba el sol del Mediterráneo, pero, igualmente, adoraban la quietud y el silencio de la tundra sueca. Cuando el tiempo acompañaba, uno de sus pasatiempos favoritos consistía en recorrer la silenciosa llanura, pescar en alguno de los muchos lagos o estanques que había en la zona y cenar las piezas cocinadas en la lumbre de una buena fogata, con Lapporten —la puerta de Laponia— en el horizonte. Emil le contó que, para su madre, el contraste entre las vacaciones españolas y las escapadas a su terruño familiar eran equivalentes al experimentado al lanzarse desnudo a la nieve al salir de una sauna finlandesa.

Emil le relató estas y muchas otras historias de su familia en las apenas dos horas que duró el viaje. Una vez en Kiruna, se dirigieron a una agencia de coches de alquiler y tomaron un vehículo. El policía sueco había planificado el día a la perfección. Tenía las direcciones del trabajo y del domicilio de Astrid Nilsson apuntadas en la agenda del móvil.

Si en Estocolmo Ander había experimentado el frío, en Kiruna este

alcanzó una nueva dimensión, lejos de cualquier capacidad descriptiva. A pesar de que en el aeropuerto se había puesto toda la ropa de abrigo que llevaba en la maleta, Ander tenía la impresión de caminar desnudo por el interior de una cámara frigorífica.

—No te preocupes —le dijo Emil al observar su cara de frío—, enseguida entrarás en calor. Uno se acaba acostumbrando.

—Eso espero —dijo Ander entre el castañeo de sus dientes.

—Muévete. Eso es, así, piernas y brazos. —Emil movía con vigor las extremidades mientras le indicaba a Ander que hiciera lo propio.

Finalmente, entraron en el coche. Emil introdujo la dirección del Hospital de Kiruna en el GPS. Astrid había continuado ejerciendo de oncóloga al regresar de Bilbao. Ander tenía grabada en su mente la imagen de Astrid en el centro del plano de grabación, bajo el roble centenario de Carranza, entonando palabras ininteligibles. Tenía que encontrar a esa mujer antes de que Lucas acabara con ella. Astrid conocía las respuestas de todas las preguntas que lo habían atormentado durante tantos años.

—¿Ves eso? —Emil señaló hacia el cielo con un gesto de la cabeza —. La noche polar.

—No hay sol —dijo Ander asombrado por la sensación de que estuviera atardeciendo a las once de la mañana—. ¿Es lo que me comentaste en Estocolmo acerca de las horas de luz crepuscular?

—Eso es. Esta luz refractaria nos acompañará hasta las cinco. A partir de entonces te espera la noche de las luces del norte —dijo girándose hacia a Ander.

—¿Las luces del norte?

—Sí. No te voy a contar más; prefiero que lo veas con tus propios ojos —dijo Emil.

El cielo estaba cubierto de nubes de una tonalidad azulada, moteadas por algunos puntos claros que reflejaban una luz blanca que dotaba de un sentido de profundidad al firmamento. Bajo ese cielo de noche polar, Kiruna aparecía iluminada como un árbol de Navidad. Era una ciudad pequeña, un tanto dispersa, formada por viviendas bajas, principalmente de dos alturas, aunque en algunos puntos sobresalían, rompiendo la armonía, pequeños bloques de apartamentos. Las calles estaban pobladas por gran cantidad de coníferas que conferían a Kiruna un aire rupestre, de refugio natural. Ese concepto bucólico de ciudad quedaba borrado de un bofetón al girar el cuello hacia la derecha y toparte con un enorme complejo industrial, magníficamente iluminado, del que surgían varias columnas de humo blanco que iban a juntarse con el cielo ártico. Detrás de esas edificaciones, se erguían los restos de una montaña visiblemente cortada y recortada por la mano del hombre.

—Kirunavaara —dijo Emil al ver lo que miraba Ander—. Es la mina

que aún sigue explotándose. Tiene una profundidad de más de kilómetro y medio.

—¡Qué barbaridad!

—Es la más profunda del mundo. Antes también se explotaba el otro monte, el que está al otro lado, ¿ves las laderas iluminadas?

—Sí, pensaba que era una estación de esquí —dijo Ander.

—Y lo es. Pero antes de darle ese uso, Luossavaara era una mina.

—¿Qué mineral extraen de allí? —preguntó Ander.

—Hierro.

—En Bilbao también tuvimos minas de hierro. Pero hace muchos años que se dejaron de explotar —dijo Ander.

—Mejor. Esta mina acabará hundiendo, literalmente, a la ciudad —dijo el sueco—. De hecho, está proyectado trasladar toda la ciudad a tres kilómetros de distancia, a unos terrenos más seguros.

Ander asintió. Estaba claro que Kiruna era una ciudad que había echado sus raíces sobre un terreno poroso cada vez más horadado. Un queso de Gruyere que podría colapsar en cualquier momento si un capricho de la naturaleza se empeñase en contradecir todos los cálculos y predicciones de los ingenieros más conservadores. Sin saber muy bien por qué, aferró el reposabrazos de la puerta con firmeza.

—Hemos llegado a nuestro destino —dijo Emil tras oír una indicación en sueco del navegador—. El Hospital de Kiruna.

Veinte minutos más tarde, Emil y Ander salían corriendo del hospital. Una sensación de déjà vu los invadía. Astrid no había acudido al trabajo esa mañana. Tampoco había avisado de su ausencia. Igual que Alexander en Estocolmo.

Sin perder más tiempo, Emil introdujo la dirección del apartamento de Astrid en el navegador del vehículo. Kiruna era tan pequeña que no tardaron nada en llegar al lugar. Se trataba de otra calle desierta, cuya tranquilidad solo la alteraba el tránsito ocasional de los vehículos. Emil aparcó frente a una pequeña casa de una planta con tejado abuhardillado de teja roja a dos aguas, muy inclinado, para evitar la acumulación de nieve.

Nada más salir del coche, Ander vio las huellas dejadas por la silla de ruedas que había transportado a Astrid.

—Emil, mira esto —dijo y se agachó para ver con más claridad el rastro en la nieve.

—Huellas de ruedas —asintió—. Vienen de la casa. Subamos.

Ascendieron por la rampa lateral que conducía al pequeño porche. La nieve helada convertía cada pisada sobre superficies duras en una trampa mortal. Emil no tenía ningún problema en avanzar deprisa; sin embargo, Ander se ayudaba continuamente de las barandillas o de las paredes para progresar.

La puerta estaba cerrada. Llamaron una vez. Nadie contestó, ni

siquiera el eco del silencio. Llamaron una segunda vez. Nada. A la tercera llamada, Ander sacó la ganzúa.

—¿Qué haces? —dijo Emil al ver que su compañero se agachaba frente a la cerradura.

—Comprobar si el pomo se ha congelado. En ocasiones suele suceder, dejando a los pobres viejos aislados dentro de casa sin poder salir —dijo Ander mientras manipulaba con habilidad el instrumental. Finalmente se oyó un chasquido y la manilla cedió—. Tan solo me preocupo por el bienestar de Astrid —dijo mientras accedía a la vivienda.

—¡Cómo no! —Emil siguió sus pasos.

La vivienda era tan pequeña por dentro como lo parecía por fuera. Una cajita de cerillas. El recibidor conectaba con una cocina abierta al salón comedor. A mano derecha, un corto pasillo comunicaba con una habitación y un cuarto de baño. Eso era todo.

Ander y Emil no necesitaron registrar demasiado la casa para saber que Lucas ya había estado allí. Pintado con un aerosol negro en la pared contra la que se apoyaba la consola que hacía de mesa de comedor, encontraron la siguiente inscripción: «Las cosas de los hombres nunca permanecen constantes en el mismo ser, próspero ni adverso. H9».

—¿Qué significa esto, Ander?

El vasco frunció el ceño. Sin duda se trataría de un extracto del primer libro de la Historia de Heródoto. Necesitaba hablar con Iker para que se lo confirmase.

—Significa que Lucas tiene a Astrid —afirmó mientras sacaba el teléfono móvil y marcaba el número de Arteaga.

Empezaron a sonar tonos, pero Iker no lo cogía. Entonces recordó que quizás estuviera ocupado en la universidad. Se disponía a colgar cuando la voz de Arteaga sonó al otro lado del receptor.

—¿Sí? Ander, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. Necesito tu ayuda.

—Tengo cinco minutos, dime —dijo Iker.

Ander le leyó la frase que chorreaba sobre el papel pintado de la pared.

—Oye, ¿tú no estabas de vacaciones? —preguntó tras un breve silencio.

—Yo a esto lo llamo vacaciones. —Ander trató de quitarle hierro al asunto para no asustar al profesor.

—Ya veo. Bueno, tú sabrás lo que haces, amigo —dijo Iker—. Esa frase es la última de la serie de H9, Ander. Está en el primer libro: Clío. En ella Heródoto exprime la esencia de lo que luego relatará en su obra, la volatilidad del poder humano y la inestabilidad de la fortuna. En mi humilde opinión, más que de una introducción, se trata

del epílogo de su monumental trabajo. La enseñanza final del gran maestro.

Ander colgó. Pasó el teléfono a modo cámara y le sacó una foto a la pared. Luego se giró hacia Emil, que lo observaba en silencio desde la otra esquina.

—Totalmente confirmado. Se trata del último acto de la función sangrienta de Lucas Jauregui. —Se sentó y se pasó la mano enguantada por el pelo—. Tras su tercer asesinato, Lucas me dejó un mensaje en mi casa de Bilbao.

—¿Un mensaje? ¿En tu casa? Eso suena peligroso —dijo Emil.

—Sí. En el mensaje me avisaba de que él perseguiría la semilla del mal.

—¿La semilla del mal?

Ander asintió.

—Pretende hallar el mal que impulsaba a su madre y a sus seguidores a asesinar a las chicas mediante un ritual cruel —dijo Ander aspirando sonoramente una bocanada de aire—. En el fondo, creo que para Lucas es su madre la que representa esa semilla. En un principio pensé que se refería a su hermano, pero está claro que me equivoqué. Ella es el mal. Todos los crímenes de Lucas no eran más que el preparativo para este clímax, para el acto final en el que acabará con la vida de Astrid Nilsson. Con la vida de su madre.

—No si nosotros lo impedimos—dijo Emil decidido.

—Pero ¿cómo, Emil? ¿Adónde vamos a ir ahora? Lucas ha vuelto a ganarnos por la mano.

—Eso aún no lo sabes. Entre las direcciones que apunté ayer, está la de Karin Nilsson, la hermana de Astrid. Creo que deberíamos ir a hacerle una visita.

Lo cierto era que no había tanta diferencia entre las calles de Kiruna y el alma de Ander. Ambas mostraban la misma soledad y aspereza. El ertzaina frotó con su guante sobre el vaho de la ventanilla para hacer un redondel, un ojo de buey improvisado que le permitiera contemplar los detalles de la vida de la ciudad ártica. Toneladas de nieve helada en las aceras y amontonada en los bordillos de la calzada; grupos de coníferas cuyas hojas emblanquecidas les proporcionaban un halo fantasmagórico; coches con cristales empañados por el contraste de temperaturas que se deslizaban silenciosamente por la carretera; farolas que iluminaban el vacío como las antorchas de las cuevas. Todo ello envuelto en una neblina que acababa de surgir y que sumía a la escena en una atmósfera atemporal. Parecía que el reloj se hubiera detenido en ese punto remoto del norte de Europa. Y, sin embargo, el tiempo era un factor que corría en contra de Ander y de Emil.

¿Dónde podría haber llevado Lucas a su madre? Ander se fijó en Emil. El sueco se afanaba por seguir las indicaciones del navegador. Pretendía mostrar tranquilidad, pero las dos finas arrugas del entrecejo le delataban. Estaba preocupado. Activó el intermitente izquierdo y accedieron a una calle corta, que finalizaba en una pequeña rotonda. Condujeron hacia ella hasta que la aséptica voz del navegador rompió su silencio.

—Hemos llegado —dijo Emil.

Estacionó el coche junto a un bloque de apartamentos de tres alturas, un edificio de hormigón de ventanas blancas, con una fachada de aluminio laminado verde oscuro que hacía las funciones de doble piel aislante. Lo coronaba un tejado que caía a dos aguas.

Emil hizo una pausa en su búsqueda del interruptor correcto en el panel del portal. Pasó el dedo sobre los nombres de los botones hasta que dio con el de Karin Nilsson. Una voz contestó a la llamada y Emil sostuvo una corta conversación en sueco con ella, al cabo de la cual un largo pitido anunció la apertura de la puerta del portal.

—Recuerda, Emil, no tenemos que asustarla. Tan solo queremos que nos hable de su hermana.

—De su hermana y del resto de la familia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Debemos informarla de la muerte de su sobrino Alexander? —preguntó Emil.

—No. Veamos cómo se desarrolla la conversación.

—Le preguntaré si no le importa hablar en inglés —dijo Emil.

—Te lo agradezco —dijo Ander.

Karin Nilsson demostró ser una anfitriona extraordinaria. Los recibió con una sonrisa de oreja a oreja y los invitó a acomodarse en uno de los muchos sillones que decoraban su sala de estar. Emil le había comentado a Ander en el camino que Karin era cinco años mayor que Astrid. Tenía setenta años; sin embargo, su apariencia física era la de una mujer entrada en la cincuentena. Sensación acentuada, probablemente, por el vigor y la agilidad con la que se movía por su casa y por su carácter jovial. En cierta manera, a Ander le recordaba a la foto de Astrid que tenían en la comisaría de Deusto, la que habían sacado de su ficha de empleada de la clínica Salud Bilbao. El rostro de Karin era pálido y terso, sin apenas arrugas, atribuible quizás al clima ártico. Pero Karin carecía de esa frialdad tan presente en la mirada de Astrid.

La mujer preparó té negro y lo sirvió, junto a unas galletas, en una bandeja de madera natural tallada con motivos florales. Por educación, Ander optó por coger una de las tazas, aunque no tenía ninguna intención de tomarse el líquido. Lo posó en su regazo y observó, arrellanado en el sillón, la conversación que inició Emil.

Afortunadamente, Karin accedió a hablar en inglés, por lo que Ander también podría intervenir.

—Señorita Nilsson, perdone nuestra intromisión, soy el agente Emil Anderman —dijo enseñándole sus credenciales—. Me acompaña el inspector Ander Crespo, de España, que está colaborando con la policía sueca en un caso que requiere la coordinación entre las fuerzas de seguridad de ambos países.

Karin se había quedado con su taza a medio camino de la bandeja y mostraba una expresión de asombro absoluto.

—Perdone, agente, ¿y eso en qué me afecta a mí?

—Entiendo su extrañeza. Evidentemente, usted no es parte del caso, pero sí que lo son su hermana Astrid y sus sobrinos, Alexander y Lucas —dijo Emil.

Karin posó la taza sobre el platito que tenía en la bandeja, se recostó en el sillón con los brazos cruzados y alternó la mirada entre ambos.

—Agente Anderman, han de saber que hace muchos años que no tengo trato con mi hermana. Concretamente, desde el accidente de Abisko.

—¿Abisko? ¿Se refiere al parque natural que hay al norte? —preguntó Emil.

—Sí, el mismo —dijo Karin.

—¿Qué sucedió? —preguntó Ander.

—El accidente ocurrió en 1994, entonces mis sobrinos tenían doce años. En Kiruna es tradición que en época de deshielo, cuando el tiempo se vuelve más agradable en esta parte del mundo, las escuelas organicen excursiones de día al parque natural de Abisko. Precisamente, fue en una de esas excursiones en la que sucedió la trágica muerte de la pequeña Lena Axelsson.

Emil y Ander cruzaron una rápida mirada de entendimiento.

—¿Lena estaba en la clase de sus sobrinos? —preguntó Ander.

—Efectivamente, inspector Crespo. La niña se ahogó de manera inexplicable en la orilla de un lago. No tenía ningún sentido que estuviera allí, tan lejos del grupo. Pero Alexander dijo haber visto a un señor mayor que se llevaba a la pequeña Lena de la mano en un momento en el que la niña se había distraído cogiendo unas flores que brotaban junto a las aguas del lago.

—¿Por qué no avisó Alexander a los monitores? —preguntó Emil.

—Eso mismo le preguntaron, pero mi sobrino no acertó a dar un porqué. Únicamente lloraba y pedía estar con su madre, mi hermana Astrid.

—¿Usted se creyó la versión de Alexander? —preguntó Ander posando su taza en la bandeja de madera.

Karin encogió los hombros y suspiró hondo.

—¿Cómo no me la iba a creer? Era un niño de doce años sin

maldad. Pero la gente hablaba a espaldas de mi hermana y eso la encolerizó. De la noche a la mañana, no quería saber nada de Kiruna ni de sus gentes, incluyéndome a mí —dijo con el resentimiento marcado en el rostro.

—Entonces, ¿ese accidente fue la razón principal por la que Astrid abandonó Kiruna con su familia? —preguntó Emil.

—Sin duda. Meses después, se mudaron a Bilbao. Durante muchos años no tuve noticias de ellos. Tan solo supe de la muerte de mi cuñado Enrique cuando una vecina me informó que Astrid había regresado, viuda, a Kiruna, acompañada únicamente por Alexander. Más tarde conocí el crimen de Lucas. —Las lágrimas asomaron en los bellos ojos de Karin—. Hoy en día sigo sin entender cómo un ser tan maravilloso como Lucas le pudo hacer eso a su padre. Hay otro asunto referente a mi hermana que deberían de saber. Es un tema delicado.

—Cuéntenos, Karin. Le garantizo nuestra total discreción —dijo Emil.

—Astrid sufrió un accidente en el parto. Perdió mucha sangre y estuvo a punto de morir. Pasó una semana entera en coma. Al despertar ya no era la misma chica alegre de antes. Un día le pregunté por ello. Me llevó a una esquina apartada y, bajando la voz, me contó que mientras estaba sumida en la inconsciencia comatosa se le había aparecido una diosa que la había instruido en su fe y le había mostrado todo su poder.

»Lógicamente, yo le pedí que se callara y que no fuera diciendo esas tonterías en público si no quería que la tomasen por una loca. Le dije que lo habría soñado, que no serían más que alucinaciones provocadas por los fármacos administrados durante su convalecencia. Ella me miró con expresión de decepción y nunca más volvimos a hablar del tema. A raíz de esa conversación, nuestra relación se enfrió y nuestras reuniones se espaciaron en el tiempo.

Ander se fijó en la cara de incredulidad que ponía Emil. A él, sin embargo, le vinieron a la mente las imágenes del sacrificio ritual de su hermana y de las otras chicas en Carranza. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Karin, necesitamos hablar con Astrid. Hemos pasado por su trabajo y no estaba. Tampoco está en su casa. ¿Tiene alguna otra residencia? —dijo Ander incapaz aún de expulsar el miedo del cuerpo.

La mujer se secó delicadamente las lágrimas de los ojos y se sorbió la nariz un par de veces.

—Sí, hay un lugar al que ella le tiene especial cariño. Lo llamaba su retiro. Se trata de la casa de nuestros padres, una pequeña propiedad aislada entre un bosquecillo de coníferas y el lago en la localidad de Kurravaara. Cuando nuestros padres murieron, Astrid la heredó.

—¿Podría darme la dirección exacta? —Emil se levantó y sacó un

bloc de notas.

—Por supuesto—dijo Karin.

Apenas tuvieron tiempo de darle las gracias a Karin y despedirse de ella. Ambos policías estaban en modo depredador. Olían a su presa. Se subieron al coche y se adentraron en la cada vez más tenue luz de ese crepúsculo que denominan náutico, en el que la luz refractaria no permite al ojo del hombre ver con claridad si no es con la ayuda de la luz artificial. Emil introdujo las nuevas coordenadas en el navegador y pisó el pedal del acelerador a fondo.

Lucas se secó las gotas de sudor que perlaban su frente con el dorso del guante. A pesar del frío reinante en el exterior, el esfuerzo continuado de las últimas horas había llevado a su capacidad física al umbral del agotamiento. Cortar, apilar, trenzar madera, tocón tras tocón, tronco tras tronco, hasta culminar la obra que tenía grabada a fuego en su mente desde hacía tanto tiempo. La soledad había sido su compañera fiel los últimos veinte años. «Mejor dicho, durante toda mi vida», pensó agriamente.

El amor materno le había sido negado desde la cuna; el fraterno, desde que ambos hermanos tuvieron uso de razón; el paterno, finalmente, le fue arrebatado mediante el impulso homicida de Alexander. Cuántos años maldijo, desde el rincón de su celda, no haber sido capaz de reaccionar en el momento en el que mataron a su padre. No haberle contestado a su hermano cuando este urdió su sucia trampa. Pero ¿qué podría haber hecho él, un pobre muchacho de dieciocho años defenestrado desde el mismo día que emergió a este mundo? Nada. Su destino estaba escrito y él solo podía asistir al devenir de los acontecimientos como mero testigo accidental.

Eso es lo que le hicieron creer durante toda su infancia. Pero si había algo bueno en la soledad que brindaba la cárcel, era que en ella la mente operaba de manera autónoma, por sí misma, sin contaminación externa. De este modo, el joven Lucas fue separando, capa a capa, la herrumbre de la intoxicación y de la manipulación. Las pilas de mentiras e intimidación cayeron a los lados, dejando a la vista un núcleo puro, inmutable. En el momento en el que cobró consciencia de su propia existencia, comenzó a analizar el pasado, el presente y el futuro, y bosquejó las primeras líneas de lo que, finalmente, terminaría por convertirse en un ejercicio de justicia poética. La venganza de su padre. La única persona inmanentemente buena que los Jauregui Nilsson habían ofrecido a la sociedad.

Lucas colocó el último leño en la pira. Retrocedió tres pasos para observar su obra. No estaba mal para ser la primera vez que lo hacía. Había colocado un gran tronco como poste. A sus pies acumuló toda la leña que había encontrado en el cobertizo más la que él mismo

produjo talando varios árboles jóvenes del bosquecillo situado frente a las fachadas norte y oeste de la casa.

Recordaba vagamente los veranos que había pasado aquí junto a los abuelos. Para él suponían una brizna de aire fresco, una válvula de escape a la presión de su casa de Kiruna. Los abuelos siempre se habían portado muy bien con él. Recordaba las excursiones por el lago en la barca del abuelo. Alexander no quería ir porque le tenía miedo al agua, pero él disfrutaba de las tardes de pesca con la barca varada en medio del lago y las cañas entrando y saliendo de la oscura superficie. Ver el plomo sumergirse en el agua y notar el tirón del sedal era la definición de la gloria en esas tardes de felicidad estival. Por desgracia, esa felicidad se evaporó como el rocío del amanecer.

Los abuelos habían fallecido cuando él ya estaba internado en Andra Mari. Lo supo en uno de los viajes de reconocimiento que había llevado a cabo con anterioridad a materializar su venganza. Lucas llegó a Kiruna en verano, ataviado como un turista anónimo del sur de Suecia. Nadie reparó en él, ni siquiera su madre el día que se cruzó con ella frente a su casa de la ciudad. A él le dio un vuelco al corazón; sin embargo, su cara fue una máscara, representó el papel que le correspondía en ese momento, del modo en el que le había enseñado Héctor Velásquez: «La vida es un escenario, nosotros sus actores. Sé quien quieras ser, Lucas. Interpreta el papel que desees, muchacho, pero hazlo con convicción. Tu cara a de ser una máscara impenetrable».

Una ráfaga de viento polar lo sacudió ligeramente y lo obligó a protegerse los ojos con la palma de la mano. La nieve helada salía despedida del suelo como microcuchillas de afeitar. Lucas volvió a observar la taiga que se extendía alrededor de la casa hasta donde le alcanzaba la vista. Miles de árboles de hojas perennes emblanquecidos por el hielo dotaban al entorno de una imagen de postal navideña, con la casa solariega de dos plantas de fondo y el embarcadero cubierto por una gruesa alfombra de nieve. Entre el embarcadero y la casa se abría una extensión diáfana de tierra nevada que abarcaba un gran claro, en cuyo extremo se alzaba un pino de grandes dimensiones que marcaba el linde del bosque. En el lado opuesto, el lago se extendía con su superficie marmórea completamente helada, sorteando dos pequeños islotes hasta llegar a la orilla contraria.

Un sonido proveniente del bosque llamó la atención de Lucas. ¿Lo habrían descubierto? El corazón le palpitaba desbocado. Aferró el hacha y se acercó con pasos cautelosos. Pronto descubrió el origen del ruido. Un gavilán había caído sobre una paloma silvestre que trataba de encontrar comida bajo la capa de nieve. El orgulloso animal se lo quedó mirando, sin dejar de aferrar con ambas garras el trémulo cuerpecillo de la desdichada paloma, que trataba de luchar por su

vida. Los iris anaranjados y las pupilas dilatadas no perdían detalle del humano. Lucas admiró su audacia y valentía. Las alas grises del ave se ahuecaron en señal de un inminente movimiento. El gavilán alzó el vuelo y se llevó a cuestas a su presa, soltando un graznido quejumbroso por la tranquilidad alterada.

La tarde era oscura. El crepúsculo apenas iluminaba. Lucas amusgó los ojos para intentar avistar mejor en la oscuridad. Era fascinante la cantidad de animales que habitaban la dura taiga sueca. Preciosos pájaros de plumaje espectacular trinaban ocasionalmente y se dejaban ver saltando de rama en rama o hurgando entre la nieve por algo de sustento, justo como estaba haciendo la paloma antes de recibir el impacto letal del gavilán.

Héctor Velásquez. Mientras regresaba a la casa para reunirse con su madre, Lucas recordó al desgraciado actor, compañero suyo de condena, al que tanto debía. Héctor no quería vivir, era víctima de una cruel enfermedad mental que le impedía llevar una vida normal. En un arrebato de ira había asesinado a su mujer y a sus hijas, y jamás lo superó. Por eso no opuso resistencia cuando Lucas entró en su celda para acabar con su vida. Fingió estar dormido, aunque a Lucas le pareció ver una sonrisa dibujada en sus labios cuando el último aliento abandonaba sus pulmones. Se sacrificó para que él pudiera completar su venganza. Esa venganza que Héctor le ayudó a elaborar a partir de la lectura favorita de su padre: la Historia de Heródoto. «Sería un gran homenaje a tu viejo, ¿no te parece? Hacerles pagar a todos de un modo que aparezca en esas páginas que tanto os recitaba y que tanto admiraba».

Héctor tenía razón. Lo que no se esperaba Lucas era encontrarse con algo mucho más grande a medida que iba ejecutando su represalia. Con la semilla del mal. Carlos Bonaparte se lo acabó confesando todo: el ritual, las víctimas, quiénes estaban presentes en los sacrificios, incluso dónde estaban guardadas las cintas que habían grabado en las ceremonias.

Lucas expulsó una gran bocanada de vaho al reír. Bonaparte era un auténtico patán. Un personaje arribista sin escrúpulos. El poder lo obnubilaba; a Astrid le había resultado muy sencillo reclutarlo. Solo necesitó cuatro consultas para calibrar su carácter y pulsar los botones persuasivos precisos para convertirlo en su más leal seguidor.

Con la información proporcionada por Carlos, Lucas logró acceder a la base de datos de la Ertzaintza y hacerse con los seis expedientes de desaparición de las chicas. Lucas puso especial empeño en que Carlos viviera un infierno en sus últimos meses de vida. Lo obligó a presenciar sus crímenes en la casona de Carranza. Le tatuó salvajemente el cuero cabelludo al principio del cautiverio. Al final, cuando acabó con él bajo el roble-altar de ejecuciones de su madre,

Lucas procuró que el profesor de Ingeniería sintiera que la vida se le escurría entre los dedos sin que pudiera hacer nada al respecto, excepto mirar al vacío.

Abrió la puerta de la entrada de la cabaña después de sacudirse las suelas contra el entarimado del porche.

—¡Madre! ¿Has despertado ya, dormilona?

Avanzó hacia el amplio salón comedor que conectaba con la cocina. Astrid continuaba amordazada y atada a la silla, aunque Lucas pudo observar que había estado tratando de zafarse de sus ligaduras.

—Ahora te desato, madre. Ten cuidado, no te vayas a dañar esas muñecas tan delicadas —dijo Lucas.

Se agachó frente a ella y le quitó el esparadrapo que cubría su boca. Lucas tuvo el tiempo justo para apartarse y evitar el escupitajo que le lanzó Astrid.

—Vaya, no me esperaba eso de ti, madre. Toda una sacerdotisa comportándose como una yonqui barriobajera.

—¡Maldito seas! ¡Maldito seas mil veces, bastardo! —gritó Astrid con la cara desencajada por la ira.

Lucas se arrodilló junto a uno de los armarios bajos de madera de pino de la cocina y sacó un rollo de cuerda y un pequeño bidón rojo de queroseno.

—¿Sabes, madre? En estos veinte años de retiro espiritual subvencionados que tuviste a bien obsequiarme, he tenido mucho tiempo para pensar en nuestra familia.

—Tú no formas parte de mi familia —dijo Astrid recobrando la compostura e irguiéndose en la silla.

—Por más que reniegues de mí, sí que soy tu hijo, madre. Igual que lo era Alexander.

—¡No te atrevas a nombrarlo, asesino! —Astrid trataba de mover el cuerpo violentamente para aflojar sus ligaduras.

—Como te iba diciendo, madre, en prisión tuve ocasión de leerme con detenimiento el libro preferido de papá: la Historia de Heródoto.

—¡Bah! Un bodrio que no hacía más que recitar como si se tratara de unas escrituras sagradas. Tu padre era un pusilánime que no quiso escucharme cuando le mostré la auténtica luz. Prefirió mirar hacia otro lado, huir lejos, con tal de no afrontar el destino que le había sido encomendado a nuestra familia.

—¿Y cuál era ese destino tan maravilloso? ¿Sacrificar a jóvenes inocentes? —dijo Lucas enfurecido sacudiendo a su madre por los hombros—. Lo sé todo, madre. Todo tu delirio se ha desvelado ante mis ojos. Sé que manipulaste los expedientes clínicos de tus seguidores para hacerles creer que se estaban muriendo, cuando en realidad estaban sanísimos.

»Tus colegas les daban un diagnóstico falseado sin saberlo y los

pacientes acudían a ti en busca de una nueva esperanza. Y bien que se la dabas. Les ofrecías la curación a cambio de un pago nimio. Su propia alma. Los arrastraste hacia el pozo en el que vivías desde que nos diste a luz.

»Pero una enfermera descubrió tus manipulaciones. Una chica en prácticas a la que le asignaron la tarea de digitalizar los expedientes médicos antiguos. Nerea Aguirre. Tuvo la mala idea de ir a pedirte explicaciones. Eso selló su suerte.

Astrid sonrió y, arrogante, le sostuvo la mirada de su hijo. Lucas captó un profundo gorjeo en la garganta de su madre. Se estaba riendo de él.

—Veo que todo esto te hace mucha gracia, madre. Está bien. Ha llegado la hora de la expiación.

Lucas se situó detrás de Astrid y le soltó las ataduras de las piernas y de la cintura. Luego la levantó agarrándola por las ligaduras de las muñecas y la empujó para que se dirigiera hacia el exterior.

—¿Adónde me llevas? —Astrid mostró, por primera vez, un atisbo de miedo en su voz.

Lucas no le contestó y volvió a empujarla para que avanzara. Al llegar a la puerta, Astrid se paró.

—¿No pretenderás hacerme salir a la calle en camisón?

Astrid llevaba puesto un camisón blanco similar a los que —según lo que Carlos Bonaparte le había contado— les ponían a las chicas el día de su sacrificio. Lucas se lo había comprado en Bilbao. Lo tenía reservado para ese momento.

—¡Avanza! —dijo Lucas y abrió la puerta de una patada.

Astrid tropezó con un pequeño escalón, perdió el equilibrio y se precipitó de cabeza sobre el entarimado del porche. Las drogas suministradas la habían dejado sin fuerzas y nada pudo hacer para mantener el equilibrio. El golpe le abrió una brecha en la ceja de la que manaba abundante sangre. Lucas la levantó como si de un fardo se tratara y la llevó hacia la pira. Cogió un puñado de nieve del suelo y se lo aplicó directamente sobre la ceja para detener la hemorragia. Astrid apartó la cara instintivamente al notar el intenso frío de la nieve.

—Madre, ya sé por qué estuviste tan interesada en conservar la casa de los abuelos cuando estos murieron. Era un sitio tan perfecto como la casona de Carranza, ¿verdad?

Astrid no contestó. Continuó avanzando hacia la pira que antecedía al árbol que tanto adoraba. El árbol sagrado. Una lágrima se resbaló por la mejilla. El frío le atería las extremidades. Comenzó a temblar. Sobre sus cabezas, el cielo les brindaba un espectáculo único. Las luces del norte, la aurora boreal, iluminaban con sus tonalidades verdosas y amarillentas la estrellada noche ártica cual cortina mecida al compás

de un viento sideral inaprensible.

—En Bilbao te valías de Alexander para atraer a tus víctimas —continuó Lucas mientras hacía subir a su madre hasta el poste—. Primero, las seleccionabas en la clínica. Luego, las seguías hasta conocer sus rutinas. Finalmente, las abordabas en la calle y te prestabas a acercarlas a su domicilio. ¿Cómo se iban a negar ante una doctora tan amable que viajaba con su hijo en el asiento de atrás?

»Esperabas a que expusieran su cuello en el momento en el que aseguraban el cinturón de seguridad para inyectarles el somnífero. Después las trasladabas hasta la casona de Carranza, donde las retenías hasta el día de la ejecución.

—No eran ejecuciones. Eran sacrificios. Esas chicas deberían de sentirse honradas de haber sido las elegidas para el ritual. Tú no lo entenderías. Miras al cielo y tan solo ves estrellas, sin preguntarte qué las mueve y por qué están allí —dijo Astrid despectivamente posando su mirada en el firmamento.

Lucas pasó varias veces la cuerda alrededor de la cintura de su madre hasta tenerla firmemente atada al poste de madera. La esencia resinosa del pino recién cortado impregnaba el aire alrededor de madre e hijo.

—Las chicas fueron sacrificadas en nombre de esa divinidad mesopotámica a la que adoras. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Ereshkigal.

—¡No la nombres, infiel! —gritó Astrid lanzando dentelladas felinas a derecha y a izquierda.

—Pero mi padre, tu marido, ¿por qué tuvo que morir él? —preguntó Lucas saltando desde lo alto de la pira a la nieve.

Astrid negó enérgicamente con la cabeza. Temblaba de frío y los labios se le estaban amoratando por momentos.

—Murió por culpa de Andrés Molinero —dijo Astrid. Sus ojos azules emitieron un brillo de nostalgia.

—Explícate.

—Andrés era uno de los miembros de nuestro culto. Por desgracia, también era un heroinómano reincidente y resistente a todas las rehabilitaciones. Acudió a casa a pedirle dinero a Ernesto bajo la amenaza de que, de no hacerlo, revelaría a la prensa nuestra existencia.

»Ernesto no sabía de qué le estaba hablando, pero Alexander, sí. Él conocía bien a Andrés y escuchó toda la conversación desde el otro lado de la puerta de la biblioteca. Cuando vio que Andrés iba a contar nuestro secreto, fue a la habitación a por el revólver de Ernesto. Matar a tu padre fue una decisión de Alexander.

»Yo quería a Ernesto, a pesar de que mis sentimientos hacia él cambiaran totalmente a raíz de la revelación. Lloré su muerte, aunque la acepté, porque así lo quiso la Dama actuando a través de Alexander.

—Mira, madre, jamás existió tal revelación. De verdad que siento de corazón que estés tan loca como para creer en la existencia de una deidad arcaica; pero has de saber una cosa —Lucas comenzó a impregnar con queroseno toda la madera de la base de la pira—, lo único que habéis estado haciendo Alexander y tú estos últimos veinticinco años es asesinar a inocentes a sangre fría.

El penetrante olor a queroseno invadió las congeladas fosas nasales de Lucas y le provocó un fuerte ataque de tos. Cuando se le pasó, encendió varias cerillas y las lanzó a la leña. Llamas naranjas asomaron al momento entre las piezas de madera que formaban esa versión humilde y a pequeña escala de una hoguera de la Inquisición.

—Renegaste de mí porque no te seguía en los juegos crueles que nos obligabas a practicar con nuestras mascotas. ¿Acaso papá no se preguntaba por qué todos nuestros perros acababan huyendo? Ese fue el momento en el que me apartaste de tu lado.

—Porque eres débil, igual que tu padre. La Dama me reveló que solo uno de mis hijos llegaría a ser mi fiel sucesor. Debía deshacerme del otro.

Los pájaros arrebujados en las ramas más próximas a la pira salieron volando en busca de un retiro más seguro. Astrid se concienció de que su hijo iba en serio y una expresión de inquietud se abrió paso por su rostro acerado.

—Madre, este es mi acto final —continuó Lucas. Observó que su madre se retorcía con vigor tratando de soltar las cuerdas—. Un nuevo homenaje al gran Heródoto y a papá. ¿No lo reconoces? Claro que no, ¿cómo vas a reconocerlo si reniegas de ese libro? No te preocupes, que yo te lo explico.

»Se relata en el primer libro de la Historia, más concretamente en el momento en el que Ciro el Grande derrota a Creso el lidio y logra tomar la capital de este, Sardes. Creso era el hombre más rico del mundo en ese momento y se pensaba invencible. ¡Pobre de él!

»En cuanto le echó el guante, Ciro ordenó construir una enorme pira sobre la cual pusieron a Creso cargado de cadenas. Hoy, casi tres mil años después, rememoramos esa escena. —Lucas se guardó de comentar el hecho de que Ciro le perdonó finalmente la vida a Creso y que este no se consumió entre las llamas—. Es una lástima que hoy no sea el solsticio de invierno para ofrecer tu vida a Ereshkigal, ¿no crees?

La virulencia de las llamas obligó a Lucas a retroceder varios pasos. Astrid continuaba tratando de liberarse en vano. Las llamas comenzaron a lamer su camisón. Alzó la vista al cielo y emitió un aullido furioso. Las aves y el resto de las alimañas que habitaban el bosque cercano salieron despavoridas.

Emil aceleraba a fondo a través de las estrechas carreteras forestales que atravesaban la taiga de Kurruvaara. En una ocasión, el coche perdió la tracción y rozó dos troncos antes de que el sueco pudiera controlar la dirección. Ander se santiguó en un acto reflejo y dio las gracias de no estar al volante; de lo contrario, ya serían parte del paisaje.

—Pero ¿qué le pasa a este chisme? —se quejó Emil—. No puede ser este camino. Creo que nos hemos confundido en el cruce anterior.

El espectáculo de luces que se desarrollaba sobre sus cabezas añadía dramatismo a su búsqueda contra reloj de la casa de Astrid. Sabían que en ese momento Lucas estaría culminando su venganza. Pero Ander quería detenerlo. Astrid tenía que ser juzgada por el asesinato de Enara.

Emil dio media vuelta y volvieron a la encrucijada anterior. Esta vez tomaron el camino elegido por Emil sin hacer caso a las indicaciones del navegador. El sueco tenía razón y cinco minutos más tarde vislumbraron una luz parpadeante que se proyectaba hacia el verdusco firmamento.

—Fuego —dijo Ander.

El sueco no contestó y se limitó a pisar el acelerador a fondo. Los árboles desfilaban a su alrededor a una velocidad frenética. En un momento dado, la espesura dio paso a un claro, en medio del cual se alzaba una casa de dos pisos con un añadido en un lateral. Detrás del edificio se podían apreciar perfectamente las llamas lamiendo la fría oscuridad. Detuvieron el coche y se bajaron con cautela. Un grito agudo rasgó el aire en ese momento y se acuclillaron instintivamente.

Ander le hizo una seña a Emil para que avanzase por un lado de la casa mientras él lo hacía por el otro. Era una casa grande, hecha de madera y pintada de amarillo con ventanas blancas. El tejado rojizo caía hasta la primera planta en aquellas secciones en las que en la segunda planta no había ventanas.

Ander avanzó pegado contra esa fachada hasta llegar a la esquina. Con la imagen de Enara en mente, se armó de valor y giró la esquina corriendo a ciegas hacia delante. Pronto notó el calor que emanaba de una gran fogata que ardía junto al bosque. Aguzó la vista y atisbó, en medio del fuego, una figura calcinada que ardía atada a un poste.

Fue entonces cuando lo vio.

A cien metros, una figura embutida en un buzo blanco se giró hacia Ander. De su brazo derecho colgaba un hacha cuyo filo refulgía sobre la nieve. Avanzó hacia Ander con paso seguro.

—¡Ander Crespo! Menuda sorpresa, no me esperaba encontrarte aquí —dijo Lucas sin parar de caminar—. No cabe duda de que estás a la altura de tu fama.

—Détente, Lucas. Suelta esa hacha y entrégate. Tu guerra ha terminado —dijo Ander señalando la hoguera—. Has culminado tu venganza.

Lucas le devolvió una sonrisa amarga.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿por qué me siento tan vacío?

—Porque por mucho que la odiaras, Astrid era tu madre —contestó Ander.

En ese momento apareció Emil jadeando por el esfuerzo de correr sobre la nieve. Se agachó, adoptó posición y, tras apuntar a Lucas con el arma, le dirigió unas palabras en sueco.

—He pasado demasiados años de mi vida entre rejas —dijo Lucas agarrando el mango del hacha con ambas manos—. Demasiada vida suspendida, Ander. No pienso volver a la cárcel. Espero que lo entiendas. Las cosas de los hombres nunca permanecen constantes en el mismo ser, próspero ni adverso.

Dicho eso, Lucas alzó el hacha por encima de la cabeza y se abalanzó hacia la posición de Emil. El policía le impactó en el pecho con tres disparos certeros. El hacha voló por los aires y el gemelo cayó de espaldas sobre la nieve. Una mancha de sangre en expansión se formó rápidamente bajo su cuerpo. Ander corrió a arrodillarse junto a él.

—Lucas, ¿qué has hecho?

El joven le sonrió. Respiraba pesadamente. A cada hálito, un gorgorito le nacía del pecho. La sangre le resbalaba por la comisura de los labios. Lucas se moría. Poco a poco, la vida se le escapaba de las manos.

—Justicia, inspector —acertó a decir con un hilo fino de voz—. Justicia.

—En los rituales de Carranza participó un hombre al que no pudimos identificar. Un hombre que vestía una careta. ¿Quién es?

Lucas se giró y miró a Ander a los ojos. Una mueca de dolor contrajo su rostro.

—Anu —contestó con los labios amoratados. Estaba perdiendo mucha sangre—. Tengo mucho frío.

—Aguanta, Lucas. Pronto llegará la ambulancia.

El joven temblaba, su tez cada vez adquiría un tono más blanquecino, exangüe.

—¿Eres tú, padre? —dijo pegándose con fuerza al cuerpo de Ander.

—Sí, hijo, soy yo —mintió Ander, sabedor de que Lucas agonizaba.

—¿Dónde has estado? Te he echado tanto de menos. Padre, abrázame.

—Estoy contigo, hijo. Descansa. —Ander abrazó con fuerza el torso de Lucas hasta sentir su último aliento.

Ander lloró en silencio la muerte del joven sueco. A pesar de haber

cumplido con su deber de detenerlo, una pena tremenda le atenazaba el corazón. Apoyó su cabeza en el suelo y le cerró respetuosamente los párpados.

—¡Maldita sea! —se lamentó Emil dando un puñetazo a la nieve.

Ander se alzó y se aproximó a la hoguera. El fuego estaba perdiendo fuerza y dejaba a la vista el cuerpo calcinado de Astrid Nilsson. No quedaba más que un esqueleto carbonizado. Emil se situó a su lado. El claro apestaba a muerte.

—Tengo que informar a la policía de Kiruna —dijo Emil tapándose la nariz con el dorso del guante.

—Lo entiendo —dijo Ander.

—Sabes que esto nos causará problemas, ¿verdad? —preguntó Emil posando su mano sobre el hombro de Ander—. Particularmente a ti.

—Lo sé. —Ander recordó la expresión amenazadora de la comisaria Martina Lindroos—. Pero es lo correcto. Llámalos.

—De acuerdo —dijo Emil y se apartó con el teléfono en la oreja.

Allí estaba Ander, plantado en un lugar remoto del hemisferio norte, bajo las mágicas luces de la aurora boreal, a los pies de una hoguera en la que Astrid Nilsson había recibido el martirio reservado a las brujas por la Inquisición.

En el fondo se regocijaba de que ese hubiera sido el final de la sueca. Del mismo modo que también se alegraba por el final que había tenido Alexander. No era una conducta aceptable para un agente de la ley y el orden, pero, en esos momentos, Ander actuaba como un hermano que reclamaba justicia.

Una justicia que había sido impartida por Lucas Jauregui.

La voz de Emil y los últimos chasquidos y crepitares producidos por la madera en combustión lo acompañaron en su inspección ocular. El policía sueco intercalaba momentos de diálogo atropellado con prolongados silencios en los que no hacía otra cosa que asentir. Ander supuso que le habrían pasado con un superior de la policía de Kiruna y que en ese momento estaría recibiendo una fuerte reprimenda por no haberlos informado cuando tuvieron noticia del secuestro de Astrid.

La nieve se había derretido alrededor de la hoguera. En esos pocos centímetros que se habían librado del manto níveo, la hierba asomaba apelmazada y seca. Era una tierra dura, árida, poco propicia para la plantación de cualquier fruta u hortaliza. Por eso a Ander le sorprendió ver una pala clavada junto al gran pino frente al que Lucas había erigido la pira de su madre.

De pronto, una imagen le vino a la mente. El mensaje tatuado en la cabeza de Carlos Bonaparte. Cava y sácalas a la luz. Una rabia largamente contenida se abrió pasó en el interior de Ander. Poseído por esa determinación, agarró con fuerza el mango de la pala y la

clavó hasta la guarnición en esa tierra yerma. Al contrario de lo que cabría esperar, cuanto más cavaba, mayor era su energía. Era como si en su interior albergara una dinamo que girara animada por la inercia centrífuga. Al verlo, Emil bajó el teléfono de la oreja y se lo quedó mirando boquiabierto.

—¿Qué estás haciendo, Ander? Detente, esto es la escena del crimen —dijo mientras se le acercaba corriendo.

—Están aquí, Emil. Lucas nos lo ha indicado. ¡Están aquí! —dijo Ander mirándolo con el rostro desencajado. El sudor y las lágrimas se fusionaban en su rostro y se precipitaban sobre la nieve ártica.

ACERCA DEL AUTOR

Unai Goikoetxea (1974) nació en Bilbao. Vive actualmente en esa misma ciudad junto a su mujer y tres hijos. A pesar de haber estudiado Sociología en la Universidad de Deusto, pronto dirigió sus esfuerzos al ámbito de la administración pública, donde trabaja actualmente.

En el terreno literario, *Solsticio de invierno* es su primera novela, que inicia la serie de Ander Crespo, cuya segunda entrega está prevista que vea la luz en 2023.

Sus influencias son variadas. Durante la infancia y la adolescencia fue un lector voraz de las novelas de género histórico, de fantasía y de ciencia ficción. Con el paso del tiempo, fue ampliado sus horizontes literarios y hoy en día se declara un incondicional de Chandler, Benjamin Black y, sobre todo, del Bernie Gunther de Philip Kerr.

[1] Tráemela (euskera)

[2] Ciclovía (euskera)

[3] Buenos días (euskera)

[4] Cariño (euskera)

[5] Tranquilo (euskera)

[6] Caserío (euskera)

[7] Pequeño (euskera)

[8] Vete de aquí (euskera)

[9] Sombra (euskera)

[10] Verdugo (euskera)

[11] Aker (Macho cabrío) Beltz (Negro) en euskera. Espíritu mitológico popular del pueblo vasco asociado a los ritos de regeneración y fertilidad.

[12] Noche en vela (euskera)